Orgullo de Casta
Marsha Canham



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capitulo 1

Derby, julio de 1745

Catherine detuvo a su yegua en lo alto de la loma del bosque y esperó, con los ojos brillantes y el corazón batiendo contra su pecho. No detectaba señales de persecución entre el espeso boscaje pero, para estar doblemente segura, guió al animal hacia abajo y cabalgó a galope tranquilamente hasta detrás de un denso grupo de abetos. Allí, con la respiración agitada, las mejillas sonrosadas de excitación, se tomó un poco de tiempo para apreciar la ironía de aquella animada cacería matutina, en la que la zorra sólo daba la impresión de ser la presa.

Riendo, dio por inútiles los esfuerzos de los dos sabuesos bípedos que habían intentado seguirla a través de bosques que ella conocía tan bien como la palma de su mano y, con un presumido parpadeo de sus ojos violeta con matices azulados, se inclinó para elogiar a su yegua:

-Bien hecho, preciosa; parece que los hemos despistado. Esto se merece un premio.

Echó una mirada alrededor para orientarse y recordó que, a unas cuantas yardas de distancia, había un claro aislado por el que cruzaba un riachuelo, cuya agua fría y clara tenía un delicioso sabor a suave musgo verde y a rica tierra negra.

-Ambas nos merecemos beber algo fresquito, ¿verdad? Dejemos que los cazadores sigan vagando en círculos hasta que se cansen.

Catherine recibió un suave relincho como respuesta, y guió a la yegua bosque adentro. Podía oír a lo lejos el desmayado y ronco ladrido de los perros y el eco estremecedor y grave de las trompetas que llamaban a los jinetes a formar. Ignoró aquel sonido e incluso prefirió, tras un breve momento, desmontar y caminar junto al animal, con la atención dividida a partes iguales entre las plantas menudas que se le enredaban en las faldas y los misteriosos susurros de la brisa entre las hojas de envés plateado que ondeaban sobre su cabeza. Era feliz allí en su casa, en Derby. La tranquilidad del campo era un cambio desconcertante y no tenía nada que ver con la infinita sucesión de bailes, carnavales y fiestas, pero a decir verdad, después de haber pasado tres meses bailando hasta el amanecer y durmiendo durante toda la tarde, tenía muchas ganas de acabar su temporada en Londres.

Aquí, en la saludable y fresca campiña azul y verde que rodeaba a Rosewood Hall, los días eran largos y ociosos, y las noches rebosaban de estrellas y olían a rosas y madreselva. Podía soltarse el camafeo que, a modo de broche, sujetaba el cuello de su blusa de seda cerrado hasta la garganta (y lo hizo) sin miedo a armar un escándalo. Podía quitarse los guantes, desabrochar los botones de su traje de montar de terciopelo azul, incluso los cierres de perlas de su entallado chaleco de satén, y tener el placer de aflojar las cintas de su ajustado y envarado corsé.

Estaba sola, y tenía la intención de estarlo durante un largo rato, así que se quitó el sombrero, alto y con velo, y tiró de las grandes horquillas de marfil que le sujetaban el pelo en un severo moño sobre la nuca. Dejó que la gruesa y rubia cascada cayera sobre sus hombros y se pasó los dedos entre los cabellos ondulados mientras caminaba y, distraída, se metía en una maraña de zarzas a ras del suelo. El dobladillo de su falda se enganchó en unas espinas y, ante aquel tirón, Catherine se vio obligada a parar en seco. Y fue mientras estaba agacha para soltarse cuando sintió un extraño hormigueo de alarma recorriéndole la espalda.

Su primer pensamiento fue que la habían encontrado, y se volvió, totalmente convencida de que vería la cara, la sonrisa burlona de un cazador con traje escarlata. Sin embargo, sólo los verdes árboles que filtraban la luz del sol fueron sorprendidos por su

repentina y sobresaltada mirada, y, mientras esperaba a que su corazón se tranquiliza y se acomodara de nuevo en el pecho, prestó atención al trino de los pájaros en las ramas y el silencioso correteo de las ardillas entre la espesa vegetación que la rodeaba. Sonrió para sus adentros, imaginando que podía oír la estridente voz de su institutriz cuando la reprendía:

«No debe salir a pasear sola jamás, señorita. Es una clara invitación a crearse problemas. El bosque está lleno de cazadores de jabalís, de dentadura mellada, para los que es tan fácil seducir a una niñita inocente como pararse a preguntar la hora».

La sonrisa de Catherine se entristeció mientras seguía caminando, porque la señorita Phoebe había muerto hacía dos veranos. Y aunque era severa e intransigente, al menos se había ocupado realmente de ella. A duras penas podía decirse lo mismo de la madre de Catherine, lady Caroline Ashbrooke, o de su padre, sir Alfred, un recién elegido miembro del Parlamento que raras veces tenía más que un rápido y pasajero pensamiento para su familia, y aún menos para una hija que parecía decidida a provocar que sus cabellos encanecieran prematuramente. En realidad, Catherine sólo tenía a su hermano mayor, Damien, para buscar consuelo y consejos, e incluso él se estaba distanciando más y más, últimamente. Se había establecido como abogado en Londres, y casi nunca encontraba tiempo para viajar a Derby. Ahora estaba allí, para pasar dos cortos días, pero sólo porque era el cumpleaños de Catherine, y ella le había insistido de todas las maneras posibles (excepto a punta de pistola) para conseguir que estuviera presente.

No era algo que sucediera cada día que una jovencita cumpliera los dieciocho años, ni tampoco todas las jovencitas podían presumir de haber recibido seis proposiciones de matrimonio en los últimos veinticuatro meses... Eran tantas, de hecho, que los rostros de los pretendientes empezaban a entremezclarse. Catherine no se había visto capaz de decirles que todos los esfuerzos habían sido en vano. Ya había hecho su elección, y el elegido estaba destinado en la guarnición de Derby, allí mismo.

El teniente Hamilton Garner era alto e increíblemente apuesto. Tenía el cuerpo fibroso y fuerte de los esgrimistas y, de hecho, era maestro espadachín en su regimiento de los Dragones Reales de Su Majestad. Había cumplido los veintiocho años y era hijo de un banquero de Londres, y desde el primer momento en que puso sus ojos en él, Catherine supo que aquel era el hombre que merecía todo su afecto y atenciones. No la desanimó el hecho de que siempre iba acompañad de mujeres, bellas y pendientes de él, y tampoco lo hizo la reputación que se habla ganado en el continente. Los rumores sobre su fuerte carácter, sus correrías y duelos, y sus muchos asuntos escandalosos, sólo convirtieron el reto de seducirlo en algo mucho más excitante, en lo que a Catherine concernía. La naturaleza de Hamilton lo llevaba a buscar a la heredera más popular y más deseada de Derby para sí, al igual que la de ella pedía una conquista de iguales e importantes proporciones. Él se había pasado los últimos tres meses haciendo instrucción y ejercicios militares en los pastos de vacas, mientras ella estaba en el corazón del torbellino londinense y..., bueno, sólo necesitaba darle un pequeño empujoncito a Hamilton y, sin duda, la pediría en matrimonio.

Con ese fin, Catherine lo había planeado todo hasta el mínimo detalle para dar el golpe a medianoche. Pensar en ello le erizaba el vello emitir y le aceleraba el pulso, y sus pasos se volvieron rápidos y ligeros mientras rodeaba un grupo de altos enebros. De pronto, se detuvo en seco, y su falda y enaguas se arremolinaron tras sus tobillos como la resaca de las estelas tras los barcos.

El claro que buscaba estaba justo delante de ella, amplio y cubierto por una ligera neblina que emergía del estanque, en el centro. Los rayos del sol, aquí más directos y potentes, exageraban los verdes brillantes de las hojas y los helechos, plateaban la superficie del agua y destellaban, sin modestia alguna, alrededor del torso desnudo de un hombre arrodillado sobre el húmedo y denso musgo que crecía a lo largo de la orilla.

Sacudida por la inesperada visión, Catherine permaneció completamente inmóvil. El hombre estaba de espaldas, y ella veía cómo se movían sus músculos con cada movimiento de sus manos mientras se echaba agua a la cara. No tenía ni idea de quién era... ¿un cazador furtivo? No tenía el aspecto andrajoso y hambriento de un ladrón; sus pantalones estaban

limpios y lucían un corte que se ajustaba perfectamente a sus largas y poderosas piernas. Llevaba unas botas caras, de cuero y a la última moda, tan brillantes como un espejo. Cerca, sobre el musgo, había una camisa de lino blanco y un jubón de pura lana, de color vino.

Tenía los cabellos mojados, y se le pegaban al cuello, negros y ondulados, goteando sobre sus anchos hombros que brillaban como el bronce recién esculpido. Mientras Catherine miraba, él se pasó las manos por el pelo, haciendo saltar un sinfín de gotitas de agua, y se inclinó hacia atrás con un suspiro largo y satisfecho.

El motivo por el cual se había detenido era obvio; y la pregunta de cómo había llegado hasta allí tuvo una rápida respuesta en el penetrante relincho que llegó del otro lado del estanque. Era un inmenso corcel negro, con las orejas muy erguidas y atentas, que olfateaba en el aire, muy tenso, a causa del olor de la yegua. Catherine no lo había visto de buenas a primeras debido a la brumosa luz, pero era evidente que el animal sí la había visto a ella. y el hombre, oyéndolo relinchar alarmado, se volvió como un rayo y sacó una pistola de entre los pliegues del jubón, con un movimiento tan rápido que casi resultó casi imperceptible. Al ver el arma y la rapidez con que, de repente, la había amartillado y la estaba apuntando, Catherine soltó un grito, dejó caer los guantes y el sombrero y se tapó la boca con las manos.

Durante un instante, ambos se miraron fijamente, sin moverse, sin emitir sonido alguno. La atención de Catherine fue totalmente absorbida por aquellos ojos; eran, al igual que la mata de pelo, tan negros como el ébano, tan peligrosos como el cañón de la pistola que apuntaba sin vacilar a su pecho. El hombre parpadeó una sola vez, como para estar seguro de lo que estaba viendo, y con la misma rapidez de antes bajó el arma.

-¿Nadie te ha dicho nunca que no debes espiar a un hombre cuando está de espaldas? -Hablaba enfadado, con rudeza, y la sobresaltó lo suficiente para que ella respondiera en el mismo tono.

-¿ Y a ti nadie te ha dicho nunca que es particularmente temerario penetrar en una propiedad privada?

Él parpadeó de nuevo, y su mirada dejó de ser tan agresiva.

-¿Cómo dices?

-Esto *es* una propiedad privada -repitió ella, tirante--. Y tú has penetrado en ella. Si yo fuera un guardabosques, o si llevara un arma, estaría en mi perfecto derecho a dispararte, sin más.

-Entonces, debo considerarme afortunado de que no se dé ninguno de los dos casos. -- Entrecerró sus *oscuros* ojos--. ¿ Y puedo preguntarte qué haces tú aquí, en medio de ninguna parte?

-No puedes. Lo que puedes hacer *es* recoger tus pertenencias y marcharte ahora mismo de aquí. Estas tierras pertenecen a sir Alfred Ashbrooke, un hombre que no recibe con amabilidad a los intrusos...ni a los cazadores furtivos.

El extraño la observó un largo momento y, lentamente, se puso en pie, mostrando su impresionante altura, de más de metro ochenta.

-Hace mucho tiempo que nadie me acusa de ser un cazador furtivo -esbozó media sonrisa- y vive para contarlo.

Eso aguijoneó el genio de Catherine. Todavía sentía sobre la piel la reacción que le provocaba aquella mirada descarada, pero no dudó un instante en responder a su insolencia.

-Hay cuarenta hombres cabalgando cerca, y podrían oírme perfectamente. Un solo grito y...

-Al menos tienes la sensatez de estar asustada -la interrumpió, sonriendo más ampliamente--. Creo que deberías haber escuchado lo que te advertía tu niñera hace años sobre pasear sola por el bosque.

Catherine abrió los ojos de par en par.

-¿ Cómo sabes...?

-Acaso no es la obligación de todas las institutrices prevenir a *sus* pupilas contra los peligros de aventurarse solas por ahí? --Se agachó para recoger su camisa del suelo--. En tu caso, puedes agradecer a la suerte que no te hayas cruzado con alguien que, tenga menos escrúpulos y más tiempo que perder. Alguien que quizá no se dejaría disuadir por una lengua afilada y un humor pésimo.

-¿Alguien con menos escrúpulos? Te tienes en muy alta consideración, ¿ no? ¿ Y qué quieres decir con «un humor pésimo»? Estoy de humor inmejorable.

Aquella mirada tranquila y serena se volvió a clavar en ella, sin dejarla escapar, el tiempo suficiente para que un sofoco bajara por su garganta. El rubor no pasó desapercibido a los ojos negros, que observaron los botones desabrochados del cuello de su blusa antes de deslizarse hasta donde el vestido moldeaba atractivamente *sus* senos. Por si esto no era suficiente audacia, el hombre volvió a mostrar sus dientes esbozando otra sonrisa maliciosa.

-Mi intuición me dice que tienes algún tipo de relación con sir Alfred Ashbrooke, ¿me equivoco?

-Soy su hija -admitió ella, levantando levemente la barbilla--. ¿ y qué?

-Su hija. -La voz de aquel tunante ronroneó alrededor de esa palabra, y Catherine advirtió que avanzaba hacia ella con pasos lentos y medidos. No podía darle la espalda y empezar a correr, porque ni sus pies ni su orgullo iban a responder a esa orden de su cabeza, pero la yegua acusó su nerviosismo y lo delató con un relincho. Éste, a su vez, provocó la reacción instantánea del corcel, que se lanzó a cruzar el claro a toda prisa.

-*¡Shadow!* ¡Quieto! –

El intruso no apartó sus ojos de Catherine, pero ella no pudo evitar desviar los suyos un instante y ver cómo el enorme caballo paraba en seco, con la negra cabeza erguida, los ojos ardiendo como carbón y el cuerpo temblando de ganas de embestir. y su asombro fue completo cuando se dio cuenta de que aquella distracción había permitido que el hombre se acercara aún más; por si fuera poco, se atrevía a extender su mano hacia el hocico aterciopelado de la yegua.

-Te arrancará los dedos -le previno Catherine.

La mano dudó, pero sólo un instante, y continuó acercándose al hocico largo y delgado. La yegua resopló mostrando hostilidad, pero no hizo movimiento alguno para evitar que aquellos dedos la acariciaran. El extraño se había puesto la camisa, pero la llevaba abierta, y Catherine, atrapada entre él y la yegua, no tenía dónde mirar sino al inmenso muro de su torso y la nube de cabellos oscuros y ondulados les agradecer que poco hacían para suavizar los pronunciados contornos de sus músculos. Poco a poco, ella levantó la mirada, fijándose primero en la marcada mandíbula y la ancha y sensual boca. La voz era grave y educada, y delataba que el hombre era más refinado de lo que podía deducirse de sus maneras. De cerca, sus *ojos* seguían pareciendo de obsidiana, pero bajo los rayos indirectos tenían reflejos de un intenso azul de medianoche que sugería oscuros secretos y peligrosas pasiones. Sobre ellos se arqueaban unas cejas del mismo ébano que los cabellos. y cruzando una de ellas, una cicatriz (¿quizás a causa de un duelo?) que añadía a sus facciones arrogantes una pincelada de melancolía.

Al acariciar al animal, su brazo rozó sin querer el hombro de Catherine, y ella retrocedió como si acabara de quemarse con fuego.

-Perdona -dijo Catherine agriamente-, pero esta yegua es mía. Y este claro, de hecho, también es mío. Así que, si no te importa, prefiero que te vayas de aquí cuanto antes.

Divertido, él enarcó una ceja.

-¿ y si yo te dijera que prefiero quedarme?

Catherine tomó aire lentamente.

-Te respondería que eres un estorbo y un intruso, más insolente y falto de escrúpulos que ningún otro hombre que haya tenido la desgracia de conocer. Y que, desde luego, tenías toda la intención de cazar sin permiso, si es que aún no lo has hecho.

Él se acercó más, y Catherine sintió que el fuego de aquellos *ojos* la quemaba de nuevo.

-Desde luego, empiezo a tener toda la intención, señorita Ashbrooke -murmuró-. Pero no de cazar.

Catherine dio un inseguro paso hacia atrás y se pegó al cuerpo tibio de la yegua. El intruso avanzó de nuevo y puso la mano en el cuello del animal, cerrando la salida. Estaba tan cerca que podía oler los rayos del sol y el sudor en su piel; podía ver las gotas de agua brillando en su pelo, resbalando hasta la camisa de lino y empapándola hasta dejarla pegada a sus anchos hombros. Apenas le llegaba ella a la barbilla, y se sintió pequeña e insignificante, terriblemente vulnerable cercándose al bajo aquella impresionante figura.

-Ya que se niega a marcharse, señor, me iré yo -tartamudeó, paralizada por su total falta de control sobre la situación. No había un solo hombre en Derby que osara dirigirse a ella de ese modo, y no estaba acostumbrada a tenérselas con alguien que no se sintiera inmediatamente abrumado por su posición social, su riqueza y su hermosura. Era la hija de un miembro del Parlamento, no una sumisa criada cualquiera a la que se pudiera atemorizar y tratar de aquel modo. Fuera como fuera, ningún caballero que se preciara de serlo se atrevería a hablarle como aquel individuo lo hacía. O a acercarse tanto. O a mirarla fuerzas con tanta desfachatez.

Sin embargo, vio en sus ojos oscuros que, a pesar de su elegante ropa y la educación que se le suponía, aquel hombre no seguía ninguna norma que no hubiera dictado él mismo. Tenía algo de primitivo y salvaje. Algo temerario y perverso que hizo que su corazón se desbocara y su pulso latiera con fuerza.

Tragó saliva, no sin dificultad.

-Si lo que quiere es m-mi dinero, me temo que no llevo nada de valor.

Vio el destello de sus fuertes y blancos dientes y sintió el aliento de aquel intruso en la sien.

-O sea, que ahora soy un ladrón en lugar de un cazador furtivo. No sé si tomarlo como un halago o como un insulto.

-P-por favor, yo...

-En cuanto a que no llevas nada de valor -se acercó aún más, y Catherine sintió que el corazón le subía a la garganta-, menosprecias la tentación de un bosque silencioso, un lecho de blandas hojas y una jovencita provocativa que necesita recibir una dura lección sobre la vida real.

-Lección que tú, por supuesto, te ves capaz de impartir, ¿verdad?

El sarcasmo de la respuesta sólo provocó una risa que acentuó el pícaro hoyuelo de su mentón.

-Estoy completamente a su servicio, señorita Ashbrooke.

Catherine notó un leve tironcito en sus cabellos y vio, aterrada, hacia atrás, que los largos dedos de él jugaban con varios mechones dorados. De nuevo, intentó apartarse, pero él le puso la mano bajo la barbilla y la obligó a mirarlo, bruscamente. La observaba con total atención, concentrado en la manera en que el sol acariciaba su pelo y su piel; y la intensidad de aquellos ojos de medianoche, combinada con el contacto de su mano, hizo que ella sintiera un escalofrío de miedo y un hormigueo en las piernas y los brazos.

El intenso escrutinio se desplazó hasta el cuello de su blusa, y a Catherine le pareció que la seda, la blonda, el encaje y los lazos se fundían hasta dejarla sin nada que la protegiera de aquella ardiente mirada. No podía moverse, no podía ni siquiera cerrar los ojos para escapar de aquel tormento, y se dio cuenta, cada vez más aterrorizada, de que estaba completamente a su merced. Podía gritar, pero a él le sería muy fácil impedírselo. Y también le sería fácil rasgarle la ropa, echarla al suelo e intentar poseerla hasta que ella se quedara sin aliento ni fuerzas para defenderse.

Él deslizó las manos hasta la curva de su fina cintura y, por un momento, Catherine se sintió desvanecer. Se le secó la boca cuando él, lentamente, la atrajo hacia sí, oprimiéndola contra su pecho. La presión de sus fuertes manos aumentaba, y empezó a levantarla mientras ella notaba, aturdida, la fricción de la seda y la blonda contra su piel caliente. Catherine, sin darse cuenta, había puesto sus manos sobre los abultados músculos de

aquellos brazos y, a medida que él seguía levantándola, cerró los puños asiendo la holgada camisa hasta casi romper las costuras.

Tomó aire y se preparó para gritar. Pero él, en lugar de intentar forzarla (que era lo que ella suponía, con total convencimiento, que iba a hacer), la alzó aún más, hasta suspenderla por encima de sus altos hombros. Luego, con una mueca burlona, la dejó caer sin cuidado alguno sobre la silla de la yegua y se agachó para recoger las riendas.

-Siento muchísimo desilusionarte, pero hoy no tengo tiempo... anta-, menosprecias ni estoy de humor para enseñar un poco de disciplina a niños. De todos modos, si nos volvemos a encontrar, y si las circunstancias son más... favorables... me atrevo a decir que puede que no tenga ningún inconveniente en satisfacerte.

Catherine se quedó casi sin habla.

-Pero... ¿cómo te atreves, arrogante e insolente...?

Él soltó una carcajada y dio un cachete en el ijar de la yegua, salió a la carrera. Con la repentina sacudida, Catherine quedó echada atrás, zarandeándose entre un revuelo de cabellos que flotaban y de faldas y enaguas que volaban y le tapaban la visibilidad mientras animal y amazona se alejaban del claro a toda prisa. Tenía las mejillas encendidas y las manos le temblaban, pero consiguió tirar con fuerza de las bridas y frenar aquella alocada cabalgata por el bosque. Oía el eco de la potente risa persiguiéndola y, por primera vez en muchos años, los ojos se le llenaron de lágrimas de humillación. Recordó demasiado tarde que había olvidado los guantes y el sombrero, pero no quiso dar la vuelta y regresar a por ellos. Si hubiera tenido un arma, quizás habría tenido la tentación. De hecho, si hubiera tenido cualquier cosa más amenazadora que una corta fusta acabada en cuero, a buen seguro habría vuelto al claro para usarla con todo placer.

Catherine entró al trote en el patio de Rosewood Hall. Los cascos de la yegua sonaban como un redoble encolerizado contra las piedras. Un mozo de cuadras, alertado por el sonido, salió a toda prisa de los establos y llegó junto a ella justo a tiempo de recoger las riendas que le lanzaba.

-Encárgate de que le den doble ración de avena -ordenó Catherine-. y llévala al paso, sin forzar; ha echado una buena carrera.

Todavía crispada por el encuentro en el bosque, se dirigía hacia la casa sin casi oír la respuesta que musitaba el mozo. Sus furiosos pasos se calmaron mientras cruzaba uno de los muchos jardines que rodeaban la entrada principal. Rosewood Hall estaba construida en estilo isabelino: dos pisos con cornisas de estuco blanco, y pilastras que acentuaban las hileras de ventanas altas y emplomadas. Verdaderas columnas de hiedra y liquen se agarraban a las paredes de ladrillo rojo y subían hasta el techo inclinado, de pizarra gris. La entrada principal no tenía ni porche ni terraza, pero sus dobles puertas estaban flanqueadas por dos torrecillas macizas que formaban unos ventanales de arco del suelo al techo. En el frontón, en la cornisa de la puerta, estaba grabado el escudo de la familia, que recordaba el noble linaje del apellido Ashbrooke.

Catherine se sentía cualquier cosa menos noble mientras se acercaba a la entrada. Una de las puertas de roble grabado se abrió en el preciso instante en que ella iba a asir el picaporte, y su hermano salió a la potente luz de día con aspecto especialmente apuesto, vestido con una chaquetilla marrón chocolate y unos pantalones de piel.

-Mira quién está aquí. ¿ Ya han acabado la cacería y te han dejado atrás?

-No, no han acabado. Simplemente, he decidido que no vale la pena tanto ajetreo. Los ladridos constantes me producen jaqueca, y también que hombres hechos y derechos se comporten como niños armando tanto alboroto mientras una horda de perros despedaza a una zorra acorralada.

-Mi hermana la humanitaria -fingió reprenderla-. La misma que sale a cazar indefensas criaturas aladas y las despluma a balazos.

-Esas indefensas criaturas aladas son las que nos proporcionan alimento, querido hermanito, mientras que las desventuradas zorras sólo proporcionan una mañana de

diversión a hombres sedientos de sangre. ¿ Y por qué no llevas el uniforme? ¿ Es que Harriet Chalmers ha tenido el sentido común de reñir contigo otra vez?

Damien Ashbrooke exhibió una amplia sonrisa. Era medianamente alto, no mucho más que Catherine, y tenía los ojos azul celeste y el cabello castaño, largo y ondulado, recogido cuidadosamente en una cola bajo la nuca.

-No. La adorable señorita Chalmers y yo no hemos reñido. Pero, en cualquier caso, tenía la esperanza de disponer de estas breves horas de soledad para dedicarme a mis lecturas.

Catherine entrecerró los ojos.

-Te llevará al altar, por mucho que intentes evitar su compañía.

-¿De veras? Bueno, a menos que las cosas hayan cambiado mucho, todavía es el hombre el que tiene que proponerlo.

Ella chasqueó la lengua.

-Hablas con demasiada seguridad, me parece. He visto como miras a Harriet: con ojos de carnero degollado, sin que te importe nada excepto los encantos que asoman por el borde de su corpiño.

El enarcó una ceja al fijarse más en ella, en el estado de su peinado y el vestido.

-¿ Puede que esté oyendo la voz de los celos? ¿ O es, simplemente, que envidias su gusto por la moda?

Catherine siguió la mirada de su hermano y atusó un pliegue de su vestido de terciopelo que se había enganchado en la caña de la bota.

-¿ y qué debería envidiar? ¿La manera en que sus pechos amenazan con saltar fuera del escote cada vez que respira? ¿O el hecho de que probablemente ya se haya dado el caso y estés más que ansioso porque caigan en tus manos?

Damien se sonrojó, y ella continuó, petulante:

-¿Lo ves? ¿Y todavía insistes en que controlas tu destino? Dentro de tan sólo un mes, hermanito, te tendrá tan atrapado que la arrastrarás hasta el altar. Me apuesto tres soberanos de oro.

-Acepto la apuesta -murmuró él-. Pero sólo si podemos poner las mismas condiciones y límites a tu conquista del teniente Garner.

-Prepara el dinero -dijo ella, mordaz-, porque ya me lo ha propuesto. Tiene la intención de hablar con papá esta noche, en la fiesta, para que podamos anunciarlo oficialmente.

-Bueno, que me aspen... -Su sorpresa era franca-. Estaba absolutamente convencido de que sólo coqueteaba.

-Eso es porque, por desgracia, subestimas el alcance de mis de mis encantos... tanto si se desbordan como si no.

-¿Lo sabe mamá?

La sonrisa de Catherine se volvió un tanto amarga.

-La pregunta correcta sería: ¿ le importa en algo a mamá?

-Le importa lo suficiente para haber estado conspirando con papá durante los últimos tres años, intentando concertar tu boda Pelham- Whyatt.

-¡Con ese! -Catherine frunció la nariz con disgusto-. Es un auténtico palurdo. La ropa que lleva es diez tallas más grande, y de hace diez años. No habla; balbucea. Y huele como si no hubiera vuelto a darse un baño desde que lo empujé al estanque de los patos cuando éramos niños.

-y también está a punto de heredar las tierras colindantes a las nuestras. Es rico, y no es tan espantosamente feo...

-¡Que no es feo! Se le han caído casi todos los dientes, y tiene la cara tan llena de granos y marcas de la viruela qué es un milagro que pueda afeitarse. La última vez que salió de cacería, se cayó del caballo, fue a parar de cabeza en medio del grupo de perros... ¡Y

empezaron a morderlo, confundiéndole con la zorra! ¿Casarme yo con él? Antes me enclaustro en un convento, muchas gracias.

-No deberías decir esas cosas porque sí, querida Kitty. Papá ha prometido eso, como mínimo, si te atreves a involucrar el buen nombre de la familia en un solo escándalo más.

-¿ Escándalo? Normalmente, se considera una cuestión de honor que dos hombres se batan en duelo por defender la reputación de una señorita, ¿ no?

-No cuando el ganador da la inequívoca impresión de disfrutar atravesando a su rival con la espada.

-Por el amor de Dios, lo dices como si Hamilton hubiera matado a Charles Waid. El muy insensato no está muerto, tan sólo sufrió un arañazo en la mejilla.

-Únicamente porque el teniente Garner reconoce a un principiante en cuanto lo ve, y no quería que lo detuvieran bajo la acusación de asesinato.

-Charles desafió a Hamilton. ¿Qué otra alternativa tenía?

-Podría haber esperado a que al muy insensato se le pasara la borrachera y se diera cuenta de la gravedad de su error.

-Su error fue dirigirme un insulto cuando Hamilton podía oírlo perfectamente -repuso Catherine, seca.

-Cosa que provocaste tú para poner celoso al pobre teniente. Bueno, funcionó. y aunque luego te mostraste arrepentida, debo advertirte que vayas con mucho cuidado con papá hasta que estés felizmente casada, lejos y a salvo de su parlamentaria vigilancia.

Catherine se sonrojó, enfadada, como solía hacer cuando era atrapada en falta y se sentía acorralada.

-Ya que pareces estar muy preocupado por mi bienestar, quizás te interese saber que hoy me han acosado en el bosque. Ese es el motivo de mi precipitado regreso de la cacería, y de ahí también que mi aspecto invite a tanto sarcasmo.

-¿Acosada? -Damien se puso serio al instante-. ¿Dónde? ¿Por quién?

-¿Por quién? Por un cazador furtivo, ya ves por quién. Un vagabundo. Un intruso. Un ladrón que acechaba entre los árboles. Un salteador arrogante que ha tenido la desfachatez de acusarme a mí de estar donde no debía.

Damien se tranquilizó ligeramente. Conocía bien a su hermana, e identificó al instante el destello de indignación de sus ojos, que le indicaba que lo que resultó acosado en realidad había sido su carácter. Eso explicaba que estuviera de tan mal humor y que hiciera comentarios tan mordaces sobre Harriet, su mejor amiga desde la niñez.

-Parece un tipo interesante. ¿Le conozco?

-No lo dudaría ni un momento. Es exactamente la clase de compañero que buscarías para ir a las casas de juego y... y otros sitios que si una señorita mencionara dejaría de ser una señorita. Lo que me hace pensar que, bien mirado -sus ojos reflejaron venganza-, creo que cinco soberanos de oro es un precio muy bajo si evita que Harriet tome una decisión terriblemente errónea. Tengo que hablar con ella en el preciso instante en que vuelva de la cacería. Esta misma noche, Damien Ashbrooke, podrás considerarte muy afortunado si todavía se digna a mirarte por encima del hombro.

Dando por terminada la conversación, sacudió su rubia melena, entró en la casa y empezó a subir la gran escalinata de madera maciza que llevaba al piso superior. Damien la siguió hasta el primer peldaño y se quedó allí, con la mano apoyada en el pilar de caoba grabada de la escalera, admirando con sus ojos azules y preocupados el agitado vaivén de las faldas. No temía que Catherine cumpliera su amenaza; su hermana había invertido mucho esfuerzo, y durante mucho tiempo, en hacer que él se diera cuenta de que Harriet Chalmers había dejado atrás los vestidos de niñita para convertirse en una hermosa mujer. Y lo que Catherine no sabía era que la relación entre Harriet y él ya iba más allá de ser un simple flirteo, y que el hecho de que Harriet se viera obligada a compartir la habitación y la cama con Catherine sólo se debía a que había demasiados invitados ocupando los otros

dormitorios de la casa. De momento, los amantes sólo habían podido robar algunos momentos de intimidad, aquí y allá, y todo iba tan deprisa...

-¿ Kitty? -Estaba casi convencido de que ella le ignoraría y seguiría subiendo, pero no lo hizo.

Se paró en el primer rellano y le miró, asomándose sobre la barandilla, con una delicada ceja enarcada e inquisitiva.

-Estaba pensando... -Dudó un momento y le dedicó aquella sonrisa que Catherine conocía tan bien y sabía que siempre iba dedicada a ella, y sólo a ella-. Podríamos anunciar un doble compromiso, esta noche. Creo que podré conseguir cinco soberanos de oro en algún sitio.

Catherine observó el atractivo rostro de su hermano. Sabía que no le gustaba Hamilton Garner... ¿a qué hermano le gustaría? Consideraba que el teniente era pomposo y prepotente, cruel con sus subordinados e indiferente a toda relación que no beneficiara directamente su carrera. y Damien adoraba a Catherine. Había sido más que un hermano para ella; había sido su padre, su confidente, su consejero y su amigo cuando daba toda la sensación de que estuviera creciendo sin que nadie que se preocupara por ella en la inmensa soledad de Rosewood Hall. Quería que fuera feliz, y si eso dependía de Hamilton Garner (de convertirse en la esposa de Hamilton Garner), iba a apoyarla en su decisión, fuera cual fuera.

Ella respiró profundamente y lanzó un suspiro, de anhelo. –Eso sería maravilloso, un doble compromiso. No podría desear nada mejor para celebrar mis dieciocho años.

-Entonces, así será -murmuró él-.

Capitulo 2

Las actividades en Rosewood Hall continuaron con una partida de croquet, a primera hora de la tarde, y un torneo de tiro al arco. Las muchachas más jóvenes lanzaban gritos de entusiasmo y rivalizaban por llamar la atención mientras sus favoritos demostraban sus habilidades. Enfundadas en incómodos corsés, amas de llaves y damas de compañía vigilaban con celo de cerca, como una bandada de pájaros negros. Y aunque casi no podían respirar bajo la presión de las varillas, antes preferían morir ahogadas que perderse ni una sola palabra día de Hamilton Garner de los cotilleos.

Hacia las cuatro, el bullicio se trasladó al interior de la casa, donde empezaron los preparativos para el banquete y el baile nocturno. Los corsés y las fajas se aflojaron un poco para permitir que todas pudieran respirar con normalidad durante unas horas. Enormes barreños de agua se pusieron a disposición de docenas de delicadas y esbeltas manos que necesitaban remojarse para aliviar el calor. Los cabellos se sometieron al cepillo y a las horquillas para convertirse en sofisticados moños, cascadas de tirabuzones y elaboradas sucesiones de ondas. En algunos casos, se añadían enormes soportes de alambre que servían como base para colocar postizos de las más diversas formas. Luego, los rostros eran protegidos con mascarillas mientras, como colofón, se aplicaban a todo el conjunto auténticas nubes de blanquísimo polvo de arroz. Artísticos adornos de flores, lazos, joyas e incluso pequeños pájaros artificiales remataban el increíble trabajo, y convertían la habilidad de mantener en equilibrio semejantes peinados en una virtud esencial para cualquier mujer que se preciara de ser elegante e ir a la moda.

Catherine se pasó un buen rato en las habitaciones del piso de arriba, retocando bucles que no necesitaban retoque alguno, y repasando el maquillaje hasta conseguir que el tono de sus labios y la sombra difuminada de sus párpados alcanzaran la perfección. La complacía, aunque moderadamente, ver que nadie se había atrevido a asistir a su fiesta de cumpleaños

luciendo un vestido que pudiera parecer ni la mitad de suntuoso que el suyo. La seda jaspeada en tonos rosas, cortada al más nuevo estilo de París, se ajustaba perfectamente a su estrecha cintura y realzaba sus senos, empujándolos hacia arriba y haciendo que se insinuaran sobre el escote del corpiño. Las mangas eran ceñidas hasta el codo, y de allí se ensanchaban para dejar que las amplias bocamangas de la blusa salieran desplegadas en una delicada profusión de suave blonda. La falda era gruesa y acampanada; los costados descansaban sobre cazoletas de alambre que los abombaban, mientras que las partes delantera y trasera caían completamente recto hasta el suelo. El dobladillo estaba recogido en ondas y dejaba ver las enaguas, que consistían en más capas de exquisitamente delicado encaje francés.

Había decidido llevar pocos adornos, para evitar que menguaran el efecto de las aguas de la seda rosa. Lucía alrededor del cuello una sola sarta de resplandecientes brillantes blancos que llamaban la atención sobre el largo y esbelto arco de su garganta y las dos suaves media lunas de sus senos, realzándolos. El pelo, libre de pasadores y de polvo de arroz, mostraba reflejos dorados y plateados bajo la tenue luz de las velas. Observándose con espíritu crítico cada vez que pasaba ante un espejo, Catherine casi agradeció ser alérgica al polvo de arroz; la más pequeña mota provocaba que sus ojos enrojecieran y se llenaran de lagrimas, que le goteara la nariz y que (horror entre horrores) su piel quedara cubierta de ronchas y sufriera un auténtico ataque de escozor.

-El teniente Garner debería sentirse muy halagado de que me digne a considerar su proposición -murmuró, abriendo y cerrando enésima vez su abanico de plumas de avestruz y midiendo el efecto. Se dio por satisfecha con el resultado, pasó su mano por el brazo de Harriet y ambas salieron de la habitación y recorrieron el pasillo.

-¿Que lo estás considerando? -Harriet frunció el ceño-. ¿Qué quieres decir con que lo estás considerando? Creía que ya habías aceptado.

-Una joven puede pensárselo dos veces. O tres. O cuatro. Los ojos marrón claro de Harriet se abrieron, incrédulos. Ella no poseía la belleza clásica de Catherine. Tenía los ojos demasiado grandes y una cara más bien redondita; la boca también era demasiado generosa, y su nariz y pómulos estaban permanentemente salpicados de pecas, a pesar de lavarse con mercurio mañana y noche para borrarlas. El resultado final de sus facciones era un rostro de querubín, que contrastaba totalmente Con su exuberante figura. Los hombres quedaban totalmente embrujados por ella, y así era también cómo se sentía ella con respecto a Damien Ashbrooke desde la tierna edad de tan sólo tres .añitos. Si las cosas no fueran así, ella y Catherine jamás habrían podido ser amigas, porque ésta la habría visto como una peligrosa rival.

-Por otro lado -dijo Catherine, deteniéndose en lo alto de la escalera y ladeando la cabeza, como si quisiera apreciar claramente los acordes musicales que se deslizaban desde la sala de baile-, no es que haya verbalizado exactamente su proposición.

Harriet a punto de bajar el primer peldaño, tuvo que alargar la mano y asirse a la barandilla para no perder el equilibrio.

-¿ Qué? ¿ Qué acabas de decir?

-Ya me has oído. -Catherine miró hacia atrás por encima de su hombro, para ver si alguien se había dado cuenta del franco asombro de su amiga-. y por el amor de Dios, no subas el tono de voz. Por supuesto que lo ha pedido. .Quiero decir que lo ha dejado entrever, que lo ha insinuado con suficiente claridad; es sólo que...

-¿ Que no... lo ha dicho. ..directamente?

-Estoy segura de que está esperando el momento más oportuno. Esta noche, por ejemplo. ¿Que mejor manera de desearme un feliz cumpleaños que ofrecerme su promesa de amor eterno?

-Pero le has dicho a Damien...

-¡Chist! -Catherine le pellizcó el brazo mientras una pareja pasaba ante ellas. Harnet la saludó con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, y esperó a que estuvieran suficientemente lejos antes de casi explotar de impaciencia.

-Le has dicho a Damien que Hamilton iba a pedir el consentimiento de tu padre esta misma noche. ¡Le has dicho que ibais a anunciar vuestro compromiso!

-Bueno... me estaba hostigando. Se estaba comportando de un modo grosero e impertinente, y... y simplemente he dicho lo primero que se me ha pasado por la cabeza. No estaba mintiendo. No del todo. Hamilton quiere de veras casarse conmigo; todo el mundo lo sabe, aquí, en Derby. y sería un perfecto idiota si dejara que alguien se le adelantara para ganarse mi afecto, ¿verdad?

-Sí, pero...

-Además, no podría concertar para sí mismo una boda más ventajosa ni cortejando a cualquiera de las gordas y viejas hijas del rey Jorge.

-¡Catherine!

-Bueno, es verdad. Tengo la dote que me dejó mi abuela Augustine. Me desenvuelvo muy bien en sociedad, y ahora que mi padre ha sido elegido parlamentario, no es necesario decir la cantidad de amistades influyentes que podría entablar. Un teniente joven, sano y guapo del ejército del rey sabría sacar bastante provecho casándose conmigo. Y, si no se decide pronto, puede que, simplemente, yo lo rechace para casarme con Pelham- Whyatt.

-No lo dices en serio -replicó Harriet, casi sin aliento.

-Desde luego que sabes perfectamente que podría entrar en el salón ahora mismo y recibir una docena de proposiciones en igual numero de minutos si se corriera la voz de que Hamilton Garner ya no disfruta de mi atención.

-Desde luego que sabes perfectamente que podría entrar en el salón ahora mismo y recibir una docena de proposiciones en igual numero de minutos si se corriera la voz de que Hamilton Garner ya no disfruta de mi atención.

-No estoy diciendo que no puedas. Lo que digo es que... bueno, que quizás a Hamilton no le guste en absoluto ser el objeto de una apuesta como la que Damien y tú habéis cruzado hoy. Es más bien... de ideas fijas.

-Está satisfecho con su soltería; ¿es eso lo que quieres decir? -Bueno, ya es hora de que abra los ojos. Estamos en 1745 y, simplemente, no quedan suficientes solteros en Inglaterra para poder escoger. Y no los habrá en un futuro inmediato, si todo el mundo va teniendo hijas a la velocidad de los conejos.

-¡Catherine! -Harriet volvió a quedarse sin aliento y palideció bajo el baño de mercurio-. ¿ De dónde sacas semejantes ideas?

-De los salones más elegantes de Londres, por supuesto. -Los ojos violeta de Catherine echaron una ojeada a la antesala del piso de abajo, y Harriet tuvo que agarrarla del brazo con una de sus manos enfundadas en guantes para que volviera a prestar atención al tema que debía ocuparlas.

-¿Qué pasará si Hamilton se entera de la apuesta? Quiero decir, ¿qué pasará si Damien propone un brindis o intenta felicitarlo por la inminente boda?

-No lo hará -aseguró Catherine-. No hasta la medianoche. Cuando juega, juega limpio.

-Esto no es un juego -siguió sentenciando Harriet-. ¿ Qué pasará si, cuando llegue la medianoche, Hamilton se limita a sonreír y desearte un feliz cumpleaños con un ramo de margaritas?

-Que deberá acostumbrarse a llevarlas incrustadas en la frente durante el resto de su miserable vida. Pero no será el caso. Y no habría seguido cortejándome después del duelo con Charles Waid si no tu- viera la intención de pedirme en matrimonio. ¿ Por qué otro motivo se bate un caballero con otro, sino para reclamar la mano de la dama en cuestión?.

-Si eso fuera verdad, ya debería tener un montón de esposas -murmuró Harriet, arrepintiéndose en el acto de sus palabras al ver cómo los labios de su amiga se convertían en una delgada y prieta línea blanca-. Bueno, no puedes negar que se ha ganado a pulso su reputación de mujeriego. Incluso se dice que...

-No quiero oír lo que se dice -la interrumpió Catherine con frialdad.- Seguro que las que hacen, correr esos chismes no son más que viejas vacas envidiosas que no tienen nada mejor que hacer que darle a la lengua y escupir bilis de malicia. Todo lo que quiero saber es... ¿estas conmigo en esto o no?

-Claro que estoy contigo, pero ¿qué puedo hacer yo?

-Puedes mantener a Damian ocupado en cualquier otro sitio hasta que yo te dedique algo parecido a una señal.

-¿ Una señal?

-Justo antes de la medianoche, invitaré a Hamilton a salir a la terraza a tomar un poco de aire fresco. Si todo va bien, cuando vuelva llevaré... una rosa. -Hizo una pausa y esbozó una sonrisa de complicidad-. Me he jugado cinco soberanos de oro con Damien. Estoy dispuesta a darte la mitad si Hamilton no coge la rosa personalmente y me la da.

Maravillada ante la confianza y la determinación de Catherine, Harriet no pudo evitar devolverle la sonrisa.

-¿A medianoche?

-A medianoche -confirmó Catherine.

-No te concedes mucho tiempo.

-No necesito mucho tiempo. Después de todo, no es sino un hombre.

«No es sino un hombre.» Harriet repitió las palabras silenciosamente, y luego tuvo que levantarse un poco las faldas y correr tras su amiga para alcanzarla y entrar juntas en el salón de baile.

Los ojos violeta de Catherine destellaron con el brillo de una docena de lámparas de araña mientras permanecía en pie bajo el arco de la entrada al salón. No dudaba en absoluto de que, a medianoche, llevaría una rosa en la mano. Podía muy bien ser que Hamilton fuera un acérrimo defensor de su soltería, pero ya le había llegado la hora de enderezar su camino. Aquella era una unión perfecta para ambos. Tan sólo pensar en la conmoción que causaría cuando anunciaran su enlace le provocaba un delicioso escalofrío en la espalda, porque todas las jóvenes se morirían de envidia. Todas y cada una de ellas habían seguido aquella historia, habían observado y esperado, seguras de que Catherine no conseguiría su objetivo, que fracasaría tan estrepitosamente como ellas mismas habían fracasado. Hatajo de envidiosas. Envidiosas, porque no habían podido mantener el interés de Hamilton. Envidiosas, porque sabían que no había ni un solo hombre que pudiera escapar a unas redes tan sutiles y perfectas como las que ella había lanzado sobre el teniente Garner.

Lo localizó al instante, a pesar de que el salón estaba lleno de casacas color carmesí, pelucas y vestidos de todos los tonos conocidos por el hombre. Hamilton estaba junto al padre de Catherine, sonriendo por algo que había provocado que las diversas papadas de sir Alfred temblaran de risa.

-Muy bien -musitó Catherine--. Ya se está congraciando con su futuro suegro. Y por todos los santos, ¿ no está simplemente magnífico?

Si había un hombre que debería llevar siempre uniforme, ese era Hamilton Garner, decidió Catherine. Sus hombros llenaban la casaca escarlata con una energía y una gracia que emanaban claramente de cada poro de sus músculos; sus piernas, largas y esbeltas, torneaban los pantalones de piel inmaculados de un modo que podía causar que una dama se desmayara. Y era simplemente una propina que fuera tan exageradamente guapo... indecentemente guapo, con una mandíbula angulosa y unos ojos seductores de color jade cálido. Había cumplido el servicio militar con el hermano del rey Jorge, el duque de Cumberland, y había vuelto de Fontenoy convertido en un héroe. Recientemente, le habían

otorgado su propia compañía de Dragones, y estaba esperando una capitanía en cualquier momento.

De pie junto a Hamilton y a su padre había varios hombres más, empolvados y con peluca, entre los que estaba su tío, el coronel Lawrence Halfyard, un hombre de carácter difícil, arisco, y que hablaba disparando cada sílaba como si fuera con un arma de fuego. Era el oficial a las órdenes del cual estaba Hamilton y, como tal, seguro que animaría a su protegido a concertar la unión con su sobrina.

No podría ser más perfecto -murmuró Catherine-. Y acuérdate debes mantener a Damien alejado de Hamilton hasta que yo te de la señal.

A Harriet se le escapó un leve gruñido antes de responder:

-Puede que sea difícil. Ahora mismo están hablando.

-¿Qué? ¿Donde? -Aquello era una prueba de su ingenuidad; ni siquiera se habla fijado en que su hermano estaba también en el grupo, ligeramente a la izquierda de Hamilton.

-No supondrás que...

-No. Seguro que no - repuso secamente Catherine-. No con el tío Lawrence y William Merryweather presentes en la conversación. Si no están discutiendo otra vez sobre Carlos Eduardo Estuardo, ¡me como el abanico, pluma a pluma!

Harriet gruñó de nuevo, esta vez con auténtico disgusto.

-¿Otra vez la política? Juro que si tengo que escuchar una sola discusión más sobre los Estuardo y los Hanover, y a quién pertenece por auténtico derecho el trono... -echó una mirada a su propio abanico, de blonda pintada y rostrillo, e hizo una mueca-, yo misma iré en busca de Pelham- Whyatt.

-La línea de los Estuardo ya ha terminado. -Sir Alfred hablaba en voz alta, sonándose la nariz en un pañuelo de lino-. Y por qué demonios esos papistas no parecen captar la idea es algo que ignoro por completo. Deberían estar cansados de luchar y perder las batallas, cansados de defender una causa que no tiene otro destino que acabar en el fondo del mar. Inglaterra no va a tolerar a otro rey católico en el trono y, mucho menos a uno que habla con el acento de las Highlands.

-De hecho... -William Merryweather era vecino y amigo de la familia, tan bajo como sir Alfred e igualmente robusto, de modo que ambos parecían dos redondeadas bolas de masa cuando estaban juntos. Les gustaba hacer de abogados del diablo y discutir por el placer de discutir, fuera cual fuera el tema-, Jacobo Francisco Estuardo hablaba tan claro como tu o como yo. En cua1quier caso, se inclina más hacia la influencia italiana; se ha pasado casi cuarenta años exiliado allí.

-Papistas -rezongó el coronel Halfyard-. El pretendiente al trono es un viejo insensato. ¡Conserva una corte real en Roma! ¿Quién se cree que es?

-El heredero con pleno derecho y el rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda -dijo Merryweather arrastrando las palabras-. Despojado su trono por un usurpador alemán.

-El rey Jorge es descendiente directo de Jacobo I.

-A través de la línea sucesoria de la hija, no del hijo.

-Jacobo Estuardo es un loco, como su. padre-insistió sir Alfred-. Debería estar agradecido por, haber sido exiliado y no decapitado por su discurso papista. Si queréis mi opinión, lo mas inteligente que hizo Cromwell fue quitarle de la cabeza a Carlos cualquier insensata intención que pudiera albergar de reclamar su corona. Es una lastima que no tengamos generales como él, hoy en día... eh, excepto la compañía aquí presente, naturalmente. En cualquier caso, porque los jacobitas persisten en sus amenazas y sus traidoras acusaciones escapa a mi razón. ¡Tan sólo hace un mes que arrestaron a uno de ellos en la mismísima Cámara de los Comunes!

-Tienen mucha desfachatez -agregó el coronel-. Aparecen por todas partes, no se puede confiar en ellos. Ya no sabes quiénes son tus amigos.

-Lo que sí sabemos es que Luis de Francia no volverá a organizar jamás una flota invasora para apoyar la causa de los Estuardo. No después del penoso fiasco del año pasado.

-Fue una estupidez -asintió Halfyard-. Organizar una flota en febrero. Cruzar el canal en pleno invierno. Once buenos barcos desperdiciados. Cientos... miles de vidas perdidas para nada.

-Es una lástima que Carlos Eduardo Estuardo no se hundiera con el resto de la flota.

-Sí. -Merryweather hizo un mohín con los labios-. Ese crío insolente... Imaginadlo declarando ante el mundo entero que no descansará hasta que haya vuelto victorioso a Inglaterra y haya ocupado el trono en nombre de su padre. Semejante insolencia merece una tumba bajo el agua.

Sir Alfred se aclaró la garganta con énfasis para demostrar que. Estaba de acuerdo. Su rostro era más adusto de lo normal, lo que indica que había disfrutado de una considerable cantidad de vino de Madeira. El encaje que llevaba alrededor de cuello y puños estaba ostensiblemente moteado de migajas que se le habían adherido durante la cena, algunas de las cuales saltaron mientras el parlamentario gesticulaba enérgicamente con una mano.

-Yo digo que debemos colgar a todos los desgraciados Jacobitas que podamos atrapar. Cuanto más alto, mejor.

-Eso significaría dejar desierta una gran extensión de Escocia- dijo Hamilton jovialmente-, porque casi todo el apoyo al pretendiente proviene de esa zona.

-No son más que salvajes -escupió sir Alfred-. Deberíamos haberlos echado al mar cuando los aplastamos en 1715. Pero ¿qué hicimos? Les concedimos la amnistía; eso es lo que hicimos. Les devolvimos, *sus* tierras y les construimos carreteras militares mejores que las nuestras. Escocia entera tendría que haber sido desarmada y sometida hace treinta años. Decidme, ¿es que se puede pasear por algún lugar de aquella maldita tierra sin que uno de esos guerreros con faldas te salga al paso blandiendo un sable enorme justo ante tus narices? Y especialmente ahora, que han encontrado a un idiota que está convencido de que puede ponerlos en pie de guerra para conquistar el mundo.

-No toda Escocia está dispuesta a luchar por un rey de los Estuardo -señaló Damien, prudente.-La mayor parte de la población es tan contraria a reavivar viejas reyertas como nosotros. Y, en cuanto a que son unos salvajes, me atrevo a mencionar que en Oxford y en Cambridge había tantos escoceses como ingleses.

-¡Bah! ¿Para eso te envié a estudiar, muchacho? ¿Para que hablaras como un abogado? ¿Dónde está tu furia? Perdiste a un abuelo y a un tío en el último alzamiento jacobita, y no me avergüenza decir que tu padre casi se muere también, de terror. Que no son salvajes, ¿ eh?. Viven en la montaña, en cuevas, y se pasean vestidos con faldas de lana que no dudan en quitarse cuando lo creen necesario. Que me aspen... ¿puedes ni tan sólo imaginar lo que es ver a una horda de criaturas desnudas y peludas cargando contra ti en un campo de batalla, como si salieran directamente del infierno... gritando y blandiendo esos enormes sables y hachas como si fueran guadañas? ¿ Que no son salvajes? A duras penas pronuncian una sola palabra inteligible en el inglés del rey, por el amor de Dios, y se pasan la mayor parte del tiempo robando y asesinando a sus vecinos.

-Deberíamos hacer que el ejército volviera de Austria -apuntó un caballero, incorporándose al grupo-. Si no se les puede persuadir con la lógica de acatar la ley y la lealtad, por Dios que habremos de imponerlas con el mosquete, la bayoneta y la horca.

-Eso, eso -fue el consenso general.

-Lo cierto -un invitado, delgado y de aspecto nervioso, adelantó su índice y se ajustó las gafas de pinza para poder continuar- es que los clanes son unos fieros defensores de su lealtad y muy estrictos a la hora de acatar las leyes de sus propias sectas. Su jefe es para ellos padre, magistrado, juez, incluso rey, de algún modo, con derechos y poderes heredados que el más humilde de ellos ni siquiera soñaría desobedecer.

¿-¿De qué demonios hablas, Faversham? ¿Te consideras una autoridad en la materia sólo porque te has pasado unos cuantos meses en aquellas tierras, dibujando mapas?

-No, por Dios, no me considero una autoridad. Sólo quien haya nacido y crecido en Escocia es capaz de entender en profundidad cómo piensa un escocés. Pero debo confesar que me vi obligado a cambiar mis opiniones sobre ellos en general, después de haber viajado a lo largo y ancho del país.

-¿ Y ahora pretendes convencernos de que son gente honorable y amistosa?

Ante aquel sarcasmo, el hombrecillo volvió a ajustarse las lentes.

-De hecho, se mostraron más hospitalarios cuando se dieron cuenta de que yo estaba allí tan sólo por cuestiones científicas y en son de paz. Por lo que se refiere a su honor, cometí un error, sin saberlo, al comentar a uno de los jefes que algunos de sus hombres no se habían comportado conmigo del modo civilizado que yo esperaba. Su reacción fue llevarse la mano a la espada y decirme que, si yo lo creía necesario, me mandaría dos o tres cabezas para reparar el insulto. Yo me reí, pensando que solo era un humorística fanfarronada, pero el jefe insistió, asegurando que el era un hombre de honor y... caramba creo que lo abría hecho.

-¿ Usa usted esto como ejemplo para demostrar su grado de civilización? -La boca del teniente Garner se curvó con sarcasmo-. Pues yo creo que más bien ilustra que tienen muy acusados sus instintos primitivos, si es cierto que no dudarían ni un instante en decapitar a un hombre.

-Quizá no me he explicado bien, entonces -se defendió Favers-. Sólo quería decir que para un escocés (y para un highlander, en particular) el honor lo es todo.

-Señáleme un highlander -contestó muy secamente el teniente Garner- y le señalaré un ladrón.

-No recuerdo que me desapareciera nunca nada entre ellos, excepto un par de guantes... y fue debido a mi propio despiste.

-Suena como si les tuviera usted respeto, señor.

-¿ Respeto, teniente? En todo caso, encuentro que es prudente respetar lo que es tan simple y básico que no puede ser ignorado. O destruido.

-¡Ja! -El coronel Halfyard le dio una palmada tan fuerte en el hombro a Faversham que las gafas le saltaron de la nariz-. Ahí lo tiene, pues. Lo admitimos... ¡son unos simplones!

-Mientras los otros reían y aplaudían el chiste del coronel, el cartógrafo volvió a colocarse los lentes, no sin hacerse un lío.

-No, no. Quería decir «Simple» en el sentido mas puro y estricto de la palabra. El honor, para un highlander, es el honor. Sin matices, sin peros, sin excepciones. Hacen sus promesas ante Dios y los hombres y las sellan con sus labios sobre una daga. Si alguna vez rompen el juramento, aceptan el hecho de que deben perder la vida, y la entregan al metal de esa misma daga. ¿ Cómo se puede no respetar esa fe sin limites?.

- Esta usted sugiriendo, señor, que solo porque besan hojas de cuchillo y se muestran deseosos de atravesar su propio corazón si dicen alguna mentira inocente -a voz de Garner goteaba sarcasmo- deberíamos temblar de miedo y quedarnos sin hacer nada si ellos deciden cruzar nuestras fronteras y destronar a nuestro rey?

Faversham enrojeció bajo las miradas de aquellos hombres.

-Sólo quería dejar en claro que si han jurado restablecer la monarquía de los Estuardo, no se debería tomar la cuestión a la ligera.

- Y lo digo, aquí y ahora, clara y llanamente, que toda a chusma escocesa junta no es suficiente amenaza ni para que empiece a sudar. No tienen un ejército regular, ni armas, ni artillería, ni flota. Sólo gaitas y espadas para luchar contra la nación militar más poderosa, bien disciplinada y bien pertrechada que ha conocido el mundo.

Dicho esto, el teniente dio la espalda a Faversham, despreciándole rudamente como si fuera un estorbo. El caballero se sonrojó hasta alcanzar un tono casi escarlata mientras empezaba a alejarse del grupo, Y quedó tan sorprendido como el resto del grupo al oír una voz que salía en su defensa.

-Yo he sido siempre de la opinión de que es más saludable tomar precauciones contra el enemigo que subestimarlo por completo.

-El repentino silencio que siguió, Hamilton se volvió poco a poco para responder a ese nuevo y tranquilamente pronunciado reto. La voz pertenecía a un recién llegado al grupo, un hombre de negocios y socio de Damien en Londres.

Los ojos verde jade de Garner se entrecerraron.

-Montgomery, ¿ no es así?

-Rafer Montgomery -asintió el hombre, inclinando 1igeramente la cabeza.

-¿ y comparte la opinión de Faversham sobre que los escoceses representan una amenaza real para la seguridad de la monarquía inglesa?

-La opinión que comparto es la de que yo no quiero precipitarme considerándolos unos salvajes incompetentes. Después de todo, han conseguido mantener sus propias fronteras relativamente infranqueables durante los últimos mil años, más o menos. Ni siquiera los normandos se atrevieron a invadirlos.

-Posiblemente, porque no había nada detrás de sus fronteras por lo que valiera la pena conquistarlos -dijo Garner llanamente-. La tierra es pobre, y el clima, impredecible. Habría que tener la piel tan dura como la de los propios salvajes para poder sobrevivir allí.

Montgomery sonrió antes de responder.

-Aun así, pagamos buenos. Precios por su carne de vaca y carnero, y por su lana, por no mencionar el prospero mercado negro que comercia con sus mejores... eh... líquidos. A menos que el paladar me haya traicionado a causa del vino francés, esta noche estamos disfrutando de un whisky en el que he detectado el inequívoco almizcle de Escocia.

Sir Alfred carraspeó ruidosamente Y empezó a balbucear alguna rápida excusa, pero nadie le prestaba atención. Todas las miradas estaban fijas en Montgomery Y Hamilton Garner.

-¿Puedo preguntarle a qué se dedica, señor? Y, si se me permite ser aún más indiscreto, no reconozco su acento.

Montgomery movió en pequeños. Círculos el vaso que tenía en la mano, agitando su contenido en un diminuto remolino.

-Crecí en el continente, señor: Francia, Italia, España. Por lo que respecta a mis ocupaciones, me dedico a la importación y la exportación, y para ese fin viajo continuamente en busca de adquisiciones interesantes y provechosas. Mi interés por la política (si puedo dar por sentado que esa iba a ser su próxima pregunta) se limita a lo que afecta a mis beneficios y pérdidas. De todos modos, he de decir que al igual que el señor Merryweather, disfruto analizando los dos puntos de vista de una discusión... y, como al señor Faversham, soy capaz de mantener una mente relativamente abierta durante dicho análisis.

El teniente Garner observaba a Montgomery tan detenidamente como si se tratara de un inminente adversario. El exquisito corte de la levita azul índigo del negociante, Junto al azul plateado del chaleco y los pantalones, olía a dinero y comodidades, pero, en cambio, parecía haber señales de duro trabajo en sus fuertes manos y sus anchos hombros.

-Si damos por aceptada su declaración de neutralidad por el momento -musitó- y consideramos que sus intereses son puramente financieros, debe de estar usted de acuerdo en que sería más ventajoso para cualquier mercader un Gobierno estable que una guerra.

Montgomery dirigió el poco velado insulto exhibiendo ligeramente su sonrisa.

Al contrario. Si yo fuera estricta y únicamente un especulador (hipotéticamente hablando, desde luego), estaría extremadamente ansioso por ver a los dos países en guerra. Siempre se pueden ganar increíbles sumas de dinero en situaciones caóticas, del mismo modo que las guerras, sin ninguna duda, proporcionan grandes oportunidades a simples soldados rasos de labrarse un sargento camino que les haga sobresalir y proclamarse.

Garner se irguió visiblemente. Su mano se deslizó hacia arriba y se posó en la filigrana de la empuñadura de su espada, y la piel de sus mejillas y las alas e su nariz, evidentemente dilatados, palideció de tensión.

-Yo no compararía las dos profesiones, ya que una existe para defender la vida y la libertad, mientras que la otra... la otra fue creada por parásitos que se alimentan de los despojos de la derrota.

-Damien Ashbrooke fue el único que emitió un sonido al contener el aliento, pero era evidente que todos compartían su sorpresa mientras esperaban, con la respiración contenida, que se produjera una explosión de violencia entre los dos hombres. Sin embargo fue una explosión de muy distinta índole la que tuvo lugar: una explosión de risas y suaves torbellinos de seda.

-¿Tanta charla seria y tanto semblante enfurruñado -les increpó Catherine juguetona- en el día mi cumpleaños? ¿No te da vergüenza, Hamilton? ¿Ya ti, Damien? La pobre Harriet y yo ya empezamos a sentirnos como si fuéramos dos floreros.

- ¡Señorita Ahbrook! -William Merryweather la saludó con un exageradísimo beso en a mano-. Y señorita Chalmers. ¿De veras se han sentido tan olvidadas, o lo dicen por el mero hecho de castigar, a estos pobres admiradores?

-Estábamos totalmente muertas de aburrimiento -insistió Catherine-. Pero gracias a ese encantador gesto de galantería, puede tener el honor de pedirme el primer baile de cumpleaños.

Sus ojos violeta echaron a hurtadillas una mirada a Hamilton para ver cómo reaccionaba ante el hecho de que alguien le robara aquel privilegio... pero su ojeada no llegó a pasar del caballero que estaba de pie junto a su hermano, Su cara estaba parcialmente de perfil pero, al sonido de la voz de Catherine, se volvió. Y con un simple destello de sus ojos de medianoche, oscuros y penetrantes, a ella se le corto la respiración en algún lugar entre la garganta y los pulmones.

Aquellos ojos eran inconfundibles, como lo era también la ligera curva de aquella boca, que acentuó aún más su sonrisa al ver la expresión atónita de Catherine. Porque, a pesar de ir elegantemente vestido y perfectamente peinado, era el mismo bribón que la había acosado en el claro del bosque aquella mañana.

Capítulo 3

Catherine se quedó mirando fijamente al extraño durante lo que le pareció media eternidad. Su reacción no pasó desapercibida; Damien, por ejemplo, se percató de cómo sus mejillas enrojecían y el violeta de sus ojos oscurecía de rabia, y de no haber sabido, tal como él creía, que Raefer había llegado directamente de Londres al mediodía y que jamás había conocido antes a ningún miembro de la familia Ashbrooke, habría jurado que su hermana lo miraba como si se tratara de un antiguo e irreconciliable enemigo de toda la vida.

Consciente de las tirantes relaciones entre Montgomery y Hamilton Garner, Damien procuró ocultar aquel embarazoso silencio con las presentaciones.

-Raefer Montgomery, no creo que tengas el placer de conocer a mi hermana, Catherine.

El alto comerciante dio un paso adelante y, tomándole una mano, se inclinó educadamente.

-Es un inmenso placer, desde luego, señorita Ashbrooke. Y reciba mis más cálidas felicitaciones por su cumpleaños. Mi llegada ha sido más bien inesperada, y Damien se ha mostrado muy amable invitándome a asistir a la fiesta... aunque haya olvidado mencionar que tiene a una hermana tan adorable.

-Me alegra mucho que haya podido acompañamos -dijo ella fríamente, prometiéndole a su hermano con la mirada que aquello tendría respuesta.

-Eh... y la señorita Chalmers -añadió Damien, un poco aturdido-. El señor Raefer Montgomery.

La sonrisa de Montgomery volvió a ensancharse y pasó de ser puramente divertida a mostrar auténtico placer.

-Señorita Chalmers. Tenía muchas ganas de conocerla. Damien me ha hablado de usted en infinidad de ocasiones, pero si se me permite decirlo, sus descripciones no le hacen justicia.

-Vaya, muchas gracias, señor. -Harriet enrojeció por completo, consciente de la mirada sombría de Catherine.

Esta luchaba con todas sus fuerzas para controlar la indignación que corría, inflamada, por sus venas. Había estado peligrosamente cerca de abofetear el rostro de Montgomery con su sonrisa burlona, y realmente lo habría abofeteado de no ser por la presencia de su padre y el coronel Halfyard. Por eso, y por el hecho de que no podía permitirse montar una escena aquella noche, precisamente aquella.

-No recuerdo que mi hermano me haya mencionado nunca su nombre, señor Montgomery. Pero supongo que algunos abogados prefieren mantener a sus clientes eh... menos aceptables... en el anonimato. ¿No es usted, por casualidad, un asesino o un salteador?

Damien estaba horrorizado, pero Montgomery simplemente rió; la misma risa profunda y resonante que había perseguido a Catherine mientras salía del bosque.

-Puede estar tranquila, señorita Ashbrooke, sólo acudo a la experiencia de su hermano para asuntos estrictamente financieros.

-Raefer tiene un negocio de marina mercante con sede en Londres -explicó Damien rápidamente.

-¿ Esclavos o mercado negro? -inquirió ella, con su más dulce expresión.

-De momento, ropa interior femenina -replicó Montgomery sin inmutarse-. En este clima, el mercado es extremadamente lucrativo para cualquiera que pueda llevar cargamentos de seda, encaje y brocados. Sin poder contar con el comercio con Francia, las mercancías de oriente están alcanzando los precios más altos.

-Qué interesante - declaró Catherine, abriendo su abanico con un gesto de aburrimiento. Se volvió a William Merryweather y lo agasajó con una arrebatadora sonrisa-. Me parece oír a la orquesta afinando para la próxima ronda.

Con un artístico movimiento de sus amplias faldas, dejó que Merryweather la acompañara hasta la pista de baile, donde otras parejas estaban colocándose para formar dos largas hileras. La pieza era un minué, elegante y majestuoso, y los pasos se ejecutaban con gracia y precisión. Catherine evitaba en todo momento mirar en dirección a Montgomery, aunque era consciente de que sus ojos oscuros la seguían a través de las intrincadas figuras del baile.

-Qué hombre tan odioso --comentó a Merryweather cuando se acercó a él para uno de los giros-. Ropa interior femenina... Apuesto a que no pierde el tiempo trayendo las mercancías desde oriente. Apuesto a que las pasa de contrabando desde Francia, a pesar del embargo.

-Tiene un carácter demasiado brusco para mi gusto -asintió Merryweather-. Pero debo reconocer que posee cierto arrojo. No le da miedo decir todo lo que piensa; él y el teniente se estaban midiendo en una conversación justo antes de que usted llegara.

-¿De veras? ¿Sobre qué hablaban?

Las hileras se separaron y los bailarines trazaron varias figuras antes de volver a acercarse.

-¿Sobre qué habla todo el mundo en estos días? -Merryweather suspiró-. Sobre política, desde luego. Admito que yo mismo tengo cierta tendencia a poner el dedo en la llaga, pero nuestro intrépido señor Montgomery no ha dudado ni un instante en poner toda la mano.

-¿ Está a favor de la guerra?

Merryweather hizo un mohín con los labios, pensativo.

-Que me aspen si sé de qué está a favor. O de quién.

Catherine frunció el ceño y robó una rápida ojeada por encima de su hombro. Montgomery se había distanciado ligeramente del grupo, pero Catherine no sabía deducir si

era debido a su propia iniciativa o a causa de un sutil movimiento por parte de los otros para echarlo del mismo. En cualquier caso, a él no parecía importarle demasiado. Tenía suficientes sitios donde centrar su interés, porque todas y cada una de las mujeres de la gran sala rivalizaban por captar su atención.

A pesar de que aquel hombre la desagradaba, tuvo que reconocer que era un asombrosamente apuesto contraste con los invitados, más bajos y menos musculosos, todos ellos miembros de la clase acomodada de la zona, o bien oficiales de casaca escarlata que tenían la tendencia a parecerse entre ellos después de un momento. Medía media cabeza más que la mayoría de los hombres allí presentes (exceptuando a Hamilton) y Catherine sabía perfectamente que muy poco de la figura bajo la levita azul índigo era debida al talento de un sastre. Además, tenía un indefinible aire de seguridad y confianza en sí mismo, como si supiera que era el objeto de la mayoría de conversaciones susurradas en el salón de baile, pero no le importara en lo más mínimo. Y, como colofón, la espalda de Hamilton estaba tan erguida como una plancha de hierro, y miraba a Raefer como si nada pudiera complacerle más que acabar la interrumpida conversación a puñetazos.

Catherine acabó los últimos pasos del baile de forma mecánica, con los pensamientos bien alejados de la música. La vanidad de Hamilton ya había sido aguijoneada una vez por el recién llegado; ¿podía sacar ella alguna ventaja? Un ligero flirteo podría ser justo la motivación que su teniente necesitaba para arrojarse a una petición apasionada. Tenía que ir con cuidado, claro. Montgomery había sido tosco e imperdonable mente rudo aquella mañana, y ella no quería alimentar su arrogancia con ninguna falsa impresión, pero la medianoche estaba muy cerca y no podía permitirse una derrota por lo que hacía respecto a su propia vanidad.

El minué terminó entre educados aplausos, y Catherine fue escoltada de vuelta al grupo de su padre.

-Muchas gracias, señor Merryweather -dijo con una sonrisa. y se soltó de su brazo-. Ha conseguido dejarme casi sin aliento. Hamilton... -le miró por entre la densa espesura de sus pestañas- ¿puedo pedirte que vayas por un vaso de agua fresca?

Él se inclinó cortésmente.

-Claro que puedes. Será un momento.

-Gracias. Oh, y, papá... creo que el señor Petrie te está buscando.

-¿Petrie? -sir Alfred levantó la cabeza como si fuera un perro de caza siguiendo un rastro de sangre. Siempre se podía contar con Hugh Petrie, en cualquier ocasión, para alejarse de la tontería y la frivolidad, y ocuparse de asuntos más serios, como los juegos de naipes y el backgammon. Bueno. eh... -se aclaró la garganta- Lawrence... ¿qué te parece si vamos a buscarlo y vemos qué es lo que quiere? Seguro que es algo que precisa y que garantiza nuestra total atención, sin duda.

-Sin duda, sin duda -el coronel asintió con la cabeza y ambos se alejaron rápidamente. Merryweather se quedó un momento más, pero la tentación de una buena partida de cartas a la vista era demasiado irresistible, Y también presentó sus excusas Y se marchó, con lo que el grupo quedó reducido a Damien, Harriet, Raefer Montgomery Y Catherine.

Ésta miró a Harriet a los ojos.

-Una gavota -dijo, indicando con la cabeza el lugar de donde procedía la música-. Es una de tus favoritas, ¿verdad? Harriet abrió los ojos como platos, pero pasó una mano por el brazo de Damien y aceptó la invitación de sumarse al baile. Catherine los siguió Con la mirada hasta que estuvieron suficientemente alejados y, entonces, se volvió hacia Montgomery.

-Dígame, señor, ¿ enseñan a apreciar la música en la escuela de cazadores furtivos?

-y también a apreciar el baile -repuso él, ofreciéndo1e su brazo-. ¿Me permite?

Ella estudió aquella sonrisa 1ibenina durante un momento, antes de aceptar. Era consciente de que todas las cabezas se volvían para seguirlos mientras cruzaban una fila de

damas que cuchicheaban, y aún más consciente del par de ojos verde jade vigi1ándo1es desde el otro lado del salón mientras se mezclaban con las otras parejas de baile.

Los movimientos de Montgomery eran fluidos y seguros, increíblemente ágiles y delicados para un hombre de su tamaño. Catherine se sorprendió de su propia reacción ante el contacto de sus dedos sobre aquellos músculos de acero, y ante el repentino recuerdo de aquel cuerpo, desnudo hasta la cintura, con 1ós negros cabellos goteando en su piel. No esperaba sentir como si su toda ella fuera a fundirse cada vez que él aprovechaba la música para hacer que ella fuera a parar entre sus brazos descaradamente.

-Debo discu1parme por haberme comportado tan rudamente esta mañana -dijo él, acompañando delicadamente un giro del baile-. He estado cabalgando toda la noche, y se me ha acabado la paciencia, después de perderme varias veces por los senderos del bosque.

-Las disculpas no parecen encajar demasiado con su carácter, señor Montgomery. Pero ¿por qué no me ha dicho que era Usted amigo de mi hermano? Tampoco eso le habría excusado de su detestable comportamiento, pero podría haber ayudado a exp1icarlo.

-¿Cuenta Damien con cazadores furtivos y salteadores entre sus amistades?

-Yo he estado en su despacho de Londres. He visto algunas de las compañías que se ve obligado a mantener.

Se separaron, ejecutando algunos pasos con otra pareja en sus diagonales, antes de volver a coincidir.

-No estaría mal que Usted también me presentara sus disculpas.-dijo él, pensativo.

-¿Mis disculpas? -ella levantó la cabeza y frunció el ceño-.¿Por qué, si se me permite preguntarlo?

-Por espiarme sin que yo me diera cuenta. Por esconderse entre las sombras y mirarme mientras me bañaba.

Catherine abrió la boca, incrédula.

-No estaba de ninguna manera espiándole, señor. Si hubiera sabido que había alguien bañándose en el claro, no me habría acercado a menos de cien yardas de allí. Simplemente, quería dar agua a mi caballo y... -se calló y cerró la boca de golpe. Aquella sonrisa turbadora y omnisciente había aparecido de nuevo en sus labios, así como el inequívoco destello de diversión en sus ojos negro azulado-. Por favor, lléveme de vuelta. Veo que el teniente Garner ya ha vuelto con mi refresco.

-Mi querida señorita Ashbrooke... -cogió la mano de Catherine y se la llevó a los labios, dejando que todo el calor de su aliento se posara sobre sus dedos enfundados en guantes-. Hace muchos y largos meses que no tenía a una mujer tan adorable entre mis brazos, y me resisto a renunciar a ese placer tan pronto. Me temo que el teniente tendrá que esperar.

-No creo que...

-¿Todavía le doy miedo? ¿Incluso en un salón repleto de gente?

- Ella contuvo la respiración y le miró con la cabeza erguida. Hamilton se estaba acercando al borde de la pista de baile, llevando el pequeño vaso de cristal en la mano. La orquesta seguía tocando y las parejas se desplazaban alrededor de ellos. Montgomery sonreía, desafiándola, acusándola con la mirada de no atreverse a continuar.

Ella alzó la mano y la posó en la muñeca de Montgomery, al tiempo que sentía cómo él volvía a enlazarla por la cintura. Imaginó que podía oír el torrente de murmullos que recorría la sala al ver que ella concedía un segundo baile al recién llegado de Londres. Era un comportamiento escandaloso, tan escandaloso como la manera que tenían aquellos ojos de medianoche de aguantarle la mirada, reclamando toda su atención, relegando todo lo demás (la música, las risas, el cuchicheo de las conversaciones) a un lejano plano de fondo. Catherine sólo podía ver, confusamente, los destellos de las sedas de colores que pasaban junto a ellos, los brillantes reflejos de la luz de las velas en los cristales de las ventanas y puertas. No se dio cuenta en absoluto de que él la alejaba, bailando, girando, del centro de la pista de baile, del salón, hasta la terraza, dando vueltas y más vueltas hasta dejar atrás las luces y el barullo, y bailando sólo entre sombras, bajo el cielo estrellado.

La acercó hacia él, y la abrazó de un modo que la hizo sentir perfectamente ajustada a los duros contornos de su cuerpo. Los círculos que describían eran cada vez más pequeños, sus pasos se hacían más lentos, hasta que prácticamente dejaron de moverse, y tan sólo se me cían suavemente al compás de la música. Catherine sentía que el corazón se le desbocaba, que la sangre le latía con demasiada fuerza, y se dio cuenta de que ambos estaban peligrosamente cerca. La noche era muy oscura y en el ambiente sólo se respiraba la fragancia de las rosas. Bajó la mirada un instante, y ya no fueron aquellos ojos los que seguían manteniéndola embrujada, sino la sensual curva de aquella boca... una boca que se acercaba a la suya mientras la mano que tenía en la espalda subía hasta su nuca.

Sus labios se rozaron, y un temblor sacudió todo su cuerpo. De su garganta escapó un débil suspiro de protesta, pero ni siquiera pudo conseguir que sonara convincente. Todos sus sentidos se centraron en la suave y dulce presión de aquella boca sobre la suya, en aquella lengua que retozaba y tanteaba el terreno, preparándola para la audaz intrusión que siguió de inmediato.

Catherine sintió que sus brazos la abrazaban con más fuerza y que sus labios se pegaban más a los suyos. Volvió a intentar una protesta, pero tan sólo consiguió proporcionarle á Montgomery la pequeña abertura entre los labios que él buscaba, y sintió, con horror, que aquella lengua penetraba posesivamente, buscando el calor de su boca. Le fallaron las rodillas, y el estómago se le volvió de gelatina, de gelatina hirviendo, tan densa como el plomo fundido, deslizándose hacia sus piernas con cada suave y escudriñadora caricia. Abría y cerraba los puños. Extendió los dedos sobre el terciopelo de la levita y los fue subiendo poco a poco... hasta que sus manos se agarraron a aquellos anchos y poderosos hombros, alrededor de la nuca. Catherine se entregaba ansiosa a aquel abrazo, temblando ante la fuerza de los brazos de Montgomery mientras la envolvían.

Había creído conocer todos los tipos de besos que un hombre podía ofrecer... ¿ qué misterio le quedaba por descubrir en el simple hecho de un roce de labios? Los besos de Hamilton, eso sí, la llenaban de calidez y le producían pequeños escalofríos de satisfacción en todo el cuerpo, más que los besos de cualquier otro hombre que la había besado antes que él. Pero, aún así, el teniente jamás le había provocado ese torrente de calor líquido que ahora mismo le incendiaba las venas. y tampoco el cuerpo de Hamilton había atraído jamás al suyo de aquella manera, obligándole a fundirse, a moverse con él, a preguntarse la causa y el remedio que había para aliviar aquella increíble y llameante tensión. Incluso sentía la piel más tirante, y un hormigueo en el vientre que la llevaba a querer acercarse aún más, a querer notar el calor de aquel cuerpo sobre la desnudez del suyo.

Catherine le estaba devolviendo el beso, sabía que lo estaba haciendo, pero Montgomery dejó de besarla de repente, separándose tan bruscamente, que de los labios de ella escapó un quejido de desilusión. Las sombras escondían su rostro, y ella casi no podía discernir más que sus negras y pobladas cejas, pero le pareció adivinar que ambos compartían la misma sensación de sorpresa. Como si él no hubiera esperado sentir la tormenta de placer que ella sabía que recorría también su ancho torso.

Montgomery se separó de ella, como si ya no pudiera responder ante la perspectiva de seguir en contacto, e intentó usar un tono desenvuelto y frívolo la hablar.

-Ya te advertí sobre los tunantes sin escrúpulos que no dudarían en aprovecharse.

-Sí, lo hiciste -murmuró ella-. y también me amenazaste con darme una lección sobre la vida real. ¿Es esta?.

-¿Sobre la vida real? -susurró él-. Ni siquiera estoy seguro de que sepa qué es lo que es, ya. Creía que...

Catherine tembló al notar sus dedos deslizándose por la curva de su garganta. Volvió ligeramente la cabeza para sentir mejor su calor contra la piel... y abrió los ojos con horror.

A menos de cinco pasos, la silueta de un hombre se recortaba contra el resplandor de las velas que salía a través de las puertas abiertas.

Tenía los brazos rígidos, pegados al cuerpo, y en una de las manos llevaba un pequeño vaso de cristal, sujeto con toda la fuerza de sus dedos.

Catherine emitió un sonido entrecortado y se apartó de un salto de Montgomery.

-¡Hamiton!

-Espero no interrumpir -dijo el teniente, conteniendo su ira.

Ella avanzó algunos pasos hacia él.

-Hamilton... no es lo que piensas...

-¿No lo es? Entonces, si puedes hacerme ese favor, te ruego que me digas qué es. Me envías a por un vaso de agua, le concedes un baile a un hombre al que acaban de presentarte. Diez minutos después, te encuentro arropada entre sus brazos y...-acabó la frase con una risa burlona- me dices que no es lo que pienso.

-Hamilton, por favor...

-Lo que pienso, señora, es que estabas besando a este caballero, y sin mostrarte de mala gana. Los hechos no requieren mucha más explicación que esa... a menos que, claro está, hayas adquirido reciente mente el hábito de besar a perfectos desconocidos y no veas qué objeciones puede haber a eso.

Montgomery lanzó un suspiro audible. Buscó en su bolsillo y sacó un cigarro negro y delgado.

-No le está ofreciendo a la señorita la oportunidad de darle una explicación. Si lo hiciera, ella podría decirle que ese beso ha sido única y exclusivamente idea mía, y que lo ella se ha limitado... a sufrirlo.

-¿A sufrirlo? -El rostro de Garner se mantenía impasible, como grabado en piedra, mientras observaba cómo Montgomery encendí una cerilla y la aplicaba al cigarro.

-Es su cumpleaños, ¿no?

-y usted ha pensado aprovechar la ocasión para imponerse a su dócil carácter, ¿verdad?

-Yo no le he impuesto nada a nadie -dijo Montgomery, en voz baja-. Simplemente, le estaba expresando mis felicitaciones.

Los dedos de Hamilton se cerraron aún más sobre el vaso. -Catherine... creo que deberías volver a la fiesta inmediatamente; en esta terraza se empieza a helar el ánimo.

-¿ Vienes conmigo? -le rogó en un susurro.

-Todavía no. Montgomery y yo no hemos terminado nuestra conversación.

Ella le tocó la manga de la casaca.

-Hamilton, por favor.. .

-He dicho que entres -sus fríos ojos la miraron, y apartó su brazo de ella-. Esto es entre Montgomery y yo.

-Al contrario -dijo Raefer, observando la ceniza candente de su cigarro--. Si hubiera algo más que debiera discutirse, sería entre la señorita Ashbrooke y yo mismo. De todos modos... si una disculpa puede poner fin a este simple malentendido, no tengo inconveniente en ofrecerla. No tenía ni idea de que el tiempo de la señorita estuviera bajo control de nadie.

Hamilton apretó los dientes.

-Catherine puede hacer con su tiempo lo que quiera. Si elige pederlo en compañía de bastardos sin principios, que así sea.

Montgomery miró fijamente al oficial de los dragones durante largo y tenso momento. Cuando finalmente habló, su tono fue bajo y falsamente suave.

-He ofrecido mis disculpas. Si me perdonan...

Se inclinó educadamente ante Catherine y se dirigió hacia puertas. Se escuchó un agudo murmullo de metal contra cuero y instante después, el sable de Hamilton salía al

paso de Montgomery, y la punta plateada y brillante se posaba sobre los encajes que adornaban su cuello.

-Una disculpa no es suficiente -bufó Garner-. A menos que también pida perdón por ser un cobarde y un palurdo maleducado.

-Qué demonios está pasando ahí fuera?

Catherine dio un respingo al oír la voz de su padre desde el otro lado de la terraza. El poco color que aún le quedaba en las mejillas desapareció por completo, resbalándole hasta la punta de los pies, cuando le vio acercarse hacia ellos, seguido de cerca por Damien, Harriet y el coronel Halfyard.

-¿Y bien? ¡Decid! ¿Qué significa todo esto? Teniente Garner, baje inmediatamente esa maldita cosa y explíquese.

-Eso es -ladró el coronel-. Está usted como invitado en casa de sir Alfred. Este no es lugar para jugar a espadachines.

-Ni para recibir insultos, como el que este... caballero... ha considerado oportuno lanzar contra la señorita Ashbrooke y contra mí mismo.

-¿ Cómo dice? ¿ Qué insulto?

Catherine deseaba que se la tragara la tierra. Damien y Harriet la miraban de reojo, como si supieran, de algún modo, que ella era la causa de todo aquello. El coronel Halfyard puso la mano en la empuñadura de su propia espada, y parecía dispuesto a cortar por la mitad a la primera persona que se atreviera a moverse.

El semblante de sir Alfred se ensombreció, pasando por diferentes matices escarlata.

-He dicho que baje la espada, teniente. Si es cierto que se ha lanzado un insulto, debemos llegar hasta el fondo del asunto.

La espada se balanceó y descendió lentamente desde la barbilla de Montgomery. Con un movimiento rápido, fruto de mucha práctica, la hoja chasqueó en el aire y se deslizó en su funda de nuevo.

-Veamos, pues -la voz de sir Alfred era grave-. ¿Qué tipo de insulto ha provocado que se blanda una espada bajo mi techo?

Montgomery ni siquiera había parpadeado una sola vez desde el momento en que Garner había desenvainado. Lo hizo ahora, mientras se volvía para dirigirse al padre de Catherine.

-Ha sido un simple malentendido, por el cual ya me he disculpado.

-Esa disculpa no ha sido más que una burla -declaró Garner-. Ofrecida con una mueca de mofa. Y por ello exijo una satisfacción.

Raefer seguía mirando a sir Alfred

-No me apetece matar a ese hombre.

-¿ Matarme? -Hamilton hizo el gesto de abalanzarse sobre Montgomery-. Sería un auténtico placer dejar que lo intentara.

-Hamilton, por el amor de Dios... -Damien se adelantó rápidamente, interceptando el paso de Garner.

-¿Raefer? -se volvió, esperando una respuesta en aquel rostro de rasgos imperturbables.

Los oscuros ojos se desviaron rápidamente hasta la cara de Hamilton, y Montgomery se permitió esbozar media sonrisa. -El teniente parece haberse tomado como una ofensa el hecho de que tu hermana y yo hayamos salido a la terraza para respirar un poco de aire fresco. Parece creer que me he propasado pero, aún así, dice que no reclama ningún derecho sobre la dama en cuestión. Según mi modo de pensar, deja en manos de la señorita Ashbrooke la decisión sobre si esta noche, aquí, se ha pronunciado un insulto o no.

-¿ Qué no reclama ningún derecho? -masculló Damien, casi para sí mismo-. Están prometidos y van a casarse, por el amor de Dios.

Hamilton dejó de mirar a Montgomery el tiempo suficiente para posarse sobre Catherine con sorpresa, incluso con enojo. Ella sintió que sus mejillas empezaban a arder de humillación, y tuvo que parpadear con fuerza para evitar que las lágrimas la cegaran.

-¿ y bien, hija? -la voz de sir Alfred cayó sobre ella como un mazazo-. Estamos esperando. ¿Te ha insultado este caballero, o no?

Miró desesperada a su alrededor, a todos y cada uno de los rostros hostiles, deseando no haber cabalgada por el bosque aquella mañana, no haber aprendido nunca a bailar una gavota, no haber nacido dieciocho años atrás, precisamente aquella noche.

-Dinos, al menos, qué clase de supuesto insulto ha sido-insistió su padre, llegando al límite de su paciencia.

-Él... él... -sus palabras apenas sí eran meros susurros, y tuvo que tragar saliva para poder emitir algún sonido-. Me ha besado.

-¿Te ha besado? -Sir Alfred se inclinó sobre ella y escrutó su rostro-. ¿Te ha besado? ¿En contra de tu voluntad?

-Yo... -Catherine se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. ¿Qué podía decir? Si decía que no, a buen seguro perdería a Hamilton, tan seguro como si le hubiera abofeteado en público. Si decía que sí, su maldito código de honor le obligaría a defender su reputación-. Yo... Estábamos bailando y, de repente... -la voz le falló de nuevo, y bajó la mirada-. No he hecho nada para incitarlo a tomarse esa libertad.

El coronel Halfyard inspiró profundamente y miró a Montgomery.

-¡Explíquese, señor!

La atención de Montgomery permaneció fijada al rostro de Catherine durante un momento y después se desvió indolentemente hacia el coronel.

-No hay nada que explicar. Hace una noche hermosa, tenía a una mujer hermosa entre mis brazos; vi algo que quería, y lo cogí.

El coronel resopló por la nariz, mostrando su indignación.

-¡Esto es una insolencia, señor! Parece ser que el teniente Garner se siente ofendido justificadamente. Por Dios que yo, en su lugar, haría lo mismo.

Hamilton hizo una fina mueca con la boca mientras miraba fijamente a Montgomery.

-¿ Va usted a concederme una satisfacción, o no?

Raefer intercambió una sombría mirada con Damien antes de responder al reto del teniente.

-¿ Dónde y cuándo?

-Mañana. Al amanecer. En Kesslar's Green.

Montgomery sonrió levemente.

-Tengo negocios urgentes que resolver en Londres. Mi intención es estar ya en camino mañana al amanecer. Me gustaría acabar con esto cuanto antes, si no le importa.

Gamer palideció aún más ante esa burla adicional. Incluso sir Alfred miraba fijamente a aquel hombre, sorprendido ante su audacia.

-Entonces, se medirán ustedes ahora, y aquí -declaró-. En el patio, delante de los establos, dentro de media hora. Damien... ya que el señor Montgomery ha venido por invitación tuya, serás su padrino.

-¿ Armas, caballeros?

-El teniente parece estar bastante cómodo con la espada –dijo Montgomery tranquilamente--. No tengo inconveniente alguno.

-Hamilton... -Catherine le dirigió una mirada implorante por última vez-. No, por favor. Ya se ha disculpado...

-¡Hija! Ya es un poco tarde para que te pronuncies-. Sir Alfred la agarró fuertemente del brazo-. No dudo en absoluto que tú tienes parte de culpa en este asunto... si no toda-. Y empezó a llevársela hacia la puerta, inclinándose mientras para susurrarle al oído: -Ya le advertí a lady Ashbrooke que deberíamos haberte casado hace muchos años. Y también te

advertí, jovencita, que no estaba dispuesto a tolerar más escándalos. Ahora mismo, subirás a tu habitación, y te quedarás allí hasta que decida qué hay que hacer contigo!

Catherine no pudo contener sus lágrimas ni un segundo más. SI desbordaron de sus pestañas y se deslizaron por sus mejillas, gotean do sobre la seda rosa de su corpiño y llenándolo de manchitas más oscuras.

-¡Padre...!

-¡Ahora mismo, he dicho! y no te atrevas a importunarme con una de tus artimañas infantiles. Se te han acabado los días de hacer 1 que te da la gana. ¡Se han acabado, ya me has oído!

Pero Catherine ya no podía oír nada más que los frenético latido de su corazón. Cruzó a toda prisa la terraza, cruzó a toda prisa el salón, huyendo de las miradas asombradas, clavadas en ella, de todos los invitados, y no paró hasta que estuvo en su habitación, con la puerta bien cerrada tras ella, y pudo hundir su cabeza en el blando y ciego silencio de la colcha de su cama.

Capítulo 4

En el patio, se había dispuesto un círculo de farolillos de latón. Desde el río, había cubierto el patio una niebla ligera, tan sólo una leve calina, pero suficiente para empañar los postes de luz amarilla y distorsionar las sombras fantasmagóricas sobre el húmedo suelo empedrado. La noticia sobre el inminente duelo había corrido por la fiesta como un reguero de pólvora, y todo hombre que se preciaba de serlo estaba presente, formando entre todos un segundo círculo de murmullos alrededor de los farolillos. Algunas de las mujeres más atrevidas, envueltas en capas y cubiertas por velos para mantener una imagen recatada. Se arracimaban en pequeños y excitados grupos aliado de los establos. Los criados, los cocheros (vestidos con sus uniformes de librea) y los mozos de cuadra se habían acomodado sobre los carruajes, o se asomaban por ventanas y puertas, con ávida expectación reflejada en sus rostros.

Dos pisos más arriba, con la mano sujetando las ligeras cortinas de encaje, Catherine estaba de pie junto a la ventana de su habitación, observando con gesto torvo la escena que se desarrollaba abajo. Tenía la cara completamente cubierta de lágrimas, y los ojos brillantes y enrojecidos. Harriet estaba detrás de ella, retorciendo un delicado pañuelo entre sus manos como si quisiera hacerlo jirones.

-Alguien tiene que impedir esta locura -murmuró Catherine-. Jamás pensé que esto llegaría tan lejos. No quería que nadie sufriera ningún daño. Oh, Harriet, tú me crees, ¿verdad?.

-Te creo -murmuró Harriet, retorciendo el pañuelo con renovada fuerza.

Lo cierto era que Catherine a menudo hería a la gente (incluida ella misma), simplemente porque actuaba sin pensar y no se preocupaba por las consecuencias hasta que era demasiado tarde. Había bondad y buena voluntad en Catherine, pero era demasiado terca y rebelde para admitir que era vulnerable, demasiado orgullosa para revelarle a nadie que no era ni la mitad de fuerte o auto suficiente de lo que presumía ser.

-¿ Ha dicho lady Caroline algo cuando ha subido a verte? –se aventuró a preguntar Harriet.

-¿ Mi madre? -lanzó un suspiro burlón-. Lo que más la ha irritado es tener que interrumpir su cita con lord Winston. No creo que haya escuchado ni una sola palabra de las que he pronunciado. Quizás debería haberle dicho que Montgomery me había violado; eso podría, como minino, haber despertado su curiosidad.

-Oh, Catherine... -Harriet se mordió el labio, sin saber qué decir para consolar a su amiga. Una de las razones por las que mantenían su amistad era porque ambas comprendían la soledad de quien ha crecido en una casa vacía. La madre de Harriet había muerto al dar a luz,

y ella se había criado entre enfermeras y niñeras indiferentes. Catherine, por otro lado, podría haber sido hija única (huérfana, incluso) por cuanto se refería a la atención que le habían prestado sus padres.

-No deberías hablar tan desagradablemente de tu madre. A ella le importas, sólo que... no sabe cómo demostrártelo.

-Sabe cómo demostrárselo a sus amantes. Oh... -Dejó caer la cortina y se volvió hacia Harriet-. ¿Por qué está pasando todo esto? ¿Por qué? Era tan sólo una estupidez sin importancia. Un beso, por el amor de Dios. He besado a docenas de hombres antes de esta noche. ¿Por qué armar ese alboroto ahora? ¿Y por qué no ha podido Hamilton darse por satisfecho sin llegar a batirse? .

-Porque es el teniente Hamilton Garner, del noveno regimiento de los dragones de Su Majestad -repuso Harriet con un leve arrebato de exasperación-. ¿ Qué era lo esperabas tú que haría, Catherine? ¿A qué jugabas cuando has dejado que el señor Montgomery te llevara a la terraza?

-No he dejado que me llevara a ninguna parte. Estábamos bailando y... y ni siquiera me he dado cuenta de dónde habíamos ido a parar hasta que ha sido demasiado tarde.

-¿No te has dado cuenta de dónde estabais? Pues vaya baile debe haber sido... y vaya beso.

Catherine sintió que se ruborizaba como respuesta ante el tono acusador de Harriet pero, ¿ cómo podía ella dar una explicación a lo que había pasado? No podía dársela ni a ella misma. Era como si Montgomery la hubiera embrujado, como si se la hubiera tragado por los ojos y le hubiera impedido pensar ni moverse, ni tan sólo respirar sin que él se lo ordenara. Y el beso... Todavía le ardían los labios con el sólo recuerdo, pero eso era todo lo que había sido: un beso. Un simple beso que amenazaba con poner toda su vida patas arriba. Sin duda alguna, ya le había costado cualquier esperanza de recibir una petición de mano por parte de Hamilton. y podía ser que la costara la vida al negociante de Londres. El teniente era un diestro espadachín, el instructor de su regimiento. Catherine había oído varias historias sobre su instinto y su habilidad y, a pesar de las bravatas de Montgomery, o quizás precisamente a causa de ellas, Hamilton estaría encantado de hacerlo trizas.

-Oh, Dios mío-. Apoyó la frente Contra el frío marco de la ventana y vio una nueva conmoción en el patio. Hamilton emergía de las sombras que rodeaban el círculo iluminado y se dirigía al centro de éste, secundado por sus padrinos, dos jóvenes subtenientes. Se había quitado la casaca escarlata y los decorativos cinturones blancos, de cuero, y sólo llevaba puestos sus pantalones de piel y su camisa de lino sin cuello. Se detuvo junto a la fuente de piedra mientras uno de sus padrinos desenvainaba la espada y se la ofrecía. La sujetó con delicadeza, pasando un dedo a lo largo de la resplandeciente superficie de metal antes de asirla con ambas manos y arquear levemente la flexible hoja. Soltó la punta casi al instante, y ejecutó una serie de trazos en el aire (espirales e impresionantes giros) para calentar sus muñecas.

Al otro lado del patio, también se produjo un revuelo, aunque menor, cuando Raefer Montgomery y Damien se acercaron al círculo de farolillos. Montgomery también se había despojado de su levita, su chaleco de satén, sus chorreras y su almidonado cuello. Su camisa era de seda y estaba abierta sobre su garganta. Ya no iba perfectamente peinado, tampoco, sino que su pelo negro azabache caía, como manchas de tinta, sobre la nuca y las sienes.

La mano de Catherine se enroscó de nuevo en la cortina. Hamilton se movía como un bailarín, preparándose para la macabra función que iba a comenzar; Montgomery permanecía inmóvil, con el humo de su cigarro ascendiendo en delgados trazos por encima de su cabeza.

-¿Por qué no se ha marchado? -preguntó Catherine en un susurro lleno de horror-. ¿ Por qué no se ha limitado a subir a su caballo y marcharse? No parecía importarle lo que nadie pensara de él ¿ por qué iba a importarle hora que pensaran que es un cobarde?

Harriet se acercó a ella.

-Los hombres dicen que nosotras somos orgullosas y vanas, pero me atrevo a decir que todo lo que hemos aprendido, lo hemos aprendido de ellos.

Catherine sólo la escuchaba a medias. El coronel Halfyard había sido aparentemente escogido para actuar como juez, porque se dirigía solemnemente hacia el centro del círculo y levantaba la mano ordenando que se hiciera silencio. La ventana estaba lo suficientemente abierta para que se pudiera oír cómo el murmullo se iba apagando, y cómo la voz del coronel convocaba a los rivales.

Hamilton se acercó con paso seguro a su oficial en jefe. Montgomery aspiró profundamente una última calada de su cigarro y lo tiró al suelo, aplastándolo con el tacón antes de asir su espada, que aún sostenía Damien. Sonreía de un modo extraño, pero no había nada que fuera divertido en el modo en que dibujó una Z invisible en el aire con la delgada hoja azul metálico.

-Caballeros -la voz del coronel resonó. en el ambiente húmedo- debo cumplir con lo establecido Y conminarlos a ambos a resolver este *affatre d honneur* sin que haya derramamiento de sangre. Teniente Gamer... ¿aceptaría una disculpa si le fuera ofrecida?

Hamilton sacudió la cabeza.

-Una mera disculpa no es suficiente.

-Señor Montgomery -el coronel le observó desde debajo de sus saltonas cejas blancas-, ¿cree que hay algún otro modo de resolver esta disputa?

-El teniente parece estar muy decidido, señor. No puedo hacer otra cosa que satisfacerle.

-Muy bien. -El coronel hizo una brusca indicación con la cabeza a los padrinos-. Si todo está listo y en orden, podemos proceder. ¿Hay algún médico entre los aquí presentes?

Un caballero con peluca y aspecto de tonel dio un paso al frente, dándose importancia, Y alzó una mano.

-Dr. Moore, a su servicio.

El coronel dirigió una grave mirada a cada combatiente.

-A la señal *en garde*, ocuparán sus posiciones. Tengo entendido que ambas partes han desestimado detenerse ante la primera gota de sangre, ¿es así? De acuerdo. Que Dios se apiade de sus almas. Caballeros, sitúense en sus sitios.

Al oír esto, Catherine se apartó de la ventana, pálida como la cera. -¿ Han desestimado detenerse ante la primera gota de sangre? -susurró horrorizada-. Eso significa... ¡que el duelo es a muerte!

Con el corazón golpeándole dolorosamente el pecho, corrió hacia la puerta.

-¡Catherine! ¿Dónde vas?

No se detuvo a responder. Abrió la puerta de par en par y, recogiendo los voluminosos pliegues de sus faldas en una mano, voló a lo largo del corredor hasta llegar a las escaleras, y luego bajó por ellas y cruzó las dobles puertas de roble como si la persiguiera el mismo demonio. Siguió a toda prisa por el sendero arenoso de la entrada de coches y sobre el cuidado césped; resbaló al pisar la hierba húmeda de rocío y se torció un tobillo. No se detuvo. Corrió y corrió hacia el patio trasero y, mucho antes de girar por la esquina de la casa, pudo oír el fiero rechinar de metal contra metal, el agudo, penetrante chillido metálico de la ofensa y la defensa.

Los duelistas estaban cara a cara, con el brazo izquierdo flexionado y levantado para mantener el equilibrio, y el derecho hacia delante, ata- cando, al quite, encajando, contraatacando sin descanso en los pasos o el ritmo de sus movimientos. Era como un ballet... un horrible y letal ballet que mantenía al público conteniendo su respiración colectiva porque sabía, desde las primeras estacadas, que no estaba ante un par de pusilánimes duelistas de academia, más preocupados por demostrar el arte en sus figuras que por presentar sus armas. Cada paso era dado con la mayor precisión, calculado para aprovechar con la máxima eficacia

toda la fuerza y la rapidez. Cada ataque y respuesta se ejecutaban con extrema agilidad y belleza; un espadachín con menos experiencia habría resultado muerto después del primer pase.

A Hamilton le había sorprendido gratamente el alto nivel de Montgomery, porque eso significaba que podía demostrar el suyo sin temor a ser censurado por aprovecharse de un contrincante inferior.

Con la mente puesta en ello, cuando se acercaron y las hojas se deslizaron hasta las empuñaduras, Hamilton se ,retiró dando un giro, haciendo una finta a la izquierda y, con un revés, hirió a Montgomery en la parte baja del muslo, al descubierto. El público soltó una exclamación ante la primera gota de sangre vertida y, siguiendo las reglas, los dos hombres se separaron e hicieron una pausa en señal de reconocimiento del tanto de honor.
Montgomery despidió al médico con un gesto impaciente de su mano y levantó la espada en un saludo burlón. Su semblante era fiero, I tenía la mandíbula en tensión, y *sus* ojos reflejaban la luz de los farolillos y ardían como llamas.

A la orden de *encare,* Hamilton hizo un ataque directo, apretando los dientes con fruición salvaje. Embestida. Chasquidos de metal contra metal, y Montgomery fue arrinconado por un momento hacia las sombras. El instinto encontró otro paso abierto, y la punta de la espada del teniente hizo un corte en la sien de Montgomery, justo encima de *su* oreja derecha. Un oscuro reguero rojo brotó de la herida, deslizándose por la perfectamente afeitada mejilla y goteando sobre la seda ..blanca de la camisa. Raefer apenas acusó la lesión o los gritos de aprobación por parte de los espectadores. También apretó los dientes, soltando un gruñido, y arremetió contra *su* adversario. La fuerza de *su* contraataque hizo retroceder a Garner de un extremo a otro del círculo, y el juego entre las dos espadas dispersó a los invitados como si fueran hojas de árbol a merced de un vendaval. Montgomery le obligó a desplazarse hasta el porche del establo, donde una enérgica respuesta provocó que el ímpetu cambiara de sentido y ambos volvieran al círculo de luz amarilla.

El público lanzaba gritos de ánimo, y *se* cruzaban las apuestas mientras los dos hombres, empapados en sudor, empezaban a mostrar signos de fatiga. Hamilton había recibido cortes en el brazo y cuello; *su* camisa estaba desgarrada desde el hombro hasta la cintura. El muslo de Montgomery sangraba profusamente, y tenía la parte izquierda de la cara y garganta cubierta de sangre. Garner sospechaba que el último ataque de *su* contrincante le había provocado mucho desgaste (con tan prolongado y furioso asalto no podía evitar debilitar la muñeca y mermar *sus* reflejos). Podía detectar incluso el sutil cambio en *sus* fluidas zancadas al ver que Montgomery empezaba a cojear ligeramente, acusando la herida en el muslo. Garner intentó no pensar en *su* propio cansancio, porque sabía que la victoria iba a ser suya en cualquier momento. Podía sentirla, saborearla, olerla en el húmedo y oscuro ambiente mientras luchaban describiendo un ancho y furioso círculo alrededor de la fuente de piedra.

La oportunidad le llegó con la siguiente doble estocada, cuando las dos hojas tocaron puntos al descubierto y *se* retiraron manchadas de sangre. Montgomery titubeó y retrocedió, pero Garner continuó el ataque, poniendo hasta la última onza de fuerza que le quedaba en la embestida. Pareció que Montgomery caía, que perdía el equilibrio, pero en el último y más inesperado momento desplazó el peso hacia delante en una maniobra imposible de ejecutar. Evidentemente, Hamilton no la esperaba, no en ese punto de la contienda. Los dos aceros se inclinaron hacia un lado, muy juntos, despidiendo chispas cuando Montgomery forzó dos, tres inconcebibles giros alrededor de la espada de Garner, haciendo que la muñeca del teniente se torciera y per- diera su fuerza. Con otra torsión, los paralizados dedos de Hamilton soltaron la empuñadura de su espada, que salió disparada y rodó por el empedrado.

Atónito de incredulidad, Garner vio cómo Montgomery recupe- raba su posición y se tiraba a fondo para el *coup de grace.*

La punta de la espada, apuntando sin error al centro del pecho, viró, en un abrir y cerrar de ojos, para hundirse entre dos costillas. El impacto del frío metal atravesando

músculo y tejidos le dejó sin aliento, y Hamilton se tambaleó hacia atrás con la mirada, entre horrorizada y fascinada, fija en la hoja que se hundía en su carne hasta la empuñadura, atravesándole limpiamente de lado a lado. N o sintió dolor, no inmediatamente, sólo una curiosa contracción, una sensación de succión que fue más pronunciada cuando Montgomery retrocedió y retiró la espada. Estaba cubierta de sangre, despedía destellos rojos bajo la luz amarilla, y el teniente no dejó de mirarla, esperando, sabiendo que volvería a hundirse en él cuando Montgomery apuntara hacia su corazón. Hamilton se mantuvo en pie, negándose rotundamente a rendirse a la necesidad de caer sobre sus rodillas, aunque al respirar de nuevo, entrecortadamente, no tuvo otra opción. Sus piernas se doblaron bajo su peso, y cayó pesadamente sobre las húmedas piedras. El sonido de sus botas de piel de caña alta al doblarse fue lo único que se escuchó en el inmenso silencio que dominaba el patio.

Hamilton se llevó las manos a la mancha de sangre que se extendía rápidamente y levantó los ojos hacia Montgomery.

-¿ A qué estás esperando? -preguntó con voz ronca-. Acaba de una vez, bastardo.

Montgomery se irguió. El brillo inhumano de sus ojos desaparecía poco a poco. Miró su espada un momento y, como si ésta se hubiera convertido de repente en algo repulsivo para él, la tiró al suelo y se dirigió hacia el borde del círculo de luces vacilantes.

Los padrinos de Hamilton corrieron hacia él para prestarle ayuda, levantándolo y sujetándolo por ambos brazos. Montgomery casi no se fijó en que Damien le ponía un paño en la mano y hacía que él mismo se lo aplicara en la sien para detener la hemorragia, mientras alguien más inspeccionaba la herida del muslo.

-Vamos -dijo Damien en voz baja y con cierta urgencia, consciente de la gran cantidad de dragones compañeros de Hamilton entre la multitud-. No creo que hayas hecho amistades duraderas por aquí.

-¡Montgomery!

El negociante de Londres se detuvo y se volvió. Garner estaba de nuevo en pie, luchando contra los esfuerzos de sus hombres por llevarlo al borde del círculo.

-¡No te marches, bastardo!

Montgomery entrecerró los ojos.

-No tengo nada pendiente con usted, teniente. Siga viviendo y olvídese de este asunto.

-¿ Qué me olvide? Yo no olvido nada. -Consiguió zafarse de las .'. manos que lo sujetaban y avanzó violentamente, escupiendo saliva rosada que se convertía en espuma sobre sus labios-. ¿ Crees que esto te convierte en mejor? ¿Crees que esto, hace que seas menos cobarde? Has tenido suerte, eso es todo. Mucha suerte.

-Piense usted lo que le parezca, teniente. De todos modos, me despido de usted ahora, con mis más sinceros deseos de no volver a verlo nunca más.

-Bastardo -Hamilton hizo una mueca de dolor-. ¡Bastardo! Puedes estar bien seguro de que nos volveremos a encontrar y, cuando eso suceda, te arrepentirás de haberme dado la espalda. ¿ Me oyes, Montgomery? ¡He dicho que no te marches!

Sus padrinos lo sujetaron mientras él volvía a desplomarse bajo una nueva ola de dolor. Puso los ojos en blanco y cayó desmayado entre sus brazos. Dos hombres se acercaron corriendo con una larga tabla de madera; lo colocaron sobre ella y lo entraron en la casa, mientras el médico, a su lado, lo examinaba y empezaba a dar nerviosas órdenes.

Damien, entretanto, llevó a Montgomery a la estancia anexa detrás de los establos, donde le ayudó a despojarse de la camisa y los pantalones. El corte de la sien requirió paciencia para conseguir que dejara de sangrar; la herida del muslo era suficientemente profunda para necesitar unos cuantos puntos, pero Damien pensó que era más prudente no esperar hasta que llegara el médico, y llamar en su lugar al encargado de las cuadras que normalmente atendía y curaba a los caballos de los Ashbrooke. El proceso de darle los puntos fue lento y doloroso y, cuando hubo terminado, Damien despidió al hombre y él mismo vendó la herida con tiras de algodón fuertemente sujetas.

-Cuanto antes te marches de aquí, mejor -murmuró Damien-. Maldita sea, debería haberme imaginado que sucedería algo así.

Raefer mordió la punta de un cigarro y lo encendió.

-¿ Por mi culpa, o por culpa de que el teniente es un hijo de puta arrogante al que le gusta hacerse el gallito?

Damien le dirigió una mirada seria.

-Quizás tú encuentres todo este asunto muy divertido, pero Garner no bromeaba en absoluto. Nunca olvida y nunca perdona.

-¿ Me estás diciendo que debería haberlo matado?

-Nos hubiera ahorrado un montón de problemas.

Montgomery no contestó inmediatamente, sino que se inclinó sobre el barril de agua y se remojó la cara y el cuello. Cuando se incorporó de nuevo, algo atrajo su atención hacia la puerta del anexo sir Alfred Ashbrooke estaba en el umbral, y su papada múltiple reflejaba la vacilante luz de la lámpara.

Damien se volvió.

-¡Padre!

Sir Alfred ignoró a su hijo.

-Señor Montgomery. Me he sentido obligado a venir y felicitar- lo por su talento. No recuerdo haber visto a un espadachín tan perfecto en toda mi vida.

Montgomery terminó de secarse y cogió unos pantalones limpios. -No es la clase de halago que merezco por una demostración básica, pero se lo agradezco, de todos modos.

-He pensado que también podría aliviarle saber que la herida en el costado del teniente, aunque tiene cierta gravedad, no parece ser fa- tal. El médico opina que ha sido un corte muy preciso, que ha evitado rozar la mayoría de órganos vitales, y pronostica una pronta y total recuperación. -Hizo una pequeña pausa y juntó las manos detrás de la espalda, esforzándose por mantener el equilibrio bajo el efecto de los vapores etílicos. Era obvio que había estado bebiendo mucho, y su usual beligerancia aumentaba gracias a los efectos del coñac. -Me alegra ver que sus heridas son mínimas. Su... esposa y su familia agradecerán que vuelva a casa sano y salvo.

La atención de Montgomery fue requerida de nuevo cuando, por detrás de sir Alfred, asomó la cabeza del coronel Halfyard. Tenía la nariz igualmente roja, los ojos igualmente nublados.

-Le agradezco su preocupación, y aprecio que piense en ello, pero no estoy casado.

-Ah. -Sir Alfred sonrió de través y movió ligeramente la cabe za en dirección al coronel que, a su vez, hizo unas señas a alguien a quien Montgomery no podía ver. Ese «alguien» resultó ser un grupo de seis oficiales de los dragones, armados, tiñendo las sombras del escarlata de sus uniformes.

Montgomery observó los rostros hostiles antes de enarcar una ceja.

-¿ Han venido a arrestarme?

-El duelo ha sido un juego limpio. Se ha ganado limpiamente.

No hay necesidad de arrestar a nadie.

Montgomery se puso una camisa limpia.

-En ese caso, le aseguro que una escolta es del todo innecesaria.

No tengo la intención de prolongar mi visita. ,. -La escolta, señor, es para estar bien seguros de que cooperará cumpliendo con el resto de su obligación.

-¿El... resto de mi obligación? -Montgomery frunció el ceño-. No estoy seguro de entenderle.

-Y yo tampoco -intervino Damien-. Raefer ha sido desafiado, ha aceptado el desafío y ha ganado... de modo limpio, como ya ha apuntado el coronel Ha1fyard. ¿Qué más se espera que haga?

Sir Alfred frunció los labios y se balanceó sobre sus tacones, como un prelado dando un sermón.

-Usted ha sido desafiado por tomarse ciertas libertades con mi hija. Ha aceptado el reto. Ha ganado. y estos hombres están aquí para asegurarse de que asume toda su responsabilidad.

Montgomery hizo el ademán de volver a ponerse el cigarro en la boca, pero no llegó a tocarlo con los labios.

-¿Mi... responsabilidad?

-Eso es. Sus palabras exactas han sido «he visto algo que quería, y lo he cogido». Ha luchado usted por mi hija, señor, y la ha conseguido limpiamente. Ella y el reverendo Duvall están en la biblioteca, esperando que usted coopere en este asunto.

Montgomery no dijo nada. Damien miró a su padre, sin dar crédito a lo que acababa de oír.

-No puedes estar hablando en serio.

-Te aseguro que sí. Muy en serio. Absolutamente en serio, de hecho, tanto como estos seis jóvenes caballeros que están más que ansiosos por comprobar que el señor Montgomery hace el noble gesto de defender la reputación de tU hermana... hasta la muerte, si es preciso. Montgomery lo miraba fijamente. Sin pestañear. Sólo su mandíbula en tensión traicionaba el control que estaba ejerciendo para no dar rienda suelta a su ira.

-Déjeme ver si lo he entendido bien -masculló entre dientes-. ¿Espera que me case con su hija? ¿Aquí? ¿Esta noche?

-Según usted mismo ha admitido, señor, si no tiene esposa ni familia, es muy libre de hacerlo.

-Usted no me conoce, no sabe nada de mí.

-Me enorgullezco de tener una excelente intuición para juzgar un carácter -replicó sir Alfred con suavidad-. y me parece usted muy adecuado para afrontar la tarea de dominar las tendencias más bien indómitas de mi hija. Además, como hombre de negocios que es, estoy seguro de que ya habrá adivinado que su unión con Catherine le reportará una recompensa financiera. Dispone de una bonita dote que se fue legada por su abuela materna... una dote que estoy dispuesto a equiparar de mi bolsillo hasta el último penique.

Damien se avanzó un paso. Su rostro semejaba una rígida máscara blanca. .

-Estás hablando de Catherine como si fuera mercancía, un producto cualquiera que puede ser adjudicado al más alto postor. Es tu hija, por el amor de Dios. Carne de tu carne, sangre de tu sangre.

El semblante de sir Alfred enrojeció.

-Y, por eso mismo, ella ya debería saber que soy un hombre de palabra. Le advertí (y especialmente después de la última de sus trastadas) que no toleraría semejante comportamiento nunca más. Pero, aún así, Catherine parece dispuesta y decidida a desafiarme una y otra vez. Y, a menos que puedas mostrarme con evidencias irrefutables que el señor Montgomery es un embustero o un timador, un ladrón, un asesino o un caníbal, no veo razón para negarle su justa recompensa! Por otro lado, si es cualquiera de esas cosas, o todas a la vez, estos eficientes oficiales estarán más que satisfechos escoltándolo hasta la prisión que merece.

Damien tensó los músculos de sus mandíbulas con furia.

-¿No tiene Catherine nada que decir en todo este asunto?

-Nada en absoluto -repuso sir Alfred llanamente. Y después miró a Montgomery e hinchó el pecho-. Bien, caballero. ¿ Qué escoge? ¿Seis jóvenes e intrépidos duelistas más... o una tranquila ceremonia en mi biblioteca?

-Puede negarse a ambas cosas -insistió Damien-. ¿ Cuál será tu postura entonces, padre? ¿Dispararle a sangre fría?

Sir Alfred frunció los labios.

No será nada tan drástico, te lo garantizo, pero si opone resistencia sólo conseguirá crearse complicaciones, tenlo por seguro.

Complicaciones que podrían tardar semanas, quizás meses, en resolverse a gusto de todos. El señor Montgomery, desde luego, sería retenido en la prisión del coronel hasta que se pudiera cursar una petición a la corte del rey para que se pronunciara un fallo por su parte.

Como, al parecer, tiene grandes conocimientos sobre productos del mercado negro, sus referencias deberían ser investigadas a fondo, incluyendo sus negocios, sus beneficios Y sus asociados.

-¡Eso es chantaje! -bufó Damien. Miró a Montgomery-: No pueden obligarte a nada. La mandíbula de Raefer se cerró con tanta fuerza que rompió el cigarro.

-No me dejan mucha más salida. Desgraciadamente, ni tengo tiempo que malgastar pudriéndome en su celda ni ganas de batirme con ningún otro de los torpes héroes de tu hermana.-Lanzó el cigarro dentro del barril de agua y se metió la camisa por dentro de los pantalones. -Acabemos con esto, caballeros.

-Su chaleco, señor. Su levita -sir Alfred agarró ambas prendas al tiempo que Montgomery pasaba por su lado, casi rozándole, Y salía por la puerta con paso decidido.

Se detuvo un momento y les dirigió una mirada fulminante.

-Si es eso lo que quieren, eso les voy a dar.

Pasó de largo ante el coronel Halfyard Y encaminó sus furiosas zancadas hacia el patio. Todavía quedaban en él algunos de los invitados, remoloneando a la luz neblinosa de los farolillos, hablando animadamente, excitados, comentando cada detalle del duelo. Al ver a Montgomery Y la escolta de dragones, quedaron en un repentino y absoluto silencio, y muchos de ellos, intuyendo la inminencia de un nuevo escándalo, se apresuraron a seguirlos al interior de la mansión.

Una vez dentro, sir Alfred, cuyas piernas eran mucho más cortas, tuvo que caminar considerablemente más rápido para alcanzar a Raefer e indicar el camino, escaleras arriba y al final del pasillo, hasta la biblioteca. Abrió las puertas de par en par y esperó a que Montgomery, el coronel Halfyard Y el atónito y aturdido Damien Ashbrooke entraran, antes de cerrarlas de nuevo, dando a los dragones la tajante orden de no dejar entrar o salir a nadie sin que él diera su permiso.

La biblioteca era un lugar oscuro y sombrío, recubierto de láminas de madera, y con estantes de libros del suelo al techo. Un único candelabro de tres brazos estaba encendido y colocado sobre la mesa de despacho, de madera barnizada, como pobre suplemento a las nada entusiastas llamas que lamían, vacilantes, los chamuscados troncos de la chimenea. Harriet Chalmers estaba sentada sobre un canapé rojo damasquinado y sollozaba silenciosamente en su maltrecho pañuelo. El reverendo Duvall, que había sido invitado a la fiesta, parecía estar incómodo y desconcertado mientras esperaba junto al fuego, hojeando la Biblia.

Lady Caroline Ashbrooke estaba sentada en un sillón de piel cerca del reverendo, y alisaba a conciencia las arrugas inexistentes de su falda. Era una mujer muy bella, de espalda erguida, esbelta, cuyos delicados y perfectos rasgos habían sido heredados, y duplicados, por su hija. Sus cabellos todavía conservaban el tono entre oro y miel bajo la capa de polvo de arroz, y su cutis era tan fino y terso que podía desdeñar el uso de maquillajes y mascarillas. Sus ojos, también violeta, tenían un matiz más oscuro que los de su hija, pero mientras éstos brillaban y resplandecían llenos de vida, los de lady Caroline eran apagados, y mostraban tanta indiferencia a lo que la rodeaba como les había reportado una existencia deslustrada durante veinte años. Sus escarceos no eran ningún secreto para nadie de la familia, ni siquiera para su marido, que también había empezado a mantener relaciones con una querida tres semanas después de su boda.

Lady Caroline levantó la mirada en aquel momento, ya que la llegada de Raefer Montgomery provocó que el ambiente de la biblioteca, como por arte de magia, volviera a la vida, tensándose. Harriet dejó de sollozar el tiempo suficiente para intercambiar una mirada de horror con Damien, mirada que fue interrumpida por sir Alfred cuando se dirigió al reverendo:

-Hemos llegado a un acuerdo razonable, señor Duvall. El señor Montgomery está ansioso por aceptar la mano de mi hija en matrimonio.

El reverendo dirigió su aturdida mirada hacia las sombras que en- volvían la ventana.

-¿ Y... eh... la señorita Catherine?

Había permanecido allí tan callada, tan inquietantemente inmóvil, que ni Damien ni Montgomery se habían percatado de su presencia al entrar en la sala.

-¡Catherine! -sir Alfred extendió su mano, indicándole que debía acercarse a ellos, junto al fuego-. Nos darás una gran satisfacción a tu madre y a mí si sales inmediatamente de ese maldito rincón. Tenemos al alcance de nuestra mano los medios para reparar, al menos, una parte del daño que has ocasionado esta noche. Catherine... ¿me escuchas?

El reverendo tembló visiblemente ante el violento tono empleado i por sir Alfred para dirigirse a la muchacha.

-R-realmente, lord Ashbrooke, yo no pienso que... .! -Precisamente. No piense. Limítese a leer y celebrar esta maldita ceremonia, y diga las palabras precisas. ¡ -P-pero la legitimidad... -Estoy totalmente dispuesto a pagar generosamente cualquier dispensa especial que solicite. De hecho, estoy deseando cubrir la totalidad de los gastos de la reforma del techo de la capilla, si eso es lo que cuesta obtener la dispensa sin más dilación.

-No... no es eso, señor. Es sólo que...

-¿Es sólo que qué? ¡Por los clavos de Cristo, hable de una vez!

-No puede obligar a su hija a casarse bajo amenazas y coacción. No sería moralmente legal.

-¡Tonterías! Ha sido legal, moralmente y en cualquier otro sentido, durante siglos. Esa es la raíz de muchos de los problemas de la sociedad de hoy en día permitir que los jovencitos, con la cabeza hueca o llena de pájaros, decidan qué es lo mejor para su futuro. Mi hija se casará esta noche, señor. Y si no lo hace con el señor Montgomery, será con el primer patán que encuentre en los establos.

Catherine salió lentamente de las sombras. Estaba pálida, su piel era casi translúcida a la altura de los pómulos. Durante un brevísimo instante, cruzó una mirada con su madre, y la mantuvo, porque el matrimonio de lady Caroline había sido también un arreglo concertado un enlace prudente entre dos familias respetables, sin que contara para nada el afecto o ni tan sólo si las dos partes implicadas tuvieran algo en común. Catherine había esperado mucho más para sí... Damien corrió junto a ella y tomó sus manos heladas.

-Kitty... no tienes que seguir adelante con todo esto. No puede obligarte. Puedes venir conmigo a Londres otra vez y...

Ella alzó una mano y presionó sus dedos contra los labios de su hermano.

-Querido hermano, mi más querido amigo... no me obliga. Simplemente, me ha explicado las ventajas e inconvenientes de negarme a hacer lo que me pide. Todo irá bien, te lo prometo. Yo estaré bien. Tan
sólo... ayúdame a pasa por este desagradable trago y ya lo verás. Todo irá bien.

Estaba tranquila. Demasiado tranquila, decidió Damien, y exageradamente dócil cuando, de acuerdo a su carácter, debería estar gritando y rompiendo cualquier cosa a su alcance. Se traía algo entre manos. Había un brillo especial en *sus* ojos, y su respiración, profunda y calculada, le secaba la boca y le aceleraba el pulso.

El reverendo Duvall se aclaró la garganta y Catherine se colocó ante él. Hubo un momento final de tensión cuando Raefer Montgomery, con el semblante sombríamente furioso, dirigió una mirada de hielo a cada uno de los presentes, demostrando su aversión y desprecio por ellos, a partes iguales. Mascullando una blasfemia para sí, se colocó junto a Catherine, mirando fijamente hacia delante, con los puños tan fuertemente apretados como la mandíbula.

El reverendo comenzó la ceremonia del matrimonio, recitando con voz monótona cada palabra, cada parte del ritual. No se atrevía a mirar a ninguno de los participantes a los ojos, y dirigió las promesas de amor, honor y obediencia a los estantes superiores. Sólo una vez cometió el error de centrar su mirada en algo menos inanimado, y fue porque la herida en la sien del novio había empezado a sangrar de nuevo, y una gota roja y brillante había caído sobre la camisa, manchando aquel blanco inmaculado de la seda como la premonición de una tragedia inminente.

Capitulo 5

Catherine Ashbrooke Montgomery permanecía en pie, sumida en un silencio inmóvil, mientras un pequeño batallón de doncellas recorría la estancia escudriñando armarios, aparadores y mesillas para hacer la selección de posesiones que ella escogiera llevarse, antes de empaquetarlas rápidamente y meterlas en dos enormes baúles de madera. A un signo negativo o afirmativo de su cabeza, se decidía el destino de docenas de vestidos. Los que desechaba eran amontonados en un rincón, no para quemarlos, como había ordenado inicialmente, sino para ser distribuidos entre las sirvientas. Su reciente marido la había informado en pocas, concisas y frías palabras de su intención de marcharse de Rosewood Hall con la mayor brevedad posible. Inmediatamente después de la superficial ceremonia, había abandonado a grandes zancadas la biblioteca, y ella no le había vuelto a ver.

Paralizada; así era exactamente cómo se sentía. Su mente, su cuerpo, sus sentidos... era como si estuviera suspendida en el aire, en algún lugar de la habitación, y pudiera observar, pero no participar de la escena, mientras alguien que no era ella decía «sí» o «no» ante cada vestido que le presentaban. Alguien que no era ella veía a Harriet hecha un mar de lágrimas cada dos por tres, y ese mismo alguien era incapaz de ponerse a llorar también. ¿ Qué iba a ganar con ello? Estaba casada con un hombre al que no quería, al que ni tan sólo conocía más allá de los desesperados esfuerzos de Damien para convencerla de que era educado, civilizado y merecedor de su reputación de caballero en todos los sentidos de la palabra.

Había pensado en ir a ver a Hamilton. Lo había pensado dos veces, y dos veces se había detenido antes de cruzar la puerta. El médico, según le habían dicho, había estado curándole la herida durante más de dos horas, antes de declarar que ya no era peligroso trasladarlo de la mesa de la cocina a una de las habitaciones de invitados. ¿ Qué pensaba de ella? ¿ Qué iba a pensar de ella cuando descubriera que ahora ; era la esposa de Raefer Montgomery? ¿ Quizás se consideraría afortunado por haber podido escapar de sus garras con tan sólo unas cicatrices como recuerdo de su equivocada elección?

Catherine rodeó el montón de ropa descartada y volvió a dirigirse hacia la puerta. -¿Catherine? -Harriet se secó una lágrima-. ¿Adónde vas?

-Tengo que verle -musitó ella.

-¿ Verle? ¿A quién?

-A Hamilton. Tengo que intentar explicarle...

-Oh, Catherine, no. ¿Por qué quieres torturarte? ¿Por qué quieres torturar a Hamilton? No hay nada que ninguno de los dos pueda hacer ya.

Catherine sacudió los hombros y salió al pasillo. Parecía imposible que todavía se oyera música y risas resonando en el vestíbulo, pero su padre no había visto necesario dar por terminada la celebración, y pensaba añadir un brindis por los novios. Las risas, estaba segura de ello, eran todas en su honor; sería la comidilla de todos, carnaza para los chismes durante los meses o, probablemente, los años siguientes.

Todavía llevaba el vestido de seda jaspeada, y la falda susurraba suavemente tras ella mientras se encaminaba hacia el ala de invitados. Había velas encendidas colgando de las paredes. Eran casi las cuatro de la madrugada y, afortunadamente, no encontró a nadie entrando o saliendo de las habitaciones por delante de las que pasaba.

La puerta del dormitorio de Hamilton estaba ligeramente ajustada y Catherine se acercó cautelosamente, sin saber a quién o qué podía haber al otro lado. Incluso estando en el corredor le llegaba el penetrante olor de las hierbas y ungüentos que el Dr. Moore había usado para tratar la herida. Sobre la mesilla de noche había una sola vela, de la débil llama, con la mecha apabilada para asegurar el mínimo estorbo al paciente. La poca luz que desprendía iluminaba el delgado dosel que colgaba como una densa telaraña de los cuatro postes de la cama. También alumbraba el rostro de la criada a la que había sido asignada la misión de velar a Hamilton Garner mientras dormía.

Catherine se llevó un dedo a los labios e indicó a la mujer que se . fuera y los dejara solos durante unos minutos. Se acercó a la cama, con las manos en el pecho, esperando que los acelerados latidos de su corazón no despertaran al teniente. Este tenía los ojos cerrados, y sus párpados temblaban esporádicamente bajo una película de sudor. También la frente y las sienes estaban húmedas, y las gotitas resbalaban hasta su pelo de oro tostado y le daban la apariencia de un casco ajustado. La piel parecía habérsele vuelto gris, y sus manos, descansando a lado y lado de sus muslos, se agarraban a la manta, temblando ante cada espasmo de dolor. Le habían despojado de sus ropas y yacía desnudo hasta la cintura. El grueso y ancho vendaje que envolvía su torso tenía un color amarillento, un aspecto aceitoso debido a los emplastes del médico, y la sangre le había conferido también un ligero tinte rosado.

Catherine se humedeció los labios, sin saber si quedarse allí o no. Él dormía, posiblemente bajo los efectos sedantes de la tintura de láudano, un frasco azul sobre la mesilla. En las pestañas de Catherine se arremolinaron lágrimas gruesas y calientes que resbalaron por sus mejillas cuando se inclinó para arropar de1icadamente a Hamilton con la colcha que él mismo había echado a un lado con sus movimientos in- conscientes.

-No -dijo Garner con voz ronca. Levantó una mano y agarró a Catherine del brazo. De repente, abrió los ojos de par en par, pero el dolor le impidió reconocerla al instante--. ¿ Catherine? ¿ Catherine, eres tú?

-Oh, Hamilton, ¿qué te he hecho?

Cayó de rodillas junto a la cama, con la cabeza apoyada en la mano de Garner y las lágrimas humedeciendo su piel.

-Tú no eres culpable esto, Catherine. La culpa es totalmente mía.

Le he menospreciado y... y ha demostrado ser el mejor.

-No. ¡No, Hamilton! No es mejor que tú. Es vil, malvado, no tiene corazón...

-Catherine... -tragó saliva con dificultad y su mano apretó con fuerza el esbelto brazo-. Por Dios, Catherine ¿lo has hecho? ¿Es cierto que te has casado con él?

-No tenía otra salida -sollozó ella-. Mi padre me ha obligado. Estaba furioso, ha amenazado con echarme de casa en plena noche, repudiarme, casarme con el primer mozo de cuadras que encontrara en el establo.

-Así, pues, es cierto. ¡Te has casado con él!

-No he tenido más remedio -lloró débilmente, levantando hacia él su rostro inundado de lágrimas-. Mi padre hablaba muy en se rio. Lo habría hecho. Me habría echado de casa. ¿Ya dónde podía ir yo? ¿ Qué podía hacer? ¿ A quién podía pedir ayuda, sabiendo que tú me odias, que Damien me odia y. ..

-¿ Qué te odio? -Sus ojos ardían de fiebre, y por su frente corría un reguero de sudor frío-. Yo no te odio, Catherine. Eres mía, maldita sea. ¡Mía! y ningún presumido y arrogante bastardo va a tocarte, no mientras en mi cuerpo haya un soplo de vida.

Empezó a luchar para incorporarse, para salir de la cama, apartando con débiles manotazos a Catherine, que intentaba detenerlo.

-¿ Qué estás haciendo? Tu herida...

-No va a quedarse contigo, ¡por Dios que no! ¡Antes lo mataré que dejar que te aparte de mi lado!

-¡Hamilton, no! Estás muy débil. Tu herida puede abrirse otra vez y...

-Eres mía, Catherine. ¡Mía! -Un dolor agudo en el costado sacudió todo su cuerpo, convirtiendo los perfectos rasgos de su rostro en una máscara de agonía. Cayó sobre la

almohada, chorreando sudor. Movió los labios, haciendo un esfuerzo para hablar de nuevo, pero no consiguió emitir sonido alguno.

Catherine le aplicó un paño húmedo en la cara e intentó calmarlo.

-Hamilton, sabes que te quiero. Tienes que saber que te quiero.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

-A mí nadie me deja en ridículo -bufó-. Nadie. Si intenta llevarte lejos, os seguiré. Voy a perseguiros hasta el fin del mundo, si es necesario. No puede salirse con la suya. No se saldrá con la suya, lo juro.

Catherine oyó pasos en el corredor y se inclinó sobre Hamilton para susurrarle al oído:

-No debes hacer nada hasta que te pongas bien. Por favor, Hamilton, por favor, prométeme que no harás nada hasta haber recuperado del todo tus fuerzas.

-Ha sido un truco, ¿sabes? He tenido que ser eso. Nadie me había ganado antes, y nadie volverá a ganarme nunca. Sí... sí, ha sido una especie de truco... .

-Hamilton... yo quiero estar contigo, pero necesitamos tiempo. Tiempo para que tus heridas se cierren, y tiempo para que mi padre se dé cuenta del horrible paso que me ha obligado a dar. -Él se agitó ligeramente-. No, escúchame -puso sus dedos sobre los labios de Garner, suavemente, para evitar que la interrumpiera-: Me iré con, Montgomery por la mañana, tal como está previsto. Debo hacerlo.

Pero en la primera fonda donde nos detengamos le diré que no pienso acompañarlo más. Me quedaré allí y te esperaré, Hamilton, y... y podemos huir juntos. Iré a cualquier sitio que me pidas, amor mío. A cualquier sitio.

-Montgomery es tu marido. Puede obligarte...

-No puede obligarme a nada -declaró Catherine con vehemencia-. y tampoco le he oído repetir sus promesas con alegría e ilusión, en la ceremonia. Este enlace le gusta aún menos a él que a mí, y estoy segura de que no tendrá ningún inconveniente en anular toda esta estúpida farsa cuando se presente la primera oportunidad. Además -se inclinó del todo, para susurrarle directamente sobre los labios-, ahora ya tengo dieciocho años. Cuando se anule este matrimonio, podré disponer de la dote que me legó mi abuela. Le insistiré a Montgomery que debe renunciar a ella como condición para formalizar la anulación.

Garner la miraba fijamente, con los ojos vidriosos, esforzándose por absorber todo 10 que ella decía.

-No me tocará, Hamilton, te lo juro por lo más sagrado. Mientras tú me quieras, soy tuya. Ningún otro hombre tendrá lo que te pertenece tan sólo a ti.

La mano de Hamilton subió deslizándose por el brazo de Catherine y se posó sobre su nuca; la atrajo hacia sí hasta que sus labios quedaron unidos. El beso fue cualquier Cosa menos dulce y tierno; él le lastimaba los labios con los dientes, y su lengua tenía un sabor caliente y áspero escudriñando sin delicadeza alguna la boca de Catherine.

Pero ella superó aquel asco inesperado, sabiendo que se trataba de un beso lleno de desesperación, rabia e impotencia.

-Dime que me quieres -le ordenó Hamilton bruscamente.

-Te quiero, Hamilton. Con todo mi Corazón.

-Dime que me quieres a mí, y sólo a mí.

-Sólo te quiero a ti -susurró ella ardientemente, al tiempo que se daba cuenta de que ya no estaban solos en la habitación. La criada había vuelto y, tras ella, el Dr. Moore-. Descansa, amor mío. Pronto estaremos juntos, te lo juro.

El carruaje se paró delante de la puerta principal de Rosewood Hall justo cuando la luz del amanecer empezaba a teñir el horizonte de azul pálido. Las últimas estrellas brillantes aún parpadeaban en el cielo, y la tierra parecía temblar bajo una alfombra de niebla y rocío. Catherine estaba en el recibidor; llevaba puesto su vestido gris de viaje y se cubría con una ligera capa de lana. Su larga melena estaba protegida contra la humedad de la mañana por un pequeño casco de muselina adornado con encajes y, sobre éste, un pequeño sombrero gris de fieltro. Llevaba guantes, y calzaba unas chinelas enfundadas en zuecos de cuero que la aislaban del barro y el agua.

Estaba decidida a no llorar. Estaba tensa, tenía los ojos abotarga- dos, fatigados después de una noche de insomnio, y sintió cierta satisfacción al ver que sir Alfred parecía incómodo ante su acusadora mirada. Evitaba mirarla a los ojos. Fruncía los labios en un mohín que le daba el aspecto de un pavo relleno; se había desabrochado el cuello de la camisa, llevaba las chorreras ladeadas y su camisa estaba plagada de pequeñas manchitas.

-¿ Kitty?

Dejó de observar el malestar de su padre y se permitió un minúsculo suspiro mientras se refugiaba en el abrazo protector de Damien.

-Kitty, no sé qué decir... ,

Había tenido la tentación, al ver su rostro compungido y ojeroso, de contarle su plan (suyo y de Hamilton), pero tenía que estar segura de que nada salía mal. Damien le había dicho que podía ir a Londres y vivir allí con él, y ella esperaba contar con que mantendría su promesa, una vez se hubiera librado de Montgomery.

-No soy la primera hija repudiada a la que echan de casa como si fuera un equipaje demasiado pesado -dijo amargamente-. Yo, de ti, procuraría darme prisa con la lectura de vuestras amonestaciones... antes de que alguien decida por Harriet y por ti y destruya vuestra vida y vuestra felicidad.

El sarcasmo no escapó a sir Alfred, que se sonrojó aún más y se aclaró la garganta sonoramente. Pero si Catherine esperaba una disculpa o algún signo que indicara que él se arrepentía de veras de su decisión, volvió a tener un triste desengaño.

-Que te vaya bien, hija. Compórtate. Demuéstrale a nuestro amigo Montgomery de qué pasta estamos hechos los Ashbrooke. Ahora, despídete de tu madre y prométele que le enviarás tu dirección en Londres, para que pueda enviarte sus felicitaciones.

Los ojos de Catherine se llenaron de lágrimas, a pesar de su decisión. Sintió el brazo de Damien abrazándola más fuerte por los hombros pero, aún así, tuvo que emplear hasta la última gota de las fuerzas que le quedaban para aparentar calma al volverse hacia lady Caroline. En su rostro vio los claros signos de haber pasado una larga noche sin dormir, pero le quedó la duda de si realmente eran el resultado de la preocupación por el bienestar de su hija. Tenía los labios un tanto hinchados, parecían más mullidos de lo habitual; y las mejillas y el cuello enrojecidos como después de un restregón. Lo más probable era que ella y lord Winston habían podido retomar su asunto pendiente, tras la breve interrupción en la biblioteca.

-Adiós, madre -dijo fríamente-. Intenta no preocuparte por mí. Lady Caroline esbozó una sonrisa cansada.

-Hay demasiada sangre mía en tus venas para dudar que conseguirás sacar el máximo provecho de esta situación. Tu marido es rico, es guapo, es increíblemente... -respiró hondo mientras buscaba la palabra exacta- viril. Tráelo de visita a casa, de vez en cuando. Sabes que siempre serás bien recibida.

Catherine se volvió y empezó a andar.

-¡Catherine! ¡Catherine! -Harriet cruzó la puerta principal como un torbellino, con el pelo suelto sobre la espalda y el vestido completamente arrugado porque, extenuada, se había quedado dormida en una silla-. No ibas a marcharte sin decir adiós, ¿verdad?

-Has estado arriba, conmigo, casi toda la noche -repuso Catherine, casi sin aire a causa del frenético abrazo-. N o me he visto capaz de despertarte.

-Quiero que me escribas cada día ¿me oyes? ¡Todos los días, pase lo que pase! -Bajó la voz y susurró fervientemente-: y si ese bruto te maltrata, sea de la manera que sea, Damien y yo iremos volando a rescatarte. Volando, tenlo por seguro.

-Escribiré -prometió Catherine dulcemente, con el corazón de nuevo en la garganta-. Lo prometo. Cada día.

El desesperado intercambio de abrazos terminó bruscamente con el sonido de unos cascos que se acercaban. Raefer Montgomery, una enorme silueta embozada en un ancho abrigo, acababa de aparecer en el campo de visión. Cabalgaba su enorme corcel negro, el mismo que Catherine había visto en el claro; y su expresión, bajo el ala del sombrero de tres picos que llevaba puesto, era tan fría y sombría como el encapotado cielo. Vestido

completamente de negro, con aquellos ojos de azabache y su mirada oscura, parecía un espectro salido de la más horrible de las pesadillas.

-Bien, señora Montgomery, ¿ha acabado ya de despedirse? Catherine enrojeció ante la rudeza de sus modales y el tono burlón con que la había llamado por su nuevo nombre.

-He acabado. -Dio a su hermano un rápido y último abrazo antes de subir al coche.

Montgomery esperó a que Damien la ayudara a subir, y saludó tocando el ala de su sombrero con la punta de un dedo.

-Gracias por una velada tan interesante y llena de eventos. Deberíamos repetirla en alguna otra ocasión.

Damien abrió la boca para responder, pero Montgomery ya se había puesto en marcha. El lacayo cerró la puerta con el pasador y, antes de que Catherine pudiera asomarse del todo por la ventanilla y decir adiós con la mano, su nuevo marido lanzó una orden y el cochero obedeció al instante, chasqueando el látigo sobre las cabezas de los caballos.

Sir Alfred había hecho que prepararan uno de los carruajes más pequeños, donde Catherine y su doncella personal, Deirdre, pudieran viajar relativamente cómodas, y donde cupieran también los dos baúles macizos que se llevaban. Estaba hecho con madera de roble satinada, recubierto de bronce en ambos lados y adornado con el escudo de la familia Ashbrooke y el cuño que identificaba a sir Alfred como Miembro del Parlamento Británico. El engal1che de bayos era guiado por un cochero y un lacayo, ambos al servicio de Montgomery hasta que llegaran a Londres.

A juzgar por la velocidad con que tomaron la carretera, Catherine supuso que Raefer quería recorrer el trayecto desde Derby a Londres en un tiempo récord. Los baúles traqueteaban y chocaban tanto entre ellos, que temió que los cierres no resistirían. El ruido de los cascos de los caballos al galope era tan ensordecedor e incesante que la vibración se le clavaba en el cerebro y no podía relajarse, ni tan sólo pensar en recuperar las horas de sueño que había perdido durante la larga noche. Deirdre O'Shea, por norma general una acompañante vivaz y jovial, estaba pálida de miedo y difícilmente podía mantener sus ánimos, y mucho menos subir los de Catherine.

Montgomery no hizo ningún intento por verla o hablar con ella durante la larga mañana, y no fue hasta bien pasado el mediodía que se dignó a interesarse por su bienestar físico y mental. Por aquel entonces, ella ya se había repuesto y estaba lista para abofetearlo o sacarle los ojos a la menor provocación.

-Qué amable por su parte, preocuparse por si necesito algo -dijo Catherine, agitada-. Qué considerado por su parte, parar cada pocas millas para que podamos estirar las piernas o calmar nuestra sed con un sorbito de agua. y qué extremadamente atento por su parte, ordenar al cochero que aminore la marcha al tomar las curvas y que haga lo posible por evitar cada uno de los baches de las carreteras de este condado.

Montgomery estaba de pie, junto a su caballo, acariciando el cuello del animal, y no tuvo más reacción a aquel estallido que un ligero movimiento en la comisura de la boca.

-¿ No tienes nada que decir? -preguntó, golpeando el suelo con un pie, frustrada ante la impasibilidad de Raefer.

-Si el servicio no era de tu agrado, no deberías haber venido. Catherine echó fuego violeta por los ojos y se puso en jarras.

-Sabes perfectamente que no he tenido otra opción en todo el asunto.

-La gente siempre tiene opciones.

-¿ De veras? ¿ Y cuáles han sido las tuyas, si puedes decírmelo? Parecías estar aún menos complacido que yo y, sin embargo, aceptaste que se celebrara la maldita ceremonia.

Montgomery dejó de observar indolente mente aquella boca, y la miró a los ojos. .

-Era el recurso más expeditivo para salir de una desagradable situación.

-¿ Recurso? ¿ Contraer un matrimonio que ambos detestamos es... un recurso?

-Eso... y un estorbo. Ya te lo dije, no podía perder el tiempo. Y ahora tampoco, así que, si podemos obviar el resto de tu justificada indignación, me gustaría intentar llegar a

Wakefield al anochecer. Con un poco de suerte, por aquella zona podremos encontrar algún magistrado comprensivo (o sobornable) que anulará legalmente el error cometido por tu padre. -Ensanchó la sonrisa y enarcó melancólicamente una ceja-. A no ser, claro está, que yo haya interpretado mal el rubor de tus mejillas cada vez que alguien se dirige a ti como «señora Montgomery», y prefieras mantener ese nombre durante un tiempo más.

La ira de Catherine se transformó rápidamente en un sonrojo aturdidor. Miró los morenos rasgos de su cara, totalmente atónita, sin habla. Ni siquiera estaba segura de haber oído bien.

Él rió condescendientemente.

-Querida señorita Ashbrooke, aunque admito sentir, no sé por qué, cierta atracción hacia tus encantos más terrenales, ni ahora ni nunca consideraría que vale la pena renunciar a mi libertad por ellos. No renunciaría a ella ni por ti ni, desde luego, por ninguna otra mujer.

Aquella franqueza avivó el rubor de Catherine.

-¿Siente usted aversión hacia el matrimonio, señor?

-Clara y eterna, señora. Pero, a parte de eso, ¿crees que parezco del tipo de hombres que podrían estar junto a una esposa que no les quiere, y convivir con ella?

-Supongo... Si pensara en ello...

Él rió de nuevo.

-Si las mujeres pensaran en tan sólo una décima parte de las cosas en las que deberían pensar, te aseguro que el mundo sería un lugar mucho menos complicado.

-¿Estás insinuando que todo ha sido culpa mía? -inquirió ella, entrecerrando los ojos con renovado tono vengativo.

-¿ Estás tú intentando decirme que pensaste en las consecuencias, en todas las consecuencias, de utilizarme para provocar los celos de tu amante?

Las mejillas de Catherine ardían.

-El teniente Garner no es mi amante.

-Eso es un punto discutible. Obviamente, nadie te ha advertido nunca contra los peligros de pinchar la vanidad de un hombre orgulloso o de un animal salvaje; ambos son totalmente impredecibles.

-¿ y a cuál de las categorías perteneces tú?

-La decisión sobre eso depende exclusivamente de ti -musitó él, y se inclinó educadamente-. Sigo sin tener tiempo que perder, así que, si no te importa... -Señaló con la cabeza en dirección a las provisiones que Deirdre estaba disponiendo sobre una manta, y Catherine le dirigió una mirada altiva y se dirigió hacia allí. Montgomery siguió con la mirada el balanceo de sus caderas bajo el vestido de terciopelo gris y, durante la hora siguiente, compartió sus cigarros y su charla con el cochero y el lacayo, ignorando a Catherine por completo.

Capitulo 6

La tarde fue pasando entre tantas incomodidades como la mañana. Lo único que podía consolar a Catherine del traqueteo y las magulladuras era la promesa de un veloz rescate al final de la jornada. Una anulación por sugerencia de Montgomery era la mejor solución que podía haber esperado. Sin discusiones. Sin preguntas. Sin reclamaciones de la dote. De hecho, estaba siendo bastante civilizado con todo el asunto, estaba más bien de buen humor... casi indiferente. Peor, también de hecho, si ella se paraba a pensar lo, tenía motivos (los exactamente opuestos) para enfadarse igualmente con él. ¿Acaso se creía demasiado bueno para ella? Aversión hacia el matrimonio... ¡el muy bergante debería considerarse en hombre más afortunado de la tierra por haber conseguido la mano de Catherine Augustine Ashbrooke a cambio del irrisorio sacrificio de un corte en la sien y unos puntos en el muslo!

-Estamos en las afueras de Wakefield -anunció Montgomery, cuya embozada figura llenaba de repente la portezuela del carruaje.

Catherine se incorporó sobresaltada, y se sorprendió al descubrir que había sido capaz de quedarse dormida. Mayor fue la sorpresa al ver que, por encima de los hombros de Montgomery, asomaban los matices púrpura del crepúsculo.

-Agradecería que ambas os quedarais en el coche hasta que yo lo haya arreglado todo con el posadero.

-¿ y el magistrado? -preguntó Catherine, esperanzada, frotándose los ojos.

-Desgraciadamente, eso tendrá que esperar hasta mañana.

-Bueno... mientras en la cama haya sábanas limpias, y me espere un baño de agua caliente en mi habitación... -gruñó-. Y comida. Estoy hambrienta.

Ella miró un momento.

-Veré qué puedo hacer.

Catherine se reclinó en el asiento. Se sentía sucia, llena de polvo, pero también en cierto modo aliviada de haber pasado ya por lo peor.

Tres o cuatro días más, una semana a lo sumo, y Hamilton estaría en Wakefield para rescatarla. Con la anulación en la mano, no tardarían en celebrar una nueva ceremonia, una ceremonia justa, esta vez, entre dos personas seguras de ser la una para la otra y de quererse por siempre más.

Oyó las fuertes pisadas de las botas regresando al coche y se recogió la falda y las enaguas, preparándose para bajar de él. La puerta se abrió de golpe otra vez, y Montgomery extendió su mano, enfundada en un guante negro, al interior del carruaje, ofreciendo su ayuda. Ella aceptó entre remilgos, empezó a asomar uno de sus pies despacito hacia fuera, lo posó en el peldaño... y eso fue todo lo que pudo hacer antes de quedarse paralizada de horror ante la visión de la «posada».

No era más que una granja bastante deteriorada, con las paredes, de barro y el techo de paja, ondulado como la superficie de una charca. De las ventanas de madera, desvencijadas, colgaban cortinas de ropa de hule, y salía más humo por las rendijas y grietas del techo y las paredes que por la chimenea medio derruida.

-¿ Qué es esto, una broma? -su tono era furioso, casi gritaba.

-Al contrario. La posadera se toma muy en serio su sentido de la hospitalidad. Puede que el aspecto externo del lugar deje mucho que desear, pero me han asegurado que sirven los mejores pasteles de carne de este condado y el vecino, y la mejor cerveza negra de toda Inglaterra.

-una taberna. ¿ Me has traído a una taberna?

-Dispondrás de una habitación limpia para pasar la noche. No será tan lujosa como las que estás acostumbrada a tener, pero...

-Aunque las paredes estuvieran recubiertas de plata y el suelo fuera de oro -bufó ella-, y aunque el mismísimo rey estuviera alojado en la habitación de al lado, me daría lo mismo. No pienso pasar ni una sola hora en este tugurio, y mucho menos tentar a la suerte durmiendo bajo su techo.

-Querida señorita Ashbrooke... -Raefer le deslizó una mano bajo el brazo, pero ella la apartó con una sacudida-. De acuerdo, querida señora Montgomery... -La enlazó por la cintura y la levantó del suelo, atrayéndola de golpe contra su pecho, ante lo que Catherine se quedó sin habla-. Puedes escoger entre cruzar esa puerta y subir a tu habitación por tu propio pie o que yo mismo te lleve escaleras arriba como a un saco de patatas.

Ella respiró entrecortadamente. -Me estás haciendo daño.

-Señora mía, no conoce usted el verdadero dolor -dijo él muy suavemente--; pero si quieres que te enseñe...

Su voz era tan siniestra como el oscuro destello del fondo de sus ojos, y Catherine intentó liberarse de él empujándole en el pecho con los puños cerrados.

-Eres aún más despreciable de lo que había imaginado. Nada me complacerá tanto como que llegue mañana.

-Comparto totalmente sus sentimientos, señora mía. Pero, hasta entonces, tienes que portarte bien. Entrarás en esa posada y le dedicarás tu más encantadora sonrisa a la señora Grundy, que no cabe en sí de gozo ante la idea de acoger en su casa a una verdadera señora.

Catherine soltó un bufido ante el sarcasmo y se zafó de Montgomery. Deirdre, abrazando con fuerza el maletín que llevaba, también salió del coche, y ambas se quedaron de pie, la una junto a la otra, observando aquel lugar.

-Santo Dios, señorita Catherine... ¿es ahí donde se supone que, debemos dormir?

-Eso me han dicho -repuso Catherine secamente, con sus ojos clavados con furia en los de Montgomery-. Pero sólo será una noche. Mañana haremos lo posible por encontrar alojamiento en un sitio respetable, donde no tengamos la necesidad de soportar tanta miseria... y a gente tan miserable.

Tomó a Deirdre del brazo y se dirigieron hacia la entrada iluminada. A ambos lados del pequeño sendero que conducía a ella, se adivinaba el intento de plantar un jardín, pero de eso debía hacer siglos, pues tan sólo habían crecido, y en abundancia, malas hierbas. Al otro lado de la destartalada puerta, el panorama no era menos desolador. La planta inferior, una sola estancia utilizada como taberna, era oscura, sin ventilación, y olía a comida rancia y a suciedad. En una de las paredes había una chimenea sobre la que colgaban toda clase de cacharros y utensilios de cocina, y ristras de carne seca de bastante mal aspecto. En el hogar ardía un fuego triste que despedía más humo que luz o calor. El techo estaba combado, como una amenaza sujeta por gruesas vigas, y en el centro de la habitación, un tramo de estrechas escaleras conducía al piso superior y separaba así la estancia en dos zonas: la taberna pública y lo que Catherine supuso que era la vivienda. Sólo pudo suponerlo, porque se entreveía una especie hamaca detrás de la tela que, colgada del techo, intentaba marcar un espacio privado.

Desde luego, podía ser que aquél rincón estuviera destinado a otras cosas, a proporcionar otro tipo de «hospitalidad,>, pero Catherine no quiso ni pensar en ello.

Dio un paso atrás, dudando, y chocó contra el cuerpo de Montgomery. Se volvió hacia él con un respingo, y le miró, convencida de que, lo hacía a propósito. ¿Por despecho, quizás? ¿O como venganza por la humillación de haberse visto obligado a casarse con ella?

-Ojalá Hamilton te hubiera matado. Ojalá.

-Quizás la próxima vez.

-La habrá, no te quepa la menor duda. El teniente Garner no se da tan fácilmente por vencido. y si dice que tiene la intención de terminar lo que ha empezado, es mejor que te tomes en serio su palabra.

-En ese caso, quizás debería darle un buen motivo –murmuró Raefer-. Quizás tú y yo deberíamos terminar lo que empezamos en la terraza ayer por la noche.

Catherine, alterada, se alejó de él intentando no tambalearse. Una mujer muy bajita, muy metida en carnes y con la nariz muy roja se acercó a ella a toda prisa y le dedicó una ridícula reverencia.

-Milady. No sabe cuánto siento que todo esté tan patas arriba. No esperábamos que el señor volviera, y con una dama. Enseguida subiré a su habitación y le cambiaré las sábanas.

-A mi esposa también le apetecería darse un baño, si es posible, señora Grundy -la sonrisa de Montgomery era encantadora-.¿Puede ser?

-Bueno, creo que puedo hacer que suban una cuba.

-Eso sería perfecto-. Al ligero empujón de un guante negro, Catherine se dirigió hacia la escalera. La barandilla, por llamarla de algún modo, era una gastada cuerda de barco, a la que se agarró con cautela mientras, mirando dónde ponía los pies, subía poco a poco los " peldaños medio rotos que cedían ligeramente bajo su peso. Deirdre, que había observado el intercambio de miradas entre Catherine y su, de momento, marido, la siguió a una distancia prudente, agarrando con más fuerza que nunca el maletín que contenía los objetos personales y las joyas de la señorita Ashbrooke.

El piso de arriba estaba dividido en cuatro habitaciones, todas ellas más pequeñas, pensó Catherine, que el vestidor de su dormitorio en Rosewood Hall. Habiendo esperado lo

peor, se sintió algo aliviada al comprobar que la diminuta estancia estaba sorprendentemente limpia. Las paredes eran de madera y estaban encaladas; la cama era antigua, pero parecía sólida, y el dosel que la cubría no debía tener más de una década. Sólo había un mueble más: una pequeño taburete de patas esbeltas colocado a modo de mesilla de noche. No había ninguna alfombra cubriendo el suelo de tablas de madera, y la ventana, cuadra- da, carecía de cortina.

-Le subiré la tina ahora mismo -dijo la señora Grundy, haciendo otra patosa reverencia.

-Por favor... no se moleste -murmuró Catherine. Vio que Montgomery la miraba, y añadió-: Estoy demasiado cansada para tomar un baño esta noche. Me bastará con lavarme un poco.

-Desde luego, como a usted le plazca, milady. No se preocupe. Le subiré un poco de pan recién horneado y unos pastelillos de cordero para llenar su estómago.

Catherine repuso con una sonrisa forzada:

-Eso estaría muy bien

Se quitó los guantes y los echó sobre el descolorido edredón, sin prestar mucha atención a la posadera, que se excusaba y se marchaba escaleras abajo, siempre a toda prisa. Apoyó la frente contra un pilar de la cama y suspiró, sintiéndose de repente más cansada de lo que recordaba haber estado jamás.

-No ha sido tan difícil, ¿verdad? -preguntó Montgomery-. Y tienes que admitir que la habitación está razonablemente limpia.

Catherine se irguió y le miró a la cara.

-Admito -dijo lentamente, con calma- que preferiría no tener que ver tu cara hasta mañana.

Se le erizó el vello de la nuca cuando, después de dudar un breve instante, Montgomery rió con rudeza.-Será todo un placer satisfacerla, señora.

La saludó inclinando levemente la cabeza y moviendo su ancho abrigo como si de una capa se tratara. Luego se marchó, dejando a Catherine sola, con la mirada fija en la puerta. Oyó él eco de sus botas sobre la madera, y maldijo para sí cada uno de sus pasos, deseando en vano que uno de los tablones cediera y Raefer se precipitara al vacío y se muriera de una vez. Sin embargo, los pasos sólo llegaron hasta la habitación de aliado, desde donde llegó también el sonido de un odas apagado saludo.

Al ver el cansancio reflejado en el rostro de Catherine, Deirdre dejó el maletín a un lado y se apresuró a comprobar si había agua en la agrietada jarra de la mesilla de noche.

-Oh, señorita Catherine, ojalá hubiera algo que yo... -¿ Para qué demonios la has traído hasta aquí?

Ambas se sobresaltaron ante aquella inesperada interpelación, y se volvieron a mirar la pared que separaba las dos habitaciones. Esperaron, conteniendo la respiración, pero el tono de voz se moderó después de una cortante advertencia de Montgomery. Catherine se fijó entonces en una delgadísima franja de tenue luz a media altura de la pared (un agujero de la madera o una grieta) y, no pudiendo dominar su curiosidad, se acercó de puntillas a la pared y miró por el resquicio. Deirdre estaba sinceramente atónita.

-¿Señorita Catherine!

-Cristo Sólo quiero ver con quién habla.

Había otros dos hombres con Montgomery. Uno de ellos, de me- diana estatura, muy delgado, como si no hubiera cernido durante unos días. En sus mejillas sólo se veía la sombra de una barba incipiente, casi un vello, castaña y sucia, lo que le hacía parecer no mucho mayor que Catherine. El segundo estaba apoyado con la espalda contra la pared, pero enseguida avanzó unos pasos hacia el lado opuesto de la habitación, con lo que Catherine pudo verle un momento la cara. Era casi tan alto como Montgomery, pero esbelto y de movimientos suaves, y sus rasgos melancólicos y meditabundos le daban el aspecto de un poeta o filósofo. Ambos iban vestidos de manera informal, con camisas anchas, chalecos de piel y pantalones sencillos.

-Ya no tendremos que preocupamos por ella pasado mañana -decía Montgomery, alejándose de la puerta y colocándose directa- mente en el campo de visión de Catherine.

El filósofo se inclinó bajo la luz y examinó la reciente herida de la sien de Montgomery.

-¿ Esto te lo hizo él?

-Fue... un pequeño error de cálculo por mi parte. Pero no tiene , importancia. Por lo que sí deberíamos preocupamos es por los rumores que nos llegaron en Londres. Son ciertos. Según el coronel, varios regimientos se están preparando para desplazarse hacia el norte; esperan recibir órdenes a final de mes.

-Así pues, ¿sospechan algo? . .Montgomery frunció el ceño y movió la cabeza.

-Saben que nuestro amigo ya no está en Normandía, y no se han creído ni por un instante que haya vuelto a Roma. Algunos, incluso, están convencidos de que ya ha cruzado el canal con un ejército.

-¿Eso lo dijo el coronel? Montgomery se quitó el sombrero y lo echó sobre la cama, junto a su abrigo.

-Fue arriesgado encontrarme con él en Derby, pero los informes que me pasó eran demasiado importantes para confiarlos a los correos regulares. Está preocupado, y con razón, porque el ejército inglés sabe demasiado sobre nuestros asuntos. Demasiado para creer que la información sólo viene de su gente.

-La información siempre va de un lado a otro, en ambas direcciones -dijo el filósofo con voz queda.

-Desde luego, y no podemos fiarnos del coronel, porque él mismo es un *Sassenach* - apuntó el más joven.

Catherine dejó de espiar por el agujero; la había cogido por sorpresa el marcado acento escocés, y también el tono despectivo con que había sonado la palabra *Sassenach*, un vulgarismo usado por los celtas para denominar a los nacidos en Inglaterra.

-¿Pasa algo malo, señorita Catherine? -preguntó Deirdre en un susurro.

-Cristo No... no lo sé. -Esta vez, no aplicó el ojo, sino que se puso a escuchar por la pequeña grieta.

-¿ Durante cuánto tiempo piensas utilizar el nombre de Montgomery?

-Mientras me sea útil, aunque empieza a gustarme bastante. Es más, confieso que me está gustando bastante todo lo relacionado con el estilo de vida de Raefer Montgomery.

-Entonces, ya es hora de que vuelvas a casa, primo. Tus hermanos te necesitan, tu clan te necesita y, por si no es suficiente motivo, resulta que es a tu padre, el viejo Lochiel, a quien deberíamos estar pasando de contrabando a Escocia, no a ti.

-Quizás deberíais hacerlo, Iain -admitió Montgomery-. Y, para vuestro pesar, sería el primer hombre al que los ingleses arrestarían y colgarían sin darle siquiera la oportunidad de un juicio.

-¿Qué te hace pensar que las cosas te irán mejor a ti? Todavía ha y una recompensa por tu cabeza (diez mil coronas fue el último precio que oí). Cuando el duque de Argyle sepa que estás de nuevo en Achnacarry, seguro que dobla la oferta.

-Me gustará estar allí para verlo -repuso Montgomery llanamente-. Tan sólo por ver la expresión de su cara, ya valdrá la pena el viaje.

-A mí, sin embargo, me gustaría más ver lo que piensa -la voz del filósofo estaba llena de sensatez-. Podéis estar bien seguros de que hará algo más que simplemente subir el valor de la recompensa.

-Aluinn tiene razón -concedió el más joven-. Hará algo. El duque tiene mucha memoria, y los hombres de su clan, también. No han olvidado que eliminaste a los hijos de un poderoso laird y que aún vives para contarlo. De todos modos, no debes preocuparte tanto por el duque como por el tercero de aquellos bastardos, al que dejaste con vida. Será él el que remueva todo el maldito asunto otra vez. Tendrás a todos los Campbell, en un radio de cien millas, diciendo a gritos que mataste a dos de sus hermanos impunemente. Todos

estarán afilando sus *clai'mors* y buscando en cada carretera y sendero que lleve a Achnacarry.

-El duque de Argyle mantendrá a los hombres de su clan y a su sobrino bajo control -repuso Montgomery-. Una incursión en el territorio de los Cameron ahora, despues de todos estos años, uniría a, las Highlands con mayor rapidez que si el príncipe Carlos desembarcara con los cien mil franceses que ha prometido. El gobierno inglés no estaría muy contento con los Campbell, porque sabe que mi hermano Donald es el último clavo que queda sujetando la tapa del barril, de pólvora.

-Sí, y quizás sea ese el motivo por el cual tu hermano nos ha enviado a por ti, porque sabe que tu presencia en Achnacarry puede hacer saltar la tapa antes y mejor que una mecha empapada en brea.

-Donald es un hombre de paz... un diplomático, no un guerrero. No hay nada que desee manos que una guerra con Inglaterra.

-Sin duda, pero quizás sabe también que, a pesar de toda la palabrería, la guerra es inminente. Quizás sabe que ha llegado el momento de hacer algo más que hablar, y necesita que a su lado haya alguien capaz de guiar al clan en la batalla. Los hombres, desde luego, escuchan al joven Lochiel, pero lucharán por ti.

-No creo que ese sea la intención de Lochiel.

-¿ Dudas de su lealtad a la causa de los Estuardo?

-La lealtad y la estupidez son dos cosas distintas.

La respuesta fue como un rayo, y sonó tensa y llena de indignación

-¿Piensas que nuestra lucha por volver a ver al rey Jacobo ocupando el trono de Escocia... es una estupidez?

-En este preciso momento, pienso que el mundo está lleno de locos que se creen con derechos divinos para perseguirse unos a otros en círculo. Un hombre prudente debería pararse a reflexionar sobre cuál de los locos tiene el ejército más poderoso antes de decidirse a entrar en la lucha.

-El rey Luis ha prometido enviar tropas -observó Iain. -:-Siempre y cuando las Highlands también reúnan un ejército propio.

-Jamás traicionaría a su primo!

-El rey Luis -dijo Montgomery frunciendo el ceño- traiciona- ría a su propia madre si eso le reportara algún beneficio.

-Si tan seguro estás, pues, de que sólo vamos a perder el tiempo, ¿por qué has accedido a volver?

-Que me aspen si lo sé -repuso secamente.

-¿ y tú, Aluinn MacKail?

Casi no hubo pausa.

-Yo voy donde va Alex.

-Por todos los diablos -fue la lenta y atónita réplica-, jamás lo habría creído de no haberlo oído yo mismo. El *Camshroinaich Dubh* temblando ante la idea de tener a unos cuantos Campbell tras él; teniendo miedo a una pequeña guerra con los *Sassenach.* jPor Cristo, has olvidado quién eres! jHas olvidado de quién es la sangre que corre por tus venas!

-No lo he olvidado -replicó Montgomery con voz de hielo. -Entonces, es que te has perdido en algún punto del camino –le escupió Iain con desprecio-. Porque no eres un Cameron. ¡No eres el mismo Alexander Cameron que mataba dragones en el castillo de Inverary!

-Aquellos dragones eran de carne y hueso. Murieron con tanta facilidad como tú o yo podemos hacerlo mañana mismo. Por el amor de Dios, no cometas el error de canonizarme por un acto tan brutal, sanguinario y repugnante.

-¿Repugnante? Sí, lo fue. Pero no tanto como lo que estoy viendo ahora mismo, ante mis ojos. Te han convertido en un cobarde, primo. Un cobarde *Sassenach*

El sonido de unos pasos furiosos y un portazo hizo que Catherine volviera a mirar por la rendija y verificara que el airado joven se habrá ido de la habitación. Los otros dos

ocupantes mantuvieron la mirada fija en la puerta durante unos segundos; luego, se miraron el uno al otro.

-Has sido un poco rudo con él, ¿no te parece?

-Es exactamente del tipo de exaltados que van a empujar a Escocia hacia una guerra para la que no está preparada -masculló Montgomery, de mal humor.

-Sí, pero tan sólo tiene...¿diecinueve años? ¿Veinte? No es mucho mayor de lo que tú eras cuando pensabas que podías comerte el mundo tú solito.

-Mi lucha era personal: una vida por una vida. Y si estamos hablando de molinos, recuerdo haberte visto atacar a unos cuantos, sobrio amigo mío.

-Sólo porque tenía que guardarte las espaldas a ti.

-Nadie te pidió que lo hicieras.

-No -admitió MacKail-. Nadie me lo pidió. Lo atribuyo a un corazón de oro y una mente confusa. y también al hecho de que no hay un día que despierte sin preguntarme qué demonios va a pasar, a qué maldita aventura nos abocarás. y ha sido una vida muy interesante, hasta ahora.

-Me alegro de entretenerte -contestó Montgomery secamente.

Luego, se dirigió hacia la pequeña ventana.

-Alex... ¿por qué has consentido en volver, realmente?

-Hemos estado en el exilio durante quince años. ¿No es suficiente tiempo?

-Iain tiene razón en cuanto al duque de Argyle: los Campbell todavía quieren verte colgado por asesinato.

-Pero, antes, todavía tienen que cogerme

MacKail suspiró y se pasó una mano por el pelo castaño claro.

-¿No te preocupa nunca que se te acabe la suerte?

-¿Por qué debería preocuparme? Bastante lo haces ya tú por los dos.

-Ese es probablemente el motivo por el que tengo la clara sensación de que debería haberme quedado bien arropado en la cama de la deliciosa condesa de Montgomery rió.

-Sólo era cuestión de tiempo que su marido se diera cuenta de que le crecían cuernos bajo el sombrero... Además, tú tenías tantas ganas de volver a casa como yo.

-En el fondo, somos tan sólo un par de bastardos sentimentales, ¿verdad? Bueno, tienes razón en una cosa: este asunto promete ser un reto interesante. Las fronteras están vigiladas por patrullas día y noche; la Guardia Negra ha desplegado todas sus fuerzas en busca de rebeldes y, cuando no encuentra ninguno, se lo inventa para cubrir el expediente. Unos cuantos miles de Campbell de Argyle estarán husmeando detrás de cada arbusto, sedientos de sangre y recompensa... -Hizo una pausa y sonrió de medio lado-. ¿Me he dejado algo?

-Si Donald pensara que no podemos conseguirlo, no habría enviado a Iain a buscarnos y, desde luego, no nos habría sugerido que cruzáramos Inglaterra.

-Cierto, aunque dudo que hubiera ido tan lejos como sugerirnos .que lo hagamos en un carruaje que lleva el escudo de un Miembro del Parlamento.

Montgomery masculló algo ininteligible y, luego, añadió:

-Es una larga historia. ¿No podemos comentarla tomando unas cuantas pintas de cerveza y unos pastelillos de carne? Los huelo desde aquí, y no he comido nada que valga la pena mencionar desde que me fui, el jueves pasado.

Se dirigieron hacia la puerta; y Catherine, al otro lado de la pared, se alejó lentamente de su «observatorio» con la boca seca y el corazón retumbando en sus oídos... ¡no podía ser la cosa para menos! El hombre con el que estaba casada, aunque fuera temporalmente, no era lo que había dicho que era. No era un hombre de negocios de Londres. ¡Ni siquiera era inglés! ¡Era uno de aquellos salvajes con faldas y piernas desnudas, pertenecía a una raza de guerreros tan primitivos y bárbaros como la inhóspita tierra que habitaban! Era un escocés. y un jacobita. Sir Alfred habría cogido un arma y habría disparado contra aquel bribón, sin duda, de haber sabido que tan sólo era un traidor papista disfrazado de caballero... ¡Y bajo su propio techo! *iUn* escocés! Ella ya lo sabía, ya había notado algo muy extraño, algo oculto y ruin en él desde el principio. ¿ Cómo podía

Damien, un abogado y una persona que sabía juzgar muy bien a los demás, haberse dejado engañar trabando amistad con él? Por Dios, arruinaría su carrera si se descubría que había tenido negocios con un espía jacobita. Todo el mundo sabía que los jacobitas se dedicaban al contrabando, el secuestro, la extorsión, el robo, la traición, el asesinato...

¡Asesinato! ¡Raefer Montgomery era buscado por asesinato! ¡Había una recompensa de cien mil coronas por su cabeza! y ni siquiera se llamaba Raefer Montgomery... era Alexander Cameron, un espía jacobita, un asesino a sangre fría, ¡Y sólo Dios sabía qué más! No había duda: la había llevado hasta aquella sucia posada bajo falsos pretextos, sin ninguna intención de dejarla marchar ni de llevarla a Wakefield para que se anulara el matrimonio. Lo anularía él mismo con una pistola o un cuchillo, y luego enterraría el cuerpo donde nadie pudiera encontrarlo jamás.

Catherine se llevó una mano temblorosa a la sien... y casi se sale t de su propia piel al sentir una mano posarse en su hombro.

Era Deirdre, que también reaccionó al sobresalto de Catherine dando un respingo y soltando un grito ahogado.

-¡Deirdre! Había olvidado que estabas aquí.

-Sí, estoy -dijo la doncella, con la mano en la garganta-. y no , me gusta demasiado, de momento.

-Oh, Deirdre... -Catherine extendió el brazo para asir el de ella-. ¿ Has oído lo que han dicho?

-Se me han escapado cosas, señorita, pero he podido oírlo casi todo.

-Entonces, estarás de acuerdo en que corremos un grave peligro.

Tenemos que encontrar la manera de escapar de aquí... de escapar de esos hombres... ¡Y alertar a las autoridades para que los arresten!

-Pero... ¿cómo? -La doncella echó una ojeada a la habitación, preocupada-. Estamos solas, en medio de ninguna parte, por lo que veo.

Catherine se irguió de nuevo. Montgomery (o Cameron) había dicho que estaban en Wakefield pero, hasta donde ella sabía, debían estar a unas cincuenta millas al norte, o al oeste, o al este de cualquier ciudad conocida. A pesar de todo, todavía se encontraban dentro del territorio inglés, y seguro que había una guarnición o algún miembro de la milicia por los alrededores.

Se dirigió con pasos sigilosos hasta la puerta, y asió el pomo. Pudo accionarlo con facilidad, pero en su mente apareció la imagen de las escaleras y el tugurio del piso de abajo, y supo que era totalmente imposible salir de la casa sin ser vistas.

Se volvió y apoyó la espalda en la pared. En la habitación no había nada que pudieran usar como arma, ni para atacar ni para defenderse. En el coche sí había un mosquete y una pistola bajo los asientos. Catherine había cazado suficientes perdices blancas y faisanes, y no dudaba que podría disparar contra un hombre que se interpusiera entre ella y su libertad. Pero, en primer lugar, tenían que llegar hasta el coche.

-¿Por la ventana, señorita? -susurró Deirdre, cuyo pensamiento recorría el mismo camino que el de Catherine, obviamente.

Catherine corrió hacia la pequeña abertura sin cristales, y empujó las contraventanas hasta abrir las de par en par. El espacio no era más ancho que sus hombros, y la distancia hasta el suelo parecía grande, pero había un roble viejo y nudoso justo delante, que parecía alargar
una de sus ramas, todas gruesas como brazos humanos, para tocar la ventana. Ya hacía diez años, como mínimo, que Catherine no osaba siquiera pensar en encaramarse a un árbol y, de hecho, nunca había subido más que unos cuantos pies para impresionar a su hermano.

Meneó la cabeza. -No sé...

Deirdre, una de los trece hijos de un guardabosques, había pasado la mitad de su vida trepando, cruzando el bosque tras sus ocho hermanos mayores, y vio la clara y obvia solución.

-¿Lo ve, señorita? ¿Ve cómo las ramas están dispuestas a modo de escalera? De hecho, parecen más sólidas y seguras que las que hemos subido para llegar a la habitación. Yo puedo salir primero para probarlas, si quiere, pero parece tan sencillo como bajar por una escalera de mano.

Catherine se mordió el labio inferior y miró hacia la puerta.

-Sí. Sí, ve tú primero. Pero no sólo para probar que se puede bajar. Debes seguir adelante e intentar buscar ayuda.

Deirdre abrió los ojos como platos.

-No puedo dejarla sola, señorita, y menos en manos de esa gente. Catherine la asió del brazo. Deirdre había sido su doncella de compañía durante siete años y era ferozmente leal... pero ahora no era el momento de demostrarlo.

-Puede que sea nuestra única oportunidad. ¡Esos hombres son asesinos, traidores! No creerás que van a dejamos vivir hasta mañana, ¿verdad? Si quieres saber lo que pienso, ya deben haber matado al cochero y al lacayo. Es una cuestión de vida o muerte. Y no hay tiempo para discutir quién se va y quién se queda.

Deirdre observó el rostro de Catherine y vio la desesperación reflejada en él. Entonces, se agachó y se levantó la sencilla falda negra y la única enagua por encima de las rodillas. Allí, escondida en una banda, a la altura de medio muslo, justo sobre la liga, llevaba una pequeña daga de aspecto dañino y no más grande que su mano. La sacó de su funda y se la ofreció. La hoja, afilada a conciencia, lanzó un súbito destello.

-Me ha sido útil en varias ocasiones, con varios hombres demasiado retozones -explicó-. Tómela, señorita. Escóndala aquí, así... -con mucho cuidado, la metió en el corpiño del vestido gris, y retocó el encaje, utilizándolo para disimular el final de la empuñadura-. Si por algún motivo tuviéramos que separamos, o si alguno de esos hombres intentara hacerle daño, no lo dude y láncese a darle en la entrepierna. No hace falta que tenga mucha puntería o que le dé muy fuerte, pero seguro que cae de bruces al suelo.

Ahora le tocó a Catherine observar la expresión solemne de Deirdre, y esta vez fue con nuevo respeto. Le daba vergüenza tener que admitirlo, y tener que admitirlo en un momento así, pero nunca antes le había prestado mucha atención a aquella chica irlandesa. Durante toda su vida había estado acostumbrado a tener criados, y Deirdre se había comportado como cualquier otra de las discretas figuras que trabajaban con silenciosa eficacia procurando la comodidad y el bienestar de los que residían en Rosewood Hall. Y, sin embargo, Catherine y Deirdre eran de la misma edad, y casi de la misma altura y complexión. Si su cabello castaño y brillante estuviera peinado formando tirabuzones, en lugar de recogido en un severo moño en la nuca, habría dulcificado un rostro tan fino y proporcionado como el de cualquier dama de buena familia.

-Que Dios te bendiga, Deirdre -murmuró, cogiendo su mano entre las suyas-. No sabes lo que te agradezco tu compañía y tu lealtad. No sé si me vería ni con la mitad de valor estando sola.

Deirdre se sonrojó ante el inesperado elogio y respondió con un apretón de manos para animar a Catherine.

-Entonces, ¿me voy ahora mismo, o espero? Hablaban de subirnos algo de comida...

-No. No, no quiero pasar en este maldito lugar ni un solo momento más de los precisos. Además, si esperamos... -añadió un comentario más sincero-- podría pararme a pensar demasiado sobre los obstáculos que tenemos en contra. Date prisa, antes de que...

Un ruido en el pasillo las paralizó a ambas. Deirdre todavía tenía la falda levantada y una mano en el marco de la ventana cuando la puerta se abrió y dejó ver un rostro igualmente asombrado, pálido a la luz de la lámpara.

-¿ Qué demonios os traéis entre manos, vosotras dos?

Capitulo 7

-¡ Damien! -Catherine estaba tan sorprendida de ver a su hermano en el umbral de la puerta, que no pudo hacer mucho más que ahogar un grito y quedarse con la mirada fija en él-. ¿ Qué haces aquí?

-Bueno... he venido para llevarte a casa, en primer lugar. y en segundo lugar... -No pudo decir nada más porque, de repente, se encontró abrazando a una desconsolada Catherine-. Pero, bueno... ¿Qué pasa? ¿Qué está pasando aquí?

Ella no pudo hilvanar una respuesta coherente entre los sollozos, y Damien la calmó tan bien como supo mientras revolvía los bolsillos de su abrigo buscando un pañuelo.

-Torna -dijo, llevándola hasta la cama y sentándola en una es- quina-. Suénate corno una buena niña y di me que te pasa. Das la im- presión de estar muerta de miedo.

-Oh, Damien... -le miró con los *ojos* nadando en lágrimas-. Damien, gracias a Dios que estás aquí.

-¿No te ha dicho Raefer que iba a venir?

-Él... ¿lo sabía?

-Claro que lo sabía. Nos pusimos de acuerdo ayer por la noche... bueno, esta mañana, de hecho. Quedamos en que yo os seguiría, nos encontraríamos en esta posada, testificaría en la anulación y te llevaría de vuelta a Rosewood Hall por la mañana.

Catherine estaba atónita.

-¿ Raefer ...te dijo que estaríamos aquí?

Damien cogió el pañuelo de su mano y le enjugó las mejillas húmedas.

-Puede que sea un tunante, y un poco imprevisible, pero tiene sentido común. Sospechó que papá se arrepentiría de sus actos cuando se le pasara el efecto de la bebida, pero no podía enviarte de vuelta a casa sola, sin escolta, y tampoco podía llevarte él mismo, desde luego.

-¿ Piensa realmente seguir adelante con la anulación?

-Claro que sí. No tiene por costumbre coleccionar esposas, que yo sepa, al menos. -Hizo una pausa y frunció el ceño-. ¿ Acaso pensabas...? Por Dios, ¿ era por eso que estabas a punto de precipitarte por la ventana, para huir de tus obligaciones como esposa? Pero, Kitty...

-¡Damien! ¿Conoces bien a Raefer Montgomery, realmente?

-¿Qué si le conozco realmente bien? ¿Por qué lo preguntas?

-¿Le conoces bien o no? ¿Qué sabes de él?

Las arrugas en la frente de Damien se pronunciaron.

-Sé todo lo que necesito saber, supongo. Le conocí hace tres o cuatro años, en Bruselas y, desde entonces, le líe asesorado en una importante cantidad de negocios.

-¿ Qué clase de negocios?

Damien parecía desconcertado.

-Importación y exportación. Es un comerciante... Catherine ¿qué pasa? ¿Por qué me haces todas estas preguntas?

Ella tragó saliva y le cogió por los hombros, tanto para sacar fuerzas como preparar a su hermano.

-Damien... no es quien dice que es. No se llama Raefer Montgomery. No es un negociante de Londres. ¡ Ni siquiera es inglés!

-¿Qué no es...? Catherine, ¿de qué estás hablando?

-Estoy hablando de él-susurró por no gritar-. No es quien dice que es. Es un espía. Un asesino. Le he oído admitir, de sus propios labios, que si alguien supiera que están aquí, podría empezar una guerra.

-¿ Una guerra? Vamos, Kitty, estás muy cansada, y ya sé que tu imaginación trabaja a todas horas, y mucho, pero... -¿Has visto a los hombres con los que está, cuando has llegado? -Había dos hombres más, abajo -admitió Damien muy despacio. -Bien, pues son sus compinches, o sus enlaces, o algo... no sé qué. Sólo sé que estaban aquí, esperándole, cuando hemos llegado. y cuando se vayan, se dirigirán al norte. -Se inclinó, marcando con énfasis una pausa, y añadió-: Vuelven a casa... a Escocia. Son espías, te lo digo yo. Espías jacobitas.

-Catherine... -el rostro de Damien reflejaba la incertidumbre de alguien que cree que un ser querido se ha vuelto completamente loco-. Comprendo que ese hombre no te guste en absoluto pero, confía en mí, Raefer no es ni un...

-No se llama Raefer. Se llama Cameron. A1exander Cameron. Y se le busca por el asesinato de dos hombres cerca de un sitio llamado... Archberry. Si tuviéramos tiempo, estoy segura de que podrías confirmarlo.

-Y, si lo hiciera, estoy seguro de que habría una explicación lógica. La gente cambia de nombre por motivos de todo tipo, pero eso no quiere decir que todos los que lo hacen sean espías o asesinos.

-La señorita Catherine dice la verdad -intervino tímidamente Deirdre-. Yo le he oído decir que volvía a su tierra, a Escocia, y que debían tener mucho cuidado para eludir las patrullas que vigilan la frontera Y la Guardia Negra.

Los ojos de Catherine destellaron, triunfantes.

-Hay una recompensa por su cabeza. Diez mil coronas. Y ayer por la noche estaba en Rosewood Hall para encontrarse con un coronel... (¡por Dios, no me digas que podría tratarse del tío Lawrence!) para recibir información sobre los movimientos de ejército; información que no puede ser confiada a los correos regulares. Damien ¿ no ves que sólo ha estado uti1izándote, utilizando tu amistad y tus contactos para disfrazar sus verdaderas actividades?

Damien se había quedado pálido y, aunque en sus ojos todavía quedaba la sombra de la duda, también había en ellos el destello de la certeza.

-¿ Cuándo decís que habéis oído todo eso?

Catherine señaló hacia el agujero de la pared.

-He podido oírlo y verlo todo perfectamente. Obviamente, no han tenido presente que las paredes son muy delgadas.

Damien miraba fijamente la pequeña rendija... tanto rato que ella se impacientó.

-¿Qué vamos a hacer?

Él se volvió para mirar1a.

-¿A hacer?

-Son espías. Son traidores a nuestro rey Y a nuestro país. No por demos dejar que se suban a sus caballos y se marchen tan tranqui1amente. Aquellas palabras hicieron que las mejillas de Damien recuperarán un poco de color.

-¿ y qué otra opción tenemos?

Ella pensó durante un momento y volvió a cogerle de las manos.

-Si lo que dices es verdad, si realmente él tiene la intención de ir a Wakefield mañana para arreglar la anulación, todo lo que tenemos que hacer es contárselo todo al juez, y Cameron será arrestado al momento y enviado a la cárcel, que es donde debe estar.

Se enderezó, orgullosa de su plan, ingenuamente complacida. El pánico de antes había dado paso a la confianza en sí misma y, ¿por qué no admitirlo?, cierta excitación ante la perspectiva de capturar a un peligroso criminal. Se la perdonaría por su conducta de la noche anterior, y sería recibida de nuevo en casa como una verdadera heroína. Hamilton no cabría en sí de orgullo, y estaría ansioso por pedirla en matrimonio. Su plan era perfecto, intachable, y mucho menos arriesgado que descolgarse por un árbol en plena noche.

-¿ y bien? ¿Hay o no un destacamento de la milicia en Wakefield?

-Un regimiento entero, si no me equivoco -murmuró Damien-. Pero el riesgo...

Catherine se permitió una sonrisa leve y vengativa.

-Nos ha mantenido encerradas en ese horrible coche durante todo el día, y casi no se ha detenido ni un momento para que pudiéramos comer y beber. No se ha dignado comunicarme sus intenciones de anular el matrimonio hasta bien pasado el mediodía...! e imagínate en qué estado me encontraba yo, entonces! Y, lo que es peor, no siquiera ha tenido la mínima decencia de aliviar mi sufrimiento diciéndome que tú nos seguías de cerca. En estos momentos, estoy tan furiosa que podría gritar pidiendo ayuda y correr el riesgo.

-Pero no querrás hacer eso -le advirtió Damien a toda prisa-.

De hecho, si lo que queremos es que todo salga bien, tendrás que actuar como si nada hubiera cambiado. Como si no hubieras oído, ni si quiera notado nada fuera de lo normal.

-Me gustaría más gritar.

Damien se pasó una mano por la frente.

-Debería bajar ahora mismo. Podrían sospechar algo si estoy tanto rato con vosotras.

Catherine lo agarró del brazo.

-¡No puedes dejarnos solas otra vez!

Él la acarició suavemente, apartando un mechón de rubios cabellos que caía sobre su mejilla.

-Voy a bajar... exactamente como habría hecho si tú no te hubieras puesto a llorar entre mis brazos. Voy a sentarme con ellos, a beber con ellos y, ahora que ya sé lo que son, voy a escuchar con mucha atención todo lo que digan, y quizás descubra algo que puede ser útil a nuestro bando. Mientras, tú vas a intentar relajarte y dormir un poco. Mañana vas a necesitar todas tus fuerzas y tu valor. y recuerda: estarás totalmente a salvo mientras hagas todo lo que ellos esperan que hagas.

Los labios de Catherine estaban completamente blancos, y sus ojos, muy abiertos, brillaban de miedo otra vez.

-Deirdre está aquí, contigo -le recordó él-. Por Dios, no se atreverían a matamos a los tres... y al cochero y el lacayo, que, por cierto, están jugando una partida de dados en los establos. De todos modos, por pura precaución, no olvidaré mencionar que al menos una docena de personas sabe a dónde he ido y por qué.

-¿Tendrás cuidado? -le rogó Catherine en un susurro.

-Seré la discreción en persona. Va a ser difícil, porque realmente me gustaba ese hombre. Pero admito que me gusta más mi propio pellejo. -La besó con ternura en la frente y se dirigió hacia la puerta-. Recuerda: come y duerme. No vuelvas a pensar en descolgarte por la ventana, y no te pongas histérica. Necesito que mañana estés fuerte por mí.

Catherine logró esbozar una débil sonrisa.

-Lo estaré. Pero tienes que prometerme que, cuando todo esto haya terminado, exagerarás sin ningún pudor lo valiente y atrevida que he sido, ante papá y todos nuestros amigos.

Damien también sonrió, burlón.

-Lo proclamaré a los cuatro vientos.

Mantuvo la sonrisa hasta que hubo cerrado la puerta. Pero, al llegar al último escalón de la destartalada escalera, sus cejas formaban una única línea, y cerraba con fuerza los puños.

Los tres hombres estaban sentados delante del fuego. Raefer Montgo- mery estaba apoyado con la espalda contra la pared, las largas piernas completamente estiradas y los tobillos cruzados. Sujetaba una jarra de estaño, con tapa, medio llena de cerveza negra.

-¿Y bien? -preguntó sin levantar la mirada-. ¿Qué te he dicho? Sanas y salvas, aunque, si todo este fiasco hubiera sido real, tu hermana se habría ganado una buena zurra en el trasero. Coge una silla y sírvete tú mismo un poco de cerveza o de vino. Debes haberte quedado helado de tanto cabalgar de noche.

-Me he quedado helado, sí, pero no por el viaje. -Damien desvió la mirada hacia los dos hombres que estaban sentados frente a Montgomery. El más joven, cuya expresión no disimulaba el recelo, le devolvía la mirada. El tercero empezó a esbozar una sonrisa amistosa, pero el gesto se detuvo ante las siguientes palabras de Damien-. Mi hermana acaba de contarme una historia muy interesante. Parece ser que las paredes de las habitaciones de arriba

son muy delgadas. Tan delgadas, de hecho, que ella y su doncella de compañía han oído todo lo que habéis estado hablando. Saben quiénes y qué sois.

Los ojos de medianoche de Alexander Cameron dejaron de mirar el fuego para volverse hacia Damien, y fue el único que no dio un respingo cuando éste golpeó la mesa con el puño.

-¡Maldita sea! ¿Por qué no habéis ido con más cuidado? Os pedí... os rogué que vigilarais lo que decíais y hacíais delante de ella. Por Dios, ya ha sido suficiente locura que consintieras en celebrar la boda y que la hayas traído hasta aquí.

Aluinn MacKail enarcó una ceja.

-¿Boda? ¿Qué boda?

-¿No os lo ha dicho? -bufó Damien con desdén-. ¿Y por qué no me sorprende? ¿Qué hay que contar, después de todo? Tan sólo que se comportó con tanto descaro y desfachatez en mi casa que con- siguió, él solito, poner furioso a medio regimiento de dragones. Tan sólo que se batió en duelo por el honor de mi hermana y que fue obligado a casarse con ella mientras su prometido, el perdedor, juraba vengarse. Fue una velada sin desperdicio, desde luego, aunque quizás no tan extraordinaria como yo imaginaba, si a ninguno de vosotros dos le ha parecido suficientemente extraño que Alex llegara con una herida en la sien y otra en el muslo, y no se os haya ocurrido preguntar de dónde habían salido.

Cameron buscó en el bolsillo de su chaleco y sacó un cigarro. -Te estás poniendo demasiado nervioso, ¿no te parece?

-¿ Demasiado nervioso? Apareces de repente, sin avisar, en mi ; casa, arriesgándote a comprometemos a los dos. Pones a la mitad de los invitados en tu contra defendiendo las cuestiones políticas de un país que se rebela, y acabas de redondear el asunto propasándote con mi hermana (que, casualmente, es la prometida de un oficial de los Dragones de Su Majestad) en la terraza, donde es seguro que Hamilton Garnier te puede ver. Le provocas para que te rete a un duelo, ¡después del cual, mi padre te obliga a punta de pistola a casarte con Catherine! La traes hasta aquí y la tienes medio muerta de miedo con historias sobre espías y asesinos. ¿ y me acusas de estar demasiado nervioso?

Aluinn y lain miraban fijamente a Alexander Cameron, que encendió una cerilla y la aplicó a la punta del cigarro con toda calma.

-En primer lugar -repuso lentamente, saboreando una larga calada y echando el humo sin prisas-, no podía avisarte de ninguna manera de mi viaje hasta Derby (llegamos a Londres medio día después que tú te hubieras ido). En segundo lugar, no me puse deliberadamente en contra a todos esos invitados pomposos, bigotudos y locos anarquistas. Y, por último, tu hermana estaba buscando problemas, lo pedía a gritos. Puede que yo me haya aprovechado de esa particular situación pero, de no haberlo hecho yo, lo habría hecho cualquier otro. Además, sabes perfectamente que intenté por todos los medios rehusar el reto del teniente, y que él no se daba por vencido y siguió insistiendo. Y por lo que respecta a la legalidad de la ceremonia...

-¿Estás diciendo que es cierto? -profirió bruscamente lain con una mueca-. ¿ De veras te has casado con... con esa?…

Damien miró fijamente al joven:

-Te agradeceré que recuerdes que “esa” es mi hermana. Mi única hermana, a la cual quiero mucho. Y, en caso de que lo hayas olvidado, ella también sabe quién eres tú.

Alexander mordió el cigarro.

-Bueno, eso sí es un desafortunado giro en la situación.

Darnien suspiró, corno si la discusión le superara, y cogió una jarra. -Lo que sería un desafortunado giro de la situación, ahora mismo, sería tenemos que enfrentar a alguna enfermedad infecciosa. Tenemos que enfrentar a Catherine, preparada y ansiosa por entregaros a la milicia local es... -meneó la cabeza y llenó la jarra.

-No podemos permitimos ningún tipo de complicación en estos momentos -dijo Aluinn, preocupado--. Deberemos mantenerla alejada de las autoridades, al menos hasta que crucemos la frontera con Escocia. Lo que menos necesitamos es que haya más patrullas buscándonos.

-Estoy completamente de acuerdo -repuso Damien-. Pero no sé cómo vais a hacerlo. Cuando Catherine saca todo su carácter (y, creedme, está muy enfadada), es mucho más sencillo intentar domar una cobra.

-Siempre puedes decirle que eres uno de nosotros, coronel -replicó lain con una sonrisa burlona-. Quizás descubra que sus ideas son tan rebeldes corno su carácter.

Los ojos azul celeste de Damien le dirigieron una mirada aún más helada, después de tal sarcasmo.

-Lo dudo mucho. Probablemente, daría el doble de gritos, con el doble de volumen.

-¿ Estás diciendo que no crees que puedas controlar lo que ella diga o haga durante los próximos días? -preguntó Cameron.

-Lo que estoy diciendo... es que, ahora mismo, ella confunde las prioridades gracias a su obstinación, que va más allá de lo creíble. Y pienso que, tan pronto quede en libertad, va a armar un jaleo de mil demonios. Hará que todos los perros de caza de Inglaterra sigan vuestra pista, y si tiene la menor sospecha de que yo también estoy involucrado y os he prestado ayuda, también hará que vayan tras de mí.

Cameron respiró hondo, descruzó las piernas y se levantó.

-¿Qué pasaría si le expusiéramos las consecuencias de tales acciones?

Damien observó la mandíbula de Cameron, dura e intransigente.

-No quiero que esté más asustada de lo que ya está.

-Las amenazas no suelen llegar con una apariencia delicada.

-Quizás puedo hablar con ella... .

Cameron tiró el cigarro a las llamas.

-No podemos arriesgamos a que no te escuche.

Cruzó la estancia a zancadas y subió escaleras arriba. Damien hizo el ademán de ir detrás, pero Aluinn le cortó el paso.

-Es capaz de ser diplomático cuando quiere. y extremadamente persuasivo.

Cameron abrió la puerta con una fuerte patada, sin molestarse a aminorar la velocidad que llevaba o a pedir permiso antes de entrar en la habitación de Catherine. El golpe hizo que se rompiera el cerrojo por la parte que estaba clavada a la pared y golpeara la madera, sonando igual que un disparo. Deirdre, que estaba deshaciendo el peinado de Catherine, dejó caer un manojo de horquillas metálicas al suelo. Catherine se puso en pie de un salto, y sus mejillas enrojecieron al instante, casi escarlatas de indignación. -¿Qué significa esto? ¿Cómo te atreves a entrar en mi habitación sin haber sido invitado?

Los ojos negros se clavaron en los de ella durante unos cuantos latidos acelerados, y entonces miraron a la doncella.

-Déjanos solos unos minutos.

-No. Quédate. -gritó Catherine, cogiendo la mano de Deirdre-. Sea lo que sea lo que hayas venido a decir, puedes decirlo delante de ambas.

Él movió ligeramente la cabeza y frunció el ceño.

-Supongo que sí, que es justo, porque ambas correréis, sin duda, la misma suerte.

-¿ y qué se supone que significa eso, exactamente?

-¿Hablando claro? Tengo entendido que has estado fisgoneando en mis asuntos. Los fisgones a menudo oyen cosas que no deberían haber oído... cosas que les impiden estar a salvo durante mucho tiempo.

Catherine dirigió la mirada hacia la puerta.

-Damien -murmuró-. ¿Qué le habéis hecho a Damien? -Nada. Aún.

-Quiero verle. Quiero ver a mi hermano.

Cameron cruzó sus musculosos brazos sobre el pecho, convirtiéndose en una impresionante figura amenazadora.

-No está usted en posición de exigir nada, señora.

-¿ y qué piensa hacer... señor Cameron? ¿ Matarnos? Damien le .ha dicho a mi padre que venía hacia aquí. Si nos pasa cualquier cosa, movilizará a todos los soldados de Inglaterra para darte caza. ¡Te cogerán y te llevarán ante un tribunal, y te condenarán a una muerte lenta y horrible por traidor y asesino, antes de despedazarte para dar de comer a los perros!

-Caramba, qué imaginación tan desbordante tienes. Pero, ¿cómo estás tan segura de que tú padre (o quién sea, eso da igual) me encontrará y, aún más, conseguirá atraparme?

-Señor mío, su arrogancia está fuera de lugar. Es una lástima que menosprecies la influencia que tiene mi padre en el ejército.

-Al contrario; estoy seguro de que él y sus hordas de diablos sedientos de venganza no dudarían un instante en remover todo Londres en busca del escurridizo Raefer Montgomery. Pero ¿cuánto tiempo supones tú que tardarían en averiguar que el señor Montgomery ya no existe?

La evidencia cayó como una bofetada fría y cruel sobre Catherine. Más allá de las paredes de aquella posada, nadie sabía que Raefer Montgomery era un disfraz. Incluso Hamilton, que había jurado ir tras ella, se dirigiría instintivamente a Londres a la búsqueda de pistas sobre su desaparición. Para cuando se descubriera la verdad (si llegaba a descubrirse), sus cuerpos sin vida ya llevarían tiempo criando malvas.

-¿ Qué piensas hacer con nosotros?

-Eso, señora, depende totalmente de que podamos o no llegar a un acuerdo.

Ella también se cruzó de brazos y le observó con beligerancia.

-¿ Qué clase de acuerdo?

-Te diré qué necesito que hagas -entrecerró sus oscuros ojos y entonces podremos decidir qué método de persuasión debo usar para que cooperes conmigo.

-Jamás -dijo ella impulsivamente--. No cooperaré jamás. -Necesito una semana --continuó Cameron, como si no hubiera oído la interrupción-. Necesito llegar a la frontera, entrar en Escocia y cabalgar hasta las Highlands sin exponerme a que me disparen por la espalda a cada paso.

-Un mosquete sería demasiado piadoso. A los espías se les cuelga, ¿ sabes? Se les destripa y se les descuartiza, y sus cabezas se ensartan en picas hasta que se arrugan y se ponen negras como pasas. Cameron sonrió con una mueca.

-Has leído demasiadas novelas.

-y usted, señor mío, no tiene ni conciencia ni alma. El castigo es totalmente adecuado al crimen, según mi modo de pensar.

-Podrás pedir cualquier tipo de castigo que creas adecuado... siempre y cuando nos des la semana que necesitamos.

-Nada de lo que digas o hagas conseguirá que te haga una promesa tan temeraria.

-¿Nada?

-Nada -declaró ella llanamente.

Los ojos de Cameron descendieron desde las llamas de aquel violeta desafiante hasta la suave curva de la garganta para acabar posándose sobre la blanca piel de los senos que asomaban, tentadores, por el escote del corpiño.

-¿ Acaso ha olvidado, señora, que participamos en cierta desagradable ceremonia, ayer por la noche? Creo que me confiere... digamos... algunos derechos y privilegios específicos.

Catherine se negó a expresar el escalofrío que le recorrió la espalda. -Si se está refiriendo a los derechos conyugales, señor... Cierto, podrías reclamarlos, pero sólo conseguirías añadir el cargo de violación a tu ya célebre lista de crímenes. Y no veo, por otro lado, que hacerlo te garantizara mi silencio. Si algo haría, es aumentar mi deseo de verte aplastado bajo el peso de la justicia.

Cameron sentía que la ira empezaba a adueñarse de él, tenía ganas de aplastar algo con sus propias manos.

-¿ Qué te parece si te digo que negarte a cooperar significa que no volverás a ver a tu hermano con vida?

Una pequeña parte de Catherine sabía que esa amenaza llegaría pero, aún así, tuvo que controlarse con todas sus fuerzas para no expresar ninguna emoción.

-No creo que seas capaz de matarlo a sangre fría -repuso despacio--. Damien es amigo tuyo.

-Tengo que trabar amistad con mucha gente, debido a mi trabajo. Catherine empezó a llevase las manos hacia el pecho, hacia lugar donde escondía el cuchillo de Delrdre.

-Él... te invitó a nuestra casa. Te defendió ante Hamilton y los demás.

-Es abogado. Se gana la vida defendiendo a la gente.

-¿Serías capaz de matarlo? ¿Sin ningún tipo de escrúpulo o remordimiento?

-Si, como dices, no tengo ni conciencia ni alma, ¿ qué puede significar otro asesinato? ¿ *O* tres más, llegado el caso?

Catherine se palpó los senos y miró fijamente aquellos ojos negros sin fondo. Vio un destello de sorpresa en sus profundidades, un momento antes de sacar la daga y lanzarla con saña hacia la cara de Cameron. Él se echó a un lado, esquivando el ataque, y la cogió por la muñeca con una rapidez y una facilidad insultantes, usando más fuerza de la necesaria para retorcerle el brazo y colocarlo tras la espalda. Un experto pellizco sobre los nervios indicados le produjo a Catherine tan insoportable dolor que sus dedos se extendieron sin previa orden, y se le doblaron las rodillas. El cuchillo cayó al suelo y desapareció al instante entre la confusión de faldas en movimiento.

Deirdre se lanzó tras él, apartando encajes y terciopelo, luchando por encontrar la empuñadura y levantarse a rescatar a Catherine. Vio un destello del metal sobre las tablas de madera, y estaba a punto de cogerlo cuando un segundo par de manos fuertes la agarró por la cintura y la levantó, alejándola de Catherine, que todavía se debatía frenéticamente para librarse de Cameron. Aluinn MacKail soltó un improperio cuando Deirdre, con sus zapatos de suela dura, le propinó varias y certeras patadas en las espinillas. Echó a un lado a la intrépida irlandesa e, intentó coger el cuchillo, pero la doncella volvió a abalanzarse sobre él. Esta vez, levantó el brazo para protegerse el rostro de aquellas afiladas uñas que amenazaban con arañarlo pero, en lugar de interceptar el ataque, su puño golpeó la sien de Deirdre. El poten- te impacto la hizo volver la cabeza a un lado, y la doncella se desplomó en el suelo.

No se movía.

Catherine dejó de oponer resistencia al instante.

-¡La has matado! Oh, Dios mío... ¡la has matado!

Aluinn se arrodilló sin perder tiempo junto al cuerpo inmóvil de Deirdre y le puso los dedos en el cuello. Pareció casi tan aliviado como Catherine al comprobar que tenía pulso.

-Está bien. Sólo se ha desmayado. Lo siento, yo no pretendía... -¡Asesinos! -gritó Catherine-. ¡Traidores! ¡Espías! ¡Haré que os cuelguen por esto! ¡Aunque sea la última cosa que haga, veré cómo os cuelgan! ¡Cómo os cuelgan, y cómo os destripan, y...!

-Oh, por el amor de Dios. -Cameron se inclinó hacia delante, cogió a Catherine por la cintura y se la echó sobre su ancho hombro. La sacó de la habitación, mientras ella chillaba y pataleaba, y la llevó escaleras abajo hasta dejarla en el suelo, frente al fuego, sin ningún tipo de ceremonia ni contemplación.

Damien corrió junto a ella, mirando furioso a Cameron y ayudando a su hermana a levantarse. En lugar de buscar refugio entre sus brazos, ella se abalanzó de nuevo sobre Alexander, dedicándole todo tipo de insultos y maldiciones que pudo recordar. Damien tuvo que agarrarla por la cintura y retenerla a la fuerza.

-¡Déjame!

-Catherine, por favor. ..

-¡Déjame! Ya no importa lo que hagamos o digamos, van a matamos igualmente. ¡Ya han intentado matar a Deirdre!

Damien miró a Cameron por encima de la cabeza de Catherine. -¿De qué está hablando? ¿Qué le habéis hecho a Deirdre?

-Nada. Ella ha sacado un cuchillo y ha intentado darme. Luego, todos hemos forcejeado y Deirdre ha sido noqueada.

-¡Asesino! -escupió Catherine-. ¡Traidor! ¡Espía!

-Maldito estorbo -murmuró Cameron, y buscó otro cigarro en sus bolsillos.

MacKail bajó por las escaleras, muy serio.

-Me parece que va ha estar inconsciente un par de horas, pero no tiene nada roto.

-¿Qué ha pasado? -inquirió Damien. : -Yo aún diría más: ¿qué pasa ahora? Con o sin delicadezas, tu encantadora hermanita se niega a entrar en razón. -Enarcó una ceja, a modo de advertencia, al ver que Catherine abría la boca para dar una réplica mordaz-. Y si la oigo pronunciar ni una sola palabra más, señora mía, no respondo de en qué condiciones permanecerás escondida, ni si llegarás a ver otra vez la luz del día. -Volvió a dirigirse a Damien-: Estoy abierto a cualquier sugerencia que puedas hacerme. Necesitamos tiempo. Un par de días como mínimo.

-Dejad que Catherine y Deirdre se vayan. Llevadme como rehén para garantizar su silencio.

Catherine se volvió hacia su hermano, horrorizada ante la pro- puesta que acababa de hacer.

Damien... no.

-No hay otra salida, Kitty. Necesitan garantías.

Catherine agarró a su hermano por las solapas.

-Incluso si te llevan con ellos como rehén, ¿cómo puedes estar seguro de que te dejarán en libertad, una vez hayan escapado?

-Doy mi palabra de ello, en primer lugar -dijo Cameron suavemente.

-¿Tu palabra como quién... Raefer Montgomery o Alexander .Cameron? -Sus ojos despedían chispas-. ¿Tu palabra de qué... espía o asesino?

-No sé nada sobre los asesinatos que este hombre pueda o no haber cometido -dijo Damien sinceramente-, pero sé que podría cometer tres, aquí y ahora, y que nadie se enteraría durante semanas... meses.

-¿Quieres que confiemos en él? ¿ Aunque no es ni el amigo ni el caballero que creías que era?

-Un hombre puede cambiar su apariencia y su nombre, pero no puede cambiar su interior. Si dice que nos dejará en libertad a cambio de unos cuantos días de silencio, no tengo más remedio que creerlo, maldita sea.

Catherine estudió los tres rostros hostiles, acabando por mirar fijamente a Cameron. Él, a su vez, observaba los sutiles cambios de expresión en su cara con un semblante preocupado que combinaba la ira, la impaciencia y la certeza de que, incluso si conseguían atemorizarla para que prometiera callar, la promesa sólo duraría hasta que encontrara la guarnición o el destacamento de milicia más cercano.

-Iain... ¿cuánto crees que tardaremos en alcanzar la frontera?

El joven se encogió de hombros.

-Cuatro noches, más o menos, depende de lo que forcemos a los caballos y de la cantidad de patrullas que haya vigilando el camino.

-¿Con cuánta frecuencia las encontrasteis vosotros viniendo hacia aquí?

-Con tanta como parpadea un tímido.

-¿Qué hay de las carreteras? ¿Se puede pasar por ellas?

-¿Por las carreteras? Sí, claro que se puede, la milicia no hace otra cosa. -Parecía confundido, y miró de reojo a Aluinn, cuyos ojos grises estaban fijos en la cara de Cameron... como si supiera lo que éste estaba pensando y no pudiera creerlo-. Las carreteras son transitables, desde luego... si tienes ganas de ver el hacha de un verdugo de cerca.

-o si queremos viajar en un carruaje -dijo Cameron con mucha calma.

-¿En un carruaje? ¿ Te has vuelto loco? ¿ Porqué deberíamos querer hacer semejante estupidez?

Aluinn respondió con un suspiro.

-Porque tres hombres (o cuatro) a caballo, dirigiéndose hacia el norte, manteniéndose lejos de las carreteras principales y viajando de noche, llamarían más la atención, si los detuviera una patrulla de escarlatas, que un elegante carruaje inglés ocupado por un caballero, su esposa, sus criados... viajando de día, desde luego, a la vista de todo el mundo. ¿ He interpretado más o menos correctamente ese destello en tus ojos, Alex?

-Generalmente, lo haces -concedió Cameron, con un leve movimiento de su cabeza.

-Pero, ¿saldrá bien? Si vamos en coche, tardaremos de una semana a diez días más... eso, si el tiempo acompaña.

-Todavía estoy abierto a escuchar alternativas. Pero, mientras intentáis pensar en unas cuantas, recordad esto: la ausencia injustificada de Damien levantará, sin duda, alguna que otra sospecha, mientras que el recién casado señor Montgomery tiene muy buenas razones para desaparecer durante unas cuantas semanas... en su apasionado viaje de luna de miel.

Damien se puso tenso.

-No estarás sugiriendo que sea Catherine la que te acompañe, ¿verdad?

-¿ Qué le acompañe? -preguntó ella-. ¿ Qué le acompañe a dónde?

-Podrías considerarlo como unas vacaciones -dijo Cameron secamente, haciendo caer la ceniza del cigarro con unos golpecitos-.

Escocia está preciosa en julio.

-¡Escocia! ¡No estás en tus cabales! No voy a ir a Escocia. No voy a ir a ninguna parte... ¡Y mucho menos contigo! Díselo, Damien.

-¡Dile a este loco que no está bien de la cabeza!

Damien se había quedado sin habla. También luchaba con todas sus fuerzas para controlar su deseo de agarrar a Catherine por los hombros y sacudirla hasta que se le desencajaran los huesos. Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez. El duelo... la boda... las cosas se les habían ido de las manos, habían escapado al control de todos ellos, antes de que la sensatez y la prudencia encontraran una manera lógica y racional de detenerlas. ¿ Había algún modo de detenerlas ahora? ¿ Debía contar, simplemente, toda la verdad? ¿Cómo reaccionaría Catherine si supiera que él había estado trabajando por y para y con los jacobitas durante varios años? Había estado a punto de decírselo (de decírselo a todos) tantas veces en los últimos meses. y quizás debería haberlo hecho. Desde luego, no era el único que estaba descontento con el gobierno de los Hanover; muchos ingleses estaban trabajando, bien en secreto o bien abiertamente, para provocar un cambio en el poder. Pero revelar sus verdaderas intenciones habría significado apartarse de su familia y amigos, abandonar sus contactos en Londres, dejar a sus amigos disidentes sin la fuente de información vitales que había llevado muchos meses, años, establecer. No, no podía hacerles eso. y no podía hacerlo ahora que su propia hermana se había convertido, sin saberlo, en una pieza más de aquel peligroso juego.

-¿Damien? -Ella le miraba, frunciendo el ceño-. Díselo.

-No puedo permitirlo -dijo débilmente-. Tendrás que pensar en otra solución.

-No hay otra solución posible, a parte de maniatarla, amordazarla y mantenerla encerrada bajo llave en algún lugar durante una semana -replicó Cameron con calma-. Si la hubiera, ¿ no crees que yo sería el primero en proponerla?

-Pero... es mi hermana.

-y te prometo que la trataremos como si fuera la mía. Dentro de dos semanas, tres a lo sumo, estará de vuelta en casa, sana y salva.

-Hizo una pausa y sonrió-. Con el certificado de defunción de su marido en la mano, y con una situación económica muy desahogada para borrar cualquier mancha que todo este asunto pueda haber dejado en su reputación.

-Ni entregándome hasta el último soberano del mundo conseguirías comprar mi silencio -insistió Catherine-. Damien, díselo. Dile que no es suficiente.

Esperó la protesta indignada de su hermano pero, al hacerse terriblemente evidente que no la habría, le miró de nuevo y casi pierde el equilibrio bajo una ola de flaqueza.

-¿Damien? -su voz era un mero susurro-. No estarás pensando en aceptar esta... esta locura, ¿verdad?

-No le has dado mucha más salida.

-Oh, pero... -se volvió a mirar a Carne ron, pero en aquellos ojos negros no vio nada que se pareciera, ni remotamente, a alguna emoción a la cual ella pudiera apelar. La invadió otra ola de debilidad, que amenazó con minar la poca compostura que aún mantenía.

Cameron se dio cuenta y se dirigió a Damien.

-Tienes mi palabra. Nadie le tocará ni un solo cabello a tu hermana, siempre y cuando se comporte y coopere.

-Por tu vida, Alex -repuso Damien, en voz tan baja que Catherine casi no pudo oírle entre los latidos de su corazón, resonándole en los oídos-. Júralo por tu vida.

-Tienes mi palabra -fue la única y calmada respuesta.

-¿ y ...y si me niego? -inquirió Catherine, con la voz entrecortada.

-Si te niegas -dijo Iain, impaciente - se acabó todo con un pescuezo retorcido y una fosa junto a la carretera.

Damien no pudo aguantar más y profirió un reniego. Apartó a Catherine a un lado y agarró a Iain por las solapas, con tanta fuerza que le rasgó la camisa. El sonido de la ropa al desgarrarse fue seguido al instante por el de un puño golpeando una mandíbula. Aluinn corrió a separarlos, pero no pudo impedir que Damien le propinara un par de puñetazos más, uno de los cuales le rompió la nariz al joven.

-¡Déjame! -Se zafó de los brazos de Aluinn-. ¡Ha ido demasiado lejos, maldita sea! ¡Demasiado lejos! Iain, que se había tambaleado hasta la pared, se pasó el dorso de la mano por el labio superior y contempló fijamente la mancha de sangre, sintiendo cómo un reguero le resbalaba por la barbilla y el cuello.

Rugió como un toro embravecido y se lanzó a cruzar la estancia a toda velocidad hacia Damien, con una daga en la mano levantada. Aluinn vio el arma, y no pudo hacer más que abalanzarse bruscamente sobre Damien para apartarlo, y esquivar también él mismo el ataque. -¡Iain! -El grito de Cameron detuvo al joven-. ¡Guarda eso inmediatamente!

-Nunca he confiado en él -escupió Iain-. Os dije que no os fiarais de él, pero no quisisteis escucharme.

-¡He dicho que guardes eso inmediatamente!

-Sí, claro. -Se enjugó más sangre de la cara-. Lo guardaré...¡pienso guardarlo en su entrepierna!

lain se lanzó contra Damien de nuevo, pero Cameron le salió al paso. Casi sin esfuerzo, lo agarró por la muñeca que sujetaba el cuchillo y le obligó a soltarlo. El joven soltó un grito de dolor e intentó golpear el rostro de su primo con el puño izquierdo. Otra vez, Cameron interceptó el movimiento del brazo, haciendo que desviara su trayecto y descargara el puñetazo contra la mandíbula de su propio dueño, ya llena de sangre. lain se mantuvo en pie durante unos segundos, con los ojos en blanco y el cuerpo agitándose bajo los efectos del golpe. Poco a poco, se fue encogiendo, derrumbándose con la ayuda de Cameron, que lo sujetaba, hasta acabar en el suelo, hecho una piltrafa.

Alexander volvió a erguirse, claramente enfadado por ese nuevo giro de la situación. Observó la sangre que manchaba su mano, y le dirigió una mirada fría y significativa a Damien.

Catherine, temiendo que su hermano fuera a sufrir un trato igualmente violento, corrió junto a él y se interpuso entre ambos.

-¡No le toques! Lo haré. Haré todo lo que quieras que haga... pero deja que Damien se vaya. Ahora mismo, en este mismo instante. Déjalo salir por esa puerta y marcharse.

-¡Catherine! -Ahora le tocaba a Damien reaccionar con horror y agarrarla por los hombros. Ella le apartó y continuó enfrentándose a Cameron.

-Quiero ver cómo se marcha. Y, si te niegas o si alguien intenta seguirle... en tus manos habrá mucha más sangre, porque no tendrás otro remedio que matarnos para que guardemos silencio.

-¡Catherine! -La obligó a girarse y a mirarle a los ojos-. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿Qué estás aceptando hacer?

-Estoy aceptando ser su rehén -repuso ella con calma-. Y estoy aceptando creer en su promesa de que todos saldremos con vida de esta.

-Pero, Kitty...

-Damien, por favor. No seré capaz de salir adelante si me obligas a pensar demasiado o demasiado tiempo en las consecuencias. De hecho, no quiero pensar en absoluto. Pretendo tomármelo como unas vacaciones, como las que pasamos en «Plymouth» aquel verano, cuando ni tú ni yo queríamos ir pero papá nos obligó. ¿Te acuerdas?

-Catherine, esto no es un juego...

Sus ojos violeta estaban muy abiertos y tenían un brillo casi punzante.

Un juego. Dios bendito, eso era lo que ella intentaba decirle. Habían inventado un juego en los derruidos muros del castillo de Plymouth, algo relacionado con caballeros que rescataban a una princesa secuestrada por su malvado tío, el rey. Jugaban a que Damien fingía recorrer la zona para reunir el rescate que pedía el Príncipe Negro pero, en lugar de eso, rodeaba los muros del castillo y atacaba a los imaginarios secuestradores por sorpresa.

¿Qué era lo que ella le pedía que hiciera ahora? ¿Fingir que acep- taba el trato, y salir de allí... para ir directamente a la guarnición de Wakefield y pedir ayuda? Desde luego, eso era lo que le pedía, y el brillo conspirador de su mirada casi le hizo soltar un potente gruñido.

-Kitty, no sé...

-Todo irá bien -insistió ella-. No te preocupes por mí. Por favor, vete mientras tengas la oportunidad de hacerlo, antes de que este caballero -le dirigió una rápida y fulminante mirada- cambie de opinión.

-Pero..

-Damien, sólo consigues hacerlo más difícil si no te das prisa. Por favor, vete ahora mismo.

Él la rodeó con sus brazos y la abrazó con fuerza. No podía hacer otra cosa que cumplir exactamente lo que ella le ordenaba... marcharse, alejarse de allí, antes de que cualquiera de ellos cambiara de parecer. Cameron y él se miraron fijamente por encima de la cabeza de Catherine.

Los ojos negros captaron a la perfección la silenciosa amenaza, y luego se volvieron hacia Aluinn.

-Hay un cochero y un lacayo en los establos. Diles que has sido contratado para relevarles en su tarea, y que vuelven a Derby con el señor Ashbrooke.

Catherine volvió la cabeza hacia él, que sonrió con una mueca.

-¿ Puede esto contribuir a que esté usted tranquila por lo que respecta a la seguridad de su hermano, señora?

-Mi total tranquilidad, señor, llegará el día que te vea subir los peldaños del patíbulo.

Capitulo 8

Deirdre yacía en la cama con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, y por un terrible, aterrador instante Catherine pensó que estaba muerta.

-¿ Deirdre? -Se inclinó sobre la figura postrada y rozó delicadamente la mejilla de la doncella. Sus párpados cerrados se movieron ligeramente y un leve quejido escapó de sus pálidos labios.

-Gracias a Dios -murmuró Catherine, y dedicó su atención al pómulo magullado e hinchado de Deirdre. Había un corte en su piel, y recordó haber visto un destello dorado en el dedo de Aluinn MacKail.

-Animal -dijo entre dientes-. Los tres merecen que el destino les depare lo peor. Oh, Deirdre, despierta, despierta, no puedo soportar todo esto sola.

Unos pasos en el corredor la alertaron. La puerta, cuyo cerrojo estaba ya roto, cedió fácilmente al codazo de MacKail, que entró con una bandeja repleta de pastelillos de carne, aún humeantes, pan y queso.

-Ya puedes largarte con todo eso por donde has venido -dijo Catherine, sarcástica-. No queremos más muestras de hospitalidad por hoy.

Haciendo caso omiso del comentario, MacKail depositó la bandeja en la mesilla de noche y comprobó de nuevo el pulso de Deirdre presionando suavemente sobre su cuello.

-No quería golpear la. Ha sido un accidente.

-Díselo a Deirdre cuando se recupere. Si llega a recuperarse. MacKail clavó por un momento sus claros ojos grises en los de ella y, sin decir palabra, salió de la habitación. Catherine le siguió, cerró violentamente la puerta tras él y, después de pensarlo unos instantes, arrastró una silla y la apuntaló firmemente contra el pomo. Segura y satisfecha de que el

improvisado cerrojo desanimaría a cualquier otro visitante no deseado, se alejó de la puerta y miró desafiante las combadas tablas de madera del suelo, como si a través de ellas pudiera ver la sala del piso de abajo.

¡Locos! ¡Estúpidos! ¿De verdad creían que Damien se limitaría a alejarse al galope y abandonarlas en *sus* manos? Él había entendido perfectamente el comentario sobre el verano en Plymouth, y seguramente ya estaba en este momento poniendo sobre aviso al comandante de la guarnición en Wakefield. Bastaba sólo una hora, no más, para que la casa y los alrededores hirvieran de soldados. Cameron y *sus* compinches renegados no tendrían dónde escapar, dónde esconderse y sólo podrían...

¿Sólo podrían qué? ¿Qué harían?

El corazón de Catherine resonó, obsesivo y con fuerza, en *sus* oí dos, mientras ella clavaba los ojos en la puerta.

Sin duda, intentarían utilizarlas, a ella y a Deirdre, como rehenes, eso es lo que harían. Las apuntarían con una pistola o un cuchillo y amenazarían con matarlas para conseguir su libertad. A no ser que...

Su mirada voló hacia la ventana.

...A no ser que ella y Deirdre pudieran de algún modo abandonar sigilosamente la casa sin que *sus* guardianes se dieran cuenta. De hecho, estaban a punto de escapar cuando Damien las había interrumpido. Todavía tenían la oportunidad de hacerlo.

-¡Deirdre! -Volvió a inclinarse sobre ella y la sacudió por los hombros-. Deirdre, despierta. ¡Despierta!

Le dio unos cachetes (unos buenos bofetones, a decir verdad) y le retorció las muñecas. Corrió hacia la jofaina, mojó una toalla en agua fría y la puso sobre la pálida frente de la muchacha. Como resultado, sólo consiguió un leve gruñido y un ligero movimiento de cabeza y hombros con el que Deirdre intentaba evitar el contacto húmedo y frío de la compresa.

Era del todo impensable abandonar a una mujer inconsciente a merced de unos criminales, y Catherine se reprochó haber siquiera contemplado la remota posibilidad de ello. Por otro lado, si conseguía huir y encontrar ayuda, y si la ayuda llegaba pronto, podía hacer que alguien trepara por el árbol y rescatara a Deirdre antes de que las descubrieran.

-Deirdre... despierta -rogó desesperadamente-. Por favor, despierta.

Por un instante, Deirdre entreabrió sus ojos marrones, con la mirada perdida, pero el esfuerzo fue demasiado y volvió a sumirse en la inconsciencia. Catherine no podía hacer más. Incluso si hubiera logrado despertar a la criada, dudaba que Deirdre tuviera fuerzas para huir por la ventana.

...Tan sencillo como bajar por una escalera de mano.

Mordiéndose el labio inferior, Catherine se acercó a la ventana y contempló la oscuridad de fuera. La luna, llena, pendía del cielo, brillando sobre las copas de los árboles, y sus rayos bañaban el campo abierto con una luz azul y blanca, casi tan clara como la del sol. Las ramas del roble, antiguas y retorcidas, se recortaban a contraluz como si fueran los huesos de un esqueleto; a la altura de la ventana, había pocas hojas o nuevos brotes que pudieran estorbarla en su descenso. Recogió los pliegues de su falda y se metió los bordes por dentro de la cintura del vestido. Lo pensó mejor, y se deshizo de dos de las enaguas más voluminosas, reduciendo así la cantidad de material que tendría que controlar, sin pararse ni un momento a analizar lo que estaba a punto de hacer. Ni las repercusiones que tendría si la descubrían intentando escapar.

Una última mirada hacia atrás, por encima de su hombro, y una rápida Y silenciosa plegaria, mientras pasaba, guardando el equilibrio, hacia la repisa exterior. De algún modo encontró el valor para dejarse caer hacia adelante, agarrarse a la rugosa rama y balancearse, libre por fin de su celda. La rama era gruesa y se sintió razonablemente segura después de pasado el primer momento de pánico. De todos modos, mantuvo los ojos cerrados hasta que su corazón volvió a latir de una forma más normal, e intentó no pensar en la distancia que la separaba del suelo.

Y fue, finalmente, imaginarse a sí misma como un mono aterrorizado agarrándose a una enredadera, lo que puso en movimiento sus pies y manos. Empezó a deslizarse lentamente,

con mucho cuidado, a lo largo de la rama, avanzando con extrema cautela hasta llegar, jadeando y con la frente considerablemente empapada en sudor, a la intersección con el tronco del árbol. Allí, comprobó con gran alivio que sus pies encontraban apoyo más seguro (de hecho, era realmente como bajar por una escalera) y, lanzando un suspiro de agradecimiento, se encontró con los pies en tierra firme.

No se entretuvo en celebrar su victoria. El establo estaba todavía a cincuenta largos pasos, o más, cruzando el patio iluminado por la luz /de la luna, y de nuevo sintió la punzada del pánico al imaginarse a Alexander Cameron pasando junto a una de las ventanas, echando un vistazo casual a través de los cristales y fijándose en la veloz sombra que corría por el espacio abierto. Pero no había modo alguno de evitar el riesgo. No podía quedarse pegada al árbol, y a pie no podría llegar muy lejos. El bosque estaba al menos a media milla, y no había más alternativa que intentar robar un caballo.

Tragándose su miedo, se apresuró a cruzar el patio y se refugió en las sombras del desvencijado y mohoso granero. Afortunadamente, las puertas no estaban directamente expuestas a la luz de la luna; podría colarse sin ser vista desde la posada. Sofocada y casi sin aliento, mal- dijo su falta de previsión por no haber soltado, o al menos aflojado las cintas del corpiño; sus jadeos sonaban casi tan fuerte como el chirrido de los goznes mientras empujaba con todo cuidado una de las puertas hasta tener espacio suficiente para deslizarse al interior.

Estaba totalmente oscuro y olía fuertemente a caballo. Avanzó muy despacio, contra la pared, y no pudo reprimir un grito de dolor al tropezar con un tablón de madera, un peldaño de escala roto, que casi la hizo caer y torcerse un pie. Se agachó para recuperarse y esperó unos momentos hasta que sus ojos se acostumbraron a la intensa penumbra. De nuevo, la suerte estaba de su parte, porque a través del tejado, en muy mal estado, lleno de rendijas y agujeros, se filtraban finos rayos de luna, suficientes para permitirle ver los seis pesebres hechos de madera y piedras. Del techo pendían varios arreos y bridas de cuero. El carruaje de los Ashbrooke también se había guardado en el recinto; allí estaba, en el centro del establo, como una sombra negra y silenciosa.

Catherine se encaramó al pesebre más cercano, y lanzó otro grito al rozar el hocico aterciopelado del corcel de Cameron, que a su vez relinchó, enfadado y amenazante. Se alejó, tambaleándose, rodeó a una distancia muy prudente el pesebre y corrió hacia el próximo, donde estaba amarrado uno de los bayos. Desató la cuerda del poste y, pensándolo con rapidez, repitió la operación en cada uno de los pesebres restantes (excepto el de aquel demonio negro), perdiendo unos preciosos segundos de más en deshacer nudos y liberar a los animales.

Ya volvía hacia el bayo cuando una sombra delgaducha se recortó en la puerta del establo.

-¿Se puede saber qué diantre estás haciendo? -La voz de Iain Cameron sonaba innegablemente beligerante, e hizo que Catherine retrocediera, temblando, hasta pegar su espalda a la puerta del pesebre-. ¿No estarás pensando en largarte a caballo, de noche, sin ni tan sólo despedirte?

Iain avanzó hacia ella, con una risita grosera.

-Te he pillado haciendo travesuras, ¿ me equivoco?

-No des ni un paso más -le advirtió Catherine-. Manténte lejos de mí.

-¿ y qué piensas hacer, si no? ¿ Gritar? Desde luego, puedes gritar y hacer que mi primo aparezca corriendo, pero ¿cómo vas a explicar- le qué haces aquí, para empezar? ¿ Y por qué? Tú y yo, en cambio... podemos llegar a algún tipo de... agradable acuerdo. Se supone que estás en tu luna de miel, de todos modos, ¿verdad?

-No... no te acerques.

-Oh... tengo la intención de acercarme bastante, Su Señoría. Tengo la intención de acercarme tanto que te van a temblar los muslos de alegría...

Catherine recordó el tablón, consiguió agarrarlo y lo lanzó con fuerza en dirección a la cabeza de Iain. Él lo vio volar hacia su cara pero, no tan rápido de reflejos como debía haber sido antes de su encontronazo con el puño de Alexander Cameron, tardó demasiado en agacharse y esquivarlo totalmente. Recibió el golpe en una sien, se tambaleó y fue a dar contra la pared. Su aturdimiento duró lo suficiente como para que Catherine llegara hasta el

bayo, lo desatara y se subiera al lomo. Iain reaccionó e intentó impedir la huida, pero sus gritos sólo consiguieron que los otros caballos se asustaran y salieran de sus establos a galope, hacia las puertas abiertas.

Catherine no miró atrás. Se inclinó al máximo sobre el cuello del bayo y luchó por mantener el equilibrio mientras apremiaba al animal en su carrera. La última imagen clara que pudo ver fue la puerta de la posada abriéndose de golpe, y dos personas corriendo por el patio, de repente inundado por la luz amarilla y chillona del interior.

Rogando que el caballo ganara velocidad, se sujetó aún más fuerte si cabe, agarrándose a la crin, con las manos enredadas en los mechones de pelo castaño y grueso que golpeaban su cara como un látigo a cada movimiento. El miedo le resecó la garganta, y el viento y el frío le llenaron los *ojos* de lágrimas. Su peinado se deshizo en largos y ondeantes tirabuzones rubios; la falda le dejó las rodillas al descubierto y sus pliegues de terciopelo aleteaban tras ella. Catherine sabía que la luna era su principal enemigo, y tuvo que decidir rápidamente entre seguir en campo abierto o intentar abrirse camino a través de la densa oscuridad del bosque.

Una sensación de peligro inminente hizo que, desafiando al viento en contra y el ímpetu del galope, mirara por encima de su hombro.

El caballo y el jinete que iban tras ella eran claramente visibles (tan visibles, por tanto, como ella para su perseguidor) y se dio cuenta del error que había cometido no liberando al corcel de Cameron.

Clavó cruelmente sus tacones en los costados del bayo y, sin querer pensar en el peligro que suponían las madrigueras de zorros y las raices demasiado grandes de algunos árboles, guió al aterrorizado animal hacia el bosque. Los árboles más cercanos al camino mantenían entre ellos una distancia suficiente, y los rayos lunares que se filtraban entre sus ramas permitían orientarse con facilidad, pero al adentrarse en la espesura no tuvo más remedio que sacrificar un poco de velocidad para avanzar más segura. Las ramas más bajas la abofeteaban y tiraban de sus cabellos. El terreno se hacía cada vez más tortuoso y, de vez en cuando en tramos, la falta de luz era tal que no cabía más que rezar y confiar en el instinto del caballo.

Cruzaron un riachuelo, salpicando mil gotas de agua a cada golpe de casco, y se metieron de lleno en un denso mar de helechos y arbustos, haciendo que todo tipo de criaturas adormecidas se dispersara en la noche.

El furioso galope que les seguía estaba cada vez más cerca, y Catherine apremió de nuevo a su caballo. Se desorientó y describió un gran círculo, volviendo al mismo lugar de donde habían partido, y ya no fue capaz de distinguir los árboles entre las sombras. De nuevo encontraron el riachuelo, sólo que esta vez el animal perdió el equilibrio en un desnivel del terreno, y lanzó un relincho de dolor al caer por el pequeño barranco. Catherine oyó un sonoro «¡crac!», y el mundo se derrumbó hacia un lado. Las riendas se le escaparon de las manos y salió disparada, dando un giro en el aire oscuro, mientras el suelo iba a su encuentro a toda prisa. Su grito se cortó en seco cuando cayó sobre un lecho de musgo tan húmedo y resbaladizo que su cuerpo siguió deslizándose, rodando con el ímpetu de la caída, hasta que dio una última voltereta sobre una enorme lasca y fue a caer al agua helada.

El riachuelo no era muy profundo, pero la fuerte corriente la engulló antes de que pudiera hacer pie. Buscó algo a lo que agarrarse, y . sólo encontró lodo y piedras que se desprendían al tocarlas. Consiguió por un momento sacar la cabeza fuera del agua y tomar un poco de aire antes de volver a desaparecer bajo la superficie del agua. La falda se le enredó en los tobillos como una espiral, y su cuerpo fue arrastrado sobre piedras y rocas, dando bandazos de un lado a otro del riachuelo. Volvió a asomarse a la superficie y vio entonces un enorme bloque de roca contra el que se dirigía a toda velocidad, y justo en el momento que se protegía con los brazos, preparada para el impacto, unas manos rudas y fuertes la asieron por las axilas y la rescataron del agua.

Tosiendo, boqueando para llenar de aire sus pulmones, blandió los brazos en un intento desesperado de liberarse mientras Alexander Cameron la llevaba hasta la orilla. Tenía el cabello en la cara, y no veía nada, pero pudo imaginar sus satánicas y oscuras facciones, sus ojos mirándola de soslayo; imaginó sus puños cerrados, listos para cumplir con la amenaza que le había hecho en la posada.

Chilló histéricamente y consiguió que uno de sus incontrolados manotazos diera con fuerza en la mandíbula de Cameron. Sin dudarlo un instante, él respondió con una serena y sonora bofetada. La pilló por sorpresa y, medio aturdida, reaccionó recuperando el control sobre sí misma y dejando, sin oponer más resistencia, que él la levantara en brazos y la llevara hasta el borde del pequeño barranco, donde el caballo agonizaba emitiendo débiles quejidos.

El animal se había roto una de sus patas delanteras. Estaba partida como una vara. Los huesos brillaban a través de los tendones y la carne desgarrada, y cada vez que el bayo se retorcía, un pequeño chorro de sangre tibia brotaba de ella. Maldiciendo entre dientes, Cameron se arrodilló junto al caballo y sacó un cuchillo de una de sus botas. Hizo dos rápidos y profundos cortes en el cuello del bayo, y permaneció de rodillas acariciando al animal hasta que sus patas quedaron inertes.

Sentía tanta ira que podría haber usado el mismo cuchillo contra Catherine, y prefirió no decir nada ni mirarla directamente a los ojos. En lugar de eso, la puso de pie y, zarandeándola, la llevó hasta *Shadow*, que esperaba moviendo nerviosamente sus patas delanteras, angustiado, pero con la cabeza majestuosamente erguida.

-Tranquilo -dijo Cameron-, no voy a dejar que te haga daño a ti también.

Subió a Catherine, completamente empapada y temblando, sobre el lomo desnudo del caballo, montó luego en la grupa, y guió al animal lenta y atentamente a través del bosque, de vuelta hasta el camino llano. Catherine, mareada, afectada por la muerte del bayo, extenuada y todavía tosiendo y escupiendo agua, no pudo hacer otra cosa que desmayarse contra el pecho de Cameron.

De vuelta a la posada, Aluinn MacKail esperaba con impaciencia en el patio.

-¿ Está bien? ¿ Dónde está su caballo?

-Ella está bien; el caballo está muerto -contestó Cameron secamente-. Y es una pena que no haya sucedido al revés.

-¿Pero qué demonios creía que estaba haciendo?

-No tengo ni idea. -Desmontó de un salto, tirando de Catherine tras él-. Pero te aseguro que lo averiguaré. ¿ Dónde está Iain? Buscando a los otros caballos.

-Cuando los encuentre, dile que los ensille; nos iremos cuanto antes.

Tomó a Catherine en brazos y entró en la posada. No la llevó a su habitación, sino a la contigua, donde ella había visto la reunión de Cameron y sus dos compañeros. Abrió la puerta con el pie y dejó caer a Catherine sobre la cama; la miró fijamente durante un largo minuto antes de volverse a cerrar la puerta de golpe.

-¿ y bien? -Se plantó delante de ella con los pies separados y se cruzó de brazos-. Espero que puedas darme una explicación capaz de convencerme de no agarrarte por el cuello y estrangularte hasta que mueras.

Catherine se incorporó, con los labios amoratados y temblorosos.

-V-vete al i-infierno.

Intentó apartarse la enredada cabellera de la cara y los hombros, pero la espesa y mojada mata de pelo estaba absolutamente pegada a su piel.

-El infierno será seguramente mi destino final, señora, pero de momento pretendo ir a Escocia; y sólo voy a advertírtelo una vez...

-¿Advertirme? *Un* espía, un asesino, un t-traidor al rey y al país *y*... ¿ y tú te atreves a advertirme a mí?

Los ojos de Cameron se fijaron por un momento en el corpiño de Catherine. Estaba desgarrado por la parte delantera y dejaba ver la rojez de un rasguño sobre el blanco inmaculado de su piel. Sospechó que no era la única herida que le había causado su temeridad.

-Podrías haberte matado, esta noche. –Y eso te habría ahorrado a ti el trabajo, ¿ no? ; Cameron entre cerró sus oscuros ojos. -Aunque tengo la sensación de que puedo cambiar de idea dentro de unos días, no acostumbro a matar mujeres... o niños, en este caso.

-N-no. Sólo las secuestras y te diviertes aterrorizándolas.

-Señora, si de verdad quisiera asustarla...

-¿Qué harías? ¿Atravesar a mi prometido con tu espada? ¿Dejar a mi doncella inconsciente? ¿ Amenazarme con matar a mi hermano si me niego a ser utilizada como rehén contra mi voluntad?

Los labios de Cameron reprimieron un reniego.

-Señorita Ashbrooke... eres un perfecto dechado de irresponsabilidad y estupidez, una niña mimada, tonta, insolente, descarada y pagada de sí misma, que cree que el mundo entero existe con el único propósito de servirla y satisfacer todos sus caprichos. Me imagino que tratas a la gente como te da la gana, que la utilizas como y cuando te place, y que después te la sacas de encima de cualquier manera cuando ya no te sirve. Dudo mucho que hayas pasado hambre ni un solo día de tu vida, o que conozcas el significado de la palabra miedo... miedo auténtico, el que te da un zarpazo en el vientre y te deja tan débil y aturdido que no puedes siquiera gritar. Pero si quieres saber cómo es, si quieres experimentarlo... -se le acercó, inclinándose amenazadoramente sobre ella- continúa provocándome.

El tono paternal la puso furiosa, pero algo en su mirada la advirtió del equilibrio que mantenía entre lo salvaje y lo civilizado. Su pelo se ensortijaba, desordenado, alrededor de la cara; sus cejas eran una única, negra y ancha línea capaz de expresar tan sólo dos emociones: ira y desdén. Era demasiado alto y demasiado musculoso. Su mandíbula era demasiado cuadrada, su boca demasiado gruesa y sus ojos... sus ojos eran demasiado insolentes.

Catherine se abrazó a sí misma y tuvo un escalofrío. -El discurso ha sido muy bueno. ¿Algo más?

Él frunció el ceño y se dirigió hacia la puerta.

-Será mejor que te quites toda esa ropa mojada. Lo que menos necesito en este momento es tener que hacerme cargo de una niña con pulmonía.

-Estoy harta de que me des órdenes- dijo ella entre dientes.

Cameron se detuvo con la mano en el pomo y lanzó un leve resoplido de incredulidad.

-o te la quitas ahora mismo, o tendré que arrancártela yo. .-No te atreverás.

Catherine se dio cuenta de su error inmediatamente, porque Cameron cerró la puerta de nuevo y volvió hacia la cama. Ella se hizo a un lado intentando evitarle, pero él ya la había agarrado y obligado a ponerse en pie. Ella le golpeó el pecho con los puños cerrados, pero .eso no le inmutó en lo más mínimo. La hizo girar y la mantuvo encorvada sobre uno de sus brazos mientras la despojaba de su chaqueilla y deslazaba a tirones el corpiño. Las cintas del corsé cedieron Igualmente y, pese a sentirse humillada por la postura en que habla de mantenerse y horrorizada por el atrevimiento de Cameron, sus costillas agradecieron liberarse por fin cuando se soltó la última lazada y la envarada cotilla cayó al suelo.

Allí fue a parar también la empapada falda, engrosando el montón de ropa; y, luego, la única enagua que aún llevaba. Catherine notaba, aterrada, el contacto con los duros muslos de Cameron, pero se sintió aún más ultrajada cuando sus manos se dispusieron a quitarle las ligas y las medias.

Se le cortó la respiración cuando él la giró de nuevo, y fue peor, mucho peor, tener que enfrentarse a él mientras continuaba la humillación. Podía sentir el calor de su aliento en la piel, ver la llama de la lujuria en sus ojos. ¡lba a violarla! ¡lba a forzarla, a violarla y a matar-la después, a sangre fría y sin escrúpulos, como a una mosca molesta!

-¡Basta! -gritó débilmente-. ¡Por favor!

Cameron sujetaba el lazo de la ligera camisola interior, último vestigio de decoro en una situación escandalosamente indecorosa. La seda estaba mojada y era totalmente transparente, pegada a sus pechos, su cintura, sus muslos, como una fina capa de aceite.

Con un movimiento aparentemente indiferente de sus dedos, Cameron soltó el lazo; la seda cayó a sus pies y dejó su cuerpo al descubierto, expuesto a la burlona mirada de aquellos ojos negros como la medianoche.

Al instante, Cameron cogió la colcha de la cama y la echó por encima de los hombros de Catherine y empezó a frotarla tan vigorosamente que ella casi olvidó por completo su desnudez.Cuando hubo conseguido hacerla entrar en calor la arropó con el edredón y la sentó en una silla.

Volvió junto a la cama, se quitó el jubón y empezó a desabrochar- se los pantalones.

-¿ Q-qué estás haciendo? -preguntó ella con un hilo de voz. -Voy a ponerme ropa seca. Puedes mirar, si quieres.

Rápidamente, ella desvió la mirada hacia la pared. De todos modos, era como mirar el reflejo de alguien en el agua o en un espejo, porque la lámpara estaba detrás de él y dibujaba en sombra proyectada cada uno de sus movimientos, con todo detalle.

Catherine cerró los ojos.

-¿ Qué vas a hacer conmigo?

-¿Qué me sugieres que haga? ¿Qué harías tú con una muchacha pesada, respondona y entrometida que es la primera en dudar de la palabra de honor de un hombre y la última en mantener la suya?

Catherine hizo el gesto de girarse para responder a la acusación pero vio de reojo los músculos de Cameron y se volvió de espaldas otra vez.

-No me siento en absoluto obligada a cumplir mi palabra con un espía asesino.

Él suspiró y meneó la cabeza.

-¿ Puedo preguntar, entonces, por qué tipo de lógica retorcida supones que un espía asesino debería cumplir la suya contigo?

Catherine estrujó los ribetes del edredón. ¿Cuánto hacía que Damien había partido? Seguramente, ya había reclutado la guardia y estaban de camino en ese mismo momento para rescatarla. Recordó que Cameron había ordenado ensillar los caballos; tenía que ganar tiempo suficiente hasta que llegaran los soldados.

-Damien sabe a dónde me llevas -dijo, humedeciéndose los labios-. Si me matas, o abusas de mí en cualquier sentido, irá a por ti.

Te dará caza y tendrás una muerte horrible.

-Ya lo has dicho. Apuesto a que nunca has estado en las montañas de Escocia, ¿verdad? Uno puede perderse en ellas, y en sus cañadas, y no volver a ver jamás ni un alma, si quiere.

-¿Por eso huiste aesconderte a Francia? ¿Es por eso que has pasado los últimos quince años en el exilio?

La sombra de la pared se movió y, de repente, él estaba junto a ella, inclinado, con su cara a tan sólo unas pulgadas de la de Catherine.

-En primer lugar, no huí. Mi hermano mayor me envió a Francia. Resulta que es el jefe del clan Cameron, y nunca hay que desobedecer al jefe de un clan. Si yo hubiera podido elegir, de todos modos, segu*ro* que me habría retirado a las montañas, pero entonces no sería tan civilizado. Eso tienes que agradecérselo a mi hermano Donald... cuando le conozcas, si llegas a conocerlo.

-Afortunadamente, no tendré ese placer, como tampoco tengo intención de acompañarle a usted a ninguna parte, señor Cameron, a pesar de las promesas que pueda haberte hecho. Si deseas presentarme a otros miembros de tu familia, me atrevo a decir que sólo lo conseguirás atándome, amordazándome y arrastrándome tras tu carruaje, lo cual llamaría la atención sobre ti y los tuyos bastante más de lo que quieres.

Los dedos de Cameron se aferraron a los brazos de la silla, aunque las ganas de estrangular cedían paso, lenta e inesperadamente, a las ganas de sonreír. La había llamado malcriada e impertinente, pero ahora estaba seguro de que la descripción era demasiado benevolente. Allí estaba ella, sentada en una silla, completamente desnuda, con tan sólo
un cubrecamas protegiéndola de la perdición, y aún así se atrevía a desafiarlo con aquellos enormes ojos violeta y aquella boca de suaves , mohines (ambas cosas minando lentamente el esfuerzo de Cameron por no pensar que allí estaba ella, desnuda ante él, con tan sólo un cubrecamas para protegerlo a él de la perdición).

-No estoy de humor para más juegos -le advirtió en voz baja.

-Sus amenazas están empezando a parecerse mucho a la fanfarronada de un hombre desesperado, señor Cameron. Creo que mi hermano tenía razón. No creo que puedas matarme y como no tienes, según tú mismo has admitido, muchas alternativas, te recomiendo que montes tu caballo y cabalgues tan rápido y lejos como te sea posible.

Finalmente, la sonrisa venció sobre su otra idea, sin duda mejor y más razonable, y apareció, amplia, llena de intención, en su rudo rostro, marcándole un hoyuelo en la mejilla, cosa que parecía del todo incompatible con su carácter.

-Me parece que tengo, al menos, una alternativa -dijo, pensativo, y desplazó su mano del brazo de la silla al edredón. Catherine siguió el movimiento con la mirada, aterrorizada al descubrir que la improvisada prenda había ido resbalando por su hombro, dejando visible más parte de su cuerpo de lo que ella creía.

-Una esposa -murmuró Cameron- estaría mucho más dispuesta a satisfacer los deseos de su marido si supiera el precio exacto que tendría que pagar por su desobediencia.

El escalofrío que la dejó sin aliento no fue debido sólo al largo y fuerte dedo paseándose con extrema delicadeza por el borde del edredón. Sus ojos se abrieron, y aún más cuando vio los labios de Cameron acercándose a la curva de su hombro. Se echó a un lado y se puso en pie, pero el edredón, entorpeció sus movimientos y, de repente, estaba contra la pared, y ella acorralaba en la penumbra.

-No te atrevas a tocarme -su voz salía entrecortada-. Gritaré. -Grita cuanto quieras, adorada esposa. ¿ Quién va a oírte?

-Los soldados. ¡Los soldados que deben estar ahora mismo rodeando este maldito lugar!

Sus ojos oscuros estudiaron el gesto resuelto con que ella hablaba, e inmediatamente comprendió.

-Ah. Crees que Damien ha ido a buscar ayuda.

-No lo creo, lo sé. Jamás se limitaría a escapar y dejarme aquí contigo. ¡Habrá ido directamente a reclutar a toda la guarnición de ¡ Wakefield!

-¿ y dónde habrá encontrado a esos soldados que, como asegu ras, ya están acechándonos desde el bosque mientras hablamos? -Ladeó un poco la cabeza y soltó una suave risita-. Mi querida señorita Ashbrooke... ¿crees realmente que estaríamos aquí si hubiera una guarnición entera de soldados ingleses a menos de una hora de distancia?

Catherine respiraba agitadamente, y su pecho subía y bajaba, sin poder evitar el roce de sus ya excitados pezones contra el torso de Cameron a cada movimiento. Buscó en la expresión de él algún indicio en el que basarse para acusarlo de nuevo de estar fanfarroneando, pero no encontró ninguno.

-Escogimos precisamente esta posada, y no otra, porque el regimiento en pleno está de maniobras a más de un día a caballo de distancia. Para cuando tu hermano lo descubra y decida a qué otro lugar dirigirse buscando ayuda, y para cuando pueda volver... bueno, podríamos quedarnos aquí hasta mañana al mediodía y estaríamos igual- mente muy lejos antes de que él apareciera por este lugar.

Mientras le hablaba, sus labios casi rozabarlos de Catherine y sus negros ojos llenando todo su campo de visión.

-P-prometiste que no me tocarías. Me... me diste tu p-palabra.

-Di mi palabra de no ponerte la mano encima... si te portabas bien.

Catherine estaba paralizada por la calmada vehemencia de su voz, y casi se quedó sin respiración cuando él se retiró un poco y empezó a desabrocharse la camisa. Poco a poco, el musculoso torso de bronce se mostraba desnudo ante ella, yeso le producía hormigueos en todo el cuerpo. Se le secó la boca, las piernas le empezaron a temblar. Sintió el vientre inundado de calor, derritiéndose, una sensación que nunca antes había experimentado, al recordar el beso en la terraza, y su propia incapacidad para evitar que Cameron tomara lo que quería, para evitar darle, ella misma, incluso más de lo que pedía.

-Por favor -musitó-. No sigas.

-Ya sabes cómo pararme -susurró él. Apartó las manos de la camisa, dejando que, entreabierta, mostrara la frondosidad de suaves rizos negros que cubrían su pecho. Sujetó a Catherine por el cuello y le levantó la cabeza. Ella se quejó roncamente e intentó zafarse, pero los dedos de Cameron corrieron a adentrarse en la espesa y enredada cabellera, sin dejar que se apartara. Con los labios empezó a explorar la curva de su mejilla, bajando hasta su barbilla, provocándole una oleada de escalofríos en todo el cuerpo.

-Haré lo que quieras. Diré lo que quieras. -A su ruego siguió un violento estremecimiento; la lengua de Cameron jugueteaba en su oreja, golpeando ligera y sabiamente su delicado lóbulo. Iré... iré donde quieras, te lo juro, y... y no te causaré más problemas.

-¿ Otra promesa? -susurró él de nuevo--. ¿ Es tan fiable como la anterior? Quizás necesito más que simplemente tu palabra, esta vez.

El tono de su voz, tan directo, la hizo levantar la vista. Él la miraba, a mayor distancia, con una intensa tranquilidad que la hizo comprender (posiblemente por primera vez) la gravedad de su situación. Eran un grupo de hombres desesperados llegando al límite; no podían dejar que nada ni nadie les entorpeciera el camino. Además, Cameron tenía razón: no era un fanfarrón, un petimetre dado a flirtear o al que las absurdas costumbres y relaciones de la vida social sedujeran fácilmente. Sabía lo que quería e iba a por ello; así mismo se lo había dicho a su padre en la terraza. Y ahora, aquí, veía claro que él quería algo de ella, algo difícil, físico y arrollador, absolutamente sincero. Algo que su cuerpo, de eso estaba segura, resistiría, pero su alma quizás no.

Las lágrimas que habían estado amenazando con desbordar sus ojos se vertieron en sus mejillas y se deslizaron, como pequeños ríos, hasta la barbilla.

-No te crearé más problemas. No intentaré huir otra vez o traicionarte en ningún sentido. Te doy mi más solemne palabra, lo juro ante Dios, no lo haré, pero... --cerró los ojos e intentó controlar el temblor de su barbilla- por favor, no sigas.

Alexander Cameron también luchaba contra un deseo, con tal fuerza que le paralizaba cualquier pensamiento y emoción. Vio las lágrimas. Las vio recorrer su rostro y estrellarse contra la blanca media luna de su pecho. Hacía tanto tiempo (demasiado tiempo, pensó con la lógica de un hombre a punto de naufragar) que no se perdía en la suavidad de un cuerpo de mujer... La necesidad era abrumadora, las ganas, casi irresistibles, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para alejarse, antes de que el aroma, el sabor, todo lo que ella desprendía le hiciera sucumbir por completo.

-Necesitarás ropa limpia y seca -dijo con voz ronca-. Haré que te traigan tu baúl.

Se acercó de nuevo a la cama para recoger su jubón, su chaleco y sus botas.

-Vamos a irnos cuanto antes. No me hagas esperar.

Capitulo 9

Lochaber, agosto de 1745

Alexander Cameron guió a *Shadow* y se detuvo al borde de un vasto anfiteatro, la boca de un precipicio que se estrechaba treinta millas al norte para formar el Great Glen. Los ríos, arroyos y cataratas que caían desde la increíble altura llenaban la base del precipicio y formaban un canal de lagos desde Inverness, al norte, y Fort William. al sur. El mayor de ellos, con diferencia, era el Lago Ness, de aguas profundas, negras y misteriosas.

Según los cálculos de Alex, estaban a unas ocho horas de viaje de Achnacarry, ocho horas atravesando el terreno más salvaje pero también sin duda el más espectacular de los que iban a encontrar, Desde donde estaba, podía ver el Aonch More en todo su esplendor, alzándose como un diente de tiburón contra la azul bóveda celeste. Al sur y al este se encontraban las Gray Corries, retorcidas y de aspecto siniestro entre las sombras; por encima de su hombro izquierdo se erguía, majestuoso, el Ben Nevis, el pico más alto de Gran Bretaña. Justo debajo de sus pies, una garganta donde chispeaban las aguas del río Spean, y más allá, las dentadas cumbres y los fértiles valles, antiguas tierras de Lochaber. Aquella región de altas y místicas montañas era el corazón de las Highlands. Para Alex, su hogar.

Hasta aquel momento, tal como habla predicho Iann, el Viaje por las polvorientas carreteras militares, de arena roja, había sido lento. Desplazarse en carruaje, con aquellas dos ariscas mujeres no les había facilitado las cosas; si hubieran ido a caballo, los tres hombres podrían haber cubierto la misma distancia en mucho menos tiempo. De todos

modos, como importante contrapartida, cada vez que habían encontrado una patrulla de soldados -al menos doce-, éstos se habían limitado, después de echar un vistazo al escudo de armas de los Ashbrooke y saludar cortésmente a «lord y lady Grayston», a prevenirles contra el grupo de rebeldes jacobitas, en lugar de verificar la identidad de cada uno de los viajeros.

-Podríamos llevar la mitad de la armada francesa a Escocia bajo la protección de unos tobillos bien torneados -había comentado Aluinn después de que, en una de las ocasiones, los soldados les habían incluso escoltado durante unas millas-. y confieso que me ale- gra viajar con dos pares de esos tobillos. Estas tropas están bajo tanta tensión que dispararían contra cualquier cosa que se moviera.

El ambiente tenso que se respiraba mientras cruzaban las Lowlands también había sido molesto. La franca hospitalidad, indiscutible característica de los escoceses, se ofrecía con recelo, cuando no brillaba por su ausencia. Los Lowlanders estaban contentos con el gobierno de Hanover. Sus pastos eran abundantes y verdes, llenos de rebaños bien alimentados. Las ciudades eran prósperas; por doquier, comerciantes ingleses invertían su dinero en todo tipo de negocios, y decir una sola palabra en contra del rey Jorge era escupir en la mano de la abundancia. Ya hacía tiempo que los lazos de los clanes habían l.' ido perdiendo, fuerza en los territorios fronterizos, y el ambiente de lealtad se habla enrarecido. Un hombre podía salir adelante según su talento y ambiciones, sin el apoyo y la protección de los jefes y lairds, y el hecho de no depender tanto de las leyes hereditarias les hacia menos dados a comprometerse con una causa que quizás les arrebataría dicha independencia.

Sobre los pastos de las Lowlands, saludando desde el horizonte como manos retorcidas y antiguas, aparecían los neblinoso s picos de las montañas Grampian. Formaban una pared de rocas impenetrables y hostiles que dividía claramente las Highlands de las Lowlands. Los habitantes de aquellos valles y laderas de difícil acceso estaban sometidos a estrictos códigos de subordinación al clan para poder sobrevivir. Los territorios se repartían y reivindicaban a golpe de espada, eran disputados en contiendas que ya duraban cientos de años, defendidos y protegidos, en algunos casos, por ejércitos privados. Imperaban las leyes de supervivencia y recompensa. La palabra del jefe era decisiva; para los habitantes de las tierras altas era básico sentirse orgullosos de sí mismos, de su clan, de su herencia. Un insulto dirigido al más humilde de los sirvientes recibía como respuesta una incursión armada.

Si el miembro de un clan era descubierto vagando en tierras .de otro clan podía ser colgado sin derecho a juicio o defensa. La historia de las Highlands estaba escrita con sangre y violencia; era una tierra de oscuros dioses y druidas, de leyendas y superstición, donde los hombres venían al mundo predestinados a ser ricos amos o simples criados.

Alexander Cameron había nacido con ello y, mientras contemplaba la magnífica vista que se extendía a sus pies, todo su cuerpo vibró con orgullo.

-Es increíble, ¿verdad? -preguntó suavemente Aluinn a su lado.

Él también admiraba el paisaje de infinitos matices azul y púrpura, y los precipicios profundamente negros que resaltaban la inmensidad de Lochaber-. Vuelven todos los recuerdos con una sola ráfaga del viento de estas montañas.

Cameron sonrió, desmontó y dio a *Shadow* una palmada en la grupa. El caballo corrió a pacer en la dulce hierba.

-Me han venido a la memoria caras que no había vuelto a recordar en años. ¿Te acuerdas del viejo Maclan de Corriarrick?

-¿Ruadh Maclan? ¿Quién podría olvidarle? Tenía unos brazos como troncos de árbol, y un cabello tan rojo que te deslumbraba.

-Sonrió burlonamente-. Me pregunto si finalmente consiguió casarse con Elspeth MacDonald. Se ponía tan colorado como su pelo cuando se cruzaba con ella.

Cameron entrecerró los ojos, inmerso en gratos recuerdos, mientras observaba los altísimos riscos a uno y otro lado del anfiteatro.

Nubes de niebla ocultaban las cumbres y, en primer término, planeaba una solitaria águila, con el sol bailando en *sus* alas como plata líquida mientras ella describía lentamente un perfecto círculo sobre las corrientes del viento.

-¿ Qué crees que encontraremos cuando lleguemos a Achnacarry?

Aluinn le miró de reojo.

-Según dice Iain, no ha cambiado casi nada. La torre de vigilancia sigue en pie, los árboles dan frutos, las rosas y tejos florecen. Lochiel ha plantado otra hilera de olmos (probablemente se lo sugirió Maura) para que el camino hasta el castillo sea un poco más atractivo.

Alex suspiró.

-No me refiero a eso.

-Sé perfectamente a qué te refieres. ¿Qué quieres que te diga? ¿ Que nada ha cambiado? El mal de todos los exiliados es soñar que vuelven a un hogar por el que el tiempo no ha pasado, y en el que todo está tal y como lo recuerdan. Pero han pasado quince años. Las casas han envejecido, la gente también. Los niños han crecido, tienen esposa, familia propia; el cementerio tiene sin duda más tumbas de las que preferiríamos ver. -Dudó un instante y señaló con la cabeza el carruaje--. Y, hablando de cambios, ¿cómo piensas explicar la presencia de lady Grayston?

Alex miró en la misma dirección. El coche se había detenido varias yardas atrás, la portezuela estaba abierta, y la cabeza y hombros de Catherine Ashbrooke ya emergían a la luz del sol. Durante los diez días y noches anteriores, Alex había evitado cualquier contacto que no fuera estrictamente necesario con su «esposa», decisión que había sido recibida con frialdad pero aprobación. Era mucho más fácil tratar con su fría hostilidad que intentar no perder la paciencia manteniendo conversaciones forzadas. Era más sencillo, de hecho, limitarse a mirarla. Y se había sorprendido a él mismo haciéndolo más a menudo de lo aconsejable, o así se lo advertía su conciencia. Pero Catherine era hermosa, no se podía negar. Su cabello brillaba al sol como oro puro, su piel resplandecía, fresca y radiante, tan distinta a las otras empolvadas y maquilladas que él estaba acostumbrado a ver en sus viajes. Sus ojos destellaban, inteligentes, observando cada detalle que la rodeaba, a pesar de su fingida indiferencia. Hacía falta tener un corazón todavía más frío que el de él mismo para ignorarla por completo.

Ya desde que habían salido de Wakefield, Alex había estado sopesando qué hacer con ella.

-Supongo que puedo contarles una versión de la verdad: es la hermana de un amigo que se ha prestado a ser mi esposa para que podamos llegar a casa sanos y salvos.

Aluinn le dirigió una mirada llena de escepticismo.

-Hace años que Lochiel está deseando verte casado. Basta con que insinúes que la ceremonia fue legal para que convierta la mitad del castillo en una guardería.

-¿Tienes una idea mejor?

MacKail frunció los labios, pensativo.

-Puedes mantener la imagen que ella se ha hecho de ti (y que te has ganado a pulso, añadiría) y decirle a Donald que le has traído un estupendo trofeo inglés por el que puede pedir un rescate.

-Esta situación te divierte, ¿verdad? -le espetó Alex secamente. -Tiene sus momentos.

-Espero, entonces, que no te lleves una desilusión al saber que tengo la intención de desviarme un poco hacia el sur cuando hayamos cruzado el Spean.

Aluinn se puso serio de golpe.

-¿ Vas a llevarla a Fort William?

-No será difícil conseguirle un pasaje en un barco militar, siendo como es, además, sobrina de un oficial de alto rango del ejército inglés.

-y supongo que te crees capaz de pasar tranquilamente por todos los controles, luciendo tu acento, y salir de allí como si nada.

Alexander volvió la cabeza, mirando al sol con los ojos entrecerrados.

-Creía que estábamos de acuerdo en no correr riesgos innecesarios -le recordó Aluinn en tono tranquilo.

-¿Preferirías que arriesgara mi libertad llevándola hasta Achnacarry?

El tono de broma quedó en un mero intento y los claros ojos grises de Aluinn se ensombrecieron, preocupados.

-Preferiría que nunca hubieras pensado en este descabellado plan, para empezar.

-Si tan descabellado era, ¿por qué no te opusiste desde el principio?

Aluinn suspiró.

-Porque me pareció que Iain tenía demasiadas ganas de cavar tres tumbas. ¿ Se lo has dicho a ella ya?

-No. Iba a darle la alegría ahora.

Aluinn bajó la mirada y rozó un montoncito de barro con la punta del pie.

-¿Sabes? Podrías hacer las cosas todavía peores para ti. –Hizo una pausa y sonrió ligeramente, burlón-. y en el castillo hay sitio de sobras.

Antes de que Alex pudiera responder, MacKail ya se había alejado hábilmente y estaba volviendo al carruaje. Pasó junto a Catherine y Deirdre todavía ahogando una risita entre dientes, y ellas le dedicaron una mirada tan fría que bajó la vista para ver si había pisado algo desagradable.

Catherine desvió la mirada con desdén y siguió a Deirdre bajo la sombra de un árbol. Los diez días anteriores habían sido para ella una durísima prueba de resistencia. Aunque era cierto que los tres fugitivos se habían comportado de manera muy educada, no podía evitar pensar que tarde o temprano volverían a su verdadero carácter de bestia, todo era cuestión de tiempo. A pesar de su propio buen comporta miento aparente, la promesa que le había arrancado el renegado escocés la corroía e irritaba constantemente. Cada vez que se habían detenido (en cada posada, cada pueblo, cada humilde granja donde habían parado a pedir un vaso de agua) quería gritar suplicando ayuda con toda la fuerza de sus pulmones. Cada vez que la milicia les daba el alto e interrogaba, se sentía desesperar, sin querer perder la fe en que los soldados verían el frío metal de la pistola escondida bajo el jubón de Cameron, o que leerían en sus ojos la silenciosa súplica de ayuda. Cada vez que divisaba el destello de los uniformes escarlata, su corazón se aceleraba y la sangre golpeaba con fuerza sus venas, porque estaba segura de que Hamilton Garner acudía en su rescate.

Pensaba en Hamilton y soñaba con el momento de la venganza, imaginaba el placer que le causaría ver cómo le destrozaba la cara a punta de espada. Cameron seguía en la cumbre de la loma, su musculoso cuerpo recortado contra el rotundo azul del cielo. Con la cabeza descubierta, las ondas negro metálico de su cabello descuidadamente recogidas en la nuca, tan sólo unos cuantos mechones rizados ondeando sobre su frente y sienes. Llevaba un jubón marrón chocolate y unos pantalones de cuero ajustados hasta lo indecente. Una camisa de lino blanca como la nieve, y un chaleco de raso color crema, con un bordado de hojas en verde y dorado.

No era de extrañar que tanto hombres como mujeres se engañaran creyendo que era alguien que no era. Tenía una apariencia refinada y elegante y desde luego hablaba con más autoridad de la que cabría esperar de un granjero o pastor de las Highlands. El ligero deje en su voz podía ser fácilmente confundido con un acento del continente, y sus maneras eran una clara prueba de su educación europea. Era obvio que estaba acostumbrado al lujo y la buena vida; ¿qué podía, pues, empujarle a cambiar las comodidades que rodeaban a Raefer Montgomery por una húmeda choza de piedra y unos vestidos de lana de oveja?

No daba en absoluto la imagen de un fanático jacobita, así que Catherine suponía que no regresaba a casa por motivos políticos. ¿Por dinero, quizás? ¿Era alto el sueldo de un espía? Y, a propósito de dinero: se ofrecía una recompensa de diez mil coronas por su cabeza, una cantidad diez veces superior a la que vería en toda su vida la mayoría de habitantes de las Highlands que habían encontrado hasta el momento, algunos de los cuales se habían quedado con los ojos fijos en él, como si estuvieran viendo al mismísimo diablo. ¿No temía que alguien pudiera reconocerlo, sin que ella tuviera que decir nada, y alertara a la policía local?

Dio un respingo al darse cuenta de que los oscuros ojos estaban fijos en ella. Cameron tenía el ceño ligeramente fruncido, sin duda preguntándose a qué se debía que ella le dedicara tan intenso escrutinio. Catherine bajó enseguida los ojos, pero no tan rápido para evitar que él fuera a su encuentro en la sombra.

-Hace un bonito día -comentó Alex en tono casual-. Es perfecto para dar un paseo. La colina a la que hemos llegado es bastante escarpada, y la carretera no parece estar en las mejores condiciones para ir en el coche. Será sin duda más seguro que Iain lo conduzca y que nos reunamos con él abajo.

-Como digas -replicó ella, muy digna, atusando el encaje de una de sus mangas. Él ignoró el desprecio, y Catherine se vio obligada a levantar la vista-. ¿ Se me permite preguntar dónde estamos?

-Desde ayer al mediodía, en territorio de MacDonald.

-Eso no me dice nada.

-No sabía que te interesara la geografía. .Ella imitó su sonrisa burlona.

-Tengo mera curiosidad por ver si puedo conseguir orientarme. A parte de haberme percatado vagamente de cruzar la frontera de Inglaterra hace tres días, no he vuelto a ver nada que parezca una delimitación.

Era un tono tan acusador y una referencia tan directa, que Cameron se calló la noticia sobre Fort William y, simplemente, arqueó una ceja.

-¿No te impresionan nuestras montañas? -Ya he visto montañas antes.

-No dudo que habrás visto bonitas colinas inglesas -concedió él, y la sobresaltó de nuevo ofreciéndole la mano. Cuando ella, rápidamente, escondió la suya tras la espalda, su sonrisa se hizo más abierta, acentuando el hoyuelo en que Catherine ya se había fijado antes-. Querías ver una delimitación, ¿no? Tan sólo te ofrezco una vista mucho mejor.

Catherine siguió su mirada hacia la cima de la loma. Parecía bastante inofensiva y, con un suspiro, ignorando la mano extendida de Cameron y subió la suave cuesta. Cuanto más avanzaba, más parecía alejarse la cresta de las azuladas montañas que dominaban el horizonte, como si se deslizaran independientemente de la tierra que ella pisaba. Las montañas crecían y se expandían hasta dominar el horizonte entero, mientras que la cima de la loma simplemente terminaba en un vacío de aire frío, rocas trazando el borde de un precipicio que se precipitaba cientos de pies. Cameron la seguía a un paso de distancia y, cuando ella alcanzó el punto más alto de la colina, se puso a su lado. Esta vez, Catherine dejó que deslizara la mano bajo su codo, que la sostuviera firmemente alejada de la atracción del rotundo precipicio a tan sólo unos pasos de ellos.

En la base se extendía un valle, tan lejano aún que el camino que lo cruzaba parecía una fina y estrecha cinta serpenteando sobre la verde alfombra de hierba. A cada lado, corno emergiendo de golpe, las paredes de las dos montañas más cercanas se partían y rompían en fisuras en las que se amontonaban rocas de manera desordenada, y aunque el día era claro y despejado, la niebla y la bruma dominaban las cimas, corno si prohibieran incluso la entrada del sol.

Aunque no quería admitirlo, otras vistas corno aquella también la habían dejado sin habla. Los vastos prados rojizos; los sinuoso s trazos plateados de ríos y arroyos; los escarpados picos que se perdían en madrigueras de niebla opaca antes de zambullirse en las oscuras aguas de un lago. Había belleza en el verde iridiscente de las nubes de tormenta que cubrían el cielo de las noches, había brutalidad en la paz y majestuosidad de los valles. Ayer mismo habían cruzado uno tan tranquilo y silencioso que parecía un paisaje de lienzo. Se llamaba Glencoe, se lo había dicho MacKail, y era el hogar de los MacDonalds y el escenario de una de las más cruentas masacres en la historia de Escocia. Belleza y perversidad, prosperidad y desolación aterradora; el talante de aquella tierra era tan cambiante y enigmático corno el del hombre que estaba ahora mismo junto a ella.

Catherine volvió la cabeza y se inclinó ligeramente hacia adelante, para poder identificar mejor el suave murmullo a la izquierda del montículo. Vio una delgada y susurrante cascada saltando sobre el borde del precipicio, rociando con una transparente llovizna de arco iris las rocas bajo ella.

-Es una preciosidad -admitió.

-Una preciosidad, realmente -asintió él suavemente.

En su voz había algo que insinuaba que el comentario no iba enteramente dirigido al paisaje y, mientras volvía a enderezarse, se dio cuenta, incómoda, de que la mano de Cameron ya no sujetaba su codo, sino que estaba firmemente ceñida a su cintura.

Ella se había ido acercando a él y se había acomodado en la curva protectora de su brazo, pero, al contrario que Alex, Catherine no era consciente de ambas indiscreciones. El sol jugaba con su cabello, con sus mechones mecidos por la brisa, ondeando corno hilos de seda sobre el jubón marrón oscuro. Sus ojos violeta habían absorbido el color del cielo y resplandecían con suaves destellos de azul vibrante. Olía a flores silvestres, húmedas de rocío, frescas, y el resultado era embriagador. Provocaba en sus sentidos el mismo efecto que un buen trago de vino dulce.

El total e inesperado silencio hizo que toda su piel se estremeciera, y se zafó del abrazo con lo que esperaba que fuera un sutil paso hacia un lado.

-¿ Estamos cerca de la tal Archberry de la que tanto hablas? -Achnacarry. A medio día a caballo, quizás un poco más.

-Medio día -repitió ella, pensativa-. ¿Y entonces me enviarás a casa?

Su tono impaciente irritó a Cameron, que desvió su mirada hacia la montaña de la izquierda. Fort William estaba justo al otro lado, con su cuidado puerto y sus elegantes barcos militares.

-Tan pronto como crea que es seguro, sí.

-¿Seguro? No veo que yo pueda significar ya una amenaza para ti y tu misión secreta. Hemos cruzado la frontera con éxito. Los granjeros que hemos encontrado hablaban un inglés tan ininteligible que yo no habría podido traicionarte aunque lo hubiera intentado... cosa que no he hecho.

-Te has portado muy bien -concedió él

-He hecho exactamente lo que me dijiste. He cooperado y he sido educada hasta ponerme enferma cada vez que alguien nos ha detenido. Francamente, no sé qué más quieres de mí, y creo que es totalmente ruin e injusto que sigas atormentándome de esta manera.

.-¿A qué manera se refiere usted, señorita Ashbrooke? ¿Acaso no nos hemos alojado en las mejores posadas, con baños de agua caliente y buena comida?

-La comida y el agua caliente no compensan encontrarse en compañía de patanes.

-¿ Patanes? -Alex lanzó una mirada enojada por encima de su hombro, hacia donde estaban Iain y Aluinn, con sus ricos uniformes en negro y oro, junto al pulido, reluciente carruaje y el perfectamente cuidado nuevo grupo de caballos.

-Tu primo -dijo ella sucintamente-. Me mira constantemente. Me intimida, para ser más exactos, como si se estuviera muriendo de ganas de hacerme daño.

-Le diste un buen mamporro en la cabeza, le recordó él-. Y en cuanto a que te mira, eres una mujer muy bonita. Me preocuparía más si no te mirara.

Catherine enrojeció ante el inesperado piropo.

-Me ha amenazado. Le oí decirlo.

-¿Entiendes el gaélico?

-Sé cuándo un hombre me amenaza. Y puedo adivinar qué tipo de amenaza es. Qué diablos... intentó acercarse a mí, en los establos, y si no llega a ser por aquel pedazo de madera que el destino quiso que estuviera allí, podría haberme...

Él sonrió educadamente y sacó un cigarro del bolsillo.

-¿Si? ¿podria haberte ...?

-Violado --concluyó ella, casi en un murmuro, recordando cuán cerca había estado de correr esa suerte a manos del propio Alexander Cameron.

Él vio cómo cambiaba el color de sus mejillas (y se preguntó si el resto del cuerpo también se habría teñido de tan gloriosamente cálido tono), se aclaró la garganta y señaló al lugar donde Deirdre había extendido un gran paño a modo de mantel.

-Tienes que comer algo antes de emprender el descenso al valle. -No tengo hambre.

-Casi no has desayunado. -Echó una bocanada de humo y apagó la cerilla con su bota mientras volvía a deslizar la mano bajo el codo de Catherine-. Preferiría no tener que tratar con una mujer que pueda desmayarse sobre mí, muchas gracias.

-No tengo intención de desmayarme -replicó ella, resistiéndose a que él la guiara de nuevo por la pendiente-. Nunca me he desmayado, si quieres saberlo. y suéltame. No soy una niña, puedo ir sola.

-Créeme, ya me di cuenta en Wakefield de que no eres una niña, pero me encantaría que dejaras de comportarte como si lo fueras. El directo comentario sobre lo que habla pasado en la posada la dejó tan atónita que permitió que Alex la llevara hasta el improvisado comedor y la sentara en una roca baja y plana. Deirdre se apresuro a acabar de poner la mesa (cubiertos y un cesto de mimbre con comida) y, a una mirada de Cameron, volvió al coche.

Alex se quitó el jubón, lo dobló cuidadosamente y lo dejó junto a él, sobre la hierba.

-¿Qué es lo que estás haciendo?

- Almorzar -dijo él-. De repente me ha entrado bastante apetito. ¿Sirves tu o lo hago yo?

Por un momento, ella tuvo la tentación de decirle muy claramente qué podía hacer con la grasienta pata de cordero que asomaba de su envoltorio, pero en lugar de eso desplegó un pañuelo de lino, escogió el cuchillo más limpio de la pequeña bandeja y colocó una delgada loncha de carne y un poco de queso en su plato. Sin más, cortó un pedacito de queso y empezó a comer.

Él sonrió ampliamente, con el cigarro entre los dientes.

-Caramba, señorita Ashbrooke, qué descortés por su parte. Y durante todo este tiempo no ha hecho más que criticar mi mala educación.

Tiró el pedazo de queso y miró directamente aquellos sonrientes ojos de medianoche. Respondiendo a la arrogancia de Cameron, ensartó un par de lonchas de carne y, con el ceño fruncido, le sirvió el plato.

-Gracias.

Con rabia contenida, Catherine miró cómo él dejaba el cigarro a un lado y paladeaba el cordero.

-Delicioso. Deberías probarlo.

-Me resulta difícil respirar, por no hablar ya de disfrutar del sabor de la comida, con este ambiente viciado. ¿ Puedo preguntar qué contienen esos detestables y nocivos cilindros que fumas?

-¿Nocivos? Nunca digas eso delante de un colono de Virginia. -Dio una larga, última calada al cigarro y lo apagó en la hierba-. ¿Mejor así?

Sería mucho mejor si diéramos por terminada esta ridícula charada. Me has secuestrado, me has puesto en un compromiso, has arruinado mi reputación casi irreversiblemente, y todavía esperas que me siente contigo y comparta un cordial almuerzo. Esperas que responda todas tus mezquinas preguntas en el mismo instante que las formulas, y ni tan sólo tienes la decencia de contestar sinceramente a nada de lo que yo te he preguntado hasta ahora.

Él se reclinó, apoyándose en un codo, y observó, divertido, cómo la luz del sol explotaba en pequeños destellos en los ojos de Catherine.

-De acuerdo. Pregunta, vamos. Contestaré a todo lo que quieras, siempre que a mi se me conceda el mismo trato.

Catherine dio unos golpecitos con los dedos en el mango de su tenedor, alerta para no caer en una trampa verbal.

-¿Es cierto que has matado a alguien? ¿Realmente hay una re- compensa por tu captura?

Si la indiscreción de la pregunta le cogió por sorpresa, no se notó. -¿Por qué? ¿Esperas entregarme a las autoridades y cobrarla?

-¿ De veras? -Hizo un esfuerzo por no sonreír-. Supongo que sí. Lo siento. Es la costumbre, me imagino. -Un movimiento en el carruaje distrajo su atención, y por un

instante apartó sus ojos de los de ella-. ¿ Qué era lo que has preguntado? Ah, sí: si es cierto que maté a alguien. La respuesta directa sería sí, maté a dos hombres hace quince años, pero no pienso que asesinara a ninguno de ellos y para ser totalmente sincero, han habido muchos más a lo largo del tiempo, a los que no se ha prestado ni la mitad de atención, aunque se podría considerar que el acto era mucho más criminal.

Catherine se escandalizó.

-¿Has matado a tantos hombres que ya no llevas la cuenta?

-En el fragor de la batalla, es difícil decir con exactitud cuántas de las balas que disparas dan en el blanco.

-¿Batalla? ¿Eras soldado?

-Durante un tiempo. He sido un poco de todo durante un tiempo. Ahora me toca a mí. ¿ Desde cuándo estabas prometida a tu exaltado teniente Garner? Sólo lo pregunto porque la noticia pareció sorprenderle tanto a él como al resto de tu familia.

Dos manchas de intenso carmín tiñeron las mejillas de Catherine ante tal sarcasmo.

-Si hubo quien se sorprendió fue porque no teníamos la intención de anunciarlo de un modo tan...

-¿Inesperado?

-Melodramático. Y desde luego, no en medio de un espectáculo como el duelo.

-Entonces, ¿estás enamorada de él?

-¿ Qué puede importarte eso a ti?

-¿Contestas a una pregunta con otra, madam?

Ella apretó los dientes.

-¿Que si estoy enamorada de Hamilton? Si quieres saberlo... sí. Desesperadamente. y si crees que él no se vengará de todo esto...

-¿ Desesperadamente, dices? ¿ Cómo se puede querer a alguien desesperadamente?

-Con todo el corazón y el alma -replicó ella agriamente-. Y para comprenderlo, hay que tener un corazón, naturalmente. Me toca a mí: si te has pasado quince años fuera de tu querida Archberry, ¿por

qué volver ahora?

-Es mi hogar. ¿Por qué no debería volver?

-¿Pero por qué ahora? ¿Por qué vuelves a Escocia en un momento de tanta agitación? No crees en la causa de los Estuardo, y aún así arriesgas tu vida haciendo de espía para ellos. Ni siquiera crees que el pretendiente al trono tenga una sola posibilidad de recuperarlo (eso te oí decir en Rosewood) pero llevas información a los tuyos sobre formación de tropas y despliegue militar. No es el tipo de datos que uno reúne si no cree que la guerra es inminente.

-Quizás no. Pero tampoco la última moda de París sirve de nada si lo que hay que hacer es llevar pan y carne a tu gente cuando se está muriendo de hambre y sus hogares son pasto de las llamas.

Cameron frunció los labios y buscó otro cigarro. Vio la expresión de Catherine y reprimió el impulso con un suspiro.

-Creo que los escoceses no conocen el significado de la palabra «transigir». Toma, como ejemplo, el rey Jacobo: es escocés. Es el monarca al que toda Escocia rendía obediencia hasta que los ingleses decidieron que no les gustaba su religión o su modo de actuar. Un trato muy grosero hacia un rey ¿ no crees? Destituirlo e invitar a su prima y su marido, extranjero, a ocupar la vacante del trono.

-Era totalmente legal.

-Sí que lo era... después de que el Parlamento inglés aprobara el acta de sucesión para legalizarlo. Pero supón que hicieran una ley declarando que todas las mujeres insoportables, rubias y de ojos azules deben estar confinadas en un convento hasta que cumplan los treinta y cinco. Sería legal encerrarte ¿pero sería moralmente correcto?

-Es un ejemplo insultante -dijo ella, burlona.

-No más que dictarle a un hombre cómo tiene que rezar a su dios.

-Estamos hablando de reyes, no de dioses.

-Desde luego, pero ¿qué pasó con el derecho divino de los reyes, cuyos antepasados supuestamente descendían de los dioses? No digo que los monarcas sean sagrados, pero ¿ tenemos derecho a cortarles la cabeza o destituirlos cuando alguno de ellos no merece nuestra aprobación? Han habido reyes a lo largo de la historia (asesinos, ladrones, violadores) culpables de crímenes mucho peores que Jacobo Francisco Estuardo, y me temo que en ese sentido estoy de acuerdo con el punto de vista de los jacobitas: el juramento de obediencia hacia un rey no puede dirigirse arbitrariamente a otro tan sólo porque no te gusta el primero. Los escoceses habían jurado lealtad al rey Jacobo, y es una cuestión de honor y orgullo que mantenga su promesa.

-¿Es así de sencillo?

-La guerra nunca es sencilla, y tampoco lo son sus causas.

-Entonces, ¿crees que sí habrá una guerra?

-Si ciertos provocadores siguen actuando, veo posible que haya problemas, sí.

-Pero no toda Escocia está unida por la causa de los Estuardo.

-No toda Inglaterra está especialmente contenta con los Hanover.

Ella frunció el ceño ante su rapidez, y volvió a soprenderla la sonrisa acechante detrás de sus ojos.

-Sea como sea, desconfían de los papistas, no les gustan. Inglaterra nunca aceptará otro rey católico, con o sin derecho divino.

-Vaya, qué tolerancia religiosa, querida señorita. ¿Acaso los católicos tienen cuernos y colas bífidas?

-Si eres el ejemplo por el que he de juzgar, debo decir que sí.

-Pero yo no soy católico, ni tampoco lo es mi familia o mi clan.

-¿ Estás diciendo, entonces, que no lucharas por la restauración de los Estuardo?

Cameron suspiró.

-La religión no es el único tema. También está la cuestión de declarar que Escocia es parte de una unión con Inglaterra; de despojar a .su parlamento de cualquier poder real; de nombrar alcaldes ingleses I en sus ciudades, y construir castillos y fuertes ingleses, y llenarlos de tropas inglesas para que nos vigilen. Nos han robado la tierra, se han adueñado de nuestro comercio mercantil e intentado imponemos qué debemos cosechar, vender y comprar. Se llevan a la gente para que trabaje en sus colonias, para tenerlos bajo control y subordinados a los colonos ingleses, nobles y ricos. Somos muy tercos, los escoceses. No nos tomamos demasiado bien la esclavitud ni que otros gobiernen nuestro destino.

-Aún así, las Highlands intentaron una revuelta hace treinta años y fracasó estrepitosamente. ¿ Qué puede hacer pensar que esta vez será un éxito? Tú mismo no lo crees. Aquella noche en la posada dijiste algo sobre un mundo lleno de locos justicieros persiguiéndose en círculos donde tú no querías meterte.

Alex rió abiertamente; no pudo evitarlo. Y, en otras circunstancias, Catherine habría disfrutado de su sonora carcajada y del modo como ésta cambiaba su aspecto. El hoyuelo volvió a marcarse y las líneas de su frente desaparecieron. Sus ojos brillaban y un ligero rubor se insinuó bajo su tez tostada, realzando la longitud de sus pestañas, el espesor y brillo de su pelo, incluso una descarada sombra de barba.

Además, claro, llamó la atención de Aluinn MacKail y Deirdre Q'Shea, lo que hizo que Catherine se sintiera molesta.

-Por Dios. -Controló su risa con esfuerzo-. Una mujer que realmente escucha, piensa y razona.

-Que las mujeres llevemos faldas y nos recojamos el pelo en tirabuzones no significa que seamos sordas, tontas o ciegas.

-Prometo que nunca más tendré ese prejuicio -declaró él, enjugándose las lágrimas-. Tampoco sobre los escoceses, de ningún modo. Algunos de ellos se acicalan tanto como las mujeres.

Catherine tuvo que desviar la mirada y morderse los labios para que su sonrisa no traicionara por completo su credibilidad. Cuando recuperó el control de nuevo, volvió a mirarle y frunció el ceño.

-Todavía no me has contestado. ¿ Entrará tu familia en una guerra, si se da el caso?

-Sinceramente, no lo sé. Uno de mis hermanos, Archibald, es médico, se dedica a salvar vidas, no a acabar con ellas, pero su carácter es tan impredecible como el *uisque baugh* que labora. Otro, John, ha declarado abiertamente desde siempre que él no piensa declararse a favor de nadie. El mayor, Donald, es el jefe del clan, el Cameron de Lochiel, y será su decisión la que marcará el comportamiento de un millar de hombres en los próximos meses. Hasta ahora, ha sido un fuerte defensor de la paz y, mientras mantenga su postura, la gente de las Highlands permanecerá quieta.

-¿Tan influyente es?

-Tiene influencia, está en su sano juicio y tiene sentido común. Un tercio de los clanes de esta tierra siguen las pautas de Lochiel. E igual número de mentes claras y serenas inglesas confían en su buen hacer. Sabe que una rebelión ahora estaría predestinada al fracaso y sus consecuencias serían desastrosas para Escocia a largo plazo. Pero también es un hombre que considera de gran importancia el honor y el orgullo. Creo que si se sintiera amenazado directamente, no habría buenas intenciones que pudieran mantenerlo a salvo... ya sus enemigos tampoco.

Por un instante, Catherine pudo ver otra nueva faceta de Alexander Cameron. Parecía, desde luego, tener conciencia, afecto, amor y preocupación por una familia que se había visto obligado a abandonar hacía quince años. ¿ Era por eso que volvía ahora, a pesar de tantos riesgos? Catherine nunca había experimentado unos lazos familiares que pudieran ser tan fuertes, y no podía entender cómo eran capaces de atraer a un hombre a través de los años y la distancia. Además, no quería creer que un sentimiento tan básico y carente de motivos ulteriores fuese la causa del viaje de Alexander Cameron. Eso le hacía más humano, y no el monstruo que ella deseaba que fuera.

El día era muy agradable, y el negro cabello de Cameron brillaba, húmedo, en sus sienes. La herida de espada ya estaba curada. Al cabo de una o dos semanas, no quedaría de ella más que una fina línea blanca asomando bajo su piel morena. Su camisa de fino lino era casi transparente, e insinuaba constantemente sus músculos fuertes y torneados, sus brazos y su torso. Poseía el feroz encanto de las panteras, y Catherine sabía que corría tanto peligro como si estuviera perdida en una jungla. Él lucharía. A pesar de su reserva, su cautela y sus argumentos de lógica, ella no creía que fuera un hombre que se limitara a mirar cómo los demás se lanzaban contra las espadas de sus enemigos.

La imagen de un cruento y sanguinario campo de batalla danzó ante sus ojos sin previo aviso. Campos enteros llenos de cadáveres, el eco de los gritos, de los quejidos de los moribundos. En medio de tan dantesco espectáculo, la figura de un guerrero alto y moreno, de espaldas a ella, maldecía entre carcajadas a una docena de soldados con uniforme escarlata que hundían en él sus espadas relucientes...

La imagen era tan real que Catherine lanzó un grito ahogado y soltó el cuchillo que tenía en la mano. Al oírla, Cameron la miró y vio que una oscura gota de sangre brotaba de uno de sus dedos.

-Me... me he cortado -balbuceó ella, y rápidamente cogió su pañuelo.

La escena del campo de batalla se desvaneció, dejando ver en su lugar el intenso azul del cielo, pero el escalofrío no desapareció, y ella no pudo evitar preguntarse si de alguna manera había podido ver, como a través de una cortina, el pasado... o si era algo que el futuro les deparaba.

Capitulo 10

-Ya te las llevo yo.

Deirdre levantó la mirada al oír la voz. Aluinn MacKail estaba detrás de ella, a unos pasos de distancia. Durante los diez días anteriores, ella apenas le había mirado, y ni mucho menos había respondido a ninguna de sus tímidas sonrisas de disculpa. Él había intentado en varias ocasiones iniciar una conversación, pero ella siempre daba media vuelta y se alejaba sin mediar palabra. Cada vez que el coche paraba, le advertía con la mirada que ni tan sólo soñara con ofrecerle ayuda para bajar del carruaje. y cuando, como criada, no tuvo más remedio que permanecer en compañía de los otros «criados», dio a Iain Cameron y Aluinn MacKail una lección magistral de lo que había aprendido durante siete años observando a Catherine Ashbrooke y su insolente trato a sus subordinados. Su mirada era tan fría y lejana como un glaciar.

Para Aluinn, era una sensación completamente nueva. Poseía un cierto encanto desenfadado que la mayoría de mujeres encontraba irresistible, y siempre estaba dispuesto a utilizarlo. La primera impresión que Catherine había tenido de él (un estudiante y filósofo) no iba en absoluto des encaminada, porque hablaba seis idiomas con fluidez y solía componer algunos versos cuando se sentía inspirado por un día espléndido o una bella mujer. No era menos peligroso que Alexander Cameron, posiblemente lo fuera más porque su amabilidad era engañosa. Mientras Cameron daba enseguida la imagen de un poderoso adversario y un peligro en potencia, Aluinn era capaz de desarmar a su oponente con una sonrisa lánguida segundos antes de hacerlo trizas con su espada.

Habían sido criados como hermanos, pero él y Alex no podían considerarse iguales en el sentido estricto de la palabra. Alex era hijo del jefe del clan; Aluinn era hijo de un granjero. De todos modos, habían crecido y vivido juntos, compartido los mismos tutores, ido a la misma escuela y rivalizado por las mismas chicas en la adolescencia.Cuando Alex fue enviado al exilio, Aluinn no dudó ni un instante en acompañarlo, y jamás lo hizo durante los quince largos años fuera de casa, sin rumbo fijo. Debían estar juntos, era una cuestión de lealtad y amistad, y cualquiera da los dos estaba dispuesto a dar su vida por el otro sin pensarlo ni un momento.

Deirdre no sabía nada de esto, por supuesto. Los veía igual que Catherine: un par de criminales. y Aluinn se llevaba la peor parte, porque le consideraba un gusano repugnante capaz de dejar inconsciente a una mujer. El morado ya había desaparecido de su mejilla, pero la ira de la hija del guardabosque irlandés estaba más encendida que nunca.

-Hay más o menos una milla hasta la base de la colina -le explicó él, ruborizándose ligeramente ante la fría mirada de ella-. Puede que tu maleta pese demasiado para que la bajes tú sola todo el camino.

Deirdre asió con más fuerza su equipaje. Nunca se alejaba demasiado de él, y desde luego nunca lo perdía de vista cuando cualquiera de los tres maleantes estaba cerca.

-Puedo arreglármelas perfectamente para recorrer esa distancia sin ayuda. y ahora, si me disculpa...

Empezó a andar apresuradamente, pero él la retuvo, agarrándola del brazo.

-Mira... entiendo que estés enfadada y, créeme, yo también lo he estado conmigo mismo desde... bueno, desde que pasó aquello. No quería golpearte. Nunca he pegado a una mujer, en toda mi vida.

Los ojos de suave color miel de Deirdre le dedicaron varios destellos de desprecio, y él lanzó un suspiro de impotencia.

-Está bien, tú ganas. Soy un grosero. Un canalla. Un indeseable. Tienes toda la razón. Pego a todas las mujeres que puedo, cada mañana, antes del té y las tostadas de mi desayuno. y si eso puede hacer que te sientas mejor, puedes darme una bofetada. Aquí... -le ofreció su mejilla-. Adelante. Pega tan fuerte como puedas.

Deirdre dudó tan sólo un instante antes de propinarle una decidida y sonora bofetada que dejó la marca de sus dedos en la cuidadosamente afeitada mejilla. Aluinn se quedó desconcertado, paralizado más bien, porque en ningún momento había esperado que ella res

pondiera a la invitación. Ese tipo de galanterías y fanfarronadas siempre le habían dado buen resultado con las mujeres, y esta vez se encontró siguiendo a distancia prudente la grácil figura que se alejaba con pasos rápidos, mientras sentía que la vanidad le dolía tanto como la mejilla.

-¿Estás trabando nuevas amistades, eh? -se burló Iain al cruzarse con él-. Pierdes el tiempo intentando conquistar con cortesías a una mujer así. Te iría mejor si simplemente la derribaras y saltaras entre sus ancas. Te garantizo que no sería la primera vez que se entrega con ese método.

Aluinn frunció el ceño ante la grosería de Iain, pero su réplica fue interrumpida bruscamente por la presencia de unos jinetes acercándose por la carretera.

-¡Alex! ¡Tenemos compañía!

Cameron se acercó al carruaje dando unas cuantas largas zancadas, y entrecerró los ojos para no deslumbrarse con el resol que emergía de la tierra recalentada.

-Parecen de la Guardia -murmuró Iain mientras subía ágilmente al puesto del cochero. Le pasó un mosquete de cañón largo a Aluinn, que comprobó la carga de pólvora antes de deslizarlo bajo el dosel del carruaje. Alex llamó a *Shadow* con un leve silbido y sacó un par de pistolas de la bolsa de cuero.

-Antes que nada, intentaremos dialogar -dijo frunciendo el ceño y amartillando cada una de las armas-. Vosotros dos permaneced cerca del coche y no hagáis ningún movimiento a menos que yo os dé la señal.

Alex se acercó de nuevo a Catherine, que estaba junto a Deirdre y miraba las pistolas con ojos asustados.

-¿Quiénes son? Yo creía que ya estábamos relativamente a salvo. -Son de la milicia de Argyle. La Guardia Negra. Un nombre muy adecuado, porque es un grupo formado principalmente por ladrones y asesinos, escoria que disfruta aterrorizando a los granjeros y sacando unas cuantas monedas de aquí y de allá. -Ordenó a Deirdre que volviera al coche-. Quiero que te escondas. No le quites el ojo de encima a Aluinn y, si sucede cualquier cosa, échate al suelo del carruaje y quédate quieta hasta que todo haya pasado. Catherine, lo siento, pero tú tienes que quedarte conmigo. Lo más probable es que ya te hayan visto -indicó con la cabeza las brillantes rayas amarillas y verdes de su falda-, y si corrieras hasta el coche despertarías su curiosidad, ya de natural muy acusada. Haz lo que te diga y compórtate con la mayor naturalidad posible... pero si te digo que huyas, ve hacia el bosque y, por lo que más quieras, agacha la cabeza.

Ella le miraba fijamente.

-Argyle. ¿No es así como se llama el hombre que ofrece recompensa por tu captura? -Así es y nuestros inesperados visitantes no dudarían en vender a sus primogénitos por el honor de presentar mi cabeza al duque de Argyle. No tengo la intención de permitir que eso suceda, de todos modos. Hoy hace un día demasiado espléndido para morir.

Ella se quedó inmóvil, y Alex la asió por la muñeca y la sentó de nuevo.

-Tranquilízate. Estamos disfrutando de nuestro almuerzo ¿ recuerdas?

-¿Cómo sabes quienes son? ¿Cómo sabes que son de los Argyle?

-Por el tartán.

Catherine miró hacia la carretera. Casi no podía distinguir el color rojo pardusco de sus casacas, y mucho menos determinar el dibujo de los cuadros de sus kilts. Pero eran soldados y representaban la ley; y también eran ocho contra sólo tres renegados, circunstancias que la hicieron ruborizar de excitación. Cameron estaba muy cerca de su final, esta podía ser la última oportunidad para pararle los pies.

-Yo, en tu lugar, ni siquiera pensaría en ello -le advirtió él en voz baja mientras escondía las pistolas bajo su jubón-. Sean como sean, no se les conoce precisamente por su amabilidad o su gratitud. Quizás te agradecerían que nos hubieras entregado, pero te recompensarían violándote y robando cualquier cosa de valor que lleves en tus baúles. Además, si creyeran poder sacar algo de dinero, seguirían divirtiéndose contigo hasta que alguien pagara un rescate. Tú eliges, desde luego. Puedes confiar en ellos o fiarte de mí.

Llegaba a la colina el sonido de los cascos de los caballos, distante pero acercándose al galope. Catherine podía verlos con más claridad. Sombreros azules, casacas y chalecos rojos con la parte delantera de ante y los botones blancos. Llevaban unos grandes paños a cuadros verde oscuro y azul echados sobre los corpulentos y encorvado s hombros, y los colores y el trazo hacían juego con el kilt plisado que ceñía la cintura de cada uno de ellos. Y, cruzando cada torso imponente, un cinturón y una espada. Un par de pistolas iban enfundadas en cada cinturón, y un mosquete de cañón largo descansaba sobre cada una de las sillas de montar.

-Catherine... -el tono suave en la voz de Cameron distrajo su atención de los soldados que se aproximaban-, si parecieras un poco más tranquila ahuyentarías al mismísimo diablo.

-¿Por qué tengo que confiar en ti? -preguntó ella, muy despacio-. ¿Por qué debería ni tan sólo creerte?

Él se encogió de hombros y se apoyó en un codo.

-Quizás no deberías. Quizás esos ocho hombres son tu salvación. Sólo Dios sabe que cada día te hemos golpeado, te hemos atado de pies y manos cada noche, te hemos hecho pasar hambre y te hemos maltratado de todas las maneras imaginables. ¿ Por qué deberías confiar en nosotros ahora?

Su sarcasmo la hirió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

-¿Qué sucederá si te reconocen?

-Han pasado quince años -le recordó él, tranquilo.

Ella se preguntó si alguien podría olvidarle después de haber sentido la fuerza de sus malditos ojos. No dijo nada. Miró hacia el coche, donde Deirdre estaba medio escondida detrás de Aluinn MacKail. Éste se había puesto la levita negro y oro, y así lo hizo también lain, y ambos se calaron sus sombreros de ala ancha, inclinándolos sobre la frente para sombrear sus facciones. ..aunque lo que lain quería era esconder las magulladuras de su nariz rota.

-Tienen el mismo aspecto de criados que yo -dijo Catherine, un tanto nerviosa.

Cameron pensó en ello un instante, y luego sonrió levemente. -En esto, tengo que darte la razón. Pero, como no hay muchas más alternativas, me parece que será mejor que procuremos que la atención de nuestros invitados se centre en otra cosa. Échame los brazos al cuello.

-¿Qué?

-He dicho... -alargó su musculoso brazo, la rodeó por la cintura y la echó sobre el «mantel», junto a él-. Abrázame. Voy a besarte, señorita Ashbrooke, y el efecto será mucho más convincente si das muestras de estar pasándotelo bien.

-No vas a hacer nada de e...

Alex cubrió la boca de Catherine con la suya para acallar la protesta, al tiempo que la inmovilizaba bajo su cuerpo. Las faldas y enaguas de Catherine se levantaron en un vuelo de blondas, pero la absoluta autoridad con que, de repente, la mano de Cameron presionaba su cuello la hizo desistir en su esfuerzo por sacárselo de encima. Sus labios se habían pegado a los de ella. Su lengua había traspasado insolente mente la barrera de los dientes de Catherine y paseaba libremente por cada rincón de su boca. Ella no tenía más remedio que consentir, no había otra opción, pero el carácter, que con tanta dificultad había estado controlando durante días, se rebeló con la fuerza de un arco tensado hasta el límite: decididamente, él no iba a divertirse más a su costa.

Con un ligero gruñido separó más sus labios y fingió derretirse ante la vigorosa embestida. Sus manos recorrieron su espalda y hombros, y sus dedos se metieron entre las ondas de su pelo. Le devolvió el beso tan apasionadamente como él.

Ella esperaba que Cameron, desconcertado, se separara, y así lo hizo, pero su cauta retirada fue dolorosamente saboteada por las afiladas uñas de Catherine clavándose en su cabeza. Sus dientes, además, mordieron con ganas aquella lengua entrometida, y podría haberse dicho que soltó una carcajada, a juzgar por el sonido que salió de su garganta.

Su regocijo duró poco, de todos modos, porque al momento la mano de Cameron se deslizó desde su nuca y asió descaradamente la curva de su seno. Catherine había tomado como costumbre (dado el calor que pasaba dentro del carruaje, y en vista de que no iban a encontrarse a nadie a quien le importara mucho su aspecto) ahorrarse la incomodidad de estar sometida al envaramiento de la cotilla. Por tanto, no había casi protección entre su carne y la palma de la mano de Alex. Ante la inesperada respuesta a su ataque, intentó de nuevo escabullirse. Él sí se rió, porque el peso de su cuerpo impedía tal huida, y ella parecía estar retorciéndose por la necesidad urgente de arremetidas pélvicas.

Desde el coche, un carraspeo de advertencia puso fin a la lucha; Alexander dejó de asaltar la boca de Catherine y se volvió a mirar la carretera, alzando una mano para proteger sus ojos del sol de mediodía. Los ocho jinetes se habían detenido a no mucha distancia de ellos; dos estaban desmontando.

¡Válgame el cielo! -Cameron fingió sorpresa en su más puro acento londinense-. ¿ De dónde diantre han salido ustedes?

El más alto y corpulento de los dos miraba fijamente las pantorrillas de Catherine, al descubierto por las enaguas en desorden.

-íbamos a hacer la misma pregunta. No es muy usual ver un carruaje tan lujoso por estos alrededores.

Alexander se puso en pie y tendió la mano para ayudar a Catherine a levantarse. Ella todavía no se había repuesto. Le latían los labios después de la reciente lucha y sentía un hormigueo en el pecho, como si la piel le hubiera encogido. Notaba las miradas de todos y, al tocarse la garganta, supo por qué: en algún momento del cuerpo a cuerpo, Cameron había aflojado las cintas de su corpiño y éste, sin el soporte de las varillas del corsé, dejaba expuestos más centímetros de suave y pálida piel de los que se permitiría en un lupanar. Los dos recién llegados no apartaban los ojos de ella. Incluso los que todavía seguían sobre sus caballos se habían inclinado con la boca abierta.

-Sargento -dijo Alex, cogiendo tranquilamente la mano de Catherine antes de que ella pudiera poner remedio a la cuestión-, permítame que haga las presentaciones. Mi nombre es Grayston. Winthrop Howell Grayston, hacendado, para servirles. y esta criatura medio desgreñada es mi mujer, lady Grayston. Intentábamos descansar un poco antes de emprender el arduo camino de este otero. ¿Qué? decía de estos alrededores? Desde luego, son horribles, le doy la razón. Por cierto... ¿ no conocerá por casualidad una ruta más agradable para llegar abajo, eh... sargento...?

-Campbell. Robert Campbell, y este es el cabo Denune. Tengo que preguntarle hacia dónde se dirigen.

-A Fort William ,-contestó Alex rápidamente-. Estábamos en Glasgow, ya sabe, por negocios, y pensamos que nos gustaría conocer un poco la zona. Podríamos haber ido por mar, pero mi querida Lesley se marea muchísimo en cualquier tipo de barco, ¿verdad, cariño?

Una sutil presión en su cintura la forzó a sonreír levemente.

-Sin embargo, es mucho más seguro -gruñó el sargento-. Estos valles están repletos de rebeldes.

-¿ Rebeldes? ¿ Aquí? Pero si estamos a menos de quince millas de Fort William.

-Sí, y a diez minutos escasos de las tierras de los bastardos Cameron. Hacia el norte... -señaló con su sucio dedo por encima del hombro y escupió aparatosamente al suelo- está Lochaber. Y ellos son los peores. No se sabe si van a matarte o van a dejarte cruzar sus tierras.

-¡Santo cielo! Pero no nos atacarían, ¿verdad?

-Puede ser. Son un montón de granjeros salvajes. Bastardos asesinos que te lo roban todo y te quitan la vida por el mero placer de ver sangre.

Los ojos del sargento eran pequeños e inquisidores, y cuando se i posaban en Catherine, le revolvían el estómago hasta el punto de que casi no podía reprimir un escalofrío de asco. No le gustaban esos hombres. Iban sin afeitar, sin lavarse. Llevaban la ropa sucia, el pelo grasiento, tenían las manos tan negras y llenas de callos como la corteza

de un árbol. Pensó en la advertencia de Cameron y no quiso ni pensar en el horror de sentir aquellas manos sobre ella, aquellos cuerpos groseros, ordinarios y pestilentes contra el suyo.

-Ladrones y rebeldes -decía Alex, pasándose un pañuelo de delicada blonda por la frente-. Me atrevo a decir que la situación de este país está empeorando minuto a minuto. Querida, definitivamente tenemos que volver a Loridres.

El sargento asintió con un leve movimiento de cabeza. -¿Han oído los rumores, pues?

-¿ Rumores?

-Sí. Se ha librado una batalla en el mar, entre franceses e ingleses. El joven Estuardo iba a bordo y logró escapar en medio de una tormenta. Corre el rumor de que intenta desembarcar en algún lugar de las Hébridas. Corre el rumor de que espera ser recibido por un gran ejército reclutado en las Highlands. ¡Bah! Lo único que encontrará será un ejército de gusanos. Gusanos y repugnantes granjeros que atacarían a sus propias madres por un puñado de monedas.

-¿ Una batalla en el mar, dice? -De repente, Alex se había puesto muy serio-. ¿ y cuándo se supone que ha sucedido eso?

-Sucedió. Hace dos semanas. Lo único que no está claro es si el joven Estuardo sabe nadar o no. -Soltó una risotada y dio un codazo en las costillas a su compañero. El cabo respondió con una sonrisa un tanto siniestra, porque su atención estaba puesta en el generoso escote de Catherine y el lujoso carruaje cargado de baúles y maletas. . -¿Qué clase de idiota se pasea desde Glasgow hasta aquí sin escolta? -gruñó en gaélico.

Ambos hombres miraron a Cameron para ver si los había entendido, pero Alex estaba quitándose el polvo de la manga, frunciendo el ceño ante una manchita de barro.

-Bien -dijo el sargento, en inglés-, será mejor que les deseemos un buen día. Recuerde lo que le he dicho y tenga cuidado. ¿ Llevan algún tipo de arma para defenderse?

-¿Armas? Dios santo... creo que el cochero tiene alguna, de las de caza. Sí, seguro que lleva una. Me parece que intentó darle a una perdiz el otro día, pero falló el tiro. Personalmente, yo prefiero el arco y las flechas para cazar. Armas de caballero, ¿comprenden? Fortalecen el cuerpo.

El sargento sonrió sin ganas cuando Cameron flexionó un brazo a modo de ilustración. Incluso Catherine se había quedado atónita, mirándole: la transformación de Cameron en poco menos que un bufón era tan convincente que los dos intrusos se mostraron abiertamente burlones mientras murmuraban de nuevo en gaélico.

-¿ Hay algún problema, sargento?

-¿Problema? -El hombre sonrió mostrando unos dientes rotos, descantillados y verdosos de podredumbre-. No hay ningún problema, caballero. Sólo estábamos pensando que... la señora se sentirá más tranquila si les acompañamos hasta su destino. Este es un paraje muy inhóspito. No queremos estar preocupados por haberles dejado solos aquí.

Catherine se daba cada vez más cuenta de los aterradores comentarios que se susurraban los hombres que no habían bajado del caballo. Sus miradas iban de ella a Deirdre, e intercambiaban gestos, como si estuvieran decidiendo a quién le iba a tocar en primer lugar. Algunos se preparaban para desmontar, otros guiaban el caballo hasta el carruaje mientras echaban mano de sus espadas y mosquetes.

Cameron parecía no darse cuenta del peligro.

-Es muy amable de su parte, señor, pero no querríamos alejarle de su deber.

El sargento aferró con su rechoncha mano la culata del arma que llevaba en el cinturón.

-De todos modos, nos quedamos. Mis hombres pueden descansar un poco... y quizás compartir algo que las señoras puedan ofrecerles.

-¿Quieren almorzar? -Alex se volvió un poco para mirar el interior del cestito-. Me temo que no queda casi nada, pero desde luego están invitados a...

-No me refería a la comida, pobre idiota. -El sargento rió mientras desenfundaba el arma. Al instante, salió disparada de su mano por el impacto de una bala de plomo que le atravesó la muñeca. Un segundo disparo derribó de la silla al jinete que estaba más cerca del

coche, y Aluinn MacKail soltó las pistolas, ambas ya vacías, y sacó su espada de debajo del dosel.

Con gesto rápido, Alex apartó a Catherine del alcance de los soldados, empujándola hacia el bosque con tanta fuerza que ella perdió el equilibrio y cayó de bruces. Echó mano de sus armas y disparó a la garganta del cabo justo cuando éste daba la orden de atacar.

Iain Cameron hincó una rodilla en el suelo y sacó las suyas de la bolsa que llevaba consigo. Su primer disparo rozó el hombro de uno de los Argyle, que se zarandeó sobre el caballo y soltó su mosquete, que Aluinn cazó al vuelo. lain erró el segundo disparo, que rebotó en una roca y explotó en el suelo seco a sólo unas pulgadas de donde Alex había arrebatado el arma al cabo y ya apuntaba a otro atacante.

Un grito agudo de Deirdre le alertó contra el montante que, dibujando un arco en el aire, iba directamente hacia su cabeza. El metal pasó casi rozándole el cuello y el hombro, y rasgó un poco el bordado de su manga, pero Aluinn no pudo evitar ser fuertemente golpeado por el casco del caballo encabritado. El mosquete le resbaló de la mano y fue a chocar contra la rueda del coche. Deirdre salió del carruaje mientras el jinete se acercaba para un nuevo ataque y, antes de t que pudiera alcanzar el arma de Aluinn, el soldado cayó al suelo, con las manos sobre el pecho abierto y chorreando sangre.

Alex bajó el cañón humeante y asió el mosquete por la culata al tiempo que otro de los hombres a caballo se abalanzaba sobre él. Usando el arma a modo de garrote, golpeó el montante, que salió volando de las, manos del jinete. ,El caballo, aterrorizado, galopó sin control. Aun ligeramente aturdido, MacKail vio que el animal corría directo hacia él, y que Deirdre disparaba. El retroceso la hizo tambalearse, tosiendo en la nube de humo, y le lanzó un grito de alerta: otro jinete llegaba desde el lado opuesto, inclinándose en su silla e intentando agarrar a Deirdre por el cuello. Aluinn se arrojó contra el caballo y consiguió asir el kilt del hombre, que fue arrastrado por su peso. Ambos rodaron por el suelo, peleando, con una pistola aprisionada entre los dos cuerpos.

Alex despachó al último de la tropa con un limpio golpe de espada. Estaba retirando la hoja de las tripas de su contrincante cuando el sargento, con la mano ensangrentada en el pecho, atacó a Cameron por la espalda. La punta de su espada pasó por encima de su hombro, rasgándole el lóbulo de la oreja. Alex se giró, sacó un puñal escondido en la caña de su bota de cuero y lo lanzó certeramente a la base del cuello del sargento.

Éste abrió desmesuradamente sus mezquinos ojos y aferró la empuñadura, de hueso blanco, que sobresalía de su garganta. Retrocedió unos pasos, tambaleante, tropezó con el borde del improvisado mantel y cayó de costado, sobre los pies de Catherine. Ella gritó y trató de apartar el cuerpo mientras la sangre salpicaba sus faldas, pero era demasiado peso para ella, y siguió gritando y tapándose los oídos para no oír los espantosos silbidos y gorgoteo que salían directamente de la herida del moribundo.

Rápidamente, Alex la sacó de allí. Ella le abrazó fuertemente y escondió la cara en su hombro, y no deshizo el abrazo incluso cuando ya se habían alejado del cadáver y estaban junto al arroyo.

-Estás bien -le aseguraba él, explorando con la mano sus pantorrillas, sus tobillos, sus rodillas, buscando alguna herida o un hueso roto-. Catherine... estás bien. Tranquila, ya pasó todo.

Ella le miró, pálida, sin expresión en el rostro. Vio la sangre que goteaba de su lóbulo y lanzó un débil gemido. Sus ojos se quedaron en blanco, se le cerraron los párpados y se desmayó suavemente en los brazos de Cameron.

Él suspiró y la depositó con mucho cuidado en la orilla del riachuelo. Al oír un grito y el sonido de unos pasos rápidos, se puso en pie, de nuevo en guardia. Era Iain, que se acercaba corriendo.

-¡No he podido detenerlo! ¡He cargado el arma otra vez, pero ya estaba demasiado lejos!

Alex pudo ver al jinete, galopando en la distancia. Miró a *Shadow;* sabía que podría darle alcance, pero la persecución le llevaría un tiempo -tiempo que era mejor emplear en huir de allí.

-Tardará mucho en encontrar a alguien. Aluinn... ¿ dónde demonios está Aluinn?

Había dos cuerpos entrelazados sobre el rojo polvo de la carretera, ambos nadando en sangre. Sólo uno de ellos presentaba signos de vida. Cuando Alex e Iain se acercaron al lugar, MacKail luchaba, con la ayuda de Deirdre, por incorporarse sobre las rodillas. Con la mano protegía una profunda herida en su hombro; su rostro estaba bañado en sudor, y serraba los dientes a causa del dolor. Alex le ayudó a recostarse en el peldaño del coche y examinó la zona por donde el tiro había entrado y salido. Deirdre, a un lado, de pie y temblando, empezó a rasgar su vestido en largas tiras de algodón para usarlas a modo de compresa sobre la herida. Tan pronto como la hubo aplicado, y a pesar de la presión que ejercía Alex, la venda quedó empapada de sangre. Deirdre se mordió el labio, preocupada.

-Necesita un médico, y pronto, para detener la hemorragia. Alex volvió la cabeza y gritó:

-Iain, recoge las armas y toda la pólvora y munición que encuentres; podemos necesitarlas. Desensilla los caballos y déjalos libres; descarga del coche todo el equipaje y déshazte de lo que no nos sea útil. De hecho, deja sólo la ropa y el agua.

-Con el coche iréis más lentos -susurró Aluinn-. Llévate a las mujeres y los caballos, y aléjate cuanto antes de este maldito lugar.

-¿Quieres que te deje aquí para que puedas presumir de héroe?

De ninguna manera, amigo mío. Además... -añadió muy serio-, no eres la única víctima.

Deirdre levantó la mirada, con el semblante descompuesto.

-¿ La señorita Catherine?

-Para ser alguien que mantiene que jamás se ha desmayado, está haciendo una brillante imitación a orillas del arroyo.

-Tengo que ir a cuidarla -gritó ahogadamente Deirdre, poniéndose en pie de un salto. -No -ordenó Alex, asiéndola por la muñeca-. Yo veré cómo está. tú quédate con Aluinn y haz toda la presión que puedas con el vendaje.

-Alex... -Aluinn le agarró de la manga-. Alex, espera. Hay algo... hay algo que falla.

-¿Qué quieres decir con que falla? ¿Qué podría haber ido peor? Aluinn sacudió la cabeza para aclararse y controlar su mareo.

-No sé. Hay algo que...

Alex le miraba con toda su atención.

-¿Qué pasa?

Los ojos ahora de un gris apagado se clavaron en él.

-Hemos visto a ese muchacho darle a una mosca en pleno vuelo sólo por practicar... Pero Iain ha fallado dos blancos clarísimos y a poca distancia.

Alex tardó unos instantes en reaccionar a las palabras de Aluinn.

-Todo ha sido tan rápido... Quizás no ha podido...

-Todo ha sido muy rápido -asintió MacKail-. Maldita sea, demasiado rápido para cargar de nuevo su arma con toda tranquilidad.

-¿Qué estás diciendo? Vamos, suéltalo ya.

-Estoy diciendo que el disparo que he recibido ha salido de su mosquete.

-Sin duda intentaba darle al hombre con quien luchabas.

-Entonces su lentitud es tanta como su mala puntería, porque me ha dado unos segundos después de que yo acabara con ese tipo, mientras me sacudía su sangre de las manos.

Alex palideció. Sabía que a Aluinn no le gustaba Iain. Le había caído mal desde el principio: era demasiado impertinente y descarado, rasgos que Alex había atribuido a su juventud. Esta era una acusación mucho más grave, y Aluinn no era capaz de lanzarla a la ligera, a pesar de sus diferencias personales. Un crujir de ropa almidonada recordó a ambos hombres que había otro testigo de los hechos. Deirdre miró a uno y otro par de ojos que la interrogaban.

-Yo... yo no sé. Todo ha ido tan rápido.

-Piensa -le conminó Alex-. Es muy importante.

Ella frunció el ceño, pero el esfuerzo por recordar aquellos momentos de pánico se transformó en un grito truncado ante la visión del reluciente mosquete que apuntaba directamente a Alex por la espalda.

-Eres demasiado observador para mi gusto, MacKail -dijo Iain, con aire de superioridad-. Desde que nos conocimos, has sido tan molesto como un dedo en el ojo.

-¿Te importaría explicarme qué diablos crees que estás haciendo? -La voz de Cameron sonaba fría como el hielo-. y será mejor que tu respuesta sea convincente... señor.

-Pero lo primero es lo primero. Ese puñal que escondes en la bota, MacKail... tíralo a mis pies, con cuidado. y el que llevas colgado en el cinturón, también. No quiero ni un solo movimiento brusco, o la cabeza de esta señorita se recostará en tu falda antes de lo que esperabas.

Apuntó a Deirdre, pero Alex, con paso decidido, se interpuso entre la aterrorizada doncella y el arma.

-Me parece que tus desavenencias nos incumben a nosotros dos, muchacho. Deja en paz a las mujeres y hablaremos tranquilamente.

Iain sonrió fríamente.

-No soy un «muchacho», Cameron de Loch Eil. Y tenéis razón; mi puntería ha sido muy mala la primera vez (se había levantado mucha polvareda) pero al final he dado en el blanco.

-¿ Por qué? -preguntó Alex-. ¿ Qué esperas conseguir con matamos?

-Oh, no tengo ninguna intención de matarte a ti, Alexander Cameron. Muerto, sólo vales la mitad.

-¿Es por la recompensa? -le escupió Alex-. ¿Haces esto por dinero? ¿ Vas a entregar a alguien de tu propia sangre por unas cuantas miserables monedas de oro?

-Diez mil soberanos no es una miseria. y quizás te gustará saber que son veinte si es Malcolm Campbell el que tiene el placer de hundir la espada. Por lo que respecta a compartir la misma sangre con el *Camshroinaich Dubh*... -su sonrisa se tornó malévola-, a menos que sea hijo bastardo de un Campbell, como yo, no somos de la misma clase.

-¿ Un Campbell?

-Sí. Gordon Ross Campbell de Dundoon, para servirles. y me parezco lo bastante al verdadero Iain Cameron de Glengarron para que nos tomen por hermanos, según se ha visto. Ni siquiera tú sospechaste nada.

El rostro de Alex estaba totalmente impasible, a excepción de una pequeña vena que latía en su sien. Se estaba haciendo viejo. O perdía facultades. Había aceptado al muchacho sin más preguntas, en parte porque le estaban esperando, pero también porque llevaba consigo cartas personales de Donald. Nunca se había planteado la posibilidad de que el correo podía haber sido interceptado y el portador sustituido. Tenía tantas, tantas ganas de volver a casa.

-¿Cómo sabías dónde encontrarme? ¿O que yo esperaba que mi hermano me enviara a alguien a Francia?

-Sabíamos que sólo era cuestión de tiempo que Lochiel enviara a alguien a buscar al gran *Camshroinaich Dubh.* Tenemos nuestros propios espías en Achnacarry, y cuando el joven Glengarron salió del castillo, dándose importancia, él y sus hombres fueron seguidos, detenidos, y llevados a Inverary. Fue muy terco, desde luego. No quería decimos dónde tenía que encontrarse contigo, pero... –Gordon Ross Campbell se encogió de hombros-, al final, lo hizo.

Alex controló con esfuerzo una oleada de rabia.

-Has hecho muy bien tu papel. Pero si tu plan era llevarnos a Inverary, ¿por qué no has revelado tu identidad hasta ahora? Has tenido muchas oportunidades.

-No estoy tan loco como para intentar detener al gran *Camshroinaich Dubh* yo solo -admitió enarcando una ceja-. Hay veinte hombres esperando al otro lado del Spean precisamente por eso.

Alex hizo un vago movimiento con la mano indicando los cuerpos que yacían sin vida.

-¿Esto era parte del plan?

-No los había visto en mi vida -contestó Iain con toda naturalidad-. Ridículos bastardos. Ambiciosos, además. y no me gustaba la idea de compartir nada con ellos. Bueno... -el cañón del mosquete se movió-, basta de charla. Eres muy locuaz cuando te conviene, y yo no puedo perder más tiempo escuchándote.

-Deja que las mujeres se vayan -dijo Alex, tenso. Mantuvo su mirada fija en Campbell evitando llamar la atención sobre lo que sucedía tras el muchacho-. Ellas no tienen nada que ver con esto; no les importa lo que pueda pasarme a mí... o a ti.

-¿Dejar que se vayan? Bueno, a esta quizás sí. Da demasiados problemas para lo que vale. Pero ¿la otra? ¡Si es la mujer de Alexander Cameron! -Hizo una breve pausa y lanzó un silbido de admiración-. ¿Puedes imaginarte lo que hará el duque con esto? Además de la propina que significa, será un placer engendrarle un pequeño Campbell y enviarla luego de vuelta a Achnacarry. Ya estoy viendo la cara que pondrá Lochiel cuando...

Detrás de él, Catherine empleó las pocas fuerzas que le quedaban en enarbolar un pesado mosquete. Se había recuperado del desmayo y había caminado hacia el grupo, demasiado aturdida al principio para ver el arma que empuñaba Campbell, o para darse cuenta de lo que sucedía. Incluso había intentado llamarlos, pensando que nadie se acordaba de que la habían dejado abandonada, pero el grito se le había helado en los labios al ver los nerviosos gestos de advertencia que Deirdre, medio escondida tras la ancha espalda de Cameron, le dedicaba.

La doncella le indicaba que huyera y? por un momento, estuvo tentada de hacerlo. Pero, instantes después; se encontró agachándose para recoger un mosquete de entre los dedos aún calientes de uno de los milicianos. El arma no estaba cargada, y no había tiempo para cargarla de nuevo, incluso en caso de tener a mano la munición. Con el corazón en la garganta, pues, se había acercado sigilosamente hasta Campbell, con el mosquete en alto y los brazos temblando por el esfuerzo. Deirdre la miraba horrorizada. Sólo Alexander Cameron mantenía la sangre fría, distrayendo al joven Judas con su charla.

De todos modos, Gordon Ross Campbell se giró en el último momento, alertado por su instinto del peligro que le amenazaba. Su dedo apretó el gatillo justo cuando recibía el golpe en la mejilla, que se desgarró desde la oreja hasta el rabillo del ojo. Pero Alex había ido más rápido. Agarró el cañón del arma y lo desvió una fracción de segundo antes de que disparara inofensivamente al aire. Luego asió al joven por la muñeca y dirigió el puño cerrado contra la cara de su propio dueño. Con un segundo puñetazo, Campbell fue a chocar contra el carruaje y, todavía aturdido, recibió el tercero, que le hizo saltar los dientes.

El rostro de Campbell estaba cubierto de sangre. Su nariz, reducida a una masa de cartílagos rotos. Intentó cubrirse para evitar nuevos golpes, pero casi no tenía fuerza y no podía coordinar las manos y parar los mazazos que le venían de la izquierda, la derecha, la izquierda...

Se tambaleó y se desplomó, pero Cameron volvió a ponerle en pie, encarándole hacia él para propinarle una nueva serie de golpes.

Catherine no creía poder sentir un horror más intenso que el de ser testigo de una matanza como la que había tenido lugar hacía tan sólo unos minutos. Pero aquella fría furia asesina en los ojos de Cameron... Ver lo matar a un hombre lentamente, deliberadamente, era más de lo que ella podía soportar. Corrió hacia él y detuvo su brazo alzado, cerrando sus manos alrededor del puño ensangrentado y evitando que golpeara de nuevo.

-¡Para! ¡Para! ¡Le estás matando!

-Merece que lo mate -gruñó Alex-. ¡Quítate de en medio!

-¡No voy a dejar que lo hagas! ¡No dejaré que lo asesines! ¡Mírale! ¡Mira lo que has hecho! ¿Es que no te parece suficiente?

Alex gruñó de nuevo, apretando los labios. y la habría empujado a un lado sin más, de no ser por las lágrimas que inundaban aquellos ojos. Eso le sobrecogió, porque la compasión no iba dirigida a Gordon Ross Campbell, sino a él mismo; ella veía en su acto una absoluta falta de humanidad.

-Por favor -le rogó Catherine, clavando los dedos en su mano-. Por favor, Alex, déjalo. No vale la pena.

Despacio, bajó el puño y soltó el cuello de la camisa de Campbell. Las piernas del muchacho se doblaron y quedó tendido junto a la rueda del coche, escupiendo sangre con cada respiración.

Catherine se abalanzó contra el pecho de Alex, sin poder siquiera pensar en lo que hacía mientras le abrazaba y hundía la cara en su hombro.

Deirdre, que no había osado moverse ni respirar durante aquella escena de brutal violencia, cayó de rodillas, se cubrió la cara con las manos y lloró.

-Creí que te había dicho que te agacharas y huyeras.

Catherine, de mala gana, tuvo que separar su mejilla del confortable hombro de Cameron. La terrible expresión de odio e ira había desaparecido de su rostro, y sus ojos... sus ojos eran más oscuros y profundos que cualquier océano que ella pudiera imaginar. Más profundos, más cálidos, más... Alex era muy consciente de la vulnerabilidad de Catherine en ese momento, y también de la respuesta que esto provocaba en su propio cuerpo. Soledad e inseguridad se reflejaban en ella tan claramente como si estuvieran pintadas por un artista, y él deseó poder retenerla entre sus brazos y jurarle que nada le volvería a hacer daño mientras estuvieran juntos. Sólo una vez en toda su vida había sentido tanta necesidad de proteger a alguien, pero entonces había sido incapaz de cumplir su promesa. Aquel recuerdo dio una punzada en su corazón, y se separó de Catherine hasta una distancia más prudente.

-No tenemos mucho tiempo -explicó, evitando mirarla directa- mente a los ojos-. Deirdre y tú llenad en el río todos los recipientes que podáis, mientras yo preparo el coche.

Contra su voluntad, ella miró hacia el cuerpo tendido de Campbell

-¿Y él? ¿Y... y ellos? -añadió, indicando los cadáveres que exhalaban vapor bajo el sol

-Por mí, Campbell puede ahogarse en su sangre. Y respecto a los demás. ..cuando su camarada vuelva con refuerzos, quizás se tomen la molestia de enterrarlos. Con un poco de suerte, el tiempo que tarden en hacerlo nos dará un poco más de ventaja.

Catherine se estremeció ante el gélido tono de su voz. Dejó que Deirdre se la llevara de allí, aunque volvió la cabeza un instante, antes de desaparecer, ambas mujeres, como tragadas por la sombra de los árboles.

-Has sido un poco duro con ella, ¿ no crees? -observó Aluinn-. Sobre todo, después de cómo la ha afectado lo que ha pasado.

-Es más fuerte de lo que cree. Sobrevivirá.

-¿ Y qué me dices de ti? ¿Cuánta dureza tienes que demostrar, exactamente? Annie está muerta, Alex. No puedes hacer que vuelva, y no puedes seguir torturándote por algo que pasó hace media vida.

Una expresión de enojo apareció en el rostro de Alex mientras empezaba a descargar los baúles del carruaje.

-¿Qué demonios tiene que ver nada de esto con Annie? -Dímelo tú. Eres tú el que sigues obsesionado por su fantasma, dejando que vuelva a la vida cada vez que empiezas a sentirte humano.

No es justo, Alex. Ni para ella ni para ti.

-Yo la quería, Aluinn. Y porque yo la quería, ella murió. -Dudo que Annie lo viera así.

Los dos baúles cayeron pesadamente al suelo, uno tras otro. -¿Es que tengo que olvidar lo que pasó? ¿Olvidar incluso que ella existió?

-Desde luego que no...

-¿O debería ignorar acaso que uno de los bestias que la mató sigue enviando viles asesinos tras de mí para asegurarse de que sé que él todavía está sano y salvo?

-¿Es por eso que has vuelto? ¿Para acabar lo que empezaste con Malcolm Campbell hace quince años?

Alex bajó la mirada hacia Gordon Ross Campbell.

-La pura verdad, quieras creerla o no, es que hace mucho tiempo que dejé de preocuparme por Malcolm Campbell. Él ya compró su billete hacia el infierno hace quince años; que yo le envíe antes no hará que las llamas quemen más. -Hizo una pausa y examinó la piel rasguñada de sus nudillos-. Entiéndeme, no estoy diciendo que no haría nada si esa rata bastarda saliera de su agujero Y se me presentara la ocasión de cazarlo, pero de ahí a emplear mi energía en perseguirlo.. . no. Ese no es el motivo de mi regreso.

-Puede que se te presente la ocasión _suspiró Aluinn-. Si lo que ha dicho lain (quiero decir, Campbell) es cierto, hay veinte hombres que nos preparan una emboscada al otro lado del Spean. -Pasó la vista por encima de los cadáveres-. ¿Puedo decir que esto, más o menos cancela el rodeo hasta Fort William?

Alex masculló algo a modo de respuesta y sacó una bolsa de pólvora y municiones de debajo del asiento del cochero. Recogió los mosquetes y pistolas de los cadáveres Y entregó las mejores armas a Aluinn. Fue a deshacerse de las otras echándolas precipicio abajo.

Cuando volvió, Aluinn estaba apoyado en la puerta, con el rostro lívido y cubierto de sudor, empleando sus últimas fuerzas en cargar Y preparar las armas.

-Tendremos que correr el riesgo de conducir el coche hasta el valle -decidió Alex mientras las dos mujeres volvían con el agua. Vio que Catherine miraba los baúles sin decir nada. Todavía estaba pálida, unas finas líneas azules se dibujaban bajo la superficie de suave porcelana de su piel-. Nos lo tomaremos con tanta calma como nos sea posible, pero tengo que advertiros que, una vez lleguemos abajo, tampoco va a ser fácil.

-¿ Le preocupa el hombre que ha huido? -preguntó Deirdre.

Alex dudó si exponer los posibles peligros que deberían afrontar; no sólo la Guardia Negra, sino también los hombres de Gordon Ross. Los expresivos ojos marrones de la doncella le recordaron que ella estaba presente cuando Campbell había hablado de la emboscada; Y le dijeron, también, que no hacía falta asustar más a Catherine si no era absolutamente necesario.

Él respondió a su silencioso ruego asintiendo levemente con la cabeza. -Probablemente se encuentre a mitad de camino de Fort William, decidiendo cuántos hombres reclutará para volver aquí.

-Ayúdame a subir al pescante -dijo Aluinn, serrando los dientes para controlar el dolor mientras intentaba mantenerse en pie-. Necesitarás que alguien vaya contigo para sujetar las riendas.

-Un peso muerto no será de gran ayuda, de todos modos -Deirdre intervino serenamente. Enderezó sus hombros y reforzó su pacto secreto con Cameron-. Estoy familiarizada con guiar yuntas de caballos, señor Cameron, y creo que sería mejor que usara su fuerza manejando el freno.

Viendo la cara de Aluinn, pálida como la cera, estaba claro que no tenía otra opción.

-Muy bien, señorita O'Shea. Si quiere hacerse cargo de las rien das, yo haré lo posible para que no nos despeñemos.

-A decir verdad, señor, de lo que realmente tengo ganas es de que mi señora y yo podamos irnos cuanto antes de este maldito país y alejarnos de gente como ustedes. -Miró a Alex directamente a los ojos-. Usted, señor, cabalga con la muerte acechando por encima del hombro, yeso no le convierte en una compañía grata.

Capitulo 11

El descenso fue lento y terrorífico. Las ruedas resbalaban por el camino inclinado, cubierto de piedras, y los pasajeros tenían que agarrarse con fuerza al asiento para no caerse mientras eran zarandeados de un lado a otro del coche por el continuo traqueteo. A Catherine

se le había asignado el difícil deber de mantener a Aluinn MacKail tan quieto como fuera posible. Cameron había vendado sus heridas con gruesas tiras de paño, atándolas fuertemente para cortar la hemorragia, pero nada podía evitar el dolor con cada movimiento brusco. MacKail había caído en un estado de semiconsciencia casi inmediatamente, lo cual aumentaba la angustia de Catherine. Nadie había muerto en sus brazos, y nunca había sido testigo del horrible deterioro que veía en el rostro de aquel hombre, que iba pasando de simple pálido a gris ceniza.

Podía oír la ronca voz abaritonada de Cameron mientras gritaba palabras de ánimo a Deirdre y órdenes a los caballos. La doncella estaba absolutamente aterrorizada, y respondía con una voz estridente que hería los nervios de Catherine como si fuera cristal roto.

Cuando llegaron al fondo del valle, Cameron sólo se detuvo para ver cómo estaba MacKail (ya totalmente inconsciente) y para que Deirdre dejara las riendas un momento y se reuniera con Catherine en el interior del coche. Entonces, obligó a los caballos a ir a galope, desviándose del camino, hacia el este, sobre el verde lecho del valle.

Aluinn empeoraba, y eso era la mayor preocupación de Alex. Había perdido más sangre de la que Alex creía posible que un hombre pudiera perder sin que su corazón dejara de latir. Yendo por el Puen te Alto, que llevaba de un lado al otro del río Spean, podían estar en el territorio de Cameron en menos de una hora, pero si los hombres de Campbellles esperaban, vigilantes, tenían que dar un rodeo, alejándose hacia el este, y cruzar el río en el punto que pertenecía a la zona de Loch Lochy, un desvío de entre diez y veinte millas por caminos que no estaban hechos para las ruedas de un elegante carruaje. El estado de éste también le preocupaba. Al llegar al final del descenso, había visto una grieta en el eje posterior. No tenían piezas de recambio, y si la grieta se pronunciaba o llegaba a ceder, la situación iba a empeorar.

Pasaban las horas, y Alex se detenía en pocas ocasiones, sólo para que los extenuados caballos bebieran y descansaran un poco. Daban la impresión de estar sufriendo tanto como sus amos; su pelo marrón satinado estaba cubierto de costras de espuma salada, sus ijadas temblaban y sus hocicos presentaban algunas llagas. Sólo *Shadow* parecía no estar afectado. Iba a galope corto detrás del coche, con la cabeza, negra como el carbón, en alto y la cola arqueada como un abanico de seda. .

-Vas a matar a estos pobres animales -murmuró Catherine mientras Alex daba de beber a los caballos, que resollaban-. No pueden tirar del carruaje durante diez horas, y mucho menos durante diez días, sin descansar. ¿ Es necesario que los fuerces tanto?

Alex acarició los aterciopelados hocicos, uno a uno, mientras dejaba que bebieran un poco del cubo de cañamazo. Catherine tenía razón, desde luego. Estaba forzando demasiado a los caballos. Estaba forzando demasiado a todo el mundo. Pero la única alternativa a ello hizo que la arruga de preocupación en su frente se pronunciara.

Contempló la inquietante paz del bosque que les rodeaba por todas partes.

Durante la última hora, habían estado subiendo o rodeando altas colinas; ahora, las sombras se hacían más densas y el aire se llenaba de niebla.

-Sólo nos queda una hora de luz de día. Quizás sería mejor que monte a *Shadow* y averigüe exactamente a cuánta distancia queda el río. ¿Crees que os las podréis arreglar solos un rato?

-¿ Solos? -Le miró con pánico; no se había imaginado que se tomara tan en serio la crítica que le había hecho respecto a los caballos.

-No tardaré mucho. Sólo hasta que encuentre el río.

-¿ Hasta que lo encuentres? ¿ Me estás diciendo que no sabes dónde está? ¿No sabes dónde estamos? -Juntó las manos y respiró profundamente-. ¿ Estás intentando decirme que nos hemos perdido?

-Nos hemos desorientado temporalmente. Después de todo, hace mucho tiempo que no recorro estos bosques.

Las muestras de indignación y desdén que esperaba ver en su cara no aparecieron. En su lugar, pareció que ella aceptaba la respuesta con calma, casi con un toque de humor negro.

-¿No sabes cómo salir de un bosque, y todavía te atreves a considerarte un espía?

-Ese nombre me lo adjudicaste tú, no yo

-¿Cómo llamarías a un hombre que finge ser alguien que no es tan sólo para obtener información del enemigo?

-¿Aún me consideras tu enemigo?

Ella respondió con cautela.

-Desde luego, no te considero mi amigo.

La comisura de la boca de Cameron dibujó una media sonrisa, y la admiración por el carácter de ella subió unos cuantos peldaños.

-Vamos, tienes que admitir que tu vida es mucho más interesante desde que nos conocimos. Piensa en todas ras aventuras que podrás contarles a tus nietos.

-Las aventuras de estar medio muerta de miedo cada minuto del día -reflexionó ella-, de encontrarse metida en una lucha con soldados armados y de que casi te maten... no son exactamente cuentos para dormir a los niños. Eso, suponiendo que viva lo suficiente para tener siquiera hijos.

-Querida señora: tu terquedad te llevará sin duda a alcanzar una muy considerable vejez.

Catherine no compartía su optimismo.

-Si no tienes ni idea de dónde estamos, ¿puedes decirme cómo pretendes encontrar el río?

Él llamó a *Shadow* con un silbido, y cuando el caballo estuvo a su lado, lo montó de un salto.

-Si dentro de una hora no he vuelto, sabrás que no lo he encontrado.

-¿Vas a dejarme... a dejamos... solos?

Alex la miró y sintió que el corazón le latía de un modo especial contra su pecho. La rubia melena de Catherine estaba medio despeinada, el pelo le caía descuidadamente sobre los hombros, como oro derramado. Estaba pálida pero, sobre el fondo verde oscuro del bosque y blanco azulado del cielo, su piel resplandecía, radiante, todo ojos y labios. La falda estaba desgarrada, manchada de barro y sangre, y él no pudo evitar comparar la niña desamparada y sucia que tenía ante sus ojos con aquella figura arrogante e imponente que le había ordenado abandonar el bosque de su padre antes de mandar que lo arrestaran por cazar en terreno vedado y en lugar de contestar a su pregunta, Alex se inclinó y puso la mano bajo la barbilla de Catherine, levantándola. La besó dulcemente, profundamente, y cuando aquél beso acabó, la confusión en los ojos de ella no era sólo debida al hecho de que él se fuera.

-No tardaré -le prometió.

-¿Me das tu palabra? -susurró ella. La media sonrisa apareció de nuevo.

-Te doy mi palabra.

Espoleó al caballo y en pocos segundos desapareció entre los árboles. Catherine permaneció allí, escuchando el sonido de los cascos, cada vez más lejos, hasta que se confundieron con el silbido del viento y el murmullo del bosque que la rodeaba. Alzó una mano y se tocó los labios, imaginando el calor del beso de Alex. De hecho, sentía el calor en todo su cuerpo, y su sangre hervía en una confusa cascada de emociones.

Por un lado, empezaba a apreciar su fuerza, su seguridad, su confianza en sí mismo, las mismas cualidades que al principio le hacían parecer arrogante y cínico. Por otro lado, cuanto más lo conocía, más razones tenía para no dejarle entrar en su vida. Era peligroso e impredecible. Parecía capaz de justificar rápidamente la acusación de espía; ¿ acaso había olvidado que la había raptado y obligado a acompañarlo hasta Escocia contra su voluntad? Que era capaz de matar, estaba claro... pero ¿era un asesino? Podría haber golpeado a Gordon Ross Campbell hasta la muerte por la ira del momento si ella no lo hubiera impedido... pero ¿ acaso cualquier otro hombre no habría hecho lo mismo? La traición, el engaño y el haber estado a punto de morir a manos de la Guardia Negra les había encendido la sangre a todos. Por Dios santo, ella misma habría matado a Campbell si el mosquete hubiera estado cargado.

Catherine suspiró y miró la inmensidad del bosque vacío por última vez antes de volver al coche. Alex había dicho que ya estaban en tierras de Cameron y que no había que temer a la milicia pero, de todos modos, un escalofrío recorrió toda su piel ante las sombras que lo invadían todo.

-¿Señorita Catherine? -El susurro de Deirdre hizo que se girara de repente, conteniendo el aliento-. Oh, lo siento, señorita, pero me temo que MacKail está empeorando. Le está subiendo la fiebre por momentos y ya no hay más agua para refrescarle la frente. ¿Sabe si estamos cerca de un río o un arroyo?

Catherine volvió a mirar el tenebroso bosque, convencida de que había un ejército de hombres sucios y barbudos acechando más allá del mar de helechos. Aunque no soplaba ni una pizca de brisa, las ramas se mecían y chasqueaban, y los pájaros estaban inquietos. La idea de abandonar la relativa seguridad del sendero para internarse en el bosque a buscar agua era tan aterradora como organizar un almuerzo campestre en un cementerio.

¿Cómo había podido Cameron dejarlos allí en aquella situación? Su mejor (y probablemente único) amigo se desangraba lentamente.

¿ Acaso no le importaba?

Además, Catherine no había visto ni vallas, ni postes, ni ningún otro tipo de señal que marcara la frontera del territorio Cameron. ¿Qué podía pasar si alguien les había seguido hasta el bosque? Dos mujeres de habla inglesa, en un lujoso caruaje inglés, perdidas en el corazón de unas montañas supuestamente infestadas de jacobitas rebeldes sedientos de sangre...

-Dios bendito -murmuró-. ¿No podría haber comprobado cuánta agua quedaba, antes de abandonamos?

Deirdre asomó la cabeza por la ventanilla del coche.

-¿ Abandonamos? ¿ El señor Cameron nos ha abandonado? -Casi ha admitido que nos hemos perdido. Confía que puede encontrar el río, y confía que el río nos llevará a lugar seguro.

-Oh. -Deirdre se sentó de nuevo-. Bien, entonces debemos confiar en él, ¿ verdad? Mientras, a mí no me importa ir a por agua si usted prefiere quedarse aquí con el señor MacKail.

Catherine declinó el consejo y el ofrecimiento frunciendo el ceño. Sin duda, gritaría si tuviera que estar sentada dentro de aquel coche mal ventilado ni un minuto más de los necesarios, ahogándose en el pegajoso hedor a sudor y sangre.

-No. Iré yo. Tiene que haber un manantial cerca; lo oigo. Deirdre le alcanzó el cubo de cañamazo. Y también una de las pistolas cargadas que Cameron había quitado a los soldados muertos. Catherine se mordió el labio con tanta fuerza que notó el herrumbroso sabor de la sangre.

-Quizás encuentre usted una liebre, o una codorniz -dijo Deirdre con naturalidad-. Tengo bastante hambre.

Catherine sonrió vagamente ante el intento de la doncella para alejar su miedo.

-No tardaré. Si ese maldito patán vuelve antes que yo, dile que me gustaría que hiciera un fuego. Intentaré encontrar caléndulas o verdolaga para hacer una infusión; nos hará mucho bien tomar algo caliente.

Se marchó en dirección oeste desde el coche y siguió la cuesta, escogiendo bien su camino a través de la maraña de plantas nuevas. Se paraba cada pocos pasos para mirar hacia el coche por encima del hombro, asegurándose de que ninguna mano misteriosa se lo había llevado de allí, dejándola a merced del horror que creaba su imaginación. También intentó averiguar de dónde provenía el sonido del agua, que podía oír claramente cuanto más subía. Cameron no le había parecido excesivamente preocupado por las provisiones de agua, probablemente con toda razón, porque aquellas colinas parecían estar repletas de riachuelos y fuentes naturales.

Subió un tramo más, y la quietud de la montaña la envolvió como una mortaja. El aire se volvía gélido, y ella se sentía la frente húmeda y gotas de sudor entre los pechos. Esta vez,

cuando se paró a recobrar el aliento, ya no pudo ver el coche, escondido tras un muro de pradera empapada de niebla. Tuvo la tentación de volver sobre sus pasos, escapando camino abajo, pero un clarísimo sonido de gotas llamó su atención hacia la derecha. Cruzó precipitadamente el último tramo de helechos, altos hasta las rodillas y... allí estaba: una fina grieta entre dos rocas, de donde manaba un delgado chorro de agua clara. Como en las fuentes hechas por el hombre, el agua formaba un pequeño charco en una concavidad erosionada en el granito, antes de derramarse por el borde y empapar el negro y esponjoso suelo.

Catherine se arrodilló fatigada junto a la minúscula rebalsa y dejó la pistola y el cubo sobre el musgo. Tomó un poco de la fresca agua con las manos y se mojó la cara y el cuello, dejándola caer por su corpiño. Soltó los lazos sucios de los puños de su blusa y se limpió las manos y los brazos. Pensó quitarse las medias y sumergir en el agua sus doloridos pies. Su conciencia le recordó que había un hombre enfermo esperando abajo a que ella volviera, y su corazón dejó de latir un instante, horrorizado, cuando se volvió a recoger el cubo.

Un par de pies toscamente calzados estaban a unos pocos centímetros de sus dedos extendidos. Sobre los pies, unas gruesas pantorrillas enfundadas en unas medias de lana con dibujo de diamantes que llegaban hasta justo debajo de la rodilla. Los muslos, fuertes y peludos, se escondían un palmo después bajo los pliegues de un kilt. Un voluminoso paño envolvía la cintura de aquel hombre, dispuesto en varios dobleces y echado finalmente sobre uno de los hombros. Bajo el paño, un justillo de cuero, sin mangas, que a simple vista parecía demasiado pequeño y estrecho para aquel cuerpo de brazos musculosos y cruzados sobre el fornido torso. Más arriba aún, una barba negra como el carbón, como alambre retorcido, enmarcaba una cara más áspera y repulsiva que un mascar un pedazo de piedra helada. Sobre el nido de pelo que coronaba aquella cabeza, un sombrero de lana, ladeado airosa pero incongruentemente, con unos hierbajos asomando por la cinta.

Catherine se llevó las manos a la boca y un gritó salió de su garganta. ¡Era un rebelde! ¡Los falsos trinos de pájaro o la sensación de estar siendo vigilada durante todo el trayecto no habían sido producto de su imaginación! Sí, vigilada por -su mirada asustada, aterrorizada, se clavó en el bosque, por encima del hombro del rebelde- los cuatro... cinco... seis hombres más que iba descubriendo entre los árboles.

Por segunda vez en ese día, por segunda vez en su vida, Catherine Augustine Ashbrooke se desmayó.

Mientras Alex se alejaba del coche al galope, su mente no se había concentrado en el bosque, o en los posibles peligros que podían esconderse tras los espesos muros de vegetación. En lugar de eso, su pensamiento se había quedado en el sendero, y más concretamente en el par de ojos violeta que le habían seguido hasta que desapareció de vista.

Desde luego, no vio a los hombres armados apostados a cada lado de la vereda hasta que *Shadow* hubo pasado por en medio. Cuando notó un pequeño movimiento, ya era demasiado tarde. Un centelleante círculo de mosquetes le había rodeado rápidamente, y más de un impaciente pulgar reaccionó al instante amartillando el arma cuando intentó desenfundar su pistola.

-Yo no lo haría -rechinó una ronca voz desde las sombras.

Alex miró hacia el lugar de donde procedía y vio un gigante apoyado tranquilamente contra un árbol. Su tronco nudoso era enorme, como un barril, pero aquellos anchos hombros hacían que pareciera más pequeño. Medía más de seis pies, y su altura parecía aún mayor gracias a una melena leonina de color paja que, unida a la frondosísima barba, flotaba sobre sus fornidos hombros como un manto real. Sus ojos eran pequeños y observadores, no perdían ningún detalle mientras tasaban, astutos, el valor de hombre y caballo recién llegados.

Alex mantuvo sus manos a la vista y, después de su primera reacción, no hizo más movimientos bruscos. *Shadow* estaba tan quieto como una estatua de mármol negro, con los ojos fijos al frente y el cuerpo tenso esperando una orden.

-Parece ser que no sabe volver a su casa, *Sassenach* -escupió el Highlander. Su mirada se paseó burlonamente por la levita de rico terciopelo marrón, la fruncida camisa de lino, el chaleco de satén finamente trabajado y los ajustados pantalones-. Parece que tiene

usted un par de monedas para pagar el insulto. ¿ No le advirtieron que no cabalgara por estas colinas solo?

-Lo único que me advirtieron -replicó Alex con calma- fue que vigilara a mis espaldas por si los rebeldes me preparaban una emboscada. Me hablaron de un grupo de aficionados bastante malos que hacen incursiones por aquí, una pandilla de desgraciados bajo el nombre de Cameron.

Se escuchó claramente varios chasquidos metálicos de otras tantas armas puestas a punto, y el Highlander levantó su enorme mano, en señal de alto.

-Tiene una extraña falta de sentido común, *Sassenach.* Debería haber seguido el consejo que le dieron.

Moviéndose con cuidado, deliberadamente, Alex levantó una pierna, la pasó sobre la silla y desmontó.

-Raras veces sigo los consejos que no he pedido y, desde luego, nunca si provienen de algún bastardo llamado Campbell.

El gigante se acercó. Sus ojos repasaron de nuevo el vestuario de Alex, y esta vez se fijaron, alertados, en las manchas de sangre seca.

-¿ Quién eres, *Sassenach?* ¿Y qué problema pendiente tienes con los Campbell?

Alex acarició el hocico de *Shadow* para tranquilizarlo.

-Si no sabes la respuesta de ninguna de las dos preguntas, Struan MacSorley, mereces pasar el resto de tu vida plantando bellotas en el bosque.

El gigantesco escocés dio un amenazador paso hacia delante .

-Tienes lengua de avispa. Me recuerdas a un muchachito impertinente al que yo tenía que zurrar de vez en cuando porque era demasiado rebelde y testarudo. Solía defenderse bien, pegaba duro, pero de eso hace muchos años, y he oído decir que se ha vuelto manso y delicado. Dulce y guapo como una niñita.

Alex avanzó otro paso. -No tan dulce como para no poder tumbar a un Lochaber apestoso... y silbar una cancioncilla al mismo tiempo.

-Quizás le dejaría intentarlo... -repuso MacSorley, burlón. y al instante, extendió sus brazos y rodeó los hombros de Alex, envolviéndolo en un abrazo de oso salvaje-. Alasdair, Alasdair, por Cristo, ¡qué alegría, verte! ¿Dónde diablos has estado? Lochiel se está volviendo loco de preocupación. ¡Tiene a un montón de hombres rastreando cada valle y pantano desde Loch Lochy hasta Glencoe!

-Hemos tenido problemas cerca del Spean. Queríamos venir hasta aquí directamente, pero... es una larga historia, y he dejado a un hombre herido y dos mujeres atrás, junto a la carretera.

Las pobladas cejas se juntaron y el apretón se aflojó.

-Por Dios, ¿por qué no has empezado por ahí, en lugar de quedarte plantado y charlando como una pescadera? ¿ Quién es el herido?

-Aluinn MacKail. Ha recibido un disparo en el pecho... -¡Angus! Ve a buscar los caballos, coge a tres hombres y ve a Achnacarry; di que tenemos a un hombre herido. Madach, quédate aquí con la mitad de los hombres, el resto vendrá conmigo. Y, por el amor de Dios, ¡bajad las armas antes de que el *Camshroinaich Dubh* lo tome como un insulto y os abata a todos! -Hizo una pausa y se acercó a Alex, entrecerrando los ojos-. ¿Dos señoritas, has dicho?

-Aluinn MacKail. Ha recibido un disparo en el pecho... -¡Angus! Ve a buscar los caballos, coge a tres hombres y ve a Achnacarry; di que tenemos a un hombre herido. Madach, quédate aquí con la mitad de los hombres, el resto vendrá conmigo. Y, por el amor de Dios, ¡bajad las armas antes de que el *Camshroinaich Dubh* lo tome como un insulto y os abata a todos! -Hizo una pausa y se acercó a Alex, entrecerrando los ojos-. ¿Dos señoritas, has dicho?

-Sí, muchacho -MacSorley meneó la cabeza con gesto sombrío-. El joven Tearlach ha vuelto a casa, o eso dice él.

Alex hizo girar a *Shadow* y cabalgó en silencio, alarmado por la confirmación de que el príncipe Carlos había vuelto a Escocia. No había tiempo para ponderar las consecuencias, de todos modos. Tras la última curva apareció el coche, y sólo dos de sus tres pasajeros. Un largo y espeluznante gritó señaló el paradero del tercero.

La inmensa figura vestida de escocés se inclinó rápidamente y evitó, aunque no con todo éxito, que el cuerpo de Catherine golpeara contra el suelo.

Masculló algo en gaélico, y habló de nuevo al oír las pisadas que se acercaban subiendo la colina, detrás de él.

-La señorita se ha desmayado -explicó, volviéndose-. Ni siquiera la he tocado; simplemente, se ha desmayado.

Alex se apresuró y se apoyó en una rodilla.

-Yo no me preocuparía, ya es casi una experta. ¿ Catherine?

-Acarició su mejilla y frotó una de sus muñecas-. Catherine, ¿puedes oírme? Estás bien. Estás entre amigos. Catherine...

Ella movió ligeramente la cabeza mientras recobraba la consciencia. Pestañeó un poco, y necesitó unos segundos para enfocar, para reconocer los rasgos del apuesto hombre que se inclinaba sobre ella.

Abrió los ojos y separó los labios. Ahogando un grito, se echó a sus brazos.

-¡Alex! ¡Oh, Alex, has vuelto

-Claro que he vuelto -repuso él, suavemente--. ¿Acaso no te di mi palabra?

-Oh, sí, pero... -paró en seco y vio por encima del hombro de Cameron a la docena de rebeldes barbudos que les rodeaban, de pie, mirándolos-. ¡Alex! Alex, ¿también te han cogido a ti?

-¿Cogido? -Por un momento, pareció no entenderla. Luego, sonrió-. Estos hombres son Cameron, Catherine. Los hombres de mi hermano. Nos han estado buscando durante dos días. ¿Te encuentras mejor? ¿ Crees que podrás ponerte en pie?

De repente, ella se dio cuenta de que él estaba muy cerca, sujetándola estrechamente, y se separó con recato.

-Sí. Sí, claro que puedo tenerme en pie.

Pasando un brazo por su cintura, Alex la ayudó a levantarse. Ella se tambaleó ligeramente y se apoyó en él sin disimulo alguno, y sin saber qué hacer respecto a aquellos supuestos amigos. No parecían mucho más limpios o menos peligrosos que los soldados que habían encontrado unas horas antes. . -¿ Estás absolutamente seguro de que estos hombres son quienes dicen que son? -le preguntó en un susurro-. Después de todo, creías que lain era tu primo.

Alex frunció el ceño.

-Sí, ya veo que te encuentras mejor. Y si es así, será mejor que nos pongamos en marcha antes de que oscurezca.

-¿Estamos cerca del río? ¿Lo has encontrado? .. -Está justo sobre la cima de la próxima colina. No te preocupes, ahora estás totalmente segura. El coche llegará a Achnacarry dentro de un par de horas. Yo iré delante con algunos de los hombres, pero; irás bien protegida. Te dejo con...

-¡No! -Catherine no había levantado la voz hasta entonces, pero al oír que él pretendía dejarla sola otra vez, soltó tal grito que algunos de los hombres del clan se llevaron instintivamente la mano a la pistola-. ¡No! ¡No vas a dejarme con nadie! No conozco a estos hombres, no tengo ninguna razón para confiar en ellos. ¡Además, estoy cansada de que me digas qué es lo que tengo que hacer y dónde tengo que ir! No soy parte del equipaje, maldita sea. ¡Soy tu esposa!

Se hizo tan impresionante silencio en el bosque, que parecía incluso que la niebla hubiera dejado de serpentear entre los árboles para escuchar mejor. Alex apretó la muñeca de Catherine, pero la advertencia llegó demasiado tarde. Ella siguió hablando, sin importarle la dura mirada con que Cameron escuchaba cada una de sus palabras.

-Soy tu esposa, como no dejas de recordarme. Sea como sea que haya pasado o sea cual sea el tiempo que tenga que soportar la humillación. ¡No soy una criada, no soy una niña, soy tu esposa! ¡y no lo soy única y exclusivamente cuando a ti te apetece echármelo en cara! Más expresiones de desconcierto aparecieron entre los hombres. Muchos hablaban solamente gaélico, pero los que entendían el inglés traducían, susurrando a toda prisa, el airado discurso de Catherine.

Los músculos de la mandíbula de Alex se movían con furia, y sus ojos de medianoche se clavaron en los de Catherine con una mezcla mortal de incredulidad Y rabia. Poco a poco, con un profundo escalofrío de temor, ella se dio cuenta de lo que acababa de hacer. Hasta aquél mismo instante, no se había preocupado seriamente respecto a cómo pensaba Alex explicar su presencia a su familia. Ella nunca había considerado que aquellos votos matrimoniales fueran legales o válidos, y él tampoco. Pero ahora... ahora ella acababa de consumar verbalmente su unión delante de un importante grupo de miembros del clan de Cameron.

-Lo siento -dijo entrecortadamente, con los dedos contra los labios-. No sé qué estoy diciendo. Lo he dicho sin pensar. Quizás puedo explicar... .

-Ya has explicado bastante por ahora -la interrumpió él, fríamente.

-¡Pero tienes que hacer algo! No puedes dejar que crean...

-De momento, lo que ellos crean no tiene mayores consecuencias. De todos modos, lo que yo creo es que deberías mantener la boca cerrada desde este mismo instante. -La furia con que hablaba se correspondía perfectamente con la violencia con que la agarró del brazo-. Y tienes toda la razón: no me atrevo a dejarte sola. Struan... -se volvió hacia el corpulento hombre-: ¿ hay algún caballo libre?

MacSorley parecía no haber reaccionado aún.

-¿Qué? Oh, sí. Sí, claro. Uno de los muchachos puede dejarte el suyo.

-Yo... creo que preferiría ir en el coche -casi rogó Catherine, intentando liberar su brazo de la mano que lo atenazaba-. Creo que preferiría quedarme con Deirdre.

-Tú te vienes conmigo, querida esposa -insistió Alex-. Pero si quieres discutir el tema, estaré encantado de hacerte una demostración sobre el método que se sigue en las Highlands para educar a las esposas que se atreven a hablar cuando no les toca.

Catherine abrió la boca, pero la cerró inmediatamente sin emitir sonido alguno, tomando la sabia decisión de no desafiar el decidido brillo de aquellos oscuros ojos.

En cuanto a Alex, casi deseaba que ella lo retara. Un solo día más -una sola hora más y la hubiera llevado sana y salva, cruzando el Puente Alto y siguiendo la carretera hasta Fort William. Malditos hombres de Argyle. Maldito Gordon Ross Campbell. y maldito el demonio que le había hecho bailar con Catherine Ashbrooke bajo la luz de las estrellas!

Capitulo 12

Catherine cabalgó las millas que que.daban hasta Achnacarry sumida en la desesperanza. Cameron le había vuelto la espalda antes de reanudar el camino, y desde entonces no había vuelto a dirigir ni una sola mirada o palabra en su dirección. Podía sentir su ira crepitando en el aire, entre ellos. Y, aunque estaba dispuesta a aceptar su culpa por haber hablado demasiado, era injusto que él la tratara como si lo hubiera hecho deliberadamente, con mala voluntad, para comprometerle.

Además, no sólo no se sentía segura con la presencia de una escolta armada sino que cada vez recelaba más de lo que podía sucederle. Le parecía imposible que lo que había sido uno de sus juegos hubiera acabado llevándola tan lejos, hasta el mismo corazón de las

Highlands, y no se atrevía siquiera a imaginar el aspecto que tendría el añorado hogar de Cameron, o qué clase de recibimiento podía esperar. En su cabeza se sucedían imágenes de cuevas iluminadas por hogueras, y repletas de grandes estalactitas colgantes. Cameron se había referido a su casa como a un palacio, pero hasta aquel momento la mayoría de construcciones que había podido avistar no eran más que cabañas de piedra, descuidadas y que seguro que olían a rancio. Una o dos veces le había parecido ver la lejana silueta de unas almenas recortadas contra el viento, pero le habían causado una impresión desagradable, y había recordado las historias que su padre le contaba sobre hombres salvajes, que hablaban una lengua extraña, se vestían con malolientes pieles de animales y habitaban en las cuevas de la montaña. Primitivas fortalezas de piedra, mazmorras, murallas vigiladas por gárgolas... ¿ sería Achnacarry así? ¿ La mirarían fijamente sus habitantes, y se mofarían de ella a sus espaldas, igual que los callados y beligerantes jinetes que la acompañaban?

Estaba agotada, confusa y asustada. No se había bañado ni había podido comer ningún plato que le resultara familiar desde que habían cruzado la frontera de Escocia. El manchado y sucio vestido que llevaba era todo lo que poseía, ahora que Cameron había considerado oportuno abandonar todos los baúles de su equipaje. Ni siquiera tenía una capa o un chal para protegerse de la humedad del anochecer. Uno de los hombres del clan le había dejado de mala gana un basto paño de lana para envolver la cabeza y hombros como un desaseado campesino cualquiera. Le dolían los dedos de tanto sujetar las riendas de cuero duro sin sus acostumbrados guantes. Su pelo era una maraña amarilla, su nariz estaba completamente roja y goteaba, tenía los ojos hinchados por las lágrimas, la suciedad y el desánimo; le dolían incluso partes del cuerpo que estaban demasiado protegidas para poder haber recibido algún golpe.

Hacía mucho que el sol se había escondidó tras la cresta de las montañas de azul y negro. El camino que seguían bordeaba las orillas de un lago, resiguiendo las curvas de los márgenes como una serpiente ondulante, y tan cubierto de brumas en algunos tramos que parecía que fueran a adentrarse en un muro opaco. El olor del aire era húmedo y extrañamente dulzón, como si hubiera un bosque de árboles frutales escondido tras la espesa neblina; y, en efecto, después de uno de los giros del sendero, cuando subieron hasta sobrepasar la altura de la niebla, Catherine vio manzanos y dos largas hileras de olmos flanqueando la senda. Al final de aquel regio paseo estaba el castillo de Achnacarry.

Asentado en un istmo entre dos lagos profundos y oscuros, aparecía el pardusco edificio, alto, severo, su silueta recortada contra los últimos, débiles rayos del anochecer. Sus muros se erigían desde el mismo borde de un acantilado. La fachada, de fría piedra, era la perfecta imagen de una monstruosa y aterradora fortificación que había anidado en el más tranquilo de los parajes. El castillo en sí estaba formado por enormes torres de defensa, cuadradas, coronadas por herrumbrosos torreones. Las habitaciones se sucedían a lo largo de interminables pasillos, perfectamente diseñados y encajados uno sobre el otro, afianzados a los muros para formar los distintos pisos. Y, rodeando el conjunto, almenas de bordes dentados desde las que los centinelas podían vigilar hasta bastantes millas en cualquier dirección.

Catherine estaba totalmente impresionada. El castillo de Achnacarry podía fácilmente albergar cuatro Rosewood Halls en su interior, y disponía de espacio suficiente para dar cabida a una pequeña villa en caso de necesitar refugio.

Hasta el castillo se llegaba por un cuidado camino, hecho de tierra y piedra, llamado la «milla oscura» (como Catherine sabría más tarde) a causa de las espesas sombras que sobre él proyectaban las dos largas hileras de olmos. Los parapetos eran más impresionantes. cuanto más se iban acercando, y su altura podía sobrepasar los ochenta pies. La entrada estaba iluminada por el potente haz de luz de dos antorchas. Encajadas entre unas enormes torres cuadradas, las puertas de roble negro se abrían hasta una anchura por la que podía pasar un carruaje grande. Estaban protegidas, además, por un rastrillo -una sólida parrilla de barras de hierro que podía bajarse de golpe para cerrar la entrada en un instante. Entre el rastrillo y la puerta, los muros tenían varios resquicios de anchura suficiente para

esconder hombres armados que impedían el paso a las visitas no deseadas. Además, el suelo esta- ¡ ba entablado, y la llegada de hombres caballos resonaba con fuerza en todo el recinto.

Una vez dentro, había dos muros de estilo normando. Una larga hilera de ventanas iluminadas iba del uno al otro como un puente, una cúpula abovedada de piedra que creaba un pasaje cubierto. El «puente» albergaba una larga galería y conectaba las dos alas principales del castillo. Los establos ocupaban toda la extensión del patio exterior, junto a los fortines, los corrales, la fragua y el granero. También era aquí donde estaban ubicados los habitáculos de los criados, el puesto del centinela y uno de los dos grandes edificios que contenían una cocina y un lavadero. Había luz en casi todas las ventanas y, respondiendo al eco de los cascos de los caballos, el resplandor era interrumpido por curiosas cabezas que se asomaban, impacientes por descubrir la identidad de los visitantes.

El segundo patio era considerablemente menor, con un gran pozo de piedra en el centro. Allí estaba la entrada principal a la mayoría de casas, así como la capilla y otra cocina (ésta, con brasas). Catherine podía oír perfectamente las voces que susurraban, nerviosas, incluso antes de haber cruzado el pasaje cubierto, y no se sorprendió al descubrir varias docenas de hombres y mujeres que corrían al encuentro de los invitados nocturnos. Los hombres parecían ser muy corpulentos: altos, fornidos, envueltos en grandes paños de tartán teñidos de tonos rojos, verdes y azules. Algunos llevaban antorchas, y en un instante el ambiente se cargó de humo y se tiñó de amarillo de las vacilantes llamas.

Catherine había leído historias sobre cristianos que habían sido echados a los leones en tiempos del imperio romano. Empezaba a comprender cómo se podían haber sentido. Cameron la había tratado con una patente hostilidad durante todo el trayecto a través de las montañas, pero ahora, al desmontar y ser recibido por un mar de brazos que se agitaban, saludando, y un sinfín de cordiales apretones de manos, reía y sonreía sin parar. Abrazado indistintamente por hombres y mujeres, fue pasando de un alegre grupo a otro hasta que se detuvo frente a la entrada principal.

Allí, un hombre alto y de aspecto elegante esperaba pacientemente, iluminado por le luz que se derramaba por las puertas abiertas. Aunque sus rasgos eran menos angulosos que los de Alexander y el tono de su piel contrastaba con el tosco moreno de su hermano, sin duda tenían un aire de familia. Tampoco se podía dudar de su rango y posición social. Llevaba pantalones de lana a cuadros en rojo y negro, y una levita verde oscuro con los puños y el cuello hechos de encaje finamente bordado en hilo de oro. Sin que nadie lé presentara, Catherine dio por sentado que se trataba de Donald Cameron, el Cameron de Lochiel, y sintió un ligero escalofrío de alivio. No parecía un salvaje ni el tipo de hombre que la mantendría confinada en una caverna y pediría rescate por su rehén. Daba la sensación de ser una persona razonable, racional y totalmente civilizada, en medio de un mundo que, según ella había empezado a creer, estaba sumergido en la más profunda locura.

Poco a poco, el alborotado gentío fue sumiéndose en un respetuoso silencio y, uno a uno, todos se volvieron para asistir como testigos al reencuentro de los dos hermanos. Durante un largo momento, ambos permanecieron quietos, intercambiando sus leves sonrisas y el brillo de sus ojos como si se tratara de una sola imagen reflejada en un espejo.

-Bueno. Parece ser que has vuelto a casa, Alexander Cameron -dijo finalmente el laird-. Por todos los santos, ¡cómo hemos echado de menos tu hermoso rostro durante estos largos años!

-No tanto como yo he echado de menos los vuestros –repuso Alex quedamente.

Los dos hombres se acercaron Y se abrazaron, provocando otra explosión de muestras de alegría. Cuando la algarabía se calmó de nuevo, Donald Cameron alzó la voz y se dirigió a la gente en gaélico. Obviamente, era una invitación a acompañar con cerveza y vino la celebración por el retorno del hijo pródigo. Mientras, Alex había puesto su atención en la mujer delgada y de cabellos negros que permanecía en silencio junto a Lochiel.

-Maura. Sigues siendo la mujer más bella de toda Escocia.

Lady Cameron rió y lloró sin más, recibiendo el abrazo de Alex, que la levantó y la hizo girar en alegres círculos. Dos chicos de aspecto desgarbado fueron llamados por turno y presentados a su famosísimo tío, pero antes de que el protocolo siguiera, unos estridentes

gritos lograron silenciar a la muchedumbre una vez más. Una versión más baja y más gorda de Donald Cameron irrumpió en la escena y envolvió a Alex en un sofocante abrazo aderezado con intermitentes palmadas en los hombros.

-¡Alasdair! ¡Alasdair, dichosos los ojos! ¡Ponte a la luz, que podamos verte mejor! Por Cristo... ¡cómo se parece al viejo Ewen! Donald: si no es la reencarnación de Ewen Cameron, me abriré en canal ahora mismo, aquí, y me comeré mi propio hígado!

-No es necesario que te tomes la molestia, Archibald Cameron --cloqueó una voz tras ellos-: tu hígado se las apaña bastante bien sin tu ayuda para comerse a sí mismo.

El imponente doctor recibió un codazo de su esposa, una mujer bajita y enérgica que apenas alcanzaba la altura del pecho de Alex, pero que casi lo derribó de un fuerte abrazo.

Sé muy bienvenido a casa -le refunfuñó, mirándole con ojos destellantes, brillantes-. Aunque no lo mereces, si quieres mi opinión. Un hombre de mundo, todo un caballero, y todo lo que nos has enviado es un par de diminutas cartas al año. Desagradecido. Eso es lo que eres, un cochino desagradecido. Si de mí dependiera, te mandaría de vuelta a Francia sin pensarlo dos veces.

-Jeannie -rió Alex-. Me alegra ver que no has cambiado en absoluto. Sigues siendo la lengua más afilada de Lochaber.

-Suficientemente afilada para pararte los pies -le advirtió ella, levantando un dedo hasta la altura de su nariz. Como respuesta a la amenaza, él la abrazó y la hizo girar tan deprisa y con tanta fuerza que sus faldas de terciopelo volaron, dejando ver sus piernas enfundadas en calzones-. ¡Basta! ¡Basta he dicho, loco! Déjame en el suelo antes de que mi cena vuelva a estar fuera de mi estómago.

Alex la obedeció y se volvió de nuevo a Archibald.

-¿Sabes que hemos tenido problemas durante el viaje?

-Sí, Angus nos lo ha contado. Todo está listo. ¿Cómo está el muchacho?

-Ya estaba bastante mal antes de que tuviera que pasarse seis horas más dentro del coche, con todo ese traqueteo. Ha perdido mucha sangre...

-¿ Un coche? -interrumpió Archibald-, ¿Querías que todo el mundo se enterara de que volvías a casa?

-Según parece, todo el mundo se había ya enterado -dijo Alex con una mueca. Empezó a explicar concisamente la traición que se escondía tras Gordon Ross Campbell, pero se detuvo ante los nuevos murmullos y susurros que especulaban acerca de la figura que, envuelta en un paño de cuadros, permanecía sentada sobre el caballo, en el centro del patio.

Por su parte, Catherine se había alegrado de la poca atención que se le prestaba. Le horrorizaba la idea de desmontar, porque eso significaba claramente que estaba allí, En la fortaleza del hombre considerado el líder de la facción jacobita de Escocia. Por muy racional, razonable y civilizado que pareciera, el hermano de Alexander era el jefe de aproximadamente mil hombres sin duda alguna menos refinados, Algunos de ellos habían sido su escolta hasta allí, y estaban ahora desperdigados entre la multitud, contando su propia versión de los hechos. y algunos de los comentarios llegaron hasta Archibald Cameron, que alzó una mano y exclamó en un tono que hubiera dejado sin respiración al mismísimo diablo:

-¿ Esposa? Por todos los santos, ¿ has vuelto con una esposa?

Sin esperar respuesta, el doctor se abrió paso entre el gentío, con la cara iluminada y lanzando una calurosa bienvenida en gaélico. Catherine no entendió ni una sola palabra; sólo vio que aquellas manos pequeñas y rechonchetas iban en su busca para bajarla de la silla.

-¡No me toque! -gritó, echándose hacia atrás-, ¡No se atreva a tocarme!

Las pobladas cejas castañas del doctor se enarcaron al oír aquel acento puramente inglés y, bruscamente, el hombre se detuvo.

Alex enrojeció, enfadado y a la defensiva, mientras cada uno de aquellos rostros le dirigía miradas incrédulas. Las palabras de advertencia de Aluinn resonaron en su cabeza medio segundo antes de que Jeannie Cameron le espetara:

-¿ Inglesa? ¿ Has traído una esposa *Sassenach* a Achnacarry?

Alex (tanto si reaccionó instintivamente al desdén en el tono de su cuñada o a la idea de someter sus decisiones matrimoniales a una previa aprobación) avanzó lentamente por el pasillo que se había formado hasta Catherine, que temblaba de miedo. Sus ojos eran aún más negros y fríos que lo que ella recordaba haber visto jamás. Y la advertían con claridad: *No digas nada. No hagas nada.* De *momento, sigue la corriente.*

Sin mediar palabra, la agarró por la cintura y la hizo descender del caballo y la escoltó de vuelta, cruzando el tenso silencio, con una levísima sonrisa forzada.

-Catherine, te presento a mi hermano Donald, el Cameron de Lochiel. Donald, mi... esposa, Catherine.

Catherine sabía perfectamente que era el centro de todas las miradas, y que aquella multitud estaba aguantando la respiración a la espera de ver cuál sería la reacción del jefe del clan Cameron al hecho de tener una *Sassenach* en la familia.

Los penetrantes ojos azules del laird la escrutaron intensamente, como si adivinaran su miedo y nerviosismo. Prescindiendo de su auténtica opinión al respecto, tomó una de las manos de Catherine y la besó, sonriendo educadamente.

-Un sorprendente privilegio y todo un honor, desde luego, Catherine -dijo amablemente-. No tienes ni idea de cuánto tiempo hemos esperado ver a nuestro hermano pequeño felizmente casado. Pero, claro está, ¿ cómo podría haberse resistido ante una mujer tan adorable?

Catherine se sintió incómoda. Sabía que su aspecto no era precisamente «adorable» en aquel momento; si él estaba burlándose de ella, era todavía más cruel y despiadado que su hermano.

Lady Maura Cameron no esperó a ser presentada formalmente. Avanzó hasta Catherine y la tomó de las manos.

-Debes perdonar nuestros modales, querida -se disculpó-. Hemos esperado con tanta ansiedad la llegada de Alex que... Bueno... Naturalmente, deberíamos haber sospechado que no sería capaz de resistirse a aparecer con una sorpresa. Pero estamos muy contentos de que te haya traído. Bienvenida a Achnacarry.

Archibald llegó de nuevo hasta el grupo y fue presentado, junto con su mujer, Jeannie, que murmuró un par de palabras corteses bajo la mirada de Lochiel. Hijos, hijas, tías y tíos empezaron a agolparse, llevados por la curiosidad, pero lady Maura deslizó un brazo alrededor de la cintura de Catherine y, rápidamente, empezó a llevarla al cálido interior del castillo.

-Ya es suficiente por ahora -sentenció, con un también esmerado acento que indicaba su educación inglesa-. ¿No veis que la pobrecilla debe tener hambre y frío? Jeannie, ve a la cocina y mira si ha quedado algo de la cena. Archibald, ¿ no será mejor que acabes de preparar las medicinas y las vendas antes de empezar con celebraciones? ... .luinn MacKail no le gustaría que le cuidara alguien con síntomas de haber bebido. Donald...

Sí, cariño. Sí, tienes razón. Tiempo habrá mañana para felicitaones y todo eso. -Cogió a Alex por el brazo y le condujo hacia la puerta.- Hemos arreglado tu habitación de siempre, en la torre oeste, y la hemos dejado digna de un rey... aunque... quizás prefieras algo más cómodo, ahora.

-La torre oeste está bien -repuso Alex secamente.

-Haré que suban abundante agua caliente -intervino Maura, ando un leve abrazo de ánimo a Catherine-. Un buen baño y un cambio de ropa obran milagros.

-No... no t-tengo ningún otro vestido -tartamudeó Catherine, tirando a Alex de reojo, mientras Maura se la llevaba-. Nos vimos obligados a abandonar todo mi equipaje.

Lady Cameron sonrió.

-En una casa tan grande como esta, no será ningún problema encontrar algo que puedas ponerte hasta que nuestros sastres puedan reponer todas tus pérdidas. Tenemos un almacén lleno de sedas y brocados, y los últimos patrones llegados directamente de Francia.

-Yo.. no quisiera causar tantas molestias...

-Tonterías. Ahora eres una más de la familia. Lo que es nuestro, tuyo.

Catherine olvidó cualquier otra protesta cuando sus ojos se acomodaron a la luz, más brillante, del vestíbulo, y se dejó conducir a través de la gran sala lujosamente decorada, con las paredes cubiertas de tapices y cuadros en los que se plasmaban varios siglos de orgullo de Cameron. El techo abovedado medía hasta tres pisos de altura y estaba cubierto de paneles de madera trabajada en los que se representaban escenas de la historia de la familia. Al final del largo pasillo, una inmensa vidriera, que se levantaba hasta el techo, ofrecía la impresionante vista del lago y las montañas.

Catherine sólo era capaz de continuar avanzando, un pie delante el otro, mientras seguía a lady Maura como embrujada, volviendo la cabeza, ahora a la izquierda para quedar boquiabierta ante la vasta colección de sables, espadas y armaduras medievales, ahora a la derecha para admirar los artefactos y tesoros que llenaban cada uno de los espacios horadados en los muros que se erigían hasta veintiocho pies. El suelo estaba cubierto con láminas de madera de roble, alisadas y pulidas hasta tal punto que en él se reflejaba cada uno de los objetos y los estandartes de vivos colores de la familia. El enorme salón recibía un nombre adecuado, porque ella no había visto jamás nada parecido.

Después de subir las escaleras, cruzaron con un segundo vestíbulo, no tan impresionante como el primero, pero también ricamente decorado con labrados y tapices de menor tamaño. Catherine recorrió varios pasillos más pequeños y pudo entrever la biblioteca, la sala de visitas y algunas estancias dedicadas al ocio. Todas ellas eran proporcionalmente amplias y bien decoradas. Catherine volvió a sentirse impresionada por el increíble tamaño y contenido de Achnacarry.

Al doblar la larga galería que unía los dos patios exteriores, no tuvo más remedio que pararse de golpe. Entre las muchas ventanas emplomadas colgaban retratos a tamaño natural de los distintos Cameron, hombres y mujeres, y, bajo cada uno de ellos, grupos de miniaturas representando la familia inmediata del personaje en cuestión. Era una sorprendente y muy documentada crónica del clan Cameron, y atrajo la atención de Catherine a pesar de su fatiga.

Maura levantó la vela que llevaba e iluminó los retratos que parecían haber atrapado a Catherine.

-El más grande es de John Cameron, el padre de Donald y Alex. Hoy en día vive en Italia, con la corte del rey Jacobo.

Catherine reconoció los rasgos familiares en la marcada mandíbula y el brillo metálico de los pensativos ojos. Recordó vagamente que Alex había mencionado que su padre, un jacobita convencido que había sido proscrito después de la rebelión de 1715, había elegido compartir el exilio con el monarca Estuardo antes que prestar juramento de fidelidad al nuevo rey Hanover.

-Donald está en constante contacto con nosotros, naturalmente, y el clan distingue perfectamente entre en Viejo Lochiel y el Joven Lochiel, pero... es un escocés terco y orgulloso, nuestro suegro. Jura que no volverá a su hogar hasta que un rey escocés ocupe el trono de nuevo. No acepta el dinero que Donald le envía a Italia y vive como un cortesano y no como el jefe del clan Cameron. Te gustaría, creo. Sus hijos han heredado muchas de sus virtudes.

Catherine estudió los nobles rasgos de cerca y no le quedó duda alguna: desprendían tanta fuerza y decisión como los de sus hijos. Los ojos azules y el pelo castaño habían pasado a Donald y Archibald, mientras que los anchos hombros y la aplastante presencia habían sido heredados por Alexander. Bajo el cuadro, la miniatura de un cuarto hijo, que compartía el mismo aire de familia, pero cuyos rasgos eran más delgados y afilados, casi desagradables.

-John Cameron de Fassefern -explicó Maura-. Debería llegar mañana; ya le conocerás. Es... un poco menos educado.

-Es una auténtica desgracia, quieres decir -declaró Jeannie, acercándose a ellas. La acompañaba una mujer pequeña, de pelo blanco, que fue presentada simplemente como la tía Rose.

-Los Cameron pertenecen a un clan muy antiguo -continuó Maura, ignorando la interrupción-. El primer Cameron de Loch Eil fue asesinado por Macbeth en el año 1020, pero luchó con tanta bravura para defender sus tierras que el rey le rindió honores y le

nombró «el más valiente entre los valientes», un lema que el clan adoptó y que ha seguido desde entonces.

Catherine desvió la mirada hacia otro lienzo, y sintió la sangre golpear con extraña fuerza en sus venas. La intensidad de aquellos ojos negro y azul hizo que un escalofrío recorriera su espalda y que tuviera la sensación de que el hombre del retrato estaba vivo y dispuesto a saltar desde el cuadro de un momento a otro.

-Sir Ewen Cameron -explicó Maura-. El abuelo de tu marido.

-¿El abuelo? Yo creía...

Maura alzó aún más la vela.

-El parecido es increíble, ¿verdad? Incluso siendo un jovencito, tomaban a Alexander por su hijo, y no por su nieto, confusión que el viejo pícaro nunca aclaraba en presencia de bellas mujeres. Sólo dos de las muchas generaciones de Cameron tienen el pelo y los ojos negros. Los han heredado de los dioses de lo oscuro, o al menos eso dice la leyenda.

El vello de la nuca de Catherine se erizó:

-¿ Los dioses de lo oscuro?

-Los druidas -dijo Maura sonriendo-. Cuando naces, ellos te bendicen o echan una maldición sobre ti; te protegen en todo momento o se ríen cruelmente cada vez que das el paso equivocado. Desde luego, a Ewen lo protegían. Era arrogante e impetuoso, valiente hasta la temeridad. Fue el único laird de las Highlands que se atrevió a no someterse al gobierno de Cromwell después de ser destronado el rey Carlos en 1649. Se negó a jurar obediencia a un «prelado de cuello blanco y ladrón de ganados», e incluso presentó una demanda al Parlamento acusando a lo que se llamaba el Nuevo Ejército de destruir algunos de sus campos y de llevarse valiosos productos de primera necesidad sin pagar.

-¿ y qué hizo Cromwell? -preguntó Catherine, que había oído historias acerca del reformista inglés y su severo trato a los rebeldes.

-Pagó. y también dio estrictas órdenes a sus generales para que se mantuvieran alejados de las tierras de los Cameron.

Catherine miró de nuevo, con atención, al moreno y apuesto hombre del cuadro mientras Maura añadía suavemente:

-Eran inseparables, Ewen y Alex. Me sorprende que no te haya hablado del viejo guerrero.

-Para ser sincera... -Catherine tomó aire y se volvió hacia Maura. Sentía la necesidad de acabar con aquella farsa hirviéndole en la garganta-. Para ser totalmente sincera... -los ojos de suave tono marrón la miraban atentamente, esperando. y la resolución de Catherine desapareció-: Hace poco que nos conocemos; no me ha hablado mucho acerca de nada. De hecho, yo no tenía ni idea de qué me esperaba cuando llegáramos y, bueno, francamente... había imaginado más bien encontrar... bueno...

-¿Montañeses desnudos y de largas barbas? -Maura se reía más de ella misma que de Catherine, recordando su propio pasado-. Estuve ocho años en Londres, en un colegio. Sé perfectamente qué imagen tiene la mayoría de ingleses de Escocia y su gente, y en algunos casos es justificada. Somos una raza orgullosa y susceptible, especialmente aquí, en las tierras altas, donde es más fácil desenvainar la espada que simplemente ignorar un insulto. Hay rencores y enemistades que se remontan a varios siglos atrás, a veces durante tantas generaciones que nadie recuerda siquiera el origen de la disputa.

-¿Cómo los Campbell y los Cameron?

Maura retrocedió un paso y por un momento pareció que la vela iba a caérsele de la mano. De hecho, vaciló un poco y un par de gotas de cera caliente se derramaron sobre sus dedos, pero ella no pareció notarlo.

-Lo siento. ¿He dicho algo malo? Sólo lo he preguntado porque los que nos han atacado hoy eran los hombres de Campbell, y es también un Campbell el que quiere a toda costa que cuelguen a Alexander por asesinato.

Esta vez, Maura palideció. Por encima del hombro de Catherine, miró a las otras dos mujeres y, con un firme movimiento de su cabeza, las conminó a no decir ni una sola palabra sobre el tema.

-Lady Cameron, yo...

-No, no. No has dicho nada malo, querida. Sólo que me has cogido desprevenida. Pero, desde luego, si Alexander no te ha contado nada sobre la familia, no podías saber de ningún modo que... que yo soy una Campbell. y que el duque de Argyle es mi tío.

La imagen del grosero y sucio sargento cruzó la mente de Catherine, quien encontró muy difícil, si no imposible, creer que existían lazos sanguíneos entre él y la delicada y agradable dama que tenía ante ella y aún más desconcertante, pues, era el hecho de que fuera un pariente de Maura el que había fijado la recompensa por la captura de Alexander, y el responsable del acto de traición de Gordon Ross Campbell.

Desde luego, allí sucedía algo que no podía entender, había muchas tramas que ni siquiera quería entender. La invadió una gran sensación de soledad y sintió todo el cansancio, todo el agotamiento por las tensiones vividas. Se puso una mano temblorosa en la sien.

-¿No es desconcertante? -murmuró tía Rose con el más cerrado acento-. Si alguien me hubiera dicho, hace quince años, que Alasdair volvería a casarse, le hubiera llamado mentiroso y le hubiera mandado al diablo. Todavía no puedo creerlo. Juró por lo más sagrado que jamás amaría a nadie que no fuera Annie MacSorley, que no tomaría ninguna otra esposa, y no puedo creer que haya roto su promesa.

Maura indicó a la anciana que se callara. Lo hizo en gaélico, y con autoridad, sacrificando los buenos modales para intentar impedir... Pero el daño ya estaba hecho. La tía Rose había dicho «otra» esposa, y eso quería decir... ¿ qué Alexander Cameron ya había estado casado antes?

Catherine miró fijamente a Maura, y luego a la anciana tía Rose había enrojecido y seguía murmurando para sus adentros, y Catherine pensó si parte de aversión que había notado a su llegada, en el patio, se debía no a que Alexander volvía a casa con una esposa inglesa, sino a que volvía con una esposa.

Capitulo 13

Catherine durmió dieciocho horas seguidas. Se despertó a las cuatro de la tarde del día siguiente, sin el menor deseo de levantarse de aquel cómodo colchón de plumas. La cama era muy grande, y Catherine observó toda la habitación con ojos soñolientos, creyendo al primer momento que todavía estaba dormida, soñando que era a princesa de un cuento medieval. Las paredes de la estancia daban ciertamente la impresión de pertenecer a la torre de un antiguo castillo. Estaban hechas de piedra, sin recubrir, sin siquiera una simple capa de pintura o yeso para rellenar los espacios entre ellas. No había cortinas, tapices ni alfombras de ningún tipo sobre el suelo de madera para combatir tan austero aspecto. La torre era parte de los parapetos originales de la construcción, y databa de Dios sabe cuántos siglos atrás. La única fuente de luz y ventilación en los muros, de diez pies de grosor, era una alta y estrecha ventana voladiza, en cuyo hueco cabía perfecta- mente una persona. El marco interior estaba decorado con grabados en la propia piedra. No tenía cristal, pero sí unas pesadas contraventanas de madera que cerraban desde el interior y un grueso tapiz de lana que podía echarse como una cortina para resguardar la habitación del viento y el frío del invierno.

Aparte de la anticuada cama (un mamotreto enorme, al menos el doble de ancha que la que tenía en Rosewood Hall) el resto del mobiliario de tan espartana estancia se componía de un armario grande, un par de tocadores con forma de caja y dos sillas de respaldo alto y con brazos. No había hogar, y ningún otro tipo de fuente de calor más que el brasero portátil que Maura había hecho llevar allí durante la noche.

La habitación contigua, sin embargo, era lo que llamaban el salón , del fuego, nombre muy apropiado ya que en ella había una gran chimenea que ocupaba toda una pared desde el suelo hasta el techo y que caldeaba los tres dormitorios de la torre. Una bañera de bronce y ébano era lo único que contenía dicho salón, y era allí donde Catherine había podido aliviar todo el dolor, el agotamiento y el horror por los sucesos del día. Permaneció en el agua hasta que el calor y el vapor la aturdieron, y entonces devoró una abundante cena caliente, pan recién horneado, carne asada y queso. Saciado su apetito, sintiéndose limpia y abrigada, cayó literalmente sobre el lecho y se quedó dormida antes incluso de que Maura y Rose la arroparan con el edredón.

Ahora, ya despierta, movía los dedos de los pies, desperezándose, lanzando leves gruñidos de satisfacción por el lujo de estar en una cama cómoda y seca, de suaves y blanquísimas sábanas. Era la primera vez que se sentía a salvo desde que había salido de Derbyshire, y el solo pensamiento de decidirse a ponerse de pie sobre el suelo de madera sin alfombras hizo que se arrebujara aún más en su nido de mantas.

-Estas eran las habitaciones de sir Ewen -le había explicado Maura-. Prefería el estilo «ancestral», como le gustaba llamarlo, en reconocimiento de sus raíces, sin entregarse al lujo y la corrupción de las modas modernas. Proclamaba que un hombre conservaba intacta su honestidad si tenía que vaciar cada mañana su propia bacinilla. Cuando murió, Alexander trasladó sus cosas aquí y se instaló en las habitaciones de esta torre. Decía que podía mirar a través de la ventana en el atardecer y ver al viejo *gaisgach liath,* el guerrero gris, cabalgando entre brumas sobre el lago.

Catherine frunció la nariz con desdén. No la habían impresionado ni la historia ni la panorámica vista. No se sentía demasiado atraída por la altitud, y la torre parecía colgar del mismo borde del risco. En cuanto a los picos dentados y cubiertos de niebla que se divisaban a lo lejos... ya había visto suficientes montañas, paisajes y retablos maravillosos para toda la vida, muchas gracias.

Lo que de verdad quería, y lo que probablemente no conseguiría en la medida de lo deseado durante algunos días, era disfrutar de otro baño. No tenía ni idea de cuánto tiempo iba a permanecer retenida en el castillo, o de si el viaje de vuelta a Derby sería tan penoso y precario como el anterior, pero su intención era aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara para sentirse a gusto. Todavía sentía un desagradable hormigueo en la superficie de su piel que había sido sal picada por la sangre de aquellos atacantes. Y, aún peor, sospechaba que en su melena se habían instalado antipáticos visitantes.

Una repentina ráfaga de intenso picor hizo que saltara de la cama. Llevaba un holgado camisón de batista, cerrado con un lazo en el cuello y varias cintas de raso en los puños. A los pies de la cama, le habían dejado una gruesa túnica de lana, y se la estaba ajustando a la cintura cuando la puerta de la habitación se abrió con un chirrido.

En el dintel, una mujer joven a la que Catherine no había visto antes (sin duda la habría recordado, de haber sido presentadas). Alta y delgada, con el aspecto de alguien que está acostumbrado al sol, al viento y al aire fresco del campo. Poseía una larga melena ondulada, de intenso color rojo y reflejos dorados. Sus ojos eran grandes, almendrados y de un tono indefinible, con destellos verdes y miel. Allí estaba, con una mano apoyada en la cadera, una pose que parecía perfectamente estudiada para realzar sus voluminosos pechos.

-Así que es cierto -dijo la recién llegada con marcado acento escocés-. Alasdair se ha traído una nueva esposa.

Catherine no pudo pensar una respuesta inmediata, y la joven entró lentamente en la estancia (sus caderas se balanceaban suavemente bajo la falda de tela rústica). Sonrió, y sus ojos de tigre brillaron mientras estudiaba los pliegues sin forma de la túnica de Catherine.

-No hay mucho que ver, ¿verdad? Eres más bien poquita cosa. Debe ser el clima inglés nada crece mucho. Me llamo Lauren, ahórrate la pregunta. Lauren Cameron, prima de tu marido, Alasdair. Yeso nos convierte en primas, también... por matrimonio.

-Me... complace mucho conocerte -murmuró Catherine, dudando.

-Mm. -La muchacha se acercó a los pies de la cama y pareció encontrar divertido que sólo estuviera desecha en uno de los lados-. ¿Has pasado tu primera noche en Achnacarry... sola?

Catherine pestañeó.

-Me imagino que mi... que Alexander tenía un montón de cosas que hablar con sus hermanos.

Lauren asintió con la cabeza. -Sí, desde luego. Debía tenerlas. Me parece que estuvo con Lochiel hasta bien pasada la medianoche, y luego, cuando llegó el coche, estuvo con Archie y ayudó a coser las heridas del pecho de Aluinn MacKail. De todos modos, ¿ no crees que podría haber encontrado tiempo para hacerte una pequeña «visita»? El fantasma del Cameron Negro podría haberte raptado durante la noche.

-El señor MacKail... ¿está vivo aún, entonces?

-Claro que está vivo. Es un Cameron, ¿ no? No a todas luces, ni con todas las de la ley, por decirlo de alguna manera, pero un Cameron al fin *y* al cabo. y de ningún modo dejará que un Campbell tenga la satisfacción de matarlo tan fácilmente. -Balanceó sus caderas otra vez, e hizo resbalar sus dedos por uno de los cincelados postes de la cama-. Él y yo podríamos habernos casado, si no se hubiera ido de Escocia. O quizás Alasdair y yo. Los Cameron suelen casarse con los de su propia casta, esa es la costumbre.

Finalmente, Catherine sabía que terreno pisaba: reconoció los celos en aquellos ojos. y aunque eso no debería haberla preocupado en lo más mínimo, porque ella no pretendía el afecto de Cameron (no lo quería, para ser más exactos), fue simplemente sorprendente para ella sentir una punzada de antipatía.

-Anoche, no se hablaba más que de Alasdair *y* tú -continuó Lauren-. Absolutamente nadie creía que el *Camshroinaich Dubh* pudiera casarse otra vez. -Sus ojazos se entrecerraron, taimados-. Ya sabías que estuvo casado antes, ¿verdad?

Si no lo hubiera sabido, seguro que tú me lo hubieras aclarado todo.

-Sí, lo sabía. Con... Annie MacSorley -añadió, aprovechando el desliz que la tía Rose había cometido la noche anterior.

-Sí, la pequeña Annie. La muchacha más dulce *y* bonita de todo Lochaber. Bueno, sólo estaban prometidos, pero vivían como marido y mujer... ya sabes. -¿ Prometidos?

-Sí. De hecho, se juraron amor eterno con tan sólo las estrellas del firmamento *y* la tierra bajo sus pies como testigos. Se habrían casado ante el altar, desde luego, pero... bueno... fue entonces cuando Annie murió, ¿verdad?

Catherine cogió un cepillo *y* empezó a peinar su melena, luchando por que su voz sonara tranquila *y* sus preguntas parecieran casuales.

-¿MacSorley? ¿No es así como se llama el hombre alto *y* rubio que nos escoltó ayer?

-Sí. Struan MacSorley. Hermano de Annie. -Las rojas pestañas revolotearon un poco, *y* miró a Catherine de reojo--. Es un hombre que nunca dejaría abandonada la cama de su esposa. Grande como un toro *y,* según Mary MacFarlane, capaz de satisfacer a una mujer durante toda la noche.

El cepillo se quedó quieto de repente.

-Dudo que se casara con una *Sassenach,* de todos modos. Dudo que nadie, excepto Alasdair, se atreviera a hacer algo semejante. Pero él siempre ha hecho lo contrario de lo que se espera. Es la herencia del Cameron Negro, estoy segura. Corre el rumor de que una de las esposas de sir Ewen llevaba maldita sangre inglesa en las venas.

Por las de Catherine, y desde una docena de generaciones atrás, corría esa misma maldita sangre; su sonrisa se heló en una mueca de indiferencia.

-Bueno, he disfrutado mucho de tu compañía, y de tus singulares anécdotas, querida señorita Cameron, pero no quisiera apartarte por más tiempo de tus quehaceres. Y, puesto que pareces centrar toda tu atención en mi cama, ¿puedo deducir que has venido a cambiar las sábanas?

Los ojos de Lauren lanzaron finos destellos verdes.

-De hecho, creía que ya las había cambiado tu doncella... Oh, claro, ¿ cómo he podido olvidarlo? Tiene otra cama, otra persona a la que atender a todas horas, ¿ no?

-¿Otra persona?

Sí. Ha estado cuidando con total esmero a Aluinn MacKail durante toda la mañana, curándole aquí, curándole allá, refrescándole la frente... y Dios sabe qué más.

-Bien, la necesito aquí. ¿ Dónde está la habitación del señor MacKail?

-En el ala norte. No serás capaz de encontrarla, pero, casualmente, yo voy hacia allí, y estaré encantada de decirle de tu parte que necesitas que te laven las manos y te peinen, si quieres.

-Eres demasiado amable -dijo Catherine, muy seria.

Lauren se paró un momento antes de irse, y echó otra mirada a la cama medio revuelta desde el dintel.

-Quizás envíe a alguien para que cambie las sábanas... cuando se hayan usado un poco.

Lauren cerró la puerta tras ella con satisfacción. Aquella bruja descarada, tomándola por una lavandera o una criada que iba a hacerle la cama. Desde luego, más bien se colaría dentro, si la *Sassenach* no iba con cuidado.

Como mínimo, había satisfecho su curiosidad por qué aspecto debía tener aquella inglesa. Lauren no consideraba que el hecho de ser pálida y rubia fuera un rasgo de belleza, y no le había parecido que la figura de Catherine fuera nada especial, bajo la túnica de lana. A los hombres les gustaba que sus mujeres tuvieran los pechos grandes y fueran salvajes como el brezo que crecía en los pantanos, no delgaduchas , sosas y sonrojándose cada dos por tres. ¿ Qué demonios había visto Alasdair en ella? ¿Podía ser que se hubiese vuelto remilgado al estar tanto tiempo en el continente?

Frunció el ceño con preocupación mientras bajaba por el espiral e la escalera de piedra. Desde luego, no le había parecido remilgado. El aspecto era fuerte, parecía estar en forma, sus músculos eran perfectos. La conversación que había mantenido con Lochiel la noche anterior sólo había hablado sobre la guerra; no mencionó ni una sola vez últimas modas o las más actuales tendencias de París. Donald Cameron estaba ansioso por saber sobre el clima político en Inglaterra y Europa, y había respondido, a su vez, las preguntas de Alasdair sobre el príncipe Carlos, confirmando la noble llegada a la costa oeste de Escocia el 25 de julio, a la pequeña caleta de Loch'nan Uamn.

Hasta Achnacarry había llegado el rumor de que un Cameron iba bordo, al timón de la nave, a través de las Hébridas, y Lochiel había pensado en un primer momento que se trataba de Alasdair. Pero había resultado ser un primo lejano, Duncan Cameron, y los ojos de Lochiel habían vuelto a fijarse en las carreteras y las montañas. De hecho, había expuesto su preocupación por la esperada llegada de Alasdair como excusa para rechazar amablemente un encuentro con el príncipe. A primera hora de la tarde le había llegado una segunda petición de cita, de nuevo Lochiel había declinado la oferta, consciente de que si se dejaba ver en Arisaig podía parecer que apoyaba la idea de una rebelión.

Lauren, que ya estaba al corriente sobre el dilema moral de Lochiel y que detestaba la política en general, había asistido a la conversación sin prestar realmente atención a las palabras. La voz de Alasdair, grave y melodiosa, le había recorrido la espalda como un dulce bálsamo y había acabado sumergiéndose en sus caderas de tal modo que el menor movimiento le causaba suaves punzas de placer por todo cuerpo.

Alasdair había evitado hablar sobre su esposa, casi como si no existiera, pero cuando la conversación se centró en los sucesos del día les relató el encuentro con la Guardia Negra y el plan (fracasado en último momento) de Gordon Ross Campbell de llevarlos directamente a una emboscada, había atribuido a la *Sassenach* haber salvado situación.

Sin embargo, después de haberla visto en persona, Lauren sabía a ciencia cierta que él había mentido. Aquella muchachita mimada y de aspecto débil a duras penas podía haber sido

capaz de levantar un mosquete, y mucho menos enarbolarlo y partirle la cabeza a un hombre con él. Sin duda, Alasdair estaba intentando proteger su propio honor y por eso le confería a Catherine una parte. A saber por qué se había casado con ella. Los hombres escogían a sus esposas por infinidad de razones diversas: dinero, prestigio, poder. Puesto que Alasdair se había hecho pasar por un par inglés durante tantos años, la única explicación era la necesidad de camuflaje perfecto, que incluyera hasta el detalle de una esposa de piel pálida. ¡Pero por el amor de Dios! Seguía siendo un Cameron, y seguro que su sangre era caliente. Aquella estúpida de ojos púrpura no era adecuada para él; seguro que chillaba, apretaba las rodillas y temblaba de miedo cada vez que su marido entraba en el dormitorio.

Alasdair era exactamente el tipo de hombre con el que Lauren soñaba desde que le habían crecido los pechos y era objeto de miradas de admiración. La existencia de una esposa era molesta, pero no un obstáculo que ella no pudiera superar, y el solo hecho de imaginar a Alasdair Cameron en el umbral de su propia habitación hizo que sin- tiera un húmedo y tibio escalofrío entre los muslos.

La imagen era tan real y la sensación que producía tan enloquecedora que al doblar el pasillo chocó de frente con uno de los hombres del clan.

-¿ Qué pasa, señorita, a qué viene tanta prisa? ¿ Acaso se te ha metido una abeja por el vestido?

Lauren sonrió y se atusó la falda mientras miraba los rudos rasgos del apuesto capitán de la guardia de Lochiel.

-¡Vaya, Struan MacSorley! Precisamente ahora mismo estaba totalmente entregada a pensar en ti.

-Nada me complacería más que tu total entrega -respondió él, sonriendo maliciosamente, contemplando con toda atención el generoso escote de ella-. Sólo tienes que decirme cuándo y dónde.

-Esa no es una pregunta difícil-coqueteó ella, acercándose más, hasta pegarse a su amplio torso.

Presionó sin tapujos uno de sus muslos con la mano, y notó la reacción inmediata cosquilleándole el vientre--. Pero no me gustaría romperle el corazón a Mary MacFarlane. Es su cama la que calientas cada noche, ¿ no? .

-No tengo ningún compromiso con ella -repuso él-. Y ella tampoco lo tiene conmigo.

-¿ Qué me dices de lo que pusiste y está creciendo en su vientre? -Eso ya estaba allí mucho antes de que yo le ofreciera mis favores. -Sus enormes manos rodearon la cintura de Lauren y la acercaron más aún-. Pero si envidias su estado, me alegrará complacerte.

-¿Envidiar un bebé bastardo? -Se zafó con indiferencia-. Muchas gracias, pero no. Tengo mejores planes para mí.

MacSorley dio una última mirada al escote antes de soltar el abrazo.

-Si te cansas de la fiesta esta noche -dijo con voz ronca- ¿ sabes qué habitación es la mía? -Desde luego. Sólo hay que seguir el pasillo más deslucido por el uso para llegar a ella.

-Así es más fácil de encontrar incluso a oscuras -sonrió él-. Pero no llames a la puerta si el cerrojo está echado. A menos que te gusten los juegos a tres, claro.

-Nunca comparto nada -ronroneó ella, pasando una mano juguetona por los pantalones abultados-. y no conozco a ningún hombre que quiera compartirme una vez ha estado conmigo.

Con un destello de sus ojos ámbar, se apartó de él y continuó su camino. Sentía que los ojos de MacSorley la seguían mientras se alejaba, y sonrió ampliamente pensando en el estado en que había dejado al capitán. Era apuesto, viril y la deseaba, pero no dejaba de ser un simple guardaespaldas; una relación con Struan MacSorley no la llevaria a ninguna parte.

Odiaba aquel lugar. Odiaba Achnacarry, con sus muros de piedra, tan opresivos, y su soledad entre montañas. Había otro mundo allá fuera, esperándola. Un mundo infinitamente más adecuado a su talento y deseos. Anhelaba una vida llena de lujos, de finos y elegantes vestidos y de apuestos amantes deseosos de compartir con ella sus posesiones y su pasión.
Huérfana desde los doce años, Lauren había sido enviada a Achnacarry (desterrada, tal como ella lo sentía) bajo la tutela de su tía abuela, Rose Cameron. Lauren había nacido y se había

criado en Edimburgo, y su repentina reclusión había significado para ella una sacudida tan fuerte como la que su aparición causó en el tranquila y ordenado hogar de los Cameron. Esperaban la llegada de una jovencita tímida y refinada, recién salida de los biberones y baberos, y les había sorprendido dar la bienvenida, en cambio, a una floreciente belleza con sus propios gustos y convicciones. Además, venía de otra rama de los Carmeron, y nadie sabía que habían colgado a su padre por ladrón *y* que su madre era la dueña de uno de los prostíbulos más famosos de la ciudad. «La familia es la familia», esa era la ley que respetaban, a pesar del carácter difícil de la muchacha, su comportamiento descarado *y* los enfrentamientos *y* disputas por celos que provocaba casi cada semana.

Una delgada *y* maliciosa sonrisa se dibujó de comisura a comisura de su boca mientras pensaba lo estúpidos que eran los hombres. En lo débiles que eran en realidad, a pesar de toda su fuerza física *y* todas sus fanfarronadas. Bastaba un poco de rosada carne húmeda para derrotarlos, para convertir al más temible guerrero en un ridículo montón de músculos temblorosos. Al principio, tal poder la había intrigado *y* estimulado. Cuanto más temeraria era la conquista, más altas eran sus aspiraciones *y* mayor el placer que le causaba. Había descubierto con igual rapidez los beneficios materiales que podía conseguir de sus lujuriosos juegos en el pajar, *y* a más de una esposa ignorante de la situación le habían desaparecido monedas, joyas *y* valiosas herencias familiares.

Su tesoro ya era bastante grande, *y* todavía habría crecido mucho más de no haber sido por un joven miembro del clan llamado MacGregor que, totalmente loco por ella, la había ayudado a concebir un plan para huir dos años antes. Cuando los descubrieron, él no sólo iba medio desnudo, *y* en clara *y* ardiente actitud de demandar su recompensa, sino que en su bolsa aparecieron los anillos, brazaletes *y* monedas de oro *y* plata que ella había robado del arcón de la familia de Lochiel. A Lauren no le había quedado otra salida que la de golpear al muchacho en la cabeza con una piedra *y* pedir auxilio a gritos. Su actuación fue muy convincente, *y* su puntería, impecable, porque el joven no volvió a recuperar todas sus facultades *y* los ánimos estaban exaltados hasta tal punto que nadie se molestó en retrasar su ejecución para darle la oportunidad de exponer su defensa.

Desgraciadamente, el botín que fue devuelto a Lochiel contenía también el tesoro que a ella tanto le había costado reunir, *y* que quedó inmediatamente guardado bajo llave. Hubo quien sospechó que Lauren no era del todo inocente del robo *y* el supuesto secuestro, alguien que incluso aconsejó a Lochiel que la casara inmediatamente, pasando la responsabilidad de su futuro comportamiento al marido *y* sellando así su destino para siempre.

Por ese motivo se convirtió ella en un modelo de buen comportamiento, reprimiendo en más de una ocasión la apremiante tentación de visitar el dormitorio de Struan MacSorley. Las hazañas del rubio
gigante eran casi legendarias, y ella había pasado más de una noche en blanco intentando imaginar cómo sería sentir toda su fuerza dentro de ella, sobre ella, debajo de ella. Pero no era el tipo de hombre con el que mantener una relación en secreto, y tampoco el tipo de hombre que se metería alegremente en la cama de la sobrina de su laird sin sentirse obligado a convertirla en una mujer decente. A Lochiel le haría feliz ver a su viejo amigo casado otra vez; ya hacía tres años que Struan no tenía esposa.

El dilema se esfumó cuando empezaron a correr *los* primeros rumores sobre la llegada de Alexander Cameron.

Naturalmente, ella había oído las historias que versaban sobre el renegado de ojos y pelo negro conocido como el *Camshroinaich Dubh.* Había pasado horas enteras ante el retrato de sir Ewen Cameron y sabía sin duda alguna que el nieto era exactamente el tipo de hombre que se adecuaba a *sus* necesidades. Era un soldado de éxito, un hombre que había estado durante la mitad de su vida en ciudades como París, Roma, Madrid... ¡Incluso había estado en las colonias, por Dios! No se conformaría con pasearse entre *los* decadentes muros de un castillo medieval. Aburrido de tanta paz y tranquilidad, pronto sentiría la llamada de la aventura más allá de las fronteras de Escocia y cuando abandonara la triste fortaleza de piedras grises, seguro que no dudaría en llevarse consigo a alguien que tuviera su misma hambre de nuevas experiencias.

En *los* días y horas que precedieron su llegada, cuando la tensión era palpable, Lauren había recorrido las almenas tan a menudo como *los* guardianes, buscando alguna señal de vida en las carreteras. Varios grupos habían sido enviados para batir el campo, y ella había dedicado todo su tiempo a trabar amistad con las mujeres Cameron, haciendo recados, cuidando de *sus* detestables niños, soportando horas y horas de aburrida conversación, consejos, lectura... y por fin llegó el momento. Un jinete había cruzado el patio proclamando la noticia con toda la fuerza de *sus* pulmones: ¡el *Camshroinaich Dubh* estaba a menos de cinco millas de distancia! ¡Llegaría a Achnacarry en menos de una hora!

No había mencionado la existencia de una esposa. Toda la familia se había sorprendido al saberlo, y al conocer su nacionalidad. Alexander Cameron, un hombre que casi había iniciado él solo una guerra entre *los* Campbell partidarios de *los* Hanover y docenas de enfurecidos clanes simpatizantes de *los* jacobitas, había vuelto a casa con una antipática y estirada *Sassenach* que olía a decadencia georgiana. Su pre sencia en Achnacarry era un insulto, una bofetada en la cara de cada miembro del clan que tuviera edad para recordar la arrogancia de los ingleses victoriosos en el año 1715. Ya era suficientemente malo que su jefe estuviera casado con una Campbell, pero al menos Maura era escocesa, nacida en las tierras altas.

No, este nuevo insulto no debía ser simplemente ignorado. Y además, Lauren había decidido que Alexander Cameron era su oportunidad de escapar de aquel lugar, y desde luego iba a serlo, de uno u otro modo. Hasta entonces, el hecho de que el hombre que ella quería para sí estuviera casado nunca había sido un obstáculo; y tampoco lo sería esta vez.

Capitulo 14

-*Por* el amor de Dios, ¿dónde te habí.as metido? -Catherine se acercó desde el alféizar de la ventana a Deirdre, que acababa de entrar-. ¿Y cómo te atreves a dejarme sola para ir a cuidar de ese... de ese criminal?

-Lo siento, señorita -se disculpó Deirdre, contrita-. Pero sí vine a verla varias veces, y usted seguía durmiendo. y el señor MacKaif está tan terriblemente débil... Yo... no puedo evitar sentirme en algún modo responsable de él.

-¿Responsable? ¡Qué solemne tontería! No fuiste tú quien le disparó. -Catherine, enojada, se acercó de nuevo a la ventana y dirigió una feroz mirada a Deirdre. Pero ésta parecía tan agotada que su enfado se convirtió en preocupación-. N o has dormido en toda la noche, ¿verdad?

Los ojos marrones de la doncella miraban al suelo.

-Creo... creo que sí, señorita. Un poquito, en algún momento. Catherine se mordió el labio

-Bueno, ¿cómo está MacKail?

-El médico tuvo que cauterizarle la herida para parar la hemorragia. La única vez que se ha despertado fue justamente durante la intervención, cuando era preferible que continuara inconsciente. El señor Cameron y yo tuvimos que mantenerlo inmovilizado paras que el médico pudiera terminar. Espero no volver a pasar por una situación - como esta, señorita..Nunca más.

-¿Vivirá?

Deirdre levantó la vista.

-No lo sé, señorita. El médico ha dicho que es suficientemente joven y fuerte para recuperarse, pero...

-Bueno, yo no me preocuparía demasiado. Mala hierba nunca muere. Y todos ellos nos sobrevivirán, aunque sea sólo para ver como nosotras nos consumimos ante tantas privaciones.

Deirdre sonrió débilmente. Se fijó en la enmarañada melena rubia .. de Catherine y señaló el traqueteado maletín que ella misma había dejado junto al armario.

-Conseguí salvar parte de sus pertenencias antes de que vaciaran el coche. Sus cepillos, peines, sales de baño...

-¿Sales de baño? Oh, Deirdre, eres una maravilla. Te juro que el jabón que me dieron anoche sólo servía para lavar cacerolas viejas. Me muero por tomar un baño de verdad, con jabón de verdad y perfume de verdad. Mucho me temo que no voy a poder librarme del hedor de la sangre y la suciedad, y que a nadie le va a importar, por supuesto. Parece que nos han vuelto a relegar a un rincón y se han olvidado de nosotras.

-He visto al señor Cameron esta mañana -dijo Deirdre mientras cogía el maletín-. Ha dicho que vino a verla para hablar con usted, pero... .

-¿Qué vino a verme? ¿A esta habitación?

-Me ha preguntado (y muy amablemente, añadiría) si necesitábamos algo.

-¿Eso ha preguntado, de veras? Sin duda, se siente culpable. De no ser por lady Cameron, apuesto que me habría dejado sentada en el patio durante toda la noche, aunque... te aseguro que si yo fuera pelirroja y pechugona se habría acordado de mí.

-¿ Cómo dice?

Catherine meneó la cabeza, indicando que era un comentario sin importancia, y Deirdre añadió:

-También me ha pedido que le diga que la familia cena a las ocho parece que han preparado algún tipo de celebración por el retorno

-¿ Y puede saberse si yo tengo motivos para celebrar algo?

-Ha dicho... que espera que se vista usted para acompañarlo.

-¿Qué me vista? ¿Con qué, dime? ¿Me pongo el camisón y la túnica? Deirdre la miró nerviosamente y se acercó al armario. Abrió una le las puertas: varios vestidos de fiesta colgaban junto a unos estantes llenos de ropa interior cuidadosamente doblada.

-Vaya. -Catherine se puso en jarras-. O sea, primero tira todo mi vestuario y ahora espera que me ponga los vestidos que alguien ya no usa. Antes voy desnuda.

-Es una idea original-dijo una voz de barítono tras ella-, aunque podría causar estragos entre los comensales.

Catherine se volvió rápidamente y se tapó hasta el cuello con la túnica de lana roja. Allí estaba Alexander Cameron, apoyado en el quicio, con uno de sus malditos cigarros aprisionado entre los dientes.

-Deirdre, recuérdame que de ahora en adelante eche siempre el cerrojo.

-Nunca me han preocupado mucho las puertas cerradas -comentó Cameron-. A menudo, cuando encuentro una, suelo echarla trabajo y ver justamente lo que se supone que no debo.

-¿Qué quieres? -preguntó ella-. ¿Por qué vienes a molestar?

-¿ Molestar? -Su sonrisa se ensanchó. Entró en la habitación y echó una vaga mirada hacia la cama-. Has dormido bien, supongo.

Desde luego, parecías estar muy cómoda, corno una gatita rubia enroscada entre almohadones. Se acercó a Catherine, y ésta se tambaleó ante el fuerte olor a tabaco y licor.

-Has estado bebiendo -le dijo, frunciendo la nariz con disgusto.

-Cierto, señora. Todo el mundo, desde el herrero hasta el más humilde de los criados, ha querido brindar por mi nueva esposa y me ha deseado una larga y próspera vida.

-Si a eso le añadimos que espero que tenga usted el infierno que se merece, señor... te auguro un interesante futuro.

-Ah, los dulces sentimientos de la euforia matrimonial... No cabe duda que he intentado evitarlos durante demasiado tiempo. -Envió un guiño a Deirdre, que respondió sonrojándose y sonriendo muy levemente. A una severa mirada de Catherine, la doncella balbució una excusa para ir a preparar el baño y se retiró rápidamente de la estancia. Entonces, Catherine concentró todo su desdén violeta en Cameron.

-¿Qué es lo que quieres?

-Lo que quiero -sus ojos recorrieron el cuerpo de Catherine- y lo que puedo esperar conseguir son dos cosas distintas, obviamente... a menos, claro está, que quieras compartir

conmigo unas cuantas horas de relajación antes de preparamos para la actuación de esta noche.

-¿Qué actuación? -preguntó ella con cautela.

-Vaya pregunta... la de los esposos enamorados, naturalmente.

Absolutamente todos se están preparando para no perder detalle sobre nosotros; se han estado afilando los dientes durante toda la mañana. Espero que tu también te hayas esmerado.

Catherine entrecerró los ojos.

-No está usted simplemente borracho, señor mío. Deliras si crees que tengo la intención de continuar con esta farsa. No voy a interpretar ningún papel contigo esta noche, o cualquier otra noche, de hecho. Me quedaré en esta habitación, con el cerrojo echado hasta que decidas que ha llegado el momento de cumplir con tu parte del trato.

Alex bizqueó un poco y frunció el ceño para recuperar el foco.

-¿El trato?

-Prometiste que me enviarías a mi casa si cooperaba.

-Ah... ese trato. Sí, bueno, ya veo qué puedo hacer.

-¿Qué quieres decir con que ves qué puedes hacer?

Miró pensativo la encendida punta del cigarro y se encogió de hombros.

-Lleva algo de tiempo ponerse de acuerdo en estos temas, ya sabes. Quizás deban pasar algunas semanas...

-¡Semanas !

-Incluso meses.

Catherine abrió la boca, sin dar crédito a lo que oía:

-¡Pero lo prometiste! ¡Le diste a Damien tu palabra de honor! ¡Lo juraste por lo más sagrado!

-Me parece que recuerdo algunas promesas que hiciste y que consideraste conveniente no cumplir.

-Tan sólo una vez -jadeó ella- intenté escaparme. ¡Sólo una!

Ni más ni menos que lo que tú mismo habrías hecho, de estar en mi lugar. Desde entonces, he hecho todo lo que me has pedido. He hecho más de lo que me has pedido, incluso, ¿ o es que has considerado conveniente olvidarte de Gordon Ross Campbell?

-No lo he olvidado -repuso él, burlón-. El instinto de supervivencia es muy fuerte en todos nosotros; estoy seguro de que te alegró saber que podías confiar en el tuyo cuando lo necesitabas.

Catherine retrocedió un paso, lanzando auténticos dardos de furia por los ojos.

-¿No te queda ni un rastro de decencia? ¿Cómo esperas que yo me preste a algo tan. ..tan frívolo y. ..y tan ridículo como una cena de celebración después de todo lo que he pasado?

-Yo he pasado exactamente Por lo mismo, señora, sólo que sin poder contar con el lujo de un baño caliente y veinticuatro horas de sueño. Y cuanto más rato estemos aquí discutiendo, menos ganas tendré de ser condescendiente.

Catherine escupió su respuesta:

-Puedes dormir hasta el año que viene, por lo que a mí respecta.

No voy a acompañarte a ningún sitio. Ni a cenar, ni a desayunar... ¡ a ningun sitio.

-Fuiste tú la que anunció a los cuatro vientos que eras mi esposa -le recordó él fríamente-. y también la que insistió en que se te tratara como tal «sea cual sea el tiempo que tenga que soportar la humillación». Esas fueron las palabras exactas, ¿me equivoco?

-Eso fue ayer. Estaba enfadada, asustada, y...

-¿SÍ?

Ella enderezó los hombros.

-y hoy tengo una terrible jaqueca.

-Estoy seguro de que se te pasará cuando hayas comido algo.

-No tengo hambre. No me encuentro bien para comer.

Él enarcó una ceja.

-Si estás enferma, es mi deber de marido quedarme aquÍ y cuidarte.

-Voy a meterme en la cama. I Su sonrisa se tornó maliciosa:

-Será un placer cuidarte entre las sábanas, también.

-Eres un grosero repugnante.

-y usted, querida señora, va a venir conmigo a la cena. Aunque tenga que desnudarte y ponerte un vestido yo mismo. y ambos sabemos qué pasa cuando me acusas de estar fanfarroneando. Ella se arropó aún más con la túnica.

-Vete. Sal de mi habitación, quítate de mi vista inmediatamente, juro que gritaré hasta que se hunda el techo.

-Grita cuanto te plazca. Las paredes tienen un grosor de diez pies. El suelo, de seis. Dudo que nadie, excepto los fantasmas, pueda oírte.

-Si me obligas a asistir a la Cena -le advirtió ella con rencor-le diré a todo el que quiera escuchar cómo me raptaste y me convertiste en tu rehén, y que, para poder colaros en el país, tú y tus compañeros criminales os escondisteis tras mis faldas como los cobardes que en realidad sois.

Él se cruzó de brazos y sonrió.

-¿ Y eso será antes o después de que yo les diga que eres una espía inglesa que me obligó a casarme con ella para poder así venir al norte y enviar información detallada a sus superiores?

-Nadie se creería esa historia ni por un momento -replicó Catherine con furia.

-¿No? Me conocen bastante más que a ti, y desde que llegamos se están preguntando por qué razón me he casado contigo. Que lo hiciera obligado a punta de pistola lo explicaría todo. y si quieren alguna otra prueba de tu auténtica personalidad, puedo enseñarles la docena de pequeñas notas que dejaste en cada taberna y posada que pisamos. Notas que contienen mensajes que de un modo u otro podían ayudar a tus superiores a localizamos.

Catherine palideció instantáneamente: -¿ Lo sabías?

-Desde luego. Como bien has dicho, yo habría hecho exactamente lo mismo, de estar en tu lugar.

A Catherine le fallaron las rodillas y tuvo que agarrarse al respaldo de la silla para no caer. Él lo había dicho tan frívolamente, tan fríamente, burlándose de ella mientras hacía desaparecer cualquier espe ranza que todavía albergara, cualquier remota esperanza de que su familia supiera que no se la había simplemente tragado la tierra.

-¿Por qué no dijiste nada?

-No parecía importante. Molesto, quizás, pero no importante. Además era un pasatiempos muy útil: te mantenía en cierto modo ocupada y era fácil hacerte feliz dejando que te creyeras tan inteligente.

La arrogancia de Alex la hizo sonrojar y, con un movimiento rápido e inesperado, le propinó una sonora bofetada que le hizo volver la cara. Se quedó en aquella posición durante casi un minuto y cuando finalmente, con lentitud, la miró a la cara de nuevo, estaba rojo de ira, y con los dedos de ella marcados también en rojo.

-Caramba -dijo en voz muy baja-, tienes más carácter del que creía. Mucho, muchísimo más del que es aconsejable demostrarme.

-¿Qué pretendes? ¿Qué me eche a tus pies, suplicando? ¿Es así como prefieres que sea una mujer: dócil y sumisa, temblando de miedo ante tus modales de bestia y pulverizándose ante tus ojos?

Cameron tiró el cigarro al suelo y la atrajo hacia sí con fuerza: -Ya que lo preguntas, madam, me gustan las mujeres valientes y fogosas. Me gustan rubias. Me gustan delgadas, esbeltas y suaves. Me gustan con los ojos del color de las flores silvestres y la boca en un permanente puchero de insolencia que pide a gritos que la bese con tanta pasión que se olvide de respirar.

Sus labios, ardientes y posesivos, oliendo al dulce y seco del whisky, separaron los de Catherine sin ningún tipo de contemplación. Ella sentía su respiración acariciándole rudamente la piel, su lengua ávida, exigente, invadiéndole la boca, embistiendo y explorando con tanta violencia que le producía descargas en todo el

cuerpo, hasta las plantas de los pies. Una de sus manos se enredó en la enmarañada melena, los fuertes dedos asegurándose de que no iba a escapar al implacable ataque. La otra se deslizó hasta su cintura y empezó a aflojarle el cinturón hasta que pudo deslizarse bajo la túnica y buscar las redondeces de sus pechos.

El ahogado grito de Catherine no sirvió de nada, y tampoco la barrera impuesta por el camisón de batista. Con un fuerte, salvaje tirón, Alex rompió la lazada, y ya nada impidió el contacto directo entre su mano y la piel de ella, entre sus ágiles dedos y los suaves pezones que se convertían en duros y rugosos picos.

Catherine gruñó de nuevo, y esta vez sus rodillas cedieron a su peso. Él la sujetó, besándola con más intensidad, acariciándola hasta que casi dejarla sin respiración, casi sin poder sentir más que las olas de cálida vergüenza que la invadían.

-¿Por qué no dejamos de jugar, Catherine? -murmuró Alex roncamente, lanzando las llamas de su boca hacia el delicado arco de su garganta-. ¿ Quieres que cumpla mis promesas? De acuerdo. Lo haré... empezando por las que hice en el salón de estudio de tu padre cuando te tomé como esposa, para cuidarte. ..y amarte.

-No-jadeó ella-. No... .

-Tus labios dicen que no, Catherine, pero tu cuerpo quiere más. Mucho. más.

-No quiero nada de ti -gritó ella débilmente-. Nada...

Él la despojó del todo de las molestas prendas de lana y batista, y le besó el pecho, succionándolo hasta lo más profundo y cálidamente húmedo de su boca. Ella intentó gritar, pero estaba sin aliento; intentó empujarlo a un lado, pero sus dedos la traicionaron enroscándose en su camisa de seda, aferrándose a él entre las olas de tanta pasión enloquecedora. Su cabeza luchaba contra la conquista, pero su cuerpo deseaba ser poseído, temblaba de deseo por sentir el calor de los labios de Alex en todas partes, en todas, se rendía ante las caricias, mientras su piel, que nunca había imaginado, ni siquiera soñado que podía estremecerse tanto.

Oyó un extraño sonido, un profundo y desgarrado gruñido que provenía de su propia garganta. Abrió los ojos y se vio reflejada en los de él, tan oscuros, que la miraban con una quietud que ella no se atrevió a perturbar. Podía sentir cada uno de sus músculos en tensión, preparados, adivinaba en su mirada que la deseaba, que luchaba contra las ganas que su cuerpo sentía como si quisiera negar la existencia de su propio cuerpo en sí y, lejos de asustarse, se sintió más mujer que nunca. Con una sola caricia, él había convertido todos los antiguos coqueteos en infantiles y vacíos, todas y cada una de los pequeños escarceos amorosos en algo sin sentido, tan fútil como las palabras malgastadas en adornarlos.

Alexander Cameron era la pasión, su pura esencia, y ella sabía muy bien que iba a perderse en esa fuerza si volvía a sentir el contacto de su piel desnuda.

Pero él no volvió a tocarla. Retiró sus manos y dio un perfectamente medido paso hacia atrás.

-Me complacerá mucho que te vistas para la cena -dijo secamente-. Después, asistirás conmigo a la fiesta, y tu comportamiento será impecable, o Dios nos asista. -Esperó hasta que ella fue capaz de contener el líquido que temblaba en sus ojos-. Daré por sentado que ya no deseas volver a tu Inglaterra o junto a tu querido teniente Garner nunca más.

Con las lágrimas todavía prendidas de sus pestañas, Catherine levantó la cabeza en actitud desafiante:

-¿ Un juramento por su propia alma, señor Cameron?

-Yo no tengo alma, señora. Murió en mis brazos hace quince años.

Ella respiró profundamente, temblando:

-Eres un ser aborrecible. No tienes escrúpulos, ni moral, ni fe, ni conciencia... ni una sola de las cualidades que explicarían que andes sobre dos piernas.

Alex la miró durante un momento sin decir nada y luego comentó: -A un hombre siempre le gusta saber qué es lo que una mujer piensa de él.

-Lo que pienso, señor, es que ya estás con un pie en el infierno, y no envidio a nadie que escoja compartir el viaje contigo.

Alex caminaba enfadado, solo, hacia la torre norte, aunque Catherine podría haber estado junto a él, a juzgar por la conversación que habían mantenido y que iba repitiéndose una y otra vez, como un eco en su cabeza. Ahora estaba considerablemente más sobrio, pero su sangre continuaba latiéndole con fuerza en todo el cuerpo. y no podía librarse del sabor y el olor de Catherine, que se aferraban a cada uno de sus poros. Había estado a punto (más de lo que jamás hubiera imaginado) de echarla sobre la cama y acabar con ella de una vez pro todas. ¿Era esa la solución? ¿Iba la posesión física a calmar el enervante desánimo que le invadía cada vez que estaban juntos en la misma habitación? ¿O tan sólo empeoraría las cosas? Aquellos ojos, aquellos labios... ella lo sacaba de sus casillas, le hacía perder los estribos. Por Dios que si no encontraba pronto una manera de sacarla de Escocia y de su vida ...

¿Qué haría?

Se paró delante de la puerta de MacKail, entreabierta, y dejó que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Sólo había una vela encendida, que a duras penas iluminaba la cama. Se acercó, olvidando sus pensamientos, aunque su ceño seguía fruncido.

-¿ Problemas?

Alex miró la pálida figura y se sorprendió de ver los ojos grises de Aluinn totalmente abiertos y despejados, como si hubiera estado durmiendo durante días y no sólo unas horas.

-¿ Problemas? De hecho, no. Duerme, Aluinn.

-¿Cómo esperas que lo haga si cada vez que me vuelvo estás mirándome fijamente, como un búho?

-Caramba -repuso Alex secamente-, creía que estabas demasiado débil para dar tantas muestras de ingenio.

-¿Con Archie administrándome tantas dosis de whisky como de láudano? -Aluinn se acomodó sobre los cojines, dado un respingo cada vez que su fuertemente vendado hombro se movía-. Me ha amenazado con bailar conmigo al son de las gaitas este mismo fin de semana y, francamente, no veo motivos para dudar de él.

-En serio, ¿cómo te encuentras? ¿Cómo era la herida?

-¿ En serio, dices? Me siento como si una montaña se hubiera derrumbado sobre mí. En cuanto al brazo, Archie dice que no me obligará a guardar cama mucho tiempo. No podré mover el hombro durante una temporada, pero volveré a recuperar todo la fuerza. Gracias a Dios que es el izquierdo y no el derecho. Me fastidiaría pensar que mis días de justas con los molinos se han terminado.

Alex sonrió y se sirvió un trago de whisky de la botella que había junto a la cama.

-No, gracias -dijo Aluinn cuando le ofreció el vaso--. Pero, cuéntame. ¿Todavía no has dormido nada?

-Un poco.

-No lo parece. De hecho, se te ve muy triste, para ser un hombre que acaba de llegar al seno de su familia después de media vida ausente.

Alex suspiró y se pasó una mano por el pelo.

-Estoy empezando a pensar seriamente que no debería haber vuelto. O, como mínimo, que debería haberlo hecho por mar.

Aluinn sonrió levemente y sacudió la cabeza.

-Maura ha venido a verme hace un rato. No hacía más que hablar de tu nueva y encantadora esposa. ¿Quieres que te diga «ya te lo ad- vertí» ahora, o espero unos minutos más?

-Espera. Seguro que encuentras más motivos para decirlo. -¿Aún hay más?

-Glengarron. Struan MacSorley es partida de organizar grupos de batida y salir a buscar lo que quede de Gordon Ross Campbell.

-¿ y qué opina Lochiel?

-Ha hecho avisar al padre de lain. Será el viejo Glengarron quien

decida qué represalias habrá por la muerte del joven lain, si las hay. Supongo que Donald le aconsejará que espere. Puede que tenga la oportunidad de matar a más Campbell de los que jamás había soñado.

-Suena como que Lochiel está esperando que los clanes se levanten a favor del príncipe Carlos.

-Me temo que a mi hermano lo han pillado con los pantalones a medio poner. Si se los sube y se ciñe la espada a la cintura, conservará su dignidad y su orgullo, pero tendrá que soportar el hecho de saber que no ha logrado nada. Por otra parte, si los deja caer, todo el mundo verá tanto su fuerza como su debilidad, y la compensación no será mucha. Si quieres saber mi opinión, creo que a los ingleses les interesa esta rebelión casi más que a los escoceses, aunque sólo sea para aplastamos de una vez para siempre y reclamar nuestras tierras de manera que nunca más pueda cuestionarse nada.

-El eterno pesimista.

-El eterno loco, querrás decir. ¿ Era tan descabellado esperar que llegaríamos a casa y que echaríamos raíces en algún sitio?

-¿Tú, mi querido y legendario amigo? ¿El *Camshroinaich Dubh,* el Cameron Negro, marchitarse con una esposa y una caterva de niños mocosos?

-Sólo era una idea. ¿Y quién ha hablado de esposas y niños? -Sólo era una idea. Si te vas del mundo sin dejar nada en él, ¿quién estará ahí para hacer que se cumpla la vieja profecía?

-¿Qué vieja profecía?

-*Los cuervos saciarán su sed con la sangre de los Campbell tres veces en lo alto del Clach Mhor* -citó Aluinn-. Parece ser que el duque de Argyle es un hombre supersticioso y cree, gracias a ti, que los cuervos ya han bebido dos veces.

-Casi había olvidado esa vieja maldición de pescaderas.

-*Yo* también, hasta que Archie me la recordó. Según los rumores, el duque se despertó de un profundo sueño, echando espuma por la boca y jurando que te había visto de pie sobre su cama con un *clai'mor* que goteaba sangre en una mano y la cabeza de Malcolm Campbell en la otra.

-Si prefiere creer las revelaciones de un lunático de hace doscientos años ¿quién soy yo para abrirle los ojos?

-En ese caso, deja que te los abra yo. Archie me dijo algo más: Gordon Ross Campbell es el hijo bastardo de Malcolm Campbell.

-¿Es su hijo?

-Eso cambia un poco las cosas, ¿verdad?

-Eso me hace pensar que la maldición pende sobre mí, y no sobre ellos -murmuró Alex-. Ya van dos hombres que debería haber matado cuando tuve la ocasión de hacerlo, pero que perdoné la vida por un ciego sentimiento de caridad cristiana.

-¿Dos hombres?

Alex pensaba en Hamilton Garner, y se puso muy serio.

-Quizás me estoy haciendo viejo y débil. Debería haber usado mi espada a fondo, golpear con toda la fuerza de mis puños. ..y luego tranquilizar mi conciencia cuanto antes.

Aluinn no dudaba en absoluto que el factor común a las tres referencias tenía los ojos violeta y una larga melena rubia.

-¿Qué vas a hacer con Catherine? -preguntó prudentemente-. No quiero insistir en lo obvio, pero tendrás que hacer algo, en *uno* u otro sentido, y pronto.

-*No* creo que haya *«otro* sentido».

-¿No lo hay?

Hubo un intenso silencio, roto solamente por el tictac de un reloj entre las sombras.

-Estás convencido de que puedes leer mis pensamientos, viejo amigo -dijo Alex-. Pero esta vez te equivocas por completo.

Aluinn se reclinó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos. La luz de la vela no favorecía los signos de agotamiento bajo sus ojos o el pálido tono de sus labios.

-Me equivoco por completo, ¿eh? Si tú lo dices.

-Yo lo digo. -Hubo otro cargado silencio--. Incluso si fuera posible...

-¿ Sí?

-No funcionaría.

-¿ Por qué? ¿ Por qué eres tan infalible como legendario? ¿ Porque esperas que todo el mundo tenga la misma gruesa armadura con la que proteges tu corazón?

A Alex le temblaba una mejilla.

-Tú no lo entiendes.

-Tienes razón, Alex. No lo entiendo. Te has pasado quince años muriéndose, matándote por dentro, culpándote de todo lo que había pasado, y no lo entiendo.

-Lo siento -se disculpó-. No quería interrumpirles.

-No interrumpes nada -dijo Alex rápidamente-. Pasa, por favor. Ahora mismo me iba. Aluinn... volveré para verte más tarde; intenta descansar un poco.

-Alex...

Pero ya había cruzado la puerta y desvanecido entre las sombras del pasillo.

-No d-debo quedarme -tartamudeó Deirdre; y retrocedió hacia la salida-. He dejado a la señorita Catherine tomando un baño y...

-Por favor -dijo Aluinn débilmente, frotándose una sien-, no te vayas. Siéntate a mi lado tan sólo unos minutos. Últimamente, hablar con Alex es como... descubrir durante cuánto rato puedes poner tu mano sobre las llamas sin retirarla.

-Ya sé lo que quiere decir. El carácter de la señorita Catherine también es muy difícil.

Había estado de acuerdo con él tan directamente que Aluinn la miró y sonrió.

-¿No vas a acercarte, por favor?

-Yo... no debería, en realidad. Sólo he venido por si... necesitaba usted algo de la cocina. Iba a por un poco de guiso para la señorita Catherine y... y...

-De hecho -Aluinn dirigió su mirada a la mesilla de noche-, lo que tengo es mucha sed. Hay agua en la jarra, si no te importa.

Tanto el vaso como la jarra estaban al alcance de la mano, pero de todos modos Deirdre se acercó a la cama y le sirvió el agua.

-Confieso que estoy un poco sorprendido de que te preocupes
de alguna manera por mi estado. Gratamente sorprendido, no lo niego, aunque no sé...

-Quería encontrar la ocasión para... para agradecerle sinceramente lo que hizo usted ayer -murmuró ella.

-¿ Lo que yo hice? Me parece que soy yo quien tiene que agradecerte que evitaras que muriera desangrado.

-Eso no habría ocurrido si usted no se hubiera lanzado sobre aquel desgraciado animal que intentaba agredirme.

-Bueno... -Recordó la escena y frunció el ceño, bromeando--. Supongo que te mereces una pequeña reprimenda: se suponía que debías permanecer dentro del coche.

-No soy de las que se acobardan y se echan las manos a la cabeza ante la sola presencia de unos pocos rufianes. Tengo ocho hermanos, y ninguno de ellos es capaz de tirarme del pelo o echarme al suelo en una lucha limpia.

-No lo dudo -musitó Aluinn, recordando la fuerte bofetada en su propia mejilla-. Tienes un gancho de izquierda rematadamente bueno.

Ella se sintió reconfortada por su sonrisa. Entonces se acordó del vaso que llevaba en la mano y se lo ofreció, un poco incómoda porque le temblaba el pulso. Para colmo, los *ojos* grises la miraban tan fijamente que casi perdió el tacto en sus dedos.

-¿Quiere el agua o no?

-La quiero -murmuró él. Asió el vaso rodeando también los dedos helados de Deirdre con la palma de su mano y, aunque ella intentó evadir el contacto, él continuó presionando con firmeza-. ¿Te sentarás un momento conmigo?

-No debo. De verdad. La señorita Catherine me está esperando. -Sólo unos minutos. Por favor. Es la última voluntad de un moribundo.

Ella retiró su mano y atusó los pliegues de su falda.

-No debería usted bromear con estas cosas. Podrían convertirse en realidad.

Aluinn sonrió y tomó un sorbito de agua fresca. El esfuerzo pare- ció acabar con sus reservas, y cerró los ojos.

Deirdre contuvo la respiración. Aluinn, con sus pestañas largas, del color del bronce, y su cabello de arena tostada, era casi hermoso. Su piel morena, suave, se ceñía a unos altos pómulos celtas. Una incipiente barba rubia cubría la angulosa mandíbula y corría a unirse a la nube de cabello de oro rojizo que crecía en su torso. Su piel era suave, y sus fuertes músculos estaban perfectamente moldeados y se estrechaban hasta llegar a la delgada cintura y el liso vientre. Lo que podía haber más abajo, más allá de la línea marcada por la sábana, dependía de la fantasía de Deirdre, pero no tuvo ningún problema para imaginar unas piernas largas, musculosas y cubiertas de vello suave y cobrizo, igual que las muñecas y los brazos.

Con ocho hermanos, siempre había considerado que el cuerpo de un hombre no tenía secretos para ella, pero el que yacía ante sus ojos era tan intensamente seductor que hizo que su boca se secara y las palmas de sus manos se humedecieran. Ya no podía. creer por más tiempo que él fuera perverso. Peligroso, quizás, pero no perverso. Y, desde luego, no un asesino a sangre fría. Ni él ni Alexander Cameron.

-¿ Qué ha querido decir con que el señor Cameron se ha pasado quince años matándose por dentro?

Los ojos grises se abrieron muy despacio.

-No estaba escuchando la conversación deliberadamente -se explicó Deirdre-. Pero ya había cruzado la puerta y no he podido evitar oírla. No hace falta que me lo cuente si se trata de un terrible y oscuro secreto, sólo que... bueno, podría ser de gran ayuda que al me- nos uno de ustedes, o los dos, dejaran de tratar a todo el mundo como si fuesen sus enemigos.

-Durante quince años, todo el mundo ha sido enemigo nuestro, de hecho. Además, Alexander es un hombre muy reservado, no le es nada fácil ofrecer su confianza la mayor parte de las veces. Y, por cierto a ti, tampoco.

Deirdre entrelazó sus dedos y fijó la mirada en ellos.

-Ustedes nos han dado motivos para que no les tengamos confianza. Han obligado a la señorita Catherine a transigir. Nos han arrastrado a ella y a mí a cruzar media Gran Bretaña contra nuestra voluntad. Casi provocan nuestra muerte ayer, y Dios sabe qué puede pasar desde ahora hasta que volvamos a nuestro hogar... si es que alguna vez se nos permite volver, claro está.

-Alex dio su palabra, y jamás le he visto faltar a ella. Si ha pro metido enviaros a ti y la señorita Catherine de vuelta a casa, y si toda- vía queréis ir, él hará lo posible para que lleguéis hasta allí.

-¿ Cómo que «si es que todavía queremos ir»? -preguntó suavemente.

-La gente cambia de opinión.

-La señorita Catherine, no. Está totalmente convencida de que el señor Cameron es un espía y un asesino y, hasta ahora, él no se ha defendido contra ninguna de las dos acusaciones.

Aluinn miró los largos y delicados dedos que se retorcían.

-Dime una cosa, Deirdre. Si mañana volvieras a Derby y lord Ashbrooke te preguntara sobre las preparaciones militares que has visto y escuchado mientras cruzabas Escocia... ¿se lo contarías?

-Desde luego que sí. Es mi deber corno leal sirviente de la señorita Catherine y leal súbdita de mi rey.

-¿El rey Jorge?

Los *ojos* marrones de Deirdre brillaron.

-Él es mi soberano.

-Ah, pero ¿qué pasaría si creyeras que tu soberano ha sido injustamente enviado al exilio en Italia? ¿Qué pasaría si creyeras que el rey Jacobo es el que tiene verdadero derecho al trono de Escocia e Inglaterra? Y, por favor... -levantó una mano para acallar la protesta que

estaba a punto de salir de los labios de ella-, no quiero discutir sobre política, o semántica, o sobre quién tiene razón y quién no. Sólo quiero que me des una respuesta clara y sincera. Si tú creyeras que Jacobo Estuardo es tu rey, si tu familia hubiera luchado y muerto por esa causa, ¿todavía considerarías que Alex y yo somos espías, simplemente porque hemos cruzado Inglaterra con los *ojos* y los oídos alerta?

-Bajo esas circunstancias... -Sus miradas se encontraron y ella frunció el ceño-. Probablemente, no. Pero la lealtad a un rey y no a otro no explica ni justifica la acusación por asesinato.

-No, es cierto. Y hay dos acusaciones por asesinato contra Alex, pero no vale la pena gastar saliva para negar cualquiera de ellas.

-¿ Ha matado a dos hombres?

-Serían tres, de no haber sido por una pequeña broma de la naturaleza: el tercer bastardo sobrevivió a las heridas.

Las manos de Deirdre se quedaron quietas de golpe.

-Suena casi corno si estuviera orgulloso de ello.

-y lo estoy. Pero me hubiera gustado estar con él en aquella ocasión. Me habría asegurado de que ninguna broma de la naturaleza se hubiera interpuesto.

Su voz había adquirido un tono frío y duro, y Deirdre no estaba segura de que le gustara. Intentaba entenderle, lo intentaba de veras, pero él no sólo admitía los asesinatos sino que los justificaba.

-Sucedió la semana en que Donald y Maura se casaron -explicó Aluinn, echando la cabeza hacia atrás y observando las formas que la luz de la vela dibujaba en el techo-. Ella es una Campbell. Su padre y el duque de Argyle son hermanos. Ella conoció a Donald durante un viaje por Francia y, aunque estoy convencido de que hicieron todo lo posible para evitarlo, se enamoraron perdidamente.

En este punto, tengo que decirte que los Campbell y los Cameron han estado peleándose durante generaciones. Lochaber es una tierra muy rica que a los Campbellles encantaría anexionar a su territorio. Pero, como en nuestro clan siempre hemos tenido la suerte de estar bajo las órdenes de un guerrero o un diplomático, la zona ha permanecido siempre en manos de los Cameron.

En todo caso, la boda se celebró tal como estaba previsto, aquí, en Achnacarry. Como muestra de buena voluntad un gran número de Campbell fueron invitados (era un intento de calmar las aguas removidas), incluyendo los primos de Maura: Dughall, Angus y Malcolm Campbell, de Argyle.

Aluinn hizo una pausa, y su semblante se ensombreció con el re- cuerdo de los hechos.

-La ceremonia fue sobre ruedas. El padre de Maura, sir John Campbell de Auchenbreck, apreciaba realmente a Donald y esperaba que esa unión llevara la paz y la reconciliación entre los dos clanes.

Argyle no quería que eso sucediera, claro, y se lo tomó como una afrenta personal, especialmente teniendo en cuenta que él había resuelto tiempo atrás que fuera Dughall Campbell el que se casara con Maura. ¿He conseguido ya que estés totalmente perdida y confundida?

Sin darse ni cuenta, Deirdre se acercó más a la cama.

-¿ Quién es ese duque de Argyle? Por lo que parece, debe ser un hombre muy importante.

-Sin duda es el aliado más poderoso de los Hanover en Escocia. , Dirigió personalmente el ejército que estuvo a punto de acabar con los jacobitas en 1715 en Dunblain. Tiene hambre de poder, hambre de tierras, y no duda en engañar, urdir intrigas y atacar por la espalda para conseguir lo que quiere, a saber: el puesto de primer ministro de Escocia si algún día llegamos a estar bajo el mandato y las leyes de Inglaterra.

-No da la impresión de ser un buen hombre.

-No lo es. y nunca lo ha sido. Supongo que comunicó su desa- probación frente la «deserción» de Maura a los hermanos Campbell, porque la tensión en el ambiente aquel día era tanta que te silbaban los oídos. De todos modos, parecía que se guardaban las formas. Los Campbell llenaron sus estómagos con nuestra comida y cerveza; cantaron, bailaron e incluso flirtearon con las mujeres Cameron.

De nuevo, hizo una pausa, como si, al contarlos, estuviera reviviendo los sucesos.

-Alex estaba enamorado, como lo está la mayoría de jóvenes de diecisiete años. Y Annie MacSorley era simplemente la más hermosa, dulce y cautivadora muchacha de Lochaber. Medio condado estaba enamorado de ella, incluso yo, pero Alex fue el que ganó su corazón, completamente, absolutamente. Eran el uno para el otro, y estaban tan enamorados como es posible estarlo. Se habían comprometido el invierno anterior y querían casarse por la iglesia el verano siguiente... -Las palabras se le atragantaron y le tembló la voz-. Quizás no deberían haber esperado ni haberlo llevado fan en secreto. O quizás deberíamos haber encontrado alguna excusa para mantener a Alex lejos de la ceremonia y la fiesta, sabiendo lo mucho que él y Dughall Campbell se aborrecían. En cualquier caso, todo empezó cuando Alex y Annie desaparecieron para gozar de unos momentos de intimidad. Los Campbell se dieron cuenta y los siguieron.

»Para contarte esta terrible historia en pocas palabras, consiguieron colarse en el establo para espiar a los amantes. Quisieron aprovechar la oportunidad de gozar de un poco de brutal diversión y golpe- aron a Alex, dejándolo casi inconsciente. Lo ataron y lo colocaron cerca para que pudiera ver cómo se turnaban a Annie. U no de ellos (no sé quién) se puso violento y golpeó la cabeza de Annie contra uno de los muros de piedra. Alex estaba como loco y consiguió librarse de sus ataduras. Cogió una espada y les atacó. Mató al más joven, Angus, a la primera estocada. Los otros dos se defendieron y. ..francamente, no sé cómo lo hizo, pero cuando los cuerpos fueron descubiertos horas más tarde, Dughall estaba destripado de arriba abajo y Malcolm... bueno, habría sido mejor que alguien hubiera acabado con él en ese mismo momento. Alex estaba más muerto que vivo, enloquecido, como un animal herido, y no dejaba que nadie se acercara a él o a Annie. Ella murió en sus brazos.

»Naturalmente, los Campbell denunciaron que había sido una emboscada. Todos los que asistían a la boda juraron que habían visto a Annie flirteando con los hermanos y que los había conducido hasta los establos, donde Alex se hallaba preparado para el ataque. -¿ y nadie se puso de parte del señor Cameron? –preguntó Deirdre con un hilo de voz.

-El clan entero estaba deseando batirse en duelo con él; a nosotros nos habría encantado enfrentarnos con los Campbell, con la milicia, con el propio maldito gobierno a una señal de Lochiel. Donald pasó semanas enteras angustiado, preguntándose qué debía hacer. Argyle había declarado que aquello había sido un asesinato, y había pedido una orden de arresto contra Alex. No cabía la posibilidad de un juicio justo. Negarse a entregarlo o decidir que el clan tomara las armas para protegerle dejaba a los Cameron expuestos a la disciplina militar. Finalmente, sabiendo que era la única manera de salvar la vida de Alex y evitar al mismo tiempo una guerra sangrienta entre clanes, Lochiello envió a Francia con su padre, el viejo Lochiel.

-Pero... eso fue totalmente injusto. No era culpable de asesinato por matar a esos dos hombres. Intentaba proteger ,a su esposa.

Aluinn asintió con una sonrisa triste y cansada.

-y durante los primeros diez años, más o menos, malgastó casi toda su energía en odiar el mundo, buscando la venganza en distintas y malditas guerras. Se lanzaba a luchar por y contra cualquier cosa que encontrara en el Continente, y cuando se quedó sin enemigos que atacar allí, nos llevó al otro lado del mar, hasta las colonias, donde había infinidad de salvajes para satisfacer su sed de violencia.

-¿ Ha estado usted con él durante todos estos años?

Su sonrisa se suavizó.

-Nos criamos como hermanos; era lo lógico. Te aseguro que fue una dura prueba de amistad cuando el duque puso precio a su cabeza y nos vimos obligados a esquivar asesinos por todas partes, fuéramos donde fuéramos. Tengo varias cicatrices cuya historia prefiero no

recordar, y un par de pesadillas que todavía me provocan sudor frío. Pero, a pesar de todo, hemos conseguido salir adelante con los pies en el suelo.

-Ustedes dos parecen indestructibles -concedió Deirdre-. Y creo, entonces, que un ejército de hombres Cameron podría conquistar el mundo entero, no ya sólo Inglaterra.

-Caramba, señorita O'Shea -murmuró Aluinn-, eso suena sospechosamente como un halago. ¿ Acaso quiere eso decir que te he convencido de que no somos ni unas bestias ni unos agresores de mujeres inocentes?

Ella bajó sus pestañas largas y oscuras.

-Jamás he pensado que lo fueran, realmente. ¡ -¿Jamás? ¿Ni siquiera en la posada de Wakefield?: -No debería haberme sujetado. No me gusta que me sujeten. : -Lo tendré presente de ahora en adelante. ; Aluinn se incorporó un poco y su mano se posó suavemente en el cuello de Deirdre. Venciendo su resistencia instintiva, la fue acercando hacia él hasta que sus bocas estuvieron a un suspiro de distancia. Aluinn sintió que un pequeño temblor recorría a Deirdre, y luego otro. Una leve protesta salió de los labios de ella cuando Aluinn acarició las sed osas ondas castañas de su pelo. El beso fue largo y apasionado, lleno de ternura, y él quedó sorprendido por su sabor intensamente dulce. Dulce, inocente y sincero, como alguien capaz de perdonar todas las faltas y ofensas, alguien capaz de ofrecer su corazón sin condiciones, sin esperar nada a cambio.

Él la dejó ir, lentamente, sin ganas de hacerlo, y notó que incluso el dolor de su hombro se había calmado por el contacto con ella.

Deirdre se tocó los labios y enrojeció totalmente.

-No debería haberlo hecho, señor -musitó.

-Hay un buen montón de cosas que no debería haber hecho en mi vida -replicó Aluinn sinceramente-. Esta no es una de ellas. Y mi nombre no es «señor», es Aluinn. Aluuuuinn. Tienes que hundir la lengua un poco, por la parte central; es una palabra galesa, y significa...

-Significa «bello» -apuntó ella rápidamente-. Sí, ya lo sé.

Los ojos grises brillaron suavemente mientras se perdían en los de ella, y por un momento el mundo dejó de existir más allá del foco de tenue penumbra amarilla que los envolvía.

-Yo... tengo que irme -dijo Deirdre-. He dejado a la señorita Catherine muy abandonada.

-¿ Volverás? ¿ Volverás y te sentarás junto a mí cuando puedas?

La pregunta la hizo sonrojar de nuevo, y él pensó: *Dios mío, es adorable. Si hubiera sido la hija de un rey y no de un guardabosque, habría conquistado la mitad de los corazones de toda Europa.*

-¿Lo harás? -preguntó de nuevo.

-Si usted quiere, señor -murmuró Deirdre.

-Aluinn -le recordó él, amablemente-. Y, sí, claro que quiero.

Vuelve pronto.

Capitulo 15

Deirdre notó el enojo la frialdad con que Catherine la recibió, y se apresuró, diligente, a peinar la mata de dorados y enredados tirabuzones hasta transformarla en casi una obra de arte. La tarea se veía frecuentemente dificultada por la necesidad que la dueña de la melena tenía de pasearse de un lado a otro de la habitación, por una mano impaciente que atusaba varios rizos ya peinados y volvía a dejarlos en desorden, por giros y movimientos repentinos de la cabeza que hacían saltar el cepillo, el peine y las horquillas de la mano de la doncella.

Al fin, la *toilette* terminó, y Catherine permaneció en total silencio mientras Deirdre escogía las piezas de ropa interior. Luego, la ayudó a ponerse unas medias blancas y unas ligas con lazo. Catherine se agarró a uno de los postes de la cama y, refunfuñando, contrajo el estómago mientras la doncella tiraba de la lazada del grueso y envarado corsé y lo ajustaba al máximo a su talle. Deirdre ató las cintas con fuerza, haciendo que el pecho de Catherine subiera, y reduciendo su cintura a la mínima expresión, convirtiendo así su torso en un bello pero infernalmente incómodo embudo, tan estrecho en su final que podía ser abarcado por dos manos grandes. Pera contrastar con la esbeltez de la cintura, colocó dos cazoletas de alambre sobre sendas caderas, sujetos a ellas con cintas de satén y cubiertos por tres capas de onduladas enaguas. Jadeando aún por la presión que soportaban sus costillas, Catherine se volvió lanzando un exabrupto que la irlandesa la mirara, sorprendida.

-¿ Has visto lo que la muy... ha tenido la osadía, el descaro, la desfachatez de prestarme?

-¿Cómo dice, señorita? ¿Quién?

-Esa escocesa pelirroja y vulgar. -Catherine desapareció por un instante entre los voluminosos pliegues de seda mientras Deirdre la ayudaba a ponerse el vestido por la cabeza-. Lo ha hecho aposta, lo sé. Está pasado de moda, es lo que se llevaba hace seis meses, y estoy segura de que tiene una mancha de salsa de carne en el corpiño. ¡Por Dios!

Deirdre, al igual que Catherine, se quedó mirando el impresionante efecto del generoso escote. Dejaba poco espacio para la imaginación; más bien era una invitación descarada, una pura exposición.

Sus pechos sobresalían como dos medias lunas, colocados de tal modo que le era casi imposible verse los pies. Al menor movimiento de sus brazos, corría el peligro de que sus pezones asomaran por encima de la seda verde pálido.

Catherine corrió hacia el espejo y se quedó boquiabierta. Parecía una de esas cortesanas emperifolladas y pintarrajeadas que pululaban por la corte real y competían para conseguir la atención de ministros lascivos y viejos

-¿Quiere un chal, señorita? -preguntó Deirdre, buscando solución.

Catherine estaba a punto de replicar con una afirmación desesperada, pero un movimiento reflejado en el espejo distrajo su atención momentáneamente hacia la figura que permanecía quieta junto a la puerta.

Desde su llegada a Achnacarry, Alexander había escogido seguir vistiendo de acuerdo al estilo inglés: levita, pantalones oscuros, camisa blanca y corbatín. Para su primera cena en casa le habían procurado un paletó más formal, de terciopelo azul celeste ricamente adornado, cuyos puños estaban vueltos hasta casi el codo y bordados con hilo de oro. El paletó iba abierto sobre un chaleco de satén con franjas doradas, abrochado hasta el cuello bajo unas chorreras blancas, llenas de lazos, a juego con las que brotaban literalmente a la altura de las muñecas. Llevaba a la cintura una faja de tartán escarlata y negro, y cuyos pliegues formaban el kilt, bien sujeto por un cinturón de cuero repujado. El final del tartán subía en un drapeado sobre el hombro, y se ajustaba al paletó con un broche de plata con incrustaciones de topacios. Iba perfectamente afeitado; llevaba el pelo cuidadosamente peinado, recogido en una cola y con algunos rizos cayéndole sobre las sienes.

Durante un rato, Catherine casi no reconoció a su «marido». Incluso el más exigente lo juzgaría de magnífico; tenía el aspecto de alguien capaz de subir a la cima de una montaña y ordenar las salidas y puestas de sol a placer.

Pero, a pesar de su cambio externo, sus ojos seguían siendo los mismos. Negros y atrevidos, estudiaban la imagen de Catherine en el espejo, dejándola con la clara impresión de que su apreciación sobre el aspecto que ella misma lucía se había quedado corta.

-Quizás deberías seguir el consejo de Deirdre -dijo cortésmente--. Puede que haga un poco de frío en el comedor.

-En ese caso... -Catherine ignoró por completo la delicada mantilla que Deirdre le ofrecía y obligó a Alex a hacerse a un lado para dejarla salir-, si empiezo a amoratarme, seguro que alguien se compadecerá de mí y me enviara a mi habitación.

No cruzaron ni una sola palabra durante el descenso por la escalera de la torre. El único sonido que se oía a lo largo de los pasillos de piedra era el de sus pisadas (las de él, firmes y contenidas para seguir el paso de ella, más corto y suave). Fue al acercarse al salón-recibidor, al llegarles claramente las risas y el tintineo de las copas que brindaban, cuando Catherine perdió el aplomo y empezó a echarse atrás.

Al momento, Cameron deslizó una mano bajo su codo, arrastrándola.

-No te preocupes -dijo, casi sin mover la boca-. Nosotros, los Cameron, hace tiempo que no practicamos ritos ni ofrecemos sacrificios a los dioses de lo oscuro. Creo. Entraron en una sala brillantemente iluminada por infinidad de grandes velas y salpicada por tartanes de vivos colores. Al momento, las conversaciones pararon en seco, y una a una todas las miradas confluyeron sobre la pareja que permanecía en la puerta. Catherine sintió que su primer rubor desaparecía para volver de nuevo, con más fuerza e intensidad, mientras imaginaba todos aquellos ojos fijos en ella. La inglesa. La *Sassenach.*

Archibald y Donald estaban junto a la gran chimenea de mármol, conversando con su hermano, John Cameron de Fassefern. Catherine reconoció al instante al hombre cuya miniatura había visto horas atrás, y su opinión acerca de él no cambió ni un ápice: era el menos atractivo de los cuatro hermanos. Desgarbado, y con unas rodillas huesudas y delgadas que no hacían honor al tartán negro y carmesí que lucía.

No podía decirse lo mismo de las mujeres. Todas iban elegantemente vestidas, con ropas de seda *y* brocados, *y* otro de los prejuicios de Catherine se disipó: las mujeres de las tierras altas no se habían quedado en la moda isabelina. Y, a pesar de lo que se había temido, algunas de ellas iban tan escotadas como ella misma. Lauren Cameron, por ejemplo (el instinto felino de Catherine la había localizado al instante), sólo podía inclinarse levemente si no quería que su pecho saliera disparado *y* aterrizara directamente sobre alguna mano atrevida.

-Espero que no os hayamos hecho esperar demasiado -dijo Alex, intentando no fijarse en las lágrimas que brillaban en los ojos de Donald cuando él *y* Maura cruzaron la estancia para saludarles. Había hecho bien en llevar el tartán del clan; *y* la prueba definitiva fue el fortísimo apretón de manos con que su hermano le obsequió.

-Bienvenido a casa, hermano -la voz de Lochiel estaba ronca de emoción-. Por fin, después de tan larga espera, ya estás aquí, tal como tiene que ser, por Dios. Los Cameron, juntos, fuertes *y* unidos. ¡Ningún hombre, rey o gobierno volverá a separarnos jamás!

Un coro de vehementes «hurras» se alzó hasta el techo. Como por arte de magia, aparecieron para Alex *y* Catherine un par de copas de cristal, llenas hasta el borde.

Donald alzó la suya *y* lanzó un brindis: . -¡Por los Cameron!

-¡Por los Cameron! -Familia e invitados respondieron como una sola voz *y* vaciaron las copas de licor dorado de un solo trago.

Catherine, consciente de que cada uno de *sus* movimientos era observado por todo el mundo, bebió de la suya, imitando a las otras mujeres, *y* se sentía bastante orgullosa de sí misma... hasta que la bola de lava líquida bajó por su garganta *y* secó todo el aire de *sus* pulmones con tanta fuerza que le fallaron las rodillas. Incapaz de respirar entre las llamas, intentó agarrarse del brazo de Alex, desesperada, *y* habría caído al suelo si él no hubiera reaccionado ante el grito de alerta de alguien.

-¡Oh, vaya por Dios! -la cara de Maura se tambaleaba frente a ella-. ¿ Quién le ha servido el whisky?

-Yo, no -se apresuró a responder Jeannie, tan inocente como un gato con plumas en la boca.

-Lo más probable es que la pobrecilla nunca haya bebido nada más fuerte que un vino de Canarias. Que alguien vaya a buscar un poco de agua, rápido.

-Toma, dale esto -la tía Rose alcanzó un vaso a Maura-. No puedes darle sólo agua, sólo conseguirás que el whisky vuelva a subir.

Un traguito de clarete, con eso se le pasará. Sólo un traguito, para aclarar la garganta.

-Bebe sólo un poquito -le advirtió Maura mientras acercaba el vaso a los labios de Catherine. Afortunadamente, el remedio funcionó; el vino dulce calmó las brasas de su garganta e hizo que su boca y lengua recuperaran alguna sensación.

-Dios mío -musitó casi sin voz-. ¿ Qué era eso?

-El mejor *uisque baugh* de todas estas tierras, jovencita- proclamó con orgullo Archibald Cameron-. ¡Puedes beber diez pintas y aguantar hasta la mañana siguiente! Estalla como un cañón cuando lo mezclas con pólvora negra. Así es como se reconoce un buen whisky, por si no lo sabías. Lo mezclamos con pólvora, le prendemos fuego y, si no explota, no merece la pena tragárselo. Sí, que me parta un rayo si miento, Donald ha perdido a un montón de buenos empleados en su destilería a lo largo de los años; hombres que saltaron por los aires y se fueron derechos al infierno sin dejar-ni rastro de su paso por este mundo.

- ¡Vaya historia! -le espetó Jeannie-. Me entran ganas de ponerte un poco de pólvora en el kilt y saber si lo que tienes es realmen- te de calidad. Lochiel se aclaró la garganta por encima de las carcajadas, y luego sonrió.

-Bien, creo que estamos todos y, desde luego, yo tengo apetito por diez.

Alzó la mano dando la señal para que alguien que esperaba fuera entrara en la sala, y el paletó de Alex sufrió otra acometida cuando Catherine reaccionó a lo que parecía los chillidos de un animal que está siendo torturado. Mirando rápidamente a su alrededor, distinguió la inocente escena de un gaitero llenando su instrumento de aire. Una vez terminada la operación, el desagradable sonido fue convirtiéndose poco a poco en algo parecido a un claro y limpio gemido, que no era menos temible en esencia, pero que podía, al menos, ser reconocido como música.

-Las gaitas nos invitan a ir a cenar -murmuró Alex al oído de Catherine.

-¿Nos invitan? Suena como si intentaran ahuyentamos

-Ese era la primitiva intención del *piob'rachd* (la marcha militar del clan): aterrorizar el corazón y el alma del enemigo. Diez gaiteros tocando al frente de una columna de hombres del clan puede dañar ; tanto los nervios del adversario como un batallón de artillería.

Catherine no lo dudaba.

-y lo que tocan ahora es una música de bienvenida –añadió Alex.

Ella le miró y casi le devolvió la sonrisa. Pero Donald, a su lado, le ofreció el brazo y la escoltó hasta el recibidor, al frente de la solemne procesión que iba tras el gaitero, a lo largo del pasillo y por el corto tramo de escaleras que bajaban hasta el salón. Se había preparado dos largas mesas de roble para acomodar a la familia y los invitados. La más pequeña estaba colocada sobre una tarima de un pie de altura y que iba de pared a pared a lo ancho del salón. La otra, formaba ángulos rectos y llegaba de punta a punta del salón, a lo largo. En ella había espacio suficiente para los casi cincuenta tíos, tías, primos, hijos y amigos que se habían reunido para festejar el retorno de Alex.

Uno a uno, los asistentes se levantaron para proponer un brindis, lanzar un discurso o recordar varios de los momentos históricos del clan. Muchos de esos discursos eran ininteligibles para Catherine, puesto que eran en animado gaélico, con muchos gestos y en voz muy alta y vigorosa. La habían sentado a la derecha de Donald, con Archibald al otro lado y frente a Elspeth, la esposa de John de Fassefern. Un hombre bajito y más bien gordo, al que todo el mundo llamaba simplemente Keppoch, se sentaba entre Elspeth y Jeannie Cameron, y en diagonal a él estaba la tía Rose, que no perdía ocasión para intercambiar guiños con el viejo anticuado. Lady Maura ocupaba una silla en la presidencia de la mesa, con Alex a su derecha y su hermano John a la izquierda. Si se inclinaba hacia delante y entrecerraba los ojos para ver a través del candelabro, Catherine casi distinguía la cara de Alex. Pero si desviaba un poco el foco, aparecía ante sus ojos, sin ningún obstáculo, la clara imagen de Lauren Cameron, que de alguna manera se las había arreglado para sentarse junto a Alex.

Cuando los discursos terminaron, más sonido de gaitas anunció la llegada del primer plato, cuyo aspecto no resultaba nada familiar a Catherine, pero que resultó ser una deliciosa y suave crema de lentejas y patatas que albergaba entre sus olas suculentos tropezones de

salmón. A este entrante siguieron un asado de pato nadando en una espesa salsa de manteca, tortas de patata, crujientes, doradas en grasa de cerdo, pastel de cordero con salsa de carne; morcillas, salchichas y empanadas rellenas de carne de venado y especias. Varios vinos acompañaban cada uno de los platos y, gracias a la atención del Dr. Cameron, el vaso de Catherine nunca estaba vacío. Había probado un poco de cada guiso, y lamentaba haber dejado que Deirdre se esmerara tanto con su corsé.

-¿Así que te gustan nuestros paisajes y vistas, eh, jovencita? -Keppoch le guiñó un ojo-. Yo estuve en Londres no hace mucho y creo que sus habitantes son demasiado presumidos y jactanciosos, lo miran todo por encima del hombro. Los ingleses -levantó el volumen de su voz para que toda la mesa escuchara su comentario- tienen cientos de opiniones sobre todo, pero son demasiado engreídos. Viene por aquí y te hablan del oro y la plata que poseen, del cristal fino elegantemente tallado, de sus ricos ropajes, telas y bordados. Una vez, puse a mis hombres alrededor de una mesa, cada uno de ellos con una vela en la mano, ¡Y pregunté si alguien podía encontrar un mejor grupo de palmatorias en todo el país! Esto es lo que debería preocupar a los lairds: la riqueza que posee en hombres fuertes para que le sigan a la guerra. Ni el oro m la plata. iLos hombres! -Hizo una pausa y dirigió su astuta mirada hacia donde estaba Lochiel-. Sí. Y, desde luego, puede que necesites ese tipo de riqueza dentro de poco tiempo, Donald. Argyle no tardará ni el tiempo que se necesita para pestañear en saber que el joven Alasdair ha vuelto a casa.

Lochiel hizo un leve movimiento con la cabeza.

-Ya he avisado a los MacDonald y los MacNachtan, cuyas tierras son fronterizas con las de Campbell, para que estén alerta. No dudo que el duque busque sangre.

-Inmundos bastardos -masculló Jeannie para sí-. Ya es hora de que los cuelguen a todos.

-Quizás alguien lo haga, querida -repuso tía Rose, medio achispada-. Y quizás pronto.

-Cállate, Jeannie -ordenó Archibald-. Vigila tu lengua.

-¡No me da la gana! -replicó ella con indignación-. ¡Ya hemos , vigilado lo suficiente nuestras lenguas hasta ahora!

-No vamos a celebrar ningún consejo de guerra en esta mesa -dijo Maura con firmeza-. Ni empezaremos ningún tipo de discusión.

-Yo no estoy discutiendo -insistió Jeannie-. Sólo constato los hechos. Tearlach ha convocado a los jefes para que se reúnan con él, y ellos tienen que ir. ¡Tienen que ir! -Miró directamente a Lochiel y, soltando un bufido, añadió-: No pueden simplemente decir que no quieren ir, y no pueden enviar a una vieja vaca chiflada para que hable por ellos...

-¡Jeannie! -la cara de Archibald se había puesto roja de ira-. ¡de bien tus palabras! ¡y no olvides con quién estás hablando!

-No -suspiró Lochiel-. Que diga lo que quiera. Si no, reventará

-Pues claro que hablaré. Hablaré en nombre de los hombres, mujeres y niños que murieron en la última revuelta. Por cada uno de ellos. ¡Tu padre no le daría la espalda a un Estuardo! ¡Tu padre no se cuestionaría si la razón está de uno u otro lado, y no dejaría que tuviera que arrastrarse ante nadie!

Lochiel apartó su plato

-Mi lealtad hacia el rey Jacobo nunca ha podido ponerse en duda, y tampoco mi respeto hacia su hijo. ¿Acaso no he estado durante largos años haciendo todo lo posible para que ambos pudieran ver

-Pero sólo con malditas palabras -escupió Jeannie-. ¡Y no se puede luchar contra los *Sassenach* sólo con palabras!

-Sí se podría, si olieran tanto a odio como tu áliento -rugió Archibald-. y cállate de una vez, arpía, si no quieres que sea yo el que arrastre de vergüenza.

-¿Te avergüenzas de mí? ¿Tú? -Los ojos de Jeannie, desafiantes, se salían de sus órbitas-. ¿Tú, que cabalgaste hasta Arisaig con cola a entre las piernas, allí donde debería

estar la prueba de tu virilidad? ¿Tú, que le dijiste al príncipe que su casa no estaba aquí y que viera a Francia?

-¡Le dije la cruda verdad, maldita sea! Le dije que no podíamos reunir un ejército con tan sólo unos cuantos *clai'mors* mohosos y unos pocos mosquetes.

-La sangre y el valor son capaces de formar un ejército- persistó- Jeannie.

-¡Ah, claro! ¡La sangre de los jóvenes escoceses y el valor de idiotas como tú!

Jeannie se echó hacia delante en su silla y, por un momento, Catherine creyó que la delgada pelirroja iba a saltar por encima de la mesa y atacar físicamente a su marido. Le chocaba que una mujer se atreviera a hablar tan claro y con tan pocos modales delante de sus vecinos, amigos y familia. Nadie parecía estar incómodo ante tal escandalosa discusión, de todos modos. Bebían su vino a sorbitos y picoteaban sus pasteles como si fuera una costumbre común entre el doctor y su esposa.

-No hagas caso de todo lo que oyes, Donald -intervino John de Fassefern mientras intentaba succionarse un pequeño resto de carne de entre los dientes-. Has tomado la mejor y más sabia decisión, y ahora tienes que mantenerla. Siempre habías dicho que no podía haber un levantamiento contra el gobierno de Hanover a menos que estuviéramos sólidamente respaldados por Francia. El príncipe lo sabía. Lo sabía antes de venir, y de todos modos, vino; vino sin los hombres que había prometido, sin las armas ni la pólvora. y ya que no mantuvo la palabra que había dado al pueblo de las Highlands, era de esperar que tampoco los lairds tuvieran ninguna obligación de cumplir la que le dieron a él.

-Yo estoy obligado por mi honor a obedecer al rey Jacobo -dijo Lochiel con una inquietante tranquilidad-. y si me ordenara luchar, lo haría... hasta la muerte, si fuera necesario, y con mucho gusto.

-Exactamente -repuso John, inclinándose hacia él-. ¡Pero no es tu rey el que te pide que arriesgues tu hogar, tu familia, las vidas de miles de hombres valientes! Es ese jovencito monigote que tuvo que escapar de Italia a escondidas, sin el permiso de su padre, porque sabía muy bien que no se lo concedería. No tiene más que un muchachito de veinticuatro años. ¿ Qué sabe él de luchas y muerte? Si quieres saber mi opinión ¡se ha emborrachado con el dulce aroma de la pólvora!

-Sí, es joven, es temerario, y quizás si yo fuera joven y tuviera la sangre caliente no vería tan mal sus actos.

-Hablas como si admiraras a ese insensato por lo que ha hecho, por lo que quiere hacer. ¡Quiere la guerra!

-Sólo reclama lo que por derecho es suyo, y de su padre.

-Por Dios santo. -Fassefern miró alrededor con desánimo--. ¡No ha habido un ejército que haya invadido suelo inglés desde hace seis siglos! E incluso si, por un milagro entre milagros, lo hubiera, ¿quién iba a abastecerlo? La Marina Real tiene un millar de barcos. A menos que todos decidieran amotinarse contra el gobierno de Hanover al instante, ¡sólo tendrían que sellar las malditas islas y esperar a que nosotros nos tragáramos nuestro orgullo!

-Siempre hemos estipulado que es necesario que la flota del rey Luis evite que nos asedien o bloqueen.

-¿Su flota? -Keppoch soltó una risotada-. También necesitaríamos su ejército para que nos enseñara cómo luchar con cañones y mosquetes, no sólo con *clai'mors* y escudos. Necesitamos soldados adiestrados que nos enseñen cómo lucha el ejército inglés. Necesitamos jefes que nos disciplinen. Bien sabe Dios que tenemos el valor de luchar en las calles de Londres si es preciso, pero con un ejército de castores y granjeros... ¿quién iba a evitar que se preocuparan más por sus casas y sus cosechas que por otra cosa, al cabo de unos cuantos meses en guerra?

Archibald volvió a llenar su copa y, de pasada, la de Catherine. -Lo que más debería preocuparnos es las ganas que tienen los clanes de volvemos la espalda o incluso atacamos. El mismo presidente, Duncan Forbes, está ofreciendo puestos de importancia en el ejército a todos los lairds que traicionen al rey Jacobo y rindan obediencia al Gordo Jorge. ¿ Conocéis a los MacDugal? Se les devolvió todo el territorio y los títulos que les habían quitado en 1715 a cambio de su promesa de llevar la cinta negra en el sombrero.

-Los MacDugal han cobrado las monedas de Judas y tendrán ue vivir con ese cargo de conciencia -declaró Keppoch-. Y lo mismo tendrán que hacer aquellos que han anunciado abiertamente que o usarán su espada para defender uno u otro bando. Son los que se hallan, los que se esconden, los que no quieren saber nada ni sabrán ada hasta que sea demasiado tarde. Esos son los que más nos perjudicarán, porque no se puede crear un ejército con fantasmas y desertores.

-Como los MacLeod -dijo Jeannie, burlona-. Os dije que no podía confiar en ese bastardo. Os dije que jamás cumpliría su palabra. Se ríe de todos, eso es lo que hace. Gracias a Dios que tiene un hijo que no teme a su propia sombra.

-¿El joven Andrew MacLeod? Sí, mantendrá su promesa de luchar por los Estuardo, pero si lo hace él solo, sin esperar que su padre dé la orden, será como una abeja alejándose de la colmena. Un solo aguijón, en vez de miles.

-Podría muy bien ser que hubiera miles -repuso Lochiel con desaliento- si los MacKenzie de Seaforth siguen a MacLeod, o los Ross, o los Grant. MacKintosh controla a tres mil tan sólo en el clan Chattan, y si acepta el ofrecimiento de Forbes...

-Si lo acepta -interrumpió Keppoch-, hará que el clan de los ats se divida en dos. Los Farquharsons nunca acatarán una orden de aque contra nosotros, y tampoco lo harán ni los MacBean ni los MacGillivray. Antes se irían del clan Chattan.

-Angus Moy es muy consciente de sus responsabilidades como fe de los MacKintosh. Jamás provocará deliberadamente que un clan enfrente a otro dentro de su propio bando.

-¡Responsabilidades! -Jeannie volvía al ataque-. La única res ponsabilidad de un clan es obedecer a su jefe, y la única responsabilidad de un jefe es defender a su país... ¡Escocia! ¡Y no al revés!

-Lo que no sé -dijo Keppoch, ignorando aquel estallido por parte de Jeannie- es por qué creen esos lairds que les beneficiará en algo declararse a favor de Jorge, el alemán. No pueden haber olvidado cómo fueron tratados todos los clanes, liberales o jacobitas, después de la batalla de 1715. No importaba si el clan había luchado a favor o en contra de los Estuardo; se ordenó que todos depusieran las armas. Fueron despojados de todas sus pertenencias y posesiones, se les trató con desdén y recelo... y esta vez pasaría exactamente lo mismo.

-La mayoría de los jefes lo saben -asintió Lochiel- y no quieren ver este país aplastado de nuevo.

-A los hombres como Duncan Forbes El Bastardo se le debería haber disparado directamente a la garganta hace muchos años -gruñó Jeannie-. ¡Provocando que los hombres se rebelen contra los de su propia casta! ¡Cobardes!

-Sus métodos pueden ser equivocados, pero quiere la paz tanto como nosotros -dijo Lochiel-. No quiere que los hermanos se enfrenten, que haya lucha entre un Higlander y otro. Sabe tan bien como nosotros que una guerra ahora significa acabar con cualquier posibilidad de tener un parlamento libre e independiente en Escocia.

-Puede que hayamos. perdido esa posibilidad en el mismo momento que el príncipe Carlos desembarcó en territorio escocés. -Alex hablaba en voz baja, rompiendo el silencio que había guardado hasta entonces-. Si se queda, o si consigue convencer aunque sólo sea a un puñado de clanes para que le apoyen, Inglaterra tendrá la excusa que necesita para cruzar nuestras fronteras por la fuerza. El Parlamento ya ha aprobado reforzar las guarniciones en Fort George y Fort William. Creo que es evidente que la mitad de Inglaterra está movilizando sus milicias... La otra mitad no ha dejado de estar en alerta desde que se produjo aquel fiasco el febrero pasado, cuando el príncipe casi se ahoga en el canal.

-El príncipe nos asegura que hay un ejército de ingleses esperan- do para unirse a su causa.

-Si lo hay -repuso Alex secamente-, no lo he visto. Lo que sí vi fue un ejército de fanáticos que alertaban a la gente contra los salvajes sedientos de sangre que van desnudos, viven en cuevas y pronto bajaran de las montañas y cruzarán las fronteras para violar a sus mujeres y raptar a sus hijos para ofrecerlos en sacrificio a los druidas. - Sus ojos de ébano se clavaron en la callada figura que estaba junto a Lochiel-. Nunca les convencerás de que sólo

queremos que nos dejen solos para poder vivir en paz. Nunca les convencerás de que no necesitamos que nos conquisten y nos civilicen según sus costumbres. -El príncipe ya tiene seguidores -replicó Archibald muy malhumorado-. Clanranald, Glenaladale, Kinloichmoidart... Todos han acatado sus requerimientos y se han rendido al encanto del joven ¡y vive Dios que posee encanto! Tiene los rasgos de su padre, los ojos de su padre y la misma facilidad que su padre para mirarte directamente al alma y sacártela por la garganta. Fuiste muy sabio al arme en tu lugar, Donald. No creo que tú te hubieras podido resistir.

-He tomado una firme decisión sobre la postura que voy a tomar la que tomaremos todos los Cameron. Eso es lo que he dicho, y roya cambiarlo.

-Entonces, no te acerques a menos de una milla de él --ordenó Archibald- porque te conozco mejor que tú mismo, y si el príncipe lardo te echa el ojo algún día, te tendrá atrapado, completamente entregado y decidido a hacer cualquier cosa que él quiera que hagas.

Lochiel frunció el ceño.

-Me gustaría mucho, hermano, tomar también un trago de ese que pareces haber guardado para ti solo.

Archibald soltó una risita entre dientes, y el asunto quedó zanjado. Los comensales se ocuparon de otros temas menos peliagudos.

Catherine no se había atrevido a levantar la vista durante toda la discusión; a duras penas podía creer que debatieran acerca de la rebelión tan abiertamente, discutiendo sobre la traición con tanta libertad, preguntó qué clase de hombres se atrevía siquiera a imaginar con desafiar el poder del ejército del rey Jorge.

Paseó la mirada a lo largo de la mesa y pensó que tenía al menos parte de la respuesta. Alexander Cameron era capaz de luchar contra el diablo en persona, de eso estaba segura, y no le hacía falta provocación que un repentino cambio de humor. Hablaba con calma, lógica y elocuencia en contra de la guerra, pero ella había visto en persona su lado más oscuro, su lado violento. ¿ Podían coexistir durante mucho tiempo tal violencia y tal lógica en lo más profundo de un hombre sin que se volviera loco?

¿Qué sucedía tras aquellos ojos impenetrables, ilegibles? ¿Había alguien, en algún momento, conseguido estar tan cerca de aquel hombre para poder leer su mente o entender su comportamiento? ¿Había querido alguien, algún momento, entenderle de veras? Cada vez que ella creía haber encontrado una brizna de ternura en su interior, él le había probado que se equivocaba. La atormentaba, jugaba con sus sentimientos, se burlaba de ella sin piedad... y a pesar de todo, después del ataque que habían sufrido, cuando él la abrazaba, ella se había sentido más amparada, más protegida que nunca.

La risa de Lauren interrumpió bruscamente sus pensamientos y Catherine desvió un poco la mirada. Aquella bruja ordinaria estaba prácticamente sobre Alex, arrimándose a él cada vez que se le ocurría una nueva pregunta que hacerle sobre sus viajes. A él no parecía molestarle. De hecho, bastaba que se aproximaran un poco más para que su nariz quedara por siempre pegada entre los pechos de ella.

Catherine cogió su copa de vino. El *Camshroinaich Dubh.* El Cameron Negro. Dioses de lo oscuro y druidas, fantasmas entre la niebla y visiones de sangrientos campos de batalla...

¡Invadir Inglaterra! Cómo deseaba que Hamilton Garner estuviera allí con su elegante casaca escarlata y sus pantalones blancos. Él les enseñaría lo ridículos que eran todos sus debates, lo inútiles que eran sus especulaciones. ¡Un puñado de despreciables jacobitas no sería capaz ni de llegar hasta el río Tweed sin retroceder de espanto ante los Dragones Reales de su majestad!

¡Hamilton!

¿Dónde estaba en este momento? ¿Se había recuperado de sus heridas? ¿ Le había sucedido algo terrible (infecciones, fiebre o aún peor? Seguro que habría ido a buscarla si hubiera estado en condiciones, porque era totalmente imposible que la abandonara a merced de Alexander Cameron. ¿¡ y Damien!? ¿Por qué no les había seguido el rastro? Ella había

dejado muchas pistas, infinidad de mensajes. Alexander no podía haberlos encontrado todos. ¿ Por qué, entonces, no había dado señales de vida?

Miró su copa vacía, de mal humor.

Porque era demasiado tarde, he ahí el porqué. Estaba irremediablemente atrapada en aquella fortaleza medieval entre montañas. Sus habitantes, o algunos de ellos, tenían una actitud más o menos amistosa, pero ella no dejaba de ser una intrusa. La extranjera. La extraña. La *Sassenach.* La vigilarían donde quiera que fuera, hiciera lo que hiciera. Incluso si sus rescatadores estaban justo detrás del primer recodo, tenía pocas esperanzas de llegar hasta allí.

¿De qué se reían todos ahora? Concentró toda su atención en la boca de Alex, pero fue un error, porque la hizo recordar qué le había hecho sentir, tan cálida y húmeda, besando ávidamente sus pechos.

Lanzó un grito ahogado, al ver una mancha roja que se ensanchaba frente a ella, sobre el mantel.

-¡Oh, qué torpe soy! -Puso su copa en pie otra vez y cogió rápidamente su servilleta para que absorbiera el líquido derramado antes de que goteara sobre su falda.

-¿Te encuentras bien, querida? -le preguntó Rose-. Parece como si te hubieras tragado un hueso de cereza.

-Estoy... estoy bien. Sólo que... estoy torpe.

-Bueno, estás cansada, jovencita, y con razón -dijo Lochiel-. Me ha sorprendido que insistieras en bajar a la cena. Le hemos dicho a Alex que te dejara descansar.

-No ha querido hacerme caso -Catherine oyó la voz de Alex detrás de su hombro. Se volvió, dando un respingo por la inesperada aparición a su lado, y descubrió que veía dos figuras.

-Estoy... un poco cansada -confesó, sacando todo el aire.

-Claro que sí -terció Maura, levantándose al instante-. Qué desconsideración por nuestra parte tenerte tanto rato aquí. Alex, tienes que llevarla a la cama ahora mismo.

Capitulo 16

Catherine oyó la orden y tropezó un poco con el dobladillo de su vestido al ponerse en pie. Alex, con una leve risa, dio las gracias a Maura por la sugerencia y se despidió de todos en nombre de Catherine, sujetándola firmemente para que caminara en línea recta mien- tras se la llevaba hacia el pasillo y escaleras arriba.

-Tú no tienes por qué venir conmigo -protestó ella, intentando sin éxito zafarse de su brazo-. No me gustaría que me acusaran de estropearte la velada.

-Es muy amable de tu parte. Pero prefiero asegurarme de que llegas hasta donde quieres ir.

-¿ Estás insinuando -Catherine se detuvo bruscamente y se tambaleó peligrosamente hacia la pared- que no estoy en condiciones?

Alex no tuvo más remedio que sonreír. Los ojos de Catherine eran grandes y oscuros, porque tenía las pupilas tan dilatadas que sólo las rodeaba un fino halo violeta. Tenía las mejillas sonrosadas y calientes, y sus pechos aleteaban contra el borde de su escote como pájaros atrapados que desean que alguien los libere. Él también había bebido, y su sangre no estaba tan fría como debía estar, no si tenía que resistir la tentación de aquellos temibles ojos y aquellos labios sensuales durante mucho rato.

-Debería haberte advertido que ese vino es casi tan fuerte como el whisky. Archibald supervisa la fabricación de ambos.

-Usted da muchas cosas por sentado. Por lo que a mí respecta, el borgoña me ha parecido muy malo, sin cuerpo y de efectos frustrantes.

-¿ Frustrantes? En ese caso, quizás es la ginebra de tu padre lo que has añorado desde que salimos de Derby, y no a tu intrépido teniente.

-Eres vil -repuso ella entre dientes. Se soltó de su brazo con un tirón, dio media vuelta, haciendo que sus anchas faldas revolotearan un poco, y siguió por el pasillo. Sólo tuvo que volver atrás una vez, antes de encontrar la galería que llevaba hasta la torre norte. Cameron se rezagó un poco, fumando uno de sus cigarros, y finalmente subió las escaleras que conducían a los dormitorios.

El que ocupaba Catherine estaba totalmente a oscuras, excepto por la tenue luz blanca azulada de la luna, que asomaba por la ventana. Catherine se quedó de pie en la entrada, bañada por la luminiscencia.

-¿Deirdre? ¿Deirdre? Por todos los santos, ¿dónde se ha metido? -¿ Puedo ayudarte en algo? -preguntó Cameron desde la puerta. Sus rasgos estaban en sombras, y su torso se recortaba contra la luz de los farolillos del rellano. Catherine sintió que su sangre latía fuertemente contra las sienes al ver el cigarro encendido, ahora con mayor, ahora con menor intensidad.

-Apaga eso tan asqueroso y enciende una vela -dijo secamente. Él no hizo intención de cumplir con ninguna de las dos órdenes hasta que ella, después de lanzar un suspiro, añadió refunfuñando: -Por favor.

-Con mucho gusto -salió un momento y volvió con una de las palmatorias de la pared. Encontró una vela, la encendió y la colocó sobre el tocador.

-Gracias.

-De nada. y gracias a ti.

-¿Por qué?

-Por esta noche. Por comportarte como si todo fuera como tiene que ser. Puedo imaginarme lo difícil que debe haber sido para ti estar sentada mientras discutíamos, sin decir ni una sola vez lo que piensas.

Catherine le miró con recelo, sin saber si aquello era una alabanza o un insulto.

-Y, a pesar de lo que me temía -añadió él, haciendo una pausa y dejando que sus ojos resbalaran por el corpiño-, creo que has conseguido que todos los hombres de sangre caliente que estaban presentes me tengan envidia.

Catherine contuvo la respiración. ¿ Halagos? ¿ Piropos? ¿ Qué era lo que tramaba?

-Gracias por acompañarme. Puedo arreglármelas sola.

-¿ Estás segura? Estoy... bastante familiarizado con la ropa femenina y... si Deirdre no está aquí para ayudarte...

Catherine sintió que los *ojos* negros se posaban en su pecho otra vez, acariciándolos como si fueran manos. ¿ Era eso? ¿ Se arrepentía él de no haber cumplido sus amenazas hacía unas horas? ¿Estaba valorando, especulando cuánto le podía costar ahora vencer la resistencia de ella?

-Le aseguro, señor Cameron -sus palabras eran témpanos de hielo- que soy muy capaz para cuidar de mí misma.

Él se encogió de hombros y sonrió de medio lado.

-Sólo intentaba ser amable. Si cambias de opinión, o si me necesitas para... bueno, si necesitas cualquier cosa... estoy justo al otro lado del rellano.

-Si cambio de opinión, señor, me tiraré por la ventana y dejaré que me desnude el viento.

-Una solución ingeniosa, ya lo creo. Quizás un tanto melodramática pero, como siempre, una prueba de tu brillante imaginación. Buenas noches.

Alex seguía sonriendo para sí cuando entró en la pequeña habitación al otro lado del rellano. La muy tunanta tenía gracia, eso no se podía negar. Siempre conseguía tocarle de algún modo, y no sólo para causarle enojo. Si seguía así, no podría responder de sus actos. Había estado cerca, aquella tarde. Demasiado cerca, maldita sea. y desde entonces se sentía como perdiendo el control.

Lo malo era que todavía no sabía por qué demonios le atraía tanto. Sus caracteres no podían ser más diametralmente opuestos. Ella era mal educada, orgullosa, consentida e insolente. Le provocaba deliberadamente, repetidamente, segura de que era inmune a recibir el pago en la misma moneda, totalmente convencida de que estar muy por encima de algo tan bajo y repulsivo como el deseo físico. Y, a pesar de todo, en algunos momentos (cada vez más frecuentes), la fachada de hielo se resquebrajaba. Y él simplemente sabía que Catherine necesitaba ser abrazada por alguien.

¿Por alguien? ¿Por él?

No. Aunque a Aluinn le gustara ver el mundo de color de rosa, había demasiadas cosas en el pasado para poderlo superar. El dolor, los recuerdos... eran demasiado intensos. El sentimiento de culpa todavía estaba muy cerca de la superficie, aunque hubieran pasado tantos años. Annie estaría viva, de no haber sido por él. No habría sufrido la humillación y el dolor a manos de los Campbell si éstos no hubieran podido usar su amor como la última arma que les quedaba contra Alex. Jamás volvería a ponerse a él mismo ni a nadie en esa situación. El amor era una debilidad que él no se podía permitir.

De repente, le dolió todo el cuerpo, y la cabeza le retumbó con violencia. Desde su llegada a Achnacarry, no había tenido la ocasión de gozar más que de un rápido aseo y una cabezadita de tan sólo una hora, y ahora le estaban entrando ganas. Un baño caliente. Una buena copa de coñac. Un colchón mullido y veinticuatro horas de sueño... El cielo.

Suspiró mientras cerraba la puerta, pero sólo pudo dar unos pasos. Ella estaba echada en la cama, enroscada sobre un montón de lazos deshechos. Su cabello, suelto, desprendía brillos rojos sobre sus hombros, acentuando la suavidad de satén de su garganta y brazos. Se había quitado el corsé, y sólo llevaba una ligera blusa de seda que se ajustaba a sus pechos de una manera mucho más insinuante que si hubiera ido desnuda. Zapatos y medias formaban un montoncito en el suelo, a los pies de la cama, y las enaguas mostraban deliberadamente sus esbeltas pantorrillas.

La mirada de Alex quedó atrapada durante un momento y Lauren, sabiendo dónde, movió una rodilla y apartó un poco más las enaguas, dejando así buena parte de su cuerpo al descubierto.

Alex hizo un esfuerzo e inició el movimiento de salida hacia la puerta, echando un vistazo a la mesilla de noche, donde había una botella de whisky casi llena.

Lauren sonrió y bebió las últimas gotas del vaso que sujetaba. -¿Te sirvo un traguito? Me parece que lo necesitas.

Como un gato, enroscó las piernas bajo ella y se incorporó sobre las rodillas. Sirvió el whisky sin esperar respuesta y se lo ofreció, con la apariencia, a la luz de las velas, de una ninfa. Él cogió el vaso de entre sus dedos, consciente de cómo la seda dibujaba la forma de sus pechos... pechos que, de tan grandes, hicieron que se le secara la boca.

-Supongo... que debería preguntarte qué haces aquí, en mi habitación, en mi cama.

Ella frunció los labios y sus ojos se deleitaron abiertamente contemplando aquél torso ancho y musculoso.

-Bueno, no quisiera ser acusada de rehusar tu invitación. Vaya una bienvenida a casa sería.

-¿ Invitación?

-Más de una, diría. -Se acercó más al borde de la cama-. Aunque es difícil llevar la cuenta cuando son los ojos los que hablan.

-Si te he dado una impresión equivocada esta noche, lo siento. Eres una mujer muy bonita, Lauren, y te pido disculpas por haberte mirado. Pero eso era todo lo que hacía: mirarte.

-Mm. -Dirigió las manos hacia el broche de plata y topacios que sujetaba el tartán al hombro de Alex. Con un preciso movimiento hizo caer al suelo la joya y el paño.

-Soy un hombre casado -le recordó él suavemente.

-Ah, sí, casado. Pero, entonces, ¿por qué estás aquí? ¿ En otra habitación, en otra cama? Es un comportamiento extraño para ser marido y mujer, ¿ no?

Alex miró hacia abajo. Las manos de Lauren no habían estado quietas. Los botones de perla de su chaleco ya estaban desabrochados, y el cinturón estaba en el suelo. y aquellos ágiles dedos estaban empezando a desabrocharle la camisa.

-Podemos simplemente hablar, desdé luego -le propuso ella con un suspiro-. Si es lo que realmente tienes ganas de hacer.

-Lo que realmente tengo ganas de hacer... -Alex contempló el voluptuoso cuerpo felino de Lauren. Sus pezones, rojos como el vino, parecían estar atrapados por la seda de su blusa, y él sabía que podía liberarlos con un simple movimiento de sus dedos-. Lo que realmente quiero es dormir un poco. No he podido descansar desde hace días.

Lauren ronroneó y se pegó aún más a él, aprovechando su distracción para despojarlo de su chaleco y levita de terciopelo. Había conseguido abrirle la camisa hasta las costillas, y metió sus manos, acariciándole, pasándole los dedos por el vello rizado del pecho, con la boca entreabierta, como si la excitación fuera casi insoportable.

Lentamente, los ojos ámbar de Lauren recorrieron el camino hasta los de Alex, que sintió cómo se ahogaba en aquellos ardientes lagos verdes, dorados y castaños. Sería, pensó, una manera de demostrarse que Catherine Ashbrooke no significaba nada para él. Una manera de demostrar que lo que había hecho que su sangre hirviera había sido los nervios y la tensión del viaje de vuelta a casa, y no las ganas de perderse en el suave cuerpo de Catherine, de oírla gritar su nombre, de ver su pasión encendida en las profundidades de sus ojos violeta.

Lauren se inclinó y besó su pezón moreno, trazando húmedos y cálidos círculos en su sensible piel. Alex la agarró por los hombros, con firmeza, mientras su cuerpo luchaba contra la innegable ola de placer erótico que lo invadía.

-No creo que realmente quieras esto -le advirtió, con voz ronca y leve.

-Sé perfectamente lo que quiero, Alasdair y lo que tú también quieres. -Lanzó un gruñido desde lo más profundo de su garganta y a boca de Alex hacia la suya. Restregó su cuerpo contra el de él, suplicante, exigente. Sus pechos, su vientre, sus muslos actuaban unidos en la conspiración para vencerlo y someterlo. No dudaba, no tenía ningún tipo de recato mientras su lengua se metía entre los labios de Alex, tomando posesión de toda su boca con tanta lascivia y sabiduría que Alex casi perdió el sentido.

Se libró de ella y la apartó tanto como sus brazos le permitieron. Ella lo miró, desconcertada, con sus fríos ojos de tigre y la boca húmeda y entreabierta.

-¿Qué pasa? -preguntó casi sin aliento-. ¿Por qué paras?

-No es difícil detener algo que no ha empezado.

Sus manos, rápidas y atolondradas como alas de pájaro, se colaron los pliegues del kilt:

-¿Seguro que no?

-Lauren... -la agarró por las muñecas y le apartó las manos suavemente- estoy muy cansado. y también un poco bebido. De lo contrario, te habría dado unos azotes y te habría mandado a tu habitación hace diez minutos.

-Pero no lo has hecho -sonrió ella, maliciosa-. y no puedes decir que tienes una cama más caliente en la que dormir esta noche. Me das la impresión de ser un hombre necesitado, Alasdair. y yo también lo estoy. Necesito un hombre de verdad, uno que pueda sacarme de aquí. Este no es tu hogar, Alasdair, y tampoco es el mío. Nunca serás feliz en este castillo en ruinas, con tu esposa rubia de sonrisa tonta con esa *Sassenach.*

-Creo que ya he escuchado suficientes...

-¿Sabes lo que hacen aquí para divertirse por las noches, Alasdair? Se sientan frente al fuego, cada noche, siempre, y hablan de los viejos tiempos, de reyes que hace tiempo que fueron olvidados y victorias que nadie recuerda ya. Viven anclados en el pasado, todos ellos. Esta misma noche hablaban de sangre y valor como si estos valles estuvieran rebosantes de ambas cosas... ¡Pero no lo están! Este país está lleno de granjeros patituertos y pastores andrajosos que jamás han visto un sable, y mucho menos lo han usado en el campo de batalla. Huye conmigo, Alasdair, antes de que sea demasiado tarde. ¡Sácame de aquí! -Sus ojos

brillaban y sus manos consiguieron escapar de las de Alex y corrieron a acariciar sin tapujos su entrepierna-. No te arrepentirás, te lo prometo.

Alex no contestó. En lugar de eso, se alejó de la cama y fue hacia el velador. Cogió de allí un par de cigarros y cerró los puños mientras volvía a acercarse a la cama.

-Has encontrado el camino hasta aquí sin ninguna dificultad. ¿ Puedo dar por sentado que encontrarás el camino de vuelta tú solita? Lauren se quedó inmóvil sentada sobre las sábanas en desorden mientras él cogía la botella de whisky e iba hacia la puerta. Enrojeció y se puso en Jarras.

-¿Adónde vas? ¿A ver a tu dulce y tierna esposa? ¿Crees que vas a conseguir lo que necesitas?

Alex se detuvo junto a la puerta y la miró por encima de su hombro. -Lo que necesito es un buen y largo baño con agua caliente, y lo que quiero es que te hayas ido cuando vuelva. Si no, te aseguro que no seré tan comedido a la hora de echarte.

Lauren cerró los puños.

¡Bastardo! ¡Jamás ningún hombre me ha echado de su cama! -Entonces, me satisface haberte proporcionado una nueva experiencia.

Como respuesta a semejante sarcasmo, ella arrojó su vaso vacío contra Alex. Se rompió estrepitosamente contra la pared, cerca de su cabeza, y un pequeño fragmento de cristal le rozó la muñeca, y dejó como rastro un pequeño hilo de sangre.

-Gracias. y buenas noches -murmuró Alex, cerrando la puerta.

El sonido lejano de cristales rotos llamó la atención de Catherine, que se apartó de la ventana. Había estado sentada en el frío banco de piedra, con la mirada perdida en el paisaje nocturno, sin ver realmente el lago, las montañas o la belleza henchida y resplandeciente de la luna sobre las Highlands.

Entre suspiros, empezó a deshacer su peinado, dejando caer las horquillas a su lado, sin importarle si caían sobre el asiento o al suelo. Ya con el pelo suelto, flotando sobre sus hombros, se puso en pie e intentó deshacer los lazos que mantenían su corpiño firme y en su sitio, pero tenía tan poca libertad de movimientos que, después de unas cuantos tirones débiles, tuvo que bajar los brazos y esperar que la sangre fluyera de nuevo por sus dedos.
Al tercer intento (el último antes de cumplir con su amenaza de tirarse por la ventana) consiguió deshacer el nudo que quedaba y quitarse la brillante ropa verde pálido. Después de otra lucha, esta vez menor, soltó las lazadas del corsé, y Catherine agradeció la sensación de alivio en sus costillas, que agradecían librarse de aquella presión. Lanzó un gruñido de placer mientras se despojaba del ajustado vestido, tirándolo descuidadamente a un lado, y disfrutó de unos momentos de felicidad dándose un masaje y disfrutando de poder respirar hondo de nuevo.

Revolvió en el armario hasta que, entre un montón de enaguas, cazoletas de alambre, camisas, blusas, medias y ropa interior, encontró un camisón limpio. Los aturdidores efectos del vino se habían calmado y le latían las sienes. Alcanzó la bacinilla de porcelana para refrescarse la cara con agua fría, pero descubrió que la jarra estaba vacía.

-Oh, Deirdre... -dejó caer los hombros y soltó un silencioso exabrupto.

Cogió la jarra y se dirigió descalza hacia la puerta. El rellano circular frente a su habitación estaba oscuro y la puerta que había justo enfrente de la suya estaba cerrada, con tan sólo una delgada franja de tenue luz asomando por debajo. Una sombra la recorría de un lado a otro, una y otra vez, y Catherine decidió dirigirse sin hacer ruido, de puntillas, hacia el salón del fuego. No quería proporcionarle a Alexander Cameron una excusa para ofrecerse de nuevo a ayudarla. La había sorprendido que él no volviera a la fiesta, la había sorprendido gratamente que no devolviera las interesadas atenciones de Lauren Cameron. No había confusión posible en la invitación seductora de sus grandes ojos ámbar, y no había confusión

posible tampoco en el interés que él había mostrado cada vez que respiraba hondo y valoraba qué atractivas profundidades podía poseer aquella bruja.

-¿ Ya mí que me importa? -se dijo, irritada-. Son exactamente el uno para el otro.

Abrió la puerta del salón con cuidado y la cerró tras de sí, asegurándose de que nadie la espiaba. Ya había dado unos cuantos pasos cuando se dio cuenta de que sus precauciones habían sido en vano. Alexander Cameron estaba allí, relajándose en la bañera de bronce, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el borde, entre nubes de vapor. Catherine pudo entrever que tenía un vaso de whisky casi vacío en una mano. En la otra, un cigarro. Los grandes recipientes metálicos que colgaban, siempre llenos, sobre el fuego estaban vacíos frente al hogar.

Catherine no se atrevía a moverse, no se atrevía a respirar. La puerta no había hecho ruido al abrirse y ella, descalza como iba, tampoco había roto el silencio con sus pisadas. Pero, mientras dudaba sobre cómo volver rápidamente a un sitio seguro, las largas y negras pestañas de Alex se elevaron lentamente, y sus ojos negros dejaron a Catherine incapaz de moverse de donde estaba.

Convencido de que Lauren le había seguido hasta allí, llevada por su orgullo herido y esgrimiendo nuevas armas, Alex se sorprendió de ver a Catherine, apenas vestida y abrazando una jarra de porcelana contra sus senos, como si se tratara de su corazón y se le hubiera salido del pecho. Bajó el cigarro y se sintió invadido por un sentimiento a medio camino entre la desazón y el enojo. Dos hermosas mujeres en un estado y actitud altamente provocativos se habían presentado ante él en menos de diez minutos... Si no fuera porque conocía las circunstancias, habría jurado que se trataba de una conspiración.

-Si has venido con la intención de interrumpir mi baño, te advierto que puedo ponerme muy agresivo. He esperado durante todo el santo día para disfrutar de estos pocos minutos de intimidad, y no voy a renunciar a ellos por algo que no séa un terremoto o una inundación. -Se movió ligeramente, provocando un nuevo grupo de pequeñas nubes de vapor, volvió a colocarse el cigarro en la boca y cerró de nuevo los ojos-. Por otro lado, si quieres acompañarme...

- ¿Como te atreves Los blancos dientes de Alex relucieron a través de su sonrisa. Alzó el vaso

-Sólo te estoy invitando a beber. Seguro que hay otro vaso por aquí -hizo un vago gesto con la mano, señalando la habitación en general-, en algún sitio.

-No -respondió ella, lanzando un suspiro de exasperación-No quiero beber contigo

-Mm. Tienes toda la razón. Ya has tenido bastante.

Catherine agarró la jarra con más fuerza para resistirse a la tentación de lanzarla contra la cabeza de Alex.

-Creía que habías vuelto a la fiesta.

-Me apetecía mucho más la idea de un baño caliente y unas sábanas planchadas.

-¿Planchadas? Pensaba que aceptarías con mayor agrado la oferta de una cama revuelta, después de todas las atenciones que te han prodigado durante la velada.

Los ojos negros se abrieron mínimamente.

Catherine se acercó al fuego del hogar, sin caer en la cuenta de que, a contraluz, su camisón de batista se volvía invisible.

Cameron gruñó para sí *y* volvió a cerrar los ojos.

-¿Detecto otra confrontación en el ambiente, señora? Si es así, hazme un favor *y* alcánzame la botella que está debajo de la repisa.

-Prefiero decirte lo que tengo que decir mientras todavía estás relativamente sobrio, si no te importa.

-No me importa en absoluto, pero si quieres que *yo* escuche lo que tienes que decir, te sugiero que te apartes del fuego. La vista desde aquí es totalmente perturbadora *y* puede que me distraiga demasiado.

Catherine miró hacia abajo. Y, como movida por un resorte, se refugió en las sombras.

-Gracias sonrió él-. Bueno... ¿Sobre qué tema te urge tanto discutir? Sobre lo que me pongo para dormir, no, supongo.

Catherine dejó la jarra a un lado *y* juntó las manos.

-No quiero discutir sobre nada. Sólo quiero, e insisto en ello, saber exactamente cuando piensas cumplir lo que prometiste *y* enviarme a mi casa.

Otra sonrisa apareció en las comisuras de la boca de Alex.

-Así que insistes, ¿verdad?

-Sí -respondió ella serenamente-. Insisto. No me diste tu palabra sólo a mí; también se la diste a mi hermano. Prometiste que me mandarías a casa tan pronto como llegáramos, sanos *y* salvos, a tu Archberry. Bien, aquí estamos, *y* relativamente seguros... aunque no se sepa durante cuánto tiempo, a juzgar por toda esa charla sobre la rebelión *y* la cruzada por ese principito.

Cameron sólo respondió después de echar una larga bocanada de humo.

-Puede que te complazca saber que Donald piensa que he demostrado tener muy poco sentido común trayendo una nueva esposa a Achnacarry en este momento. Una nueva esposa inglesa, claro está.

No me ha hecho un gran discurso, desde luego, porque está bastante emocionado por el hecho de ver el yunque del matrimonio alrededor de ni cuello, pero tiene la habilidad de decir muchas cosas sin apenas hablar. En otras palabras -la miró directamente a los ojos, pensativo--, incluso si nos hubiésemos casado voluntariamente *y* estuviéramos locamente (¿o debería decir «desesperadamente»?) enamorados, no habría muchos obstáculos o inconvenientes para que te enviara a Derby, al menos hasta que se hayan resuelto los problemas de uno u otro modo.

Catherine se mordió el labio inferior, intentando no fijarse en cómo el agua hacía que cada uno de sus músculos, el torso y los hombros, brillaran como bronce pulido.

-¿ Yeso es lo que pretendes? ¿Fingir que me sacas de aquí por mi propia seguridad?

-Es una solución lógica.

-Pero seguirán creyendo que estamos casados, incluso mucho después de que me haya ido.

-He dicho que es lógica, no pedecta.

Se incorporó un poco e hizo caer la ceniza del cigarro. Tenía el pelo mojado, pegado al cuello en brillantes mechones negras. El vapor desdibujaba los rasgos de su cara, suavizándolos, y Catherine no recordaba (o quizás no quería recordar) la primera vez que se encontraron en el claro del bosque, y cómo la visión de todos aquellos músculos esculpidos la había dejado sin aliento. Era un hombre temible y peligroso, lleno de contradicciones, lleno de sorpresas. Un hombre que era capaz de bailar con elegancia e, igualmente, batirse en duelo manejando la espada con precisión. La línea que separaba la barbarie y la belleza era realmente muy delgada, y Catherine miró hacia la puerta, de repente tan lejos.

Se humedeció los labios.

-¿Y cuándo sería... lógico, pues... que me fuera a casa?

Él la ignoró, ignoró la pregunta, y ella entrelazó los dedos con más fuerza.

-Si no tienes tiempo de llevarme hasta la frontera tú mismo, puedes dejar que me ponga en contacto con Damien. Ahora mismo debe estar terriblemente preocupado, y estoy segura de que vendrá él mismo a buscarme antes que confiar mi integridad a unos desconocidos.

-¿ Acaso ya no recuerdas la patrulla que encontramos viniendo hacia aquí?

-Desde luego que la recuerdo. ¿Cómo podría olvidarme? ¡El horror que sentí va a acompañarme durante el resto de mi vida!

-¿ Qué te hace pensar que a tu hermano no le sucedería lo mismo?

-No... no te entiendo.

-Vamos, Catherine. Puede que no entiendas el gaélico pero seguro que cogiste el sentido de lo que el sargento y sus hombres querían de nosotros. Un inglés estúpido y su esposa... un poco de diversión para pasar la tarde. Después de robamos, violamos y matamos,

pretendían culpar del asunto a los rebeldes que, según me han dicho, son auténticas cabezas de turco, hoy en día.

-Damien y... y Hamilton. Ambos vendrán a buscarme. y Hamilton traerá todo un regimiento si es necesario.

-No dudo que ese hombre sería capaz de empezar la guerra él solito, si fuera necesario, y que sería todo un placer para él. Pero la furia descontrolada de tu prometido me tiene sin cuidado. -Jugueteó con el cigarro, pasándolo entre sus dedos largos y fuertes, observando la ceniza humeante-. Sólo por curiosidad, ¿no se te ha ocurrido pensar que cada uno de los Campbell, cada miembro de la Guardia Negra, cada miliciano y cada soldado inglés, desde aquí hasta Tweed, sabe tu nombre y tu descripción (de hecho, todo lo que tiene que ver contigo)? Incluso si tu hermano consiguiera zafarse de las patrullas (yeso es mucho suponer), ¿qué te hace pensar que ni siquiera uno de vosotros llegaría vivo al primer valle? ¿ Entiendes, señora de Alexander Cameron, lo que, a mi torpe manera, intento decirte? Me imagino perfectamente al duque de Argyle y sus hombres saliendo en grupos de batida y planeando lo que harían si la suerte les permite atrapar tan preciada presa.

-Catherine lo miraba, horrorizada, mientras palidecía mortalmente. -¿Entonces, qué? -dijo entre sollozos-. ¿Por qué me has traído hasta aquí sí sabías... incluso si sólo sospechabas que era posible que no pudiera volver a salir?

Los ojos negros evitaron mirarla (posiblemente, era la primera vez). -Para ser sincero, me he estado haciendo la misma pregunta desde que cruzamos la frontera.

Catherine retrocedió, sorprendida por el inesperado tono de arrepentimiento de Alex. Era otra trampa, otro juego para hacer que pareciera humano, para conmoverla, para que bajara la guardia.

-¿ y bien? inquirió ella, y su voz sonó chillona-. ¿Conseguiste darte una respuesta?

Él respiró hondo.

-No. No tengo la respuesta.

-No tienes la respuesta -repitió ella en un susurro-. Te has limitado a jugar a que eres un dios. Has destrozado mi vida, has destrozado cualquier posibilidad que pudiera tener de ser feliz en este maldito mundo, y después... tienes la arrogancia de estar aquí sentado y...

Catherine se dirigió lentamente hacia la puerta, con los ojos completamente inundados de lágrimas.

-Eres cruel y despiadado. Intimidas a la gente y la utilizas sin tener la menor consideración. Consigues conocer cuáles son sus debilidades y se las echas en cara una y otra vez tan sólo por el placer de divertirte. Ridiculizas lo que siento por Hamilton Garner porque eres incapaz de experimentar o ni tan sólo comprender la pureza de esos sentimientos. Eres frío y vacío. Me da usted mucha pena, señor. ¡No entenderías ningún tipo de emoción, y mucho menos la del amor, aunque te diera de pleno en la cara! Amarte a ti debe es una auténtica maldición. y no deseo a ningún ser viviente, amigo o enemigo, el sufrimiento de tan desesperado y vano intento que sólo recibiría como recompensa dolor y traición.

Cameron se movió. Entre la nube de lágrimas, Catherine le vio salir del agua y dirigirse hacia ella, dejando a su paso un rastro líquido y brillante. Se volvió, rápida, y corrió hacia la puerta, pero él ya la había alcanzado, y la cerró de golpe. Su impresionante cuerpo la acorralaba contra la pared y ella no podía escapar, no podía escapar. Se pegó a las frías piedras, de espaldas a él, y se tapó la cara con las manos, temblando de pies a cabeza y temiendo la brutalidad de Alex. Él se quedó detrás de ella, inmóvil, con lós pies separados y los brazos a lo largo del cuerpo. Catherine notaba el calor de su cuerpo en la espalda, él olor del vapor que salía de su piel. Por primera vez sintió el contacto con la dureza de la masculinidad, impactando impúdicamente en su cuerpo y su mente. Y cuando Alex la agarró firmemente por los hombros, fue como si un relámpago recorriera su espalda. Tenía las piernas y los brazos paralizados, y no podía ofrecer ningún tipo de resistencia mientras él, lentamente, inexorablemente, la obligaba a girarse y a mirarle a la cara. Su vientre se

inundó de miedo líquido al ver la intensidad de aquellos ojos negros, entrecerrados, la frialdad de aquella sonrisa forzada.

-De acuerdo. Crees que soy cruel y despiadado, ¿verdad? y que no tengo sentimientos ni emociones. -La voz de Alex erizó el vello de su nuca y le puso la piel de gallina-. Muy bien, señora. Quizás pueda interesarte saber lo absolutamente acertado que es tu análisis. Y aún te diré más me ha costado un esfuerzo considerable a lo largo de los años alcanzar tan alto nivel de impunidad (impunidad que no deja de tener sus faltas, lo admito). Tú, por el contrario...

-Déjame ir -jadeó ella, girando la cabeza en un desesperado y .. rápido movimiento que fue detenido al instante por la presión de los fuertes dedos de Alex bajo su barbilla.

-Tú, por el contrario, no admites nada -continuó él-. Tienes el cuerpo y las pasiones de una mujer pero los luces y alardeas de ellos como si fueras una niña. Tienes carácter, valor y un sentido de la independencia tan grande como el océano, pero te empeñas en actuar como una jovencita malcriada y petulante, sin darte cuenta y sin pararte a pensar que todos tus actos tienen consecuencias. Ya te lo he dicho esta tarde, madam. Te he advertido de la manera más clara posible que estoy harto de jugar a esto. Y también te he advertido sobre las consecuencias si seguías provocándome.

-Déjame ir. Ahora mismo. -El susurro fue casi inaudible. No así el gruñido profundo, como de animal, que brotó de sus labios cuando sintió la presión del miembro de Alex, en actitud de ataque, contra sus muslos-. No -jadeó-. No...

Él sujetó su cara con ambas manos y se inclinó para besarla. -¡Diste tu palabra de no hacerme daño!

-No tengo intención de hacerte daño -murmuró Alex-. Y prometí no forzarte a hacer nada que no quisieras hacer.

-Yo... no quiero esto...

-No te creo -repuso él con suavidad. Y rozó con los labios la sien de Catherine. Se movían lentamente, resiguiendo la línea del nacimiento del cabello, deslizándose hasta atrapar la delicada curva rosada de su lóbulo y quedándose allí hasta sentir que el pulso de Catherine se aceleraba.

-Oh... no... por favor...

Catherine intentó usar los puños para apartarlo, pero sus manos quedaron atrapadas contra el pecho de Alex, poderoso como un muro. La impresionante presencia de aquel cuerpo suave y caliente la hizo gritar de nuevo, pero él volvía a besarla, y supo aprovechar que ella había separado los labios, dejándolos vulnerables a su ataque. Seguía sujetándole la cabeza con las manos mientras su boca retenía la presa. Su lengua se retorcía y exploraba con tal sinceridad y entrega que ella lanzó otro rasgado grito. O más bien un gemido, porque se dio cuenta de que ya no intentaba librarse de él, sino que sus puños se habían relajado y sus dedos recorrían el oscuro vello de su pecho. Advirtiendo el sutil cambio en ella, Alex la atrajo con más fuerza hacia sí, ajustando perfectamente su cuerpo y su boca a los de ella de tal manera que cada movimiento de su lengua provocaba penetrantes y profundas punzadas en el vientre de Catherine. Aquel beso se convirtió en el centro de toda su consciencia, en todo lo que ella sabía o sentía, aunque continuaba luchando contra el intenso fuego de la pasión... lo maldecía, lo ansiaba.

-Eres una mujer. Compórtate como tal. Dime qué deseas. -Esto no. Así no.

-Exactamente esto -insistió él, dejando resbalar sus manos a lo largo del cuerpo de Catherine-. Exactamente así.

Empezó a acariciar los pechos de Catherine, tomándolos en las palmas de sus manos, notando su piel suave y la dureza de los pezones, temblorosos y suplicantes. Besándola de nuevo, comenzó a desabrochar los lazos del camisón, y Catherine intentó una vez más apartarle de ella. Pero fue en vano sus brazos no eran suficientemente fuertes para detenerlo, y sus manos seguía explorando aquel torso ancho y desnudo. Catherine había intentado vencer a Alex en Rosewood Hall y había perdido. Lo había intentado en Wakefield y durante diez días y diez noches de viaje interminable. Aquello estaba mal, era vergonzoso,

era sucio, era pecado, pero ella ya no podía hacer nada. Quería sentir los labios de Alex sobre su cuerpo otra vez. Quería sentir su calor. Quería sentir su fuerza.

Él abrió el camisón y dejó que resbalara hasta descubrirle los hombros, y Catherine exhaló un profundo suspiro de placer. La sangre de sus venas era como plata líquida, caliente, espesa. Las piernas se le doblaron bajo el peso de su cuerpo y, de no ser por el brazo de Alex, sujetándola por la cintura, habría caído se habría derretido en el suelo.

Otro grito, y él la miró a los ojos. Pero lo que vio en ellos no pudo detenerlo. Se inclinó para capturar su pecho, aquella dulce y suave tentación. Su sabor le había perseguido durante toda la tarde, un vívido recuerdo que envolvía su lengua cada vez que había mirado a Catherine durante la cena. y lo rodeó con sus labios, tanto como era posible, y gruñó al notar los dedos de Catherine enredándose en su pelo y acercándole todavía más a ella, que arqueaba la espalda y se ofrecía a dar y recibir más placer.

Bajo los aturdidores efectos de esta nueva y desconocida embriaguez, Catherine no se dio cuenta de que Alex la despojaba por completo de su camisón, deslizándolo hasta más abajo de la curvilínea suavidad de sus caderas. Quedó de rodillas ante ella, acariciando sus muslos y jugueteando con los rizos dorados de su pubis, con el rosado misterio que ocultaban. El cuerpo de Catherine se tensó y sus labios dibujaron una húmeda y rígida «O», pero no se atrevió a mirar hacia abajo, hacia la oscura cabeza que volvía a inclinarse hacia ella, la boca que avanzaba hacia su entrepierna, la lengua, sabia e inquieta, que se adentraba con la misma sinceridad y decisión con que había conquistado sus sentidos en el resto de su cuerpo. Quería gritar, pedirle, ordenarle que parara, porque aquello era una inconcebible violación, obscena y depravada... pero cuando la invadió una ola de placer, y otra, Catherine dejó a un lado cualquier asomo de recato y se lanzó al vacío ante cada nueva descarga. Esta vez, cuando sus rodillas flaquearon, fue dejándose caer lentamente junto al cuerpo de Alex, buscando febrilmente sus labios, deseando sentir su sabor.

Sus cuerpos se entrelazaron, y sus movimientos eran reproducidos por las temblorosas sombras que danzaban en la pared. Catherine gozaba sintiendo el calor de los muslos de Alex junto a los suyos, se maravillaba de la fuerza y dureza de su cuerpo, de la avidez de sus labios mientras la recorrían, mientras exploraban cada hueco, cada curva. Sintió miles de pequeños pero potentes escalofríos cuando las manos de Alex separaron sus piernas y él se colocó, con un movimiento delicado pero decidido, entre ambas.

Catherine le agarró por los brazos, con los ojos muy abiertos... y aún los abrió más cuando el increíblemente duro miembro de Alex empezó a adentrarse en ella, empujando con fuerza, como si quisiera partirla en dos. Ella se tensó involuntariamente y, por un largo momento, la pasión quedó ensombrecida por la angustia de la duda.

Alex noto que estaba asustada y supuso por qué. Pasó los dedos entre sus largos cabellos rubios e hizo que Catherine le mirara a los ojos. En ellos ya no llameaba la rabia o la arrogancia, sino una emoción completamente nueva, desnuda, directa y aún más devastadora que la desesperada avidez de su cuerpo. Catherine lo supo al instante y su corazón se desbordó. Lo saboreó en los labios de Alex, en un beso lleno de ternura, de sinceridad, que contenía mucho más que falsos susurros o promesas. Las manos de Catherine recorrieron cada uno de los músculos de aquella espalda hasta posarse sobre las nalgas. Tenía las puntas de los dedos frías. Temblaban. Catherine, con un sollozo de entrega en los labios, empujó hacia arriba sus propias caderas, cerrando los ojos para combatir el dolor de la terrible estocada.

Un instante después, y el dolor desapareció.

Otro instante, y sintió cómo Alex se deslizaba, avanzaba. Jadeó quedamente, agradeciendo la cálida y palpitante presencia que representaba el fin de una identidad y el comienzo de otra

Sintió, gratamente sorprendida, que él empezaba a moverse dentro de ella, porque realmente creía que aquello había sido todo. Todavía tenía las manos en las curvas potentes y duras de sus nalgas, y las mantuvo allí, guiando con suavidad las lentas y deseadas acometidas, húmedas y sensuales, de su primer contacto carnal. Separó más las piernas y las subió; y jadeó de nuevo al notar que Alex se adentraba aún más. Intentó acallar los

involuntarios gritos de placer que le provocaba cada acometida, pero era imposible y cuando el volvió a inclinarse sobre sus pechos, el torrente de sensaciones la hizo arquearse bajo Alex, una y otra vez, yendo al encuentro de cada movimiento de sus caderas con una osadía que la dejaba sin aliento. Él se incorporó, gimiendo, con los brazos extendidos, y ella supo que jamás había visto nada tan bello como la perfección de aquel cuerpo, brillante, como esculpido en bronce. Bajó la mirada y vio cómo sus propias manos se aferraban a él, cómo su propio cuerpo se arqueaba, deseoso de acercarse aún más al de él con cada embestida.

Ahora, ni siquiera el temible poder de aquellos ojos de obsidiana podía refrenarla. Su cabeza se movía de un lado a otro, haciendo volar sus cabellos, como finos hilos de oro trazando una filigrana; sus uñas adornaron la piel de Alex con pequeñas marcas. Y Catherine empezó a temblar, a perder el control de sus movimientos, al tiempo que la invadía por completo una sensación de ansia, un ansia nacida de la sangre, el fuego y el deseo. Las manos de Alex la levantaron y la sujetaron mientras sus acometidas se volvían más fuertes, más profundas, más rápidas. Ella sollozó de incredulidad, sintiendo que se acercaba al borde de un precipicio, y sus largas y esbeltas piernas se enroscaron desesperadamente a las de Alex. Los dos cuerpos se fundían en uno, y ella saltó desde lo alto al mar inmenso de la pasión y el placer.

Gritó su nombre. Sin darse cuenta, sin ser consciente. Pero Alex lo oyó. Lo oyó inmerso en un río de placer que recorría e inundaba cada rincón de su cuerpo, que nublaba sus sentidos y le hacía capaz de ver sólo el cuerpo esbelto y flexible que temblaba violentamente bajo el suyo. Cada uno de sus músculos, cada nervio, cada vena palpitante pedía a gritos que se dejara ir, pero Alex se forzó a esperar, a resistir la tentación de la vaina de terciopelo, presionándole, hasta que los espasmos se hicieron tan intensos que desarmaron su razón y su control. Puso sus manos bajo las caderas de Catherine y se lanzó a las profundidades como si le fuera la vida en ello, hasta quedar sin aliento. Y, como un solo cuerpo, volaron más allá del delirio hacia la cumbre del éxtasis.

Lauren Cameron se pegó a la pared de piedra, con los ojos entornados y las mejillas encendidas, abriendo y cerrando los puños mientras el odio y los celos crecían en sus entrañas. Los pies se le habían quedado clavados al suelo y tenía los nervios a flor de piel mientras escuchaba los gritos ahogados, los jadeos de inimaginable placer que venían del salón del fuego.

-¿Pero cómo se atrevía Alex a humillarla de ese modo? ¿Cómo se atrevía a despreciar la y rechazar la, y correr hacia los brazos de su esposa, la *Sassenach?*

Desde luego, Lauren no había malinterpretado las miradas y leves sonrisas que él le había dedicado durante la cena. Desde luego, no se había simplemente imaginado el roce de su muslo contra el de ella, o el insinuante juego de sus dedos largos acariciando las curvas de su copa de vino. Sus gestos habían sido tan deliberados y provocativos como el astuto brillo de sus ojos cada vez que la miraba buscando su reacción. ¿ Su reacción? Se había sentido desnuda y rendida ante la perspectiva casi toda la velada.

¿Qué no la había invitado? Casi la había poseído allí mismo, sobre la mesa. ¿A qué jugaba Alex? A qué estaban jugando ambos él, el leal y casto marido; ella, la recatada y virginal esposa que no para de sonrojarse, modesta. Y, de repente, estaban en el suelo, desnudos y retozando como perros en celo.

Lauren les había oído discutir cuando salía de la habitación de Alasdair. Quizás él había estado alardeando de su visita, usándola para que aquella bruja de pelo amarillo tuviera un ataque de celos. Quizás todo el asunto (las miradas, los roces, las sutiles insinuaciones a lo largo de la velada) había sido tan sólo una puesta en escena, una farsa para ponerla celosa.

Lauren se alejó de la puerta lentamente, con los ojos ensombrecidos de furia. Ningún hombre la iba a utilizar de ese modo. Ella no era el vehículo para que ningún hombre se ganara las atenciones de otra mujer... ¡a menos que eso fuera lo que ella decidiera!

Dio la vuelta y descendió el tramo de escaleras de piedra sin importarle que las suelas de cuero de sus zapatos resonaran Y alguien pudiera oír sus pisadas. Roja de ira, con la mirada enfurecida, se paró un momento al pie de los escalones y echó una mirada al vacío corredor, escuchando el eco lejano de risas y música. Se había vuelto a poner la ropa con enojo, sin ganas, y no se había molestado en volver a anudar las cintas o hacer los lazos. Y tampoco estaba de humor para dar explicaciones sobre su lamentable aspecto a nadie que pudiera cruzarse con ella en el ala principal de la casa.

Violación, pensó sombríamente. Podía decir que él había intentado violarla, antes de cruzar el rellano para ahogar sus frustraciones en su estúpida esposa.

No. Aquella historia sólo podía utilizarse una vez. Un segundo incidente similar sólo conseguiría que se pusiera en duda todo el asunto con el joven MacGregor *y,* si se cuestionaba la veracidad de la acusación, Lochiel empezaría a preguntarse si no había colgado a un .. hombre inocente. Entonces, las sospechas sobre el hurto del oro *y* las joyas podían apuntar a Lauren (con toda razón, por cierto) ¡Y tendría! ¡suerte si lograba escapar!

Tuvo ganas de gritar. Todavía temblaba, le dolía el cuerpo, sentía las llamas de los celos, *y* se apresuró a lo largo del pasillo en penumbra hasta llegar a una estrecha escalera que era utilizada más que nada por los criados. Se adentró silenciosamente en las entrañas del ,castillo, deteniendose de vez en cuando por si oíaa pisadas. Cruzo corriendo la cripta abovedada *y,* al final de la larga hilera de habitaciones, subió otro, *y* deteriorado, tramo de escaleras que llevaban a la despensa, las cocinas *y,* cosa que interesaba mucho más a Lauren en ese momento, las estancias del cuerpo de guardia.

Se dirigió sin el menor asomo de duda a la tercera puerta desde la base de las escaleras *y* probó el picaporte con mano temblorosa. El cerrojo no estaba echado. Respiró hondo, abrió la puerta *y* entró. La habitación era pequeña *y* oscura; la única fuente de luz era una ventana alta que daba al patio. Tardó unos segundos a acostumbrarse a tanta oscuridad, *y* entonces distinguió un catre emergiendo de las sombras *y,* sobre éste, la silueta de un cuerpo masculino. Estaba recostado, con un brazo doblado bajo la cabeza, a modo de cojín, *y* el otro, cruzado sobre el pecho.

-Deberías tener más cuidado al acercarte a un hombre cuando duerme. Está tan oscuro que te expones a que te claven un cuchillo entre los ojos antes de que puedas siquiera parpadear.

El pulso de Lauren se aceleró, *y* aquella voz le provocó una ola tibia entre los muslos.

-No has estado en la fiesta de esta noche, Struan MacSorley. Te hemos echado de menos.

-Me alegra oír eso. ¿ Y has venido a traerme la cena?

Los ojos de Lauren fueron atraídos por la visión de un descarado promontorio, visible *y* mayestático bajo los pliegues de las sábanas. Sintió que la sangre se agolpaba perezosamente en su vientre, arremolinándose hasta que el calor se hizo casi insoportable.

Despacio, tiró de las cintas, ya desanudadas, de su corpiño *y* lo abrió hasta dejar sus hombros al descubierto.

-Sí, te he traído algo para que te sacies. Si tienes hambre. Con ojos brillantes, MacSorley siguió cada uno de los movimientos de Lauren mientras se despojaba de su vestido hasta quedar tan sólo con la fina blusa de seda que se pegaba a sus pechos. Los duros pezones se marcaban con orgullo y parecía que luchaban por atravesar el tejido, con tanta impaciencia que la sábana se estremeció. Lauren se acercó a la cama, cogió una de las puntas de la sábana y tiró de ella lentamente, pulgada a pulgada. Se le secó la garganta mientras iba dejando al descubierto el ancho torso, cubierto de un auténtico bosque rojizo y dorado que se convertía en un nido oscuro al final, sobre el vientre. Ella abrió los ojos en un gesto apreciativo, y ni siquiera se dio cuenta de la sonrisa que provocó la gratamente sorprendida expresión de su rostro.

-Tengo tanta hambre -gruñó levemente MacSorley- que no vas a saber cuándo termina un plato y empieza el siguiente.

Lauren apretó los dientes para controlar un fuerte temblor al notar una de sus fuertes manos deslizándose bajo la seda y hundiéndose sin más preámbulos en el húmedo nido de suaves rizos. Jadeó y tembló ante el roce, lo que invitó a aquellos rudos dedos a buscar un contacto más íntimo aún. Al instante, alcanzó el goce máximo, y se dejó caer lentamente sobre las rodillas, junto al catre, con la boca abierta, sujetándose a los hombros de MacSorley.

Con una profunda risita de satisfacción, él dejó sus grandes senos al descubierto y se hundió en ellos mientras su enorme cuerpo empezaba a temblar con tal intensidad que Lauren lo habría encontrado divertido de no ser por la aturdidora presencia de sus manos y labios. Sus gritos eran de verdad, su pasión era auténtica. Lauren se entregó, ansiosa, a aquel placer, sabiendo que eso la haría, a la mañana siguiente, mucho más poderosa, con la mente más clara, mientras que Struan MacSorley no podría ni tan sólo pensar. No con la cabeza, en cualquier caso. y un hombre incapaz de pensar cometía errores, creía lo increíble, dudaba de las más arraigadas lealtades, abandonaba las más determinadas convicciones.

MacSorley había sido el amigo de Alexander Cameron, casi su hermano. No podía sentirse demasiado cómodo ante la idea de que una *Sassenach* ocupara el puesto de su hermana en el corazón de Alasdair. Su evidente ausencia en la cena de aquella noche ponía de manifiesto su claro descontento. Y, si de eso se trataba, Lauren podía jugar con esos sentimientos, utilizarlos, durante todo el día y toda la noche si era preciso, haciendo despliegue de todas sus malas artes para conseguir no sólo un nuevo y obsesivo amante, sino un potencialmente útil y temible aliado.

Capitulo 17

Catherine volvió a la realidad, abrazada a un almohadón de plumas. Se desperezó lentamente, lánguidamente, notando en su interior cada uno de sus músculos placenteramente doloridos. Su cuerpo sentía hormigueos hasta ahora desconocidos. Se sentía llena de salud, de fuerza, de vida; quería borrar cada palabra desagradable y áspera que hubiera dicho jamás contra cualquiera en toda su vida y reemplazarlas todas con infinidad de sonrisas.

Abrió los ojos y fijó su soñadora mirada en el dosel de la cama. Estaba en su dormitorio, arropada entre gruesas y agradables mantas. No recordaba con exactitud cómo había llegado hasta allí. Su último y vago recuerdo era el de haberse enroscado, contenta y soñolienta, contra el cuerpo de Alexander Cameron, tan cálido, y que él la estrechaba entre sus brazos como si hubiera quedado rendido ante ella tanto como ella se había rendido a él.

Tan inmodesto pensamiento hizo que se sintiera culpable y que se sonrojara tanto que se hundió entre las sábanas hasta que sólo le asomaron los ojos y la punta rosada de la nariz.

¿Qué diantre había sucedido la noche anterior? ¿Qué les había sucedido a los dos, retozando como amantes enloquecidos, primero en el suelo del salón, luego sobre la enorme cama de plumas, sin parar, más y más, hasta que, absolutamente agotados, habían caído en un profundo sueño? Cielos santos... ¡qué cosas le había hecho él! ¡Qué cosas se había dejado hacer ella! Dieciocho años de decencia, de disciplina y moral... para nada. Borrados por el fuego apasionada de una sola, temeraria noche.

Eso jamás debería haber ocurrido, susurró la punzante voz de su consciencia. Deberías haberlo evitado. Detenerlo.

-Tampoco le animé a ello -murmuró.

-¿Ah, no? ¿ Y cómo le llamas tú a pasearte con tan sólo un ligero camisón ante los ojos de un hombre desnudo?

-No sabía que iba desnudo...

-*¿De qué otro modo se baña todo el mundo?*

-¡Pero es que no sabía que se estaba bañando! -insistió Catherine.

Bueno, cuando lo encontraste allí y viste lo que estaba haciendo, ¿por qué no volviste a toda prisa a tu habitación y echaste el cerrojo?

Se mordió el labio, nerviosa. Era una pregunta lógica y merecía una respuesta lógica. y de todos modos ¿ no había sido precisamente huir su primer impulso?

Pero no lo hiciste. Te quedaste allí y le desafiaste, sabiendo -sabiendo, digo- cuál sería su reacción.

Catherine no tenía ninguna excusa, ninguna defensa. No la había, de hecho; su comportamiento había sido totalmente irresponsable, irreflexivo... en una palabra, de locos. Era débil, de cuerpo y espíritu. Un duro golpe para la altiva señorita Catherine Augustine Ashbrooke, que creía estar por encima de tan bajos instintos. Un duro golpe para el justo desdén que sentía ante el comportamiento de su madre... y a propósito: ¿ no le había dicho lady Caroline que era la sangre lo que guiaba sus actos en cada situación? ¿Qué había en su sangre, pues? La capacidad de levantar y sentir pasión, eso era obvio pero, ¿ no había nada más? La noche anterior se había convertido en una mujer en el sentido más amplio, en todos los sentidos de la palabra, pero ella se sentía más infantil, más confusa, más desvalida que nunca, nadando en un mar de nuevas dudas.

¿ Puedo recordarte también que anoche, con una rapidez y una facilidad pasmosas, diste por terminada tu virginidad?

Catherine gimió y enterró la cabeza en el cojín, pero la vocecita no se iba, y se volvía mordaz y sarcástica.

Al teniente Garner no le va a gustar. Se había reservado el honor para sí mismo, y lo habría tenido si tú simplemente hubieras renunciado a tu padre y te hubieras marchado sola de Rosewood Hall. Podrías haberte ido a Londres con Damien y ser la esposa de Hamilton, en estos momentos.

Por algún motivo, la idea de despertarse desnuda y despeinada en la cama de Hamilton Garner no le provocó nada tan intenso como esperaba. E imaginar sus abrazos tampoco hizo que sintiera un hormigueo por dentro, como el que sentía al recordar el cuerpo y los brazos de Alex contra los suyos. Aquellos dos hombres eran totalmente dife- rentes, de naturaleza y carácter opuestos. Hamilton era... bueno, era suave. En todos los sentidos. Refinado. Como si fuera una estatua a la cual admirar cada día, perfecta hasta el mínimo detalle: cada cabello perfectamente peinado, cada uña impecablemente limpia y limada. No le imaginaba con barba de dos días o ni tan sólo una simple motita en su ropa, mientras que Cameron... le creía bastante capaz de echarla sobre un montón de barro si sentía las ganas de hacerlo... y ti convertirlo en el más mullido, limpio y cómodo de los colchones, también.

Catherine se cubrió la cara con las manos y se sumergió todavía ¡, más, si era posible, entre las sábanas. ¿Cómo podía siquiera pensar esas cosas? ¿Cómo podía siquiera atreverse a comparar la extrema pulcritud de Hamilton Gamer con la descuidada temeridad de Alexander Cameron? , ¿y dónde estaba, por cierto, él?. Se sentó y miró el lado vació de la cama. Sin duda, Alex sabía que ella se despertaría confundida y sintiéndose culpable. Sin duda tenía algo que decirle, incluso si sólo era...

-Buenos días.

El tranquilo saludo a media voz la cogió tan desprevenida que Catherine lanzó un grito ahogado y apretó con fuerza las sábanas contra su pecho. Alex estaba junto a la puerta, con una pequeña bandeja guardando equilibrio en una de sus manos. Catherine había estado tan absorta en sus propios pensamientos que no le había oído entrar. Él ya estaba totalmente vestido, daba la impresión de llevar bastante rato despierto. Llevaba el pelo echado descuidadamente hacia atrás y sujeto en una cola. Iba perfectamente afeitado y sus ojos estaban despiertos, brillantes, sin ningún signo de fatiga o culpa. De hecho, parecía estar tan fresco, tan obviamente satisfecho de sí mismo, que Catherine permitió a su consciencia responder en su lugar.

-Debe ser que nos hemos despertado en mañanas distintas. Yo no veo nada bueno en esta, de momento.

Él dibujó una sonrisa.

-Estaba empezando a pensar que podíamos despertamos en mañanas distintas, realmente. Son más de las dos de la tarde.

-Las dos... -Catherine se levantó como movida por un resorte-. ¿De la tarde? ¿Pero por qué no me has despertado antes? ¿Qué debe estar pensando todo el mundo de mí?

Alex se encogió de hombros alegremente.

-Sin duda piensan que has hecho un duro y terriblemente agotador viaje durante estas últimas dos semanas. Nadie se inmutaría siquiera aunque tardaras otras dos semanas en dar signos de vida.

-Tú has hecho el mismo viaje. y dudo que alguien espere de ti que te dediques a holgazanear durante todo el día.

La sonrisa de Alex se torció.

-De los hombres se espera que coman, duerman y piensen con los pies en el suelo, ¿no lo sabías?

-Las mujeres somos tan capaces de comer, dormir y pensar con los pies en el suelo como los hombres. Probablemente, incluso más, ya que también se espera de nosotras que nos alimentemos, nos vistamos y procuremos vuestro completo bienestar por encima de todo.

Al pronunciar la palabra bienestar, la sábana resbaló y dejó completamente al descubierto las dos lunas perfectas de sus senos. Allí se posó, involuntariamente, la mirada de Alex, de cuyos labios entreabiertos escapó un minúsculo soplido. Durante aquellos primeros minutos, estaba intentando dar sus pasos con mucho cuidado. Se había preparado (fuera, en el corredor) para el encuentro verbal, pero no para enfrentarse a la visión de aquella finísima cascada de cabellos rubios sobre la piel desnuda de Catherine. Sus sentidos ya estaban siendo asaltados por el penetrante y almizclado aroma que habían dejado en el ambiente las actividades amorosas de la noche anterior; ver de nuevo aquellos pechos rosados ponía a prueba su habilidad para seguir manteniendo la bandeja en equilibrio.

Mientras ella se apresuraba a taparse de nuevo, él se aclaró la garganta y depositó la bandeja sobre la mesilla de noche.

-He pensado que quizás tendrías un poco de hambre. Me las he arreglado para conseguirte un tazón de chocolate y bizcochos recién horneados. No he traído nada más por si todavía estabas durmiendo, pero si quieres puedo pedirle a Deirdre que vaya a la despensa y busque algo más sustancial.

Los ojos violeta echaron un vistazo a la puerta.

-¡Deirdre! Santo cielo, sí. Es muy raro: debería haber venido a despertarme hace horas.

-De hecho... -Alex sintió que aquellos ojos le seguían mientras iba hacia la ventana-, ha estado aquí hace rato. Ha entrado en la habitación a primera hora de la mañana y... bueno, eso ha sido lo que me ha despertado a mí. Supongo que habrá pensado que era mejor no volver hasta que la hicieras avisar.

Catherine enroscó los dedos en las sábanas.

-¿Nos ha visto? ¿A ti y a mí... juntos?

-Ha sido culpa mía -admitió Alex, un tanto disgustado--. Yo tenía la intención de dejarte arropada en la cama e irme luego a mi habitación, pero...

Catherine tragó saliva (más cantidad que nunca antes) al tiempo que iba recuperando los recuerdos. Élla había llevado en brazos desde el salón y la había metido en la cama, pero en algún momento entre taparla con la manta y echarle la desordenada melena hacia atrás con una caricia, había sucumbido a la tentación de besarla otra vez y, antes de que cualquiera de los dos pudiera darse cuenta...

Como mínimo, Alex se estaba comportando, pensó Catherine mientras el sonrojo desaparecía lentamente de sus mejillas. Podría muy bien haberla tratado con poca delicadeza, o incluso beligerancia. O quizás peor: con frivolidad e indiferencia. En cualquier caso, lo que sí parecía era que Alex se sentía casi tan incómodo como ella.

-No debería haber pasado nunca --comentó en un susurro.

-También fue culpa mía. Completamente. Tú habías bebido un poco más de la cuenta yeso te envalentonó un poco más de la cuenta, lo que yo, a su vez, aproveché sin ningún tipo

de escrúpulos. Para ser sincero, probablemente yo también había tomado bastante más vino del que me correspondía, y supongo que la tentación... por segunda vez en un mismo día... fue más de lo que yo podía resistir. Lo siento mucho.

Parecía tan honestamente arrepentido que ella sintió que debía aceptar al menos una parte de la responsabilidad.

-La culpa no fue solamente tuya. Tú no me obligaste a beber vino, y no me obligaste a... a hacer nada en contra de mi voluntad.

Alex volvió la cabeza hacia ella desde la ventana, y a ella la asaltó un absolutamente incongruente pensamiento: Alex debería estar -siempre ante una ventana parcialmente iluminada por el sol. La luz hacía que su camisa fuera casi transparente, que su cabello brillara como metal fundido y sus ojos destellaran con un profundo, intenso y oscuro azul de medianoche.

-Tanto si tú deseabas lo de ayer noche como si no -dijo Alex llanamente-, dudo mucho que yo hubiera sido capaz de detenerme.

Fue un acto de puro egoísmo por mi parte. Y tienes toda la razón: no debería haber pasado nunca.

Catherine entrelazó los dedos con fuerza sobre su regazo. Mantuvo la mirada deliberadamente hacia abajo, aunque advertía cada movimiento, cada pequeño gesto o expresión de Alex. Por alguna razón la agradable calidez que sentía desde que se había despertado iba dejando paso a una terrible sensación de frío y, de repente, supo a dónde quería llegar él con su arrepentimiento y sus disculpas.

--Anoche... me dijiste que era imposible que yo pudiera salir de Achnacarry. ¿ Debo suponer que también hablabas bajo los efectos del vino?

-Será difícil, pero no imposible. –(¿Era alivio lo que Catherine detectaba?)-. Siempre, y a 10 largo de toda la Costa, ha habido un negocio floreciente dedicado a pasar contrabando dentro y fuera del país.

Catherine sonrió amargamente.

-¿ Se me considera tan sólo mercancía de contrabando?

-Por ahora, sí. Y me temo que es la única manera de garantizar que cruces la frontera sana y salva, hacia tu hogar.

La sonrisa no desapareció, aunque se desplazó. hacia un lado. Estaba tan acostumbrada a ser ella la que despachaba, la que echaba a las visitas no deseadas, que la dejó un tanto confundida encontrarse en el otro papel.

-Hacia mi hogar -murmuró, ocultando su incomodidad-. Claro, desde luego. Mi padre estará sin duda fuera de sí, encantado de tenerme de vuelta al nido. y mi madre... -dudó, levantó sus espesas pestañas de color miel y descubrió que él estaba mirándola, estudiándola con unos *ojos* que parecían tan frágiles y también tan duros como el cristal.

-¿Sí? ¿ Qué decías?

-Nada. -Y, rápidamente, bajó las pestañas otra vez-. No tiene importancia. Estoy segura de que me las podré arreglar con ambos.

El brillo de los *ojos* de Alex fue perdiendo intensidad hasta desvanecerse por completo.

-Bien, pues. Veré qué plan se puede llevar a cabo. Tengo que ir a la costa unos días, de todos modos, y...

-¿Te vas?

Alex volvía a mirar por la ventana, y no vio la decepción y el desánimo en el rostro de Catherine.

-Donald ha recibido otra petición de cita por parte del príncipe esta mañana. Le advierte en términos que no dejan lugar a la duda o la confusión que lo considerará una afrenta personal Contra él y Contra su padre si el Cameron de Lochiel no se reúne con él en persona.

-¿Tu hermano va a reunirse con el príncipe Carlos?

Un nervio tembló en lo alto de la mejilla de Alex.

-Puedes comprender por qué no es este el mejor momento para que yo traiga nuevas complicaciones a la familia.

Así que es eso. Ahora, tú también eres una complicación.

Catherine frunció el ceño.

-¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

-Tan sólo unos días, espero. Una semana como mucho. Imagino que hay que tener muchísima diplomacia para poder renunciar a la lealtad que se le debe a un príncipe. En cualquier caso, aquí estarás bastante segura, a salvo mientras recuerdes que debes permanecer dentro del recinto amurallado del castillo. No debes salir a cabalgar por el bosque sola. Los hombres de Campbell pueden estar todavía merodeando por los alrededores, y apuesto cualquier cosa a que Gordon Ross estaría encantado de encontrarse contigo en algún claro aislado.

Alex dejó que la advertencia ahondara en Catherine y, luego, añadió:

-Si quieres escribirle una carta a Damien, me aseguraré de que sale en el primer barco que sea posible. Puedes ponerlo sobre aviso de cómo planeamos que vuelvas a casa, y yo le añadiré una nota informándole de la fecha exacta de tu partida y el punto donde llegaras tan pronto como yo lo sepa.

-Me imagino que será una forma muy cara de deshacerse de mí. Alex observó el delicado óvalo de su cara, el permanente color rosado de sus mejillas, como el que aparece cuando se tiene fiebre. Los dedos de Catherine se aferraban con fuerza a los pliegues de la colcha, sujetándola como si fuera una coraza que protegía su desnudez. Sus ojos miraban fijamente uno de los postes de la cama y se negaron a desviarse hacia él. Parecía tan menuda y frágil sobre la cama del viejo guerrero que Alex tuvo que luchar contra el impulso de recorrer la distancia que los separaba. Se moría de ganas de tomarla entre sus brazos y besarla para borrar el dolor y la vergüenza, pero eso sería volver a caer en los mismos errores que había cometido la noche anterior. Sus emociones estaban demasiado a flor de piel, no podía pensar con claridad. El corazón le golpeaba el pecho como si de un tambor se tratara, las manos le temblaban tanto que tuvo que permanecer con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo.

-He estado pensando un poco más en ello -dijo, no sin tensión- y se me ha ocurrido que, ya que Raefer Montgomery dejó de existir en Wakefield, ¿por qué no dar un paso más y eliminarlo por completo? Su muerte te proporcionaría la excusa perfecta para volver a casa... La afligida viuda, etcétera, etcétera...

-¿ Una viuda?

Ella se irguió.

-No quiero tu dinero. No quiero nada de ti.

-Un sentimiento muy noble, pero cuando tus pies vuelvan a pisar territorio inglés puede que cambies de opinión. Dejaré que seas tú misma la que idee los detalles... un trágico accidente en las calles de Londres, una fatal caída al Támesis. En mi carta, nombraré a Damien mi apoderado y le proporcionaré un testamento.

-No estás obligado a hacer nada de eso -insistió ella, sonrojándose aún más.

-Sí -repuso Alex en voz baja-. Sí lo estoy. Y es muy poco, teniendo en cuenta... -Vio que Catherine luchaba por contener las lágrimas y cambió de tema bruscamente-. Bueno. Veré qué puedo hacer para encontrar a Deirdre y enviártela. Si quieres, también puedo disculparte ante Donald y Maura para que nadie venga a molestarte en todo el día. De todos modos, el castillo entero está revolucionado desde que, a primera hora de la mañana, Donald ha tomado la decisión de marcharse.

-¿Te veré antes de que te vayas?

Su mirada resbaló sin remedio hasta la suave curva de aquellos hombros... hombros que él había besado y acariciado, sobre los cuales había reposado cuando el éxtasis al que llegó entre sus brazos le había despojado de cualquier capacidad de pensar o moverse.

-Dale la carta a Deirdre -repuso rudamente-. Ella me la entregará antes de mi partida.

Catherine asintió con la cabeza, encajando esta última y áspera respuesta con tanta elegancia como fue capaz. Vio como Alex se acercaba a la puerta, girándose un momento como si fuera a añadir algo más. Pero, no. Salió de la habitación y la puerta se cerró por

completo tras él. Catherine quedó con la mirada fija en la rasguñada madera de roble, deseando que volviera a abrirse; pero no se abrió y, después de unos instantes, ya no pudo ver nada, a través del velo de sus lágrimas calientes y amargas.

Capitulo 18

Alexander Cameron golpeó con sus pies contra el suelo para liberar :1' la tensión, se cubrió la boca con las manos y echó una bocanada de aliento para calentarse los dedos. Empezaba a amanecer, y los primeros rayos de luz eran tristes y dotaban de forma y significado a los muros de piedra que rodeaban los patios. Nubes de neblina, teñidas del tono amarillento de la leche de cabra, envolvían las almenas del Castillo de Achnacarry y se deslizaban hasta el pavimento como una ligera y persistente llovizna. De hecho, había llovido durante toda la noche y se habían formado charcos por doquier. El frío calaba a través de la ropa de Alex y le recorría la espalda, haciéndole cosquillas arriba y abajo como un dedo helado.

Alex llevaba puesto el *breacan an fheile,* el kilt que vestían normalmente los hombres de las Highlands en verano e invierno. Iba bien armado, con dos pistolas de culata de acero colgadas a la cintura, un sable y una espada atada con correas a la silla de su caballo, junto a un mosquete. No era el único que estaba en el patio. Una cacofonía de cascos de caballo corría sobre las piedras, compitiendo con los esfuerzos del gaitero del clan para intentar reunir a los hombres con cierto orden. Las luces del castillo habían permanecido encendidas toda la noche mientras se ultimaban los preparativos para la partida de Lochiel. Casi nadie había dormido, y ahora no se veía casi ninguna ventana en la que no se recortara la oscura silueta de nerviosos espectadores.

La niebla, espesa y misteriosa, ocultaba la mayor parte de los pisos superiores, y casi no se podría haber distinguido una cara de otra en particular, incluso si ese preciso rostro fuera el único enmarcado por un halo de cabellos rubios. y además, pensó Alex, las ventanas de la torre oeste daban al otro lado... y de seguro ella estaba durmiendo profundamente, soñando con su hogar...

Catherine apenas sí había cerrado los ojos durante toda la noche. Había estado dando tumbos hacia uno y otro lado en la enorme cama vacía, levantándose de vez en cuando para pasearse arriba y abajo, yendo hacia la puerta y alejándose de ella, con los ojos fijos, sin realmente ver nada, en la oscura y lluviosa noche, incómodamente sentada en el banco de piedra junto a la ventana. No había visto a Alexander desde aquella visita a primera hora de la tarde. Había escrito la carta a Damien, y Deirdre la había recogido, según lo indicado. La pequeña esperanza de que él iría a verla fue desvaneciéndose hasta desaparecer por completo con la llegada de completa oscuridad de la medianoche. Sabía que Lochiel y el grupo tenían previsto partir al amanecer, y había pasado aquellas últimas horas llenas de ansiedad preguntándose si debía correr escaleras abajo para estar cerca cuando se marcharan. Como la esposa de Alex, seguro que se esperaba de ella que estuviera presente. Como la «complicación», de todos modos, temía que a él no le gustara en absoluto que diera eso tan por sentado. Ya no sabía qué hacer, cómo sentirse, cómo comportarse. Una noche, una sola y atolondrada noche, y su mundo estaba al revés.

Pensó en su hogar, en Derby y Rosewood Hall, en Damien y Harriet... incluso en Hamilton Garner. Pero todos ellos le parecían tan lejanos como si hubieran sido parte de una vida que ella hubiera vivi- do años, y no sólo semanas, atrás.

¿Qué haría Damien cuando recibiera la carta? Se sentiría aliviado al saber que ella estaba sana y salva y que finalmente volvía a casa, pero ¿le sería fácil, también, leer entre líneas que algo había pasado entre ella y el hombre al que había jurado odiar hasta la muerte? Damien había admitido ser amigo de Raefer Montgomery. ¿Qué había dicho...? Que el un

hombre puede cambiar su nombre, pero no su carácter. Obviamente, había visto cualidades para apreciar y confiar en Alex y, como abogado suyo, de seguro tenía acceso a informaciones no sólo acerca de sus asuntos de negocios sino también sobre su vida personal. ¿Había acaso algo que ella debería haber leído entre líneas? ¿Algo en aquella relación que ella no había visto? ¿ Algo que no encajaba del todo con el enfrentamiento que habían mantenido en Wakefield?

El hilo de sus pensamientos fue cortado en seco. Unos leves golpes en la puerta del dormitorio anunciaban la llegada de Deirdre, que pareció estar bastante sorprendida de encontrar a Catherine levantada y junto a la ventana.

-¿Quiere que le traiga un tazón de chocolate caliente? Hace una mañana terrible, ¿verdad?

Catherine miraba por la ventana otra vez. La niebla formaba un opaco muro a través del cual ella no podía ver nada, pero imaginó las tranquilas y oscuras aguas de lago y la belleza de las montañas en la lejanía. Si ponía mucho empeño, incluso veía un jinete cabalgando junto a las coronas de nubes, sobre un enorme corcel negro que hacía cabriolas y una capa negra flotando tras él.

Ve a su encuentro. El daño ya está hecho; ¿qué más puede pasar por una simple despedida?

-Perdona, ¿qué has dicho?

Deirdre la miró y frunció el ceño.

-Le he preguntado si quiere que le sirva la comida aquí o si tiene la intención de bajar con lady Cameron y los demás a la sala del desayuno.

-Ah. -No dio una respuesta directa. En lugar de eso, suspiró-.

¿Cómo se encuentra el señor MacKail esta mañana?

-Está más enfadado que una mula tozuda con un buril bajo la cola. Incluso ha intentado levantarse de la cama para unirse al viaje con los demás hombres, el muy insensato. El Dr. Archibald ha tenido que vaciarle una botellita entera de láudano en la garganta para detenerlo. Creo que no es de gran ayuda que su habitación dé directamente al patio, con todo ese ruido y desorden.

De repente, Catherine le prestó toda su atención.

-¿ Se puede ver algo desde allí? Quiero decir, con esa niebla tan espesa...

-Oh, desde luego, señorita. La suya es una habitación pequeña en el primer piso. No se puede ver el otro lado del patio, pero sí un buen trozo de éste. Y están haciendo tanto ruido... -Deirdre vio la expresión de su cara y se aventuró a añadir-: El señor MacKail duerme profundamente. No sabrá jamás que usted ha estado allí, si le apetece echar un vistazo desde su ventana...

-Yo... no sé... yo..

-Después de todo, se trata de un acontecimiento importante. A mi entender, están a punto de escribir un pequeño párrafo en las páginas de la Historia, yendo a decirle al príncipe Estuardo que se vaya a Italia. -Al ver que Catherine aún dudaba, cogió una capa de terciopelo y la echó sobre sus hombros-. Tenemos que damos prisa si no nos queremos perder el momento de la partida.

La habitación de MacKail no estaba muy lejos, y su ventana, tal como Deirdre le había dicho, daba directamente sobre el patio. La niebla lo empañaba todo con un ligero manto, pero había suficientes antorchas encendidas para alejar la humedad, al menos alrededor de hombres y caballos. Estoico ante la llovizna, Donald Cameron estaba de pie casi en el centro del patio, vestido con toda pompa y esplendor que correspondía a un influyente jefe de clan. Llevaba el pelo recogido hacia atrás con una cinta de seda negra, se cubría la cabeza con un sombrero adornado con la pluma de águila que indicaba su rango. Su chaquetilla, chaleco y calzones eran de tartán, así como el voluminoso paño de lana regiamente drapeado sobre su hombro, pero cada una de las piezas tenía y una combinación de líneas y colores distinta, y su figura lanzaba destellos de vivo color carmesí, negro, amarillo y verde de la cabeza a los pies.

A su alrededor, esperando recibir la orden de formar y marchar, una docena de criados personales, varios gaiteros, el bardo del clan (que grabaría cada una de las palabras de tan

especial ocasión en su mente para la posteridad), y no menos de sesenta hombres armados hasta los dientes, liderados por el gigante de leonina melena, Struan MacSorley. Catherine no envidiaba a Lochiel y su séquito en el viaje a través de inhóspitas montañas y rocosos abismos con aquel mal tiempo. La niebla, que continuaba espesando, daba muestras de convertirse en breve en una lluvia torrencial que podía muy bien acompañarlos durante todo el trayecto.

Catherine admitió, para sus adentros, cierta curiosidad por el hombre con el que iban a reunirse. Había oído infinidad de historias sobre el príncipe Estuardo: lo apuesto que era, lo sabio, encantador y elocuente... Tampoco pudo evitar sentir cierta compasión por él, que había recorrido todo ese camino sólo para que, ahora, hombres como Lochiel le dijeran que no había ninguna posibilidad de que una rebelión se llevara a cabo con éxito, no sin la ayuda de Francia y de los disidentes en Inglaterra.

¿Había jamás existido una familia real tan castigada por la mala fortuna? Jacobo I de Escocia había sido asesinado, Jacobo II había fallecido al explotar un cañón, Jacobo III había muerto a manos de sus hombres, liderados por su propio hijo. Jacobo IV había caído en la batalla de Floddenfield, a Jacobo V lo había consumido la vergüenza después de que su ejército desertara, dejándole solo en Solway. La reina María de Escocia había sido obligada a abandonar el trono y huir de su país, pero su prima, Isabel, la consideró una amenaza para ella y la encarceló durante diecinueve años antes proceder a su ejecución. Su hijo Jacobo, a su vez, había sido nombrado rey de Inglaterra y Escocia después de la unión de las dos coronas, pero tanto él como su hijo, Carlos I, gobernaron de manera tan arrogante y déspota que los puritanos los destronaron con una guerra civil. Después de sufrir durante once años la limpieza de indeseables por parte de Cromwell, la corona fue recuperada por los herederos de los Estuardo pero, después de la muerte de Carlos, el trono fue usurpado por su hermano, Jacobo II, un convencido seguidor de la iglesia católica. En un acto de desesperación, el Parlamento pidió a Guillermo de Orange, que entonces estaba casado a la hija de Jacobo, María, protestante, que reclamara y recuperara en trono de Inglaterra en nombre de su esposa. La invasión por parte de los hombres de Orange hizo que Jacobo II huyera a Francia e hiciera promulgar una ley en Inglaterra decretando que todos sus futuros monarcas debían ser protestantes.

Durante el reinado de su hija, Jacobo murió en el exilio. Luis XIV de Francia rápidamente apoyó al hijo de Jacobo, Jacobo Francisco Estuardo, que entonces tenía treinta y cuatro años, defendiendo su derecho sobre el trono de Inglaterra, con lo que pretendía conseguir tanto tensar otra vez antiguas hostilidades como ganarse al joven exiliado y su ridícula corte y convertirlos en sus aliados. En 1702, el trono de Inglaterra quedó otra vez huérfano de heredero, pero el gobierno ignoró la petición de Jacobo III, que lo reclamaba a favor de la hermana de María, Anne. Tampoco se contó con Jacobo once años después, cuando Anne murió sin haber tenido hijos, y el Parlamento inglés estaba tan desesperado por evitar otro rey católico que se remontaron a casi un siglo atrás para encontrar un descendiente de la hija de Jacobo i, .protestante, que gobernaba el estado de Hanover, Alemania. En 1714, el príncipe elector de Hanover fue coronado como Jorge I y, un año después, Jacobo Francisco Estuardo hizo, por primera vez, una seria reclamación del trono.

Probablemente, reflexionó Catherine, era cierto que los ingleses habrían preferido al hijo de Jacobo II antes que a aquel extranjero fanfarrón de cuarenta y cuatro años que no hablaba inglés y que se rodeó de una pomposa corte alemana. Pero Jacobo Francisco Estuardo era católico y se negó a apaciguar al Parlamento convirtiéndose al protes tantismo. Además, estaba totalmente enraizado en Escocia yeso hacía temer que el poder se desplazara definitivamente hacia el norte.

Los escoceses, naturalmente, se tomaron el asunto como una bofetada más en sus caras. En la rebelión de 1715, diez mil leales hombres pertenecientes a los clanes lucharon en el campo de batalla de Sheriffmuir en nombre del rey Jacobo. El padre y los tíos de Catherine se alistaron a las fuerzas inglesas a favor del rey Jorge y el derecho de los Hanover. Los jacobitas fueron literalmente aplastados, y el pretendiente al trono tuvo que volver de nuevo a Francia lamiéndose sus heridas.

Pero, realmente, ¿cómo había podido esperar otro resultado? Inglaterra ejercía todo su poder en el mar y ostentaba un imperio de colonias en América, las Antillas y la India. ¿Podía permitirse el lujo de dejar que aquella relativamente pequeña nación de escoceses enojados destronara a su rey y lo reemplazara por uno de los suyos, dejando de lado si su reivindicación era legítima o no? ¿Y podía permitírselo ahora?

Catherine sabía la respuesta, y también empezaba a entender por qué Alexander Cameron había vuelto a su tierra después de tantos años. No tenía nada que ver con la política y, desde luego, tampoco con la religión. Tenía que ver, y mucho, con la familia, con el orgullo, con su identidad y el respeto por él mismo, como escocés y como hombre.

Catherine había crecido aprendiendo todos los prejuicios y las firmes convicciones políticas de su padre, y hasta aquel momento se había limitado a repetir ciegamente la lección, sin apenas pensar que la razón o el error podía estar por igual en ambos lados. Como fuera, ahora empezaba a planteárselo seriamente, dándose cuenta de lo difícil que debía ser para hombres orgullosos (como los Cameron y aquel Keppoch, tan brusco, que había conocido en la cena) ir a encontrarse con su valiente pero temerario príncipe y decirle que, de momento, no esperara una espectacular restauración del trono.

Está empezando a parecer que simpatizas con esos rebeldes, la regañó suavemente su consciencia. *Eso puede ser peligroso. Realmente muy peligroso.*

Catherine ignoró la vocecita y se inclinó para apoyar la frente en la ventana. Le había parecido reconocer una figura en particular andando a zancadas entre la niebla, y la siguió con la mirada, alejando de su mente cualquier otro pensamiento. Alex iba vestido como todos los demás, con un kilt de lana y una levita corta. Llevaba la cabeza des cubierta y el pelo suelto, con los largos, gruesos rizos de ébano adornando sus sienes. Se paró junto a *Shadow* y empezó a comprobar que las cinchas estuvieran bien tensadas. El caballo relinchó, volviendo su elegante cabeza y golpeando suavemente, amistosamente, a su dueño. Alexander murmuró algo al enorme oído de la bestia y sacó una manzana de algún sitio bajo los pliegues del tartán echado sobre su hombro.

Mientras *Shadow* masticaba, la vista de Cameron se desvió hacia las ventanas. Catherine se echó a un lado para no ser vista, y sus ojos se tropezaron con una escena que la punzó y que tenía lugar en los escalones iluminados por la luz de las antorchas: lady Maura y su marido se estaban despidiendo. Él acariciaba una de sus mejillas con ternura y ambos sonreían levemente, ajenos a la confusión y el ajetreo que los rodeaba.

Maura besó tiernamente la palma de la mano de Lochiel, y éste montó sobre su caballo pardo, dando la señal para que los otros jinetes le siguieran. Los gaiteros llenaron de aire sus instrumentos y atacaron los primeros acordes de una brillante marcha, cuyas notas se henchían y resonaban fuera de los húmedos muros de piedra.

Alex guió a su caballo hasta la fila, detrás de Donald y alIado de Struan MacSorley. En el último momento, Lauren Cameron, como un destello caoba dorado, abandonó el grupo que formaban las esposas y la comitiva de despedida. Se paró entre los dos hombres e hizo una petición que se provocó que ambos rieran. Primero se inclinó Alex, quien la besó castamente en la mejilla. Ella pareció decepcionarse e hizo un puchero mirando a MacSorley, que lanzó un gruñido y la elevó por los aires hasta dejarla sobre su silla, entre un remolino de faldas, enaguas y piernas que se agitaban. Su boca se hundió en la de ella y la besó con tanto entusiasmo que levantó obscenas muestras de felicitación por parte de sus hombres. La mano que la sujetaba por la cintura se deslizó hasta tomar descaradamente uno de sus pechos, mientras la otra desaparecía bajo las enaguas y hacía que Lauren volviera a retorcerse agitando las piernas y lanzando gritos de falso pudor en un intento por librarse del fornido hombre.

Catherine se apartó por completo de la ventana y dejó que la cortina volviera a caer en su sitio. Tenía la garganta seca, tirante, y los ojos le dolían, como embotados. Hacía dos noches, le había deseado a Alexander verse en brazos de Lauren Cameron con desdén y arrogancia pero, por algún motivo, ahora no sentía lo mismo al pensar que, cuando ella se hubiera ido y no fuera un obstáculo, Lauren (o cualquier otra cosa como ella), estaría más que contenta al poder ocupar el sitio de Catherine en la cama de Alexander. Éste había

demostrado con una increíble intensidad que era un hombre con apetitos que no podían esperar mucho a ser saciados. La idea de *sus* brazos rodeando a otra, de su cuerpo tensándose y adentrándose en otra...

Tenía que dejar de pensar en *ello.* Iba a necesitar toda su fuerza, toda su concentración para enfrentarse a la prueba que, a buen seguro, la esperaba en Rosewood Hall. También tendría que enfrentarse a la *realidad:* ya no era Catherine Augustine Ashbrooke, la heredera más solicitada y deseada en tres condados. Era Catherine Ashbrooke Montgomery y, viuda o no, *el* daño causado a su reputación había *sido* un *fait accompli* desde el momento en que se había ido de Rosewood Hall. ¿Acaso no era ella misma la primera en reírse y criticar con fruición cuando el más mínimo indicio de escándalo apuntaba a alguna de sus iguales? ¿Acaso no consideraba un solemne deber difamar a una rival, por muy frágil que fuera la evidencia de mala conducta de la que se la acusara? Así pues, no faltarían anteriores víctimas que aprovecharan gustosamente la Oportunidad de vengarse. Dos semanas... dos horas en compañía de un hombre como Alexander Cameron bastaban para sellar su destino para siempre.

No podía hacer nada. Su única defensa era la estupidez. Había empezado coqueteando con él en la fiesta de cumpleaños y, después, había intentado corregir cada error con un nuevo desafío, tentando y poniendo a prueba su paciencia hasta que no le había dejado otra salida. Había actuado de forma infantil, torturándolo con un comportamiento tan pueril que, visto ahora, le parecía sencillamente increíble.

A la lista había que añadir la ignorancia, el engreimiento, la arrogancia, el descaro... todas las maravillosas cualidades de las que él la había acusado, observándola desde fuera. Aunque, si tan inteligente era Alex, ¿por qué no veía ahora las dudas que la consumían?

-No es justo -murmuró-. No es justo en absoluto.

-¿Qué? ¿Cómo dices? ¿Necesitas aire puro?

Catherine levantó la vista, sobresaltada por la voz de la tía Rose, tan cerca de su oído. Más alarmante incluso fue el hecho de que estaba sentada frente a la chimenea en la sala de descanso de la familia: había estado tan totalmente inmersa en su propia tristeza, y por enésima vez, desde que Lochiel había dejado Achnacarry hacía tres días, que no se daba Cuenta de dónde o con quién estaba.

-Parece que tienes calor, jovencita -dijo la tía Rose, solícita-.

Claro, has estado tanto rato aquí sentada que se te han puesto las mejillas al rojo vivo.

Maura levantó la vista del bordado en que estaba trabajando.

-¿Te apetece otro tazón de chocolate, o quizás un poco de vino? : -¿Chocolate? -La tía Rose frunció su respingona nariz con desdén-. ¡Bah! Eso es un brebaje del demonio. Sírvenos un traguito de whisky, sé buena chica. Es más saludable para el alma que toda la leche de vaca del mundo.

Agradecida por la oportunidad de estirar las piernas, Catherine dejó su propio bordado (al que no había prestado la menor atención) sobre el brazo de la silla y fue hacia la alacena. Miró de reojo en dirección a Jeannie, pero la mujer del médico estaba profundamente dormida en su silla junto a la ventana, con la boca entreabierta, emitiendo ligeros y temblorosos ronquidos a cada respiración.

-Algunas de nosotras no tenemos aguante -declaró Rose alegremente, y hundió su nívea cabeza en el encaje que estaba tejiendo.

Catherine sonrió y sacó el tapón de la garrafa pero, antes de que acabara de servir, le llamó la atención la brillante luz que entraba por la alta y estrecha ventana. Había llovido durante los dos primeros días y noches que Lochiel estaba ausente. Achnacarry, tan protegido y bien fortificado como estaba, había sido invadido por la humedad, que se había colado por las puertas y ventanas, sobre todo en las estancias que se encontraban en la parte más antigua, y las había convertido en frías, mohosas e inhóspitas. Hoy, aunque las nubes parecían haberse elevado temporalmente Y el fuego chisporroteaba y ardía con fuerza, Catherine no consiguió que su humor mejorara.

-Sírvete un poco, también, jovencita -ordenó Rose-. No te hará daño, en un día tan malo como el que hace hoy.

-¿Lady Cameron?

-No, gracias, querida. Todavía me queda un poco de vino-. El , vaso, el del almuerzo, estaba junto a su codo, y su contenido no había bajado más de un trago durante la última hora.

-Sí, cariño, desde luego -dijo Jeannie, a la que sus propios ronquidos habían despertado-. Tomaré un poquito. Tengo la garganta tan seca como un calcetín viejo. --Ni que lo digas -comentó Rose-. Has resoplado tanto en la última media hora que una gaita tendría aire suficiente para llegar hasta Glasgow sin parar de sonar.

Catherine repartió los vasos, pero no volvió a su silla.

-Me parece que aprovecharé que ha amainado para dar un paseo.

-Ah, Maura, jcuánta razón tenías! -murmuró-. Tenías razón, hace tantos años.

-¿ Con esta humedad? Es la forma más rápida de hacerte trizas los pulmones, jovencita -sentenció Rose.

-Tonterías. -Maura dejó la calceta a un lado-. A mí también me apetece un poco de aire fresco... si no te importa que te acompañe.

-Desde luego.

A Catherine le gustaba sinceramente, y cada vez más, la esposa de Donald. Había sido gracias a la insistencia de lady Cameron que dejó e encerrarse, terriblemente sola, en su habitación, y que se había reunido con los demás en las comidas, las tardes de costura y las animadas conversaciones de después de cenar. Su malestar se había disipado rápidamente al descubrir que las charlas versaban principalmente sobre las cosechas y los rebaños de ovejas, la educación y las trastadas de los niños... problemas cotidianos que iban desde las bodas que se celebrarían hasta el precio de la lana en el mercado. Conversaciones normales y civilizadas. También las había, claro está, sobre todo lo que rodeaba la presencia de Carlos Estuardo en Escocia pero, contrariamente a lo esperado, mucho menos que en los salones de Derby. Para Catherine, que creía que toda Escocia estaba esperando con verdadera impaciencia lanzarse sobre el sur e invadir Inglaterra, fue una sorprendente revelación descubrir que la mayoría era partidaria de la paz. Lo eran salvajes, bárbaros sedientos de sangre. De hecho, en muchos aspectos, sus vidas familiares eran más serenas, más sociables, menos pretenciosas que las que había presenciado en Derby y Londres.

Pensó en aquellos petimetres enfundados en sus pantalones de piel ciervo, con sus cuellos almidonados, sus pelucas y sus cremas perfumadas, y los comparó a los hombres del clan Cameron y los vecinos que se habían acercado a celebrar la vuelta a casa de Alexander. Sus ropas eran radicalmente diferentes, sin duda (casi no había visto ni una sola levita, unas chorreras o un pañuelo oloroso entre ellos). Pero sus sonrisas eran sinceras, sus carcajadas eran auténticas y llenas de fuerza. La familia Cameron no se había mostrado contraria u hostil al darle a Catherine la bienvenida y considerarla un miembro más. ¿ Habría Sir Alfred (o cualquiera de sus influyentes, socialmente respetados y civilizados amigos) actuado de la misma manera si ella les hubiera presentado a un escocés renegado, moreno y luciendo un kilt, y lo hubiera sentado a la mesa en Rosewood Hall?

Catherine suspiró y se ajustó el chal de lana que le habían prestado alrededor de los hombros. Ella y Maura salieron del castillo por la pequeña portezuela y empezaron a pasear a lo largo del sendero le arena y piedras de los solemnes y cuidados jardines. El aire llevaba el perfume de las rosas, que doblegaban sus tallos bajo el peso de las recientes lluvias. Los pájaros permanecían, sabios, en sus refugios, pero sus trinos eran tan insistentes como el sonido repetitivo de las gotas desprendiéndose de los árboles con cada leve temblor de las ramas acariciadas por la brisa.

Catherine se detuvo a coger una rosa. Una rosa totalmente blanca, inmaculada, excepto una pequeña mancha rosada en el centro. Al tomarla en su mano, inclinó un poco la cabeza hacia un lado y se fijó en los dos hombres que las seguían a una distancia prudente, y cuya mirada no se dirigía a ellas sino a su alrededor, al bosque, a las distantes colinas. Cada uno de ellos llevaba un par de pistolas y un sable a la cintura, y ambos tenían las manos cerca de las armas en todo momento.

-Te acostumbras a ellos -dijo Maura-. Incluso agradeces que puedan ayudarte cuando has recogido un buen ramo o unas cuantas frutas.

Catherine dudó que jamás llegara a acostumbrarse a tener guardaespaldas, y estaba a punto de dar el paseó por terminado cuando uno de los hombres le sonrió e hizo un pequeño saludo con la mano. Algo sorprendida, reconoció a Aluinn MacKail.

Su herida, según Deirdre, estaba curándose notablemente bien, gracias en parte a la habilidad médica de Archibald, pero en igual mesura a la determinación del tozudo escocés. En los dos días anteriores, Catherine lo había visto deambular por el castillo y reunirse con las damas y el Dr. Cameron a la hora de la cena, aunque después nunca se quedaba mucho rato en su compañía. Perecía que era el favorito de Rose y Jeannie, tan caballeroso para reír sus chistes malos y tan pícaro para hacer que los buenos parecieran aún mejores. Sus maneras eran tan impecables como su habilidad en las relaciones sociales, ya que era capaz de lanzar al aire una palabra de adulación y otorgarla a la persona que menos se esperaba sin mayor esfuerzo que una rápida y fácil sonrisa. Todos los niños lo adoraban; los criados lo trataban como si fuera un rey. Catherine no podía reprocharle a Deirdre que hubiera caído rendida ante sus encantos. Era apuesto, elegante, sincero como un niño...

Así y todo, había demostrado que era capaz de una violencia fría, extrema. Aunque no habían tenido la oportunidad de comprobar su valentía en el ataque junto al río Spean, el hecho de que había pasado quince años en compañía de Alexander Cameron revelaba mucho más sobre su carácter que aquellas dos cortas semanas de relativo trato con él.

Su lealtad hacia Alexander era incuestionable, y a Catherine la sorprendió su aparición en el jardín, lo suficiente para preguntarse si aquella callada devoción acaso se dirigía hacia ella mientras Alex estaba ausente. ¿ Por qué otro motivo se expondría al frío y la humedad, ocupando el puesto de un simple guardián?

-Este es, desde siempre, uno de mis rincones favoritos –dijo Maura, llamando su atención sobre el banco de hierro forjado y la pequeña glorieta situados en el centro del jardín-. Cuando parece que el mundo entero está contra mí, vengo aquí y me limito a disfrutar de las rosas, los pájaros y las enredaderas que crecen en lo alto. Es un lugar lleno de paz, y es precioso a la luz el día. -Rió y miró los sucios nubarrones que se arrastraban por el cielo--. Desgraciadamente, hoy no se da el caso.

-No puedo imaginarte preocupada o necesitando distraerte y alejarte del mundo -le dijo Catherine con timidez.

-Cuando tengas cuatro hijos tirando de tus faldas al mismo tiempo, y un marido que se enfada por eso, como si fuera el quinto en pleno berrinche, te recordaré lo que acabas de decir.

La sonrisa de Catherine se desvaneció. Bajó los párpados e intentó disimular, pero no pudo evitar que Maura lo notara y frunciera ligeramente el ceño.

-¿Qué te pasa, querida? ¿Estás preocupada por algo?

Catherine observó la rosa que tenía en la mano. Deseaba tanto confiarse a alguien, dejar salir todas sus dudas y sus miedos... pero, simplemente, no sabía cómo o por dónde empezar.

-Los hombres pueden llegar a ser unas criaturas muy extrañas -continuó Maura, intentando averiguar si esa era la causa de la tristeza de Catherine-. Fuertes, dominantes, y a menudo tan intransigentes que tienes ganas de agarrarlos por el pescuezo y gritar. Otras veces son tan infantiles, parecen estar tan perdidos y necesitar tanto unas pocas palabras para recuperar la confianza en sí mismos, que pueden hacerte llorar. Y, según cómo, pueden hacer que te enfades, especialmente cuando resulta que tú también te sientes perdida y sola.

Catherine tragó saliva, pero no dijo nada.

-Los hombres Cameron -prosiguió Maura- son particularmente testarudos y mandones. Una maldición heredada, supongo. No puedes decir de ninguno de ellos que tenga la menor idea de lo que significa la palabra «transigencia» y, desde luego, mucho menos si se refiere a su propio comportamiento.

-Donald parece amable y cariñoso.

-¿Donald? Sí, lo es. Amable y cariñoso. Pero, algunas veces, la inmensa fuerza de ese cariño, de ese amor, me asusta.

-¿ Cómo puede el amor asustarte?

-Cuando te consume. Cuando te hace ciego a cualquier otra cosa. Cuando ya no puedes distinguir lo bueno de lo malo, el amor se convierte en una carga, y tanto puede ser que te destruya como que te salve.

Catherine ponderó aquellas palabras con todo cuidado y, después, suspiró.

-No creo que jamás quiera estar enamorada hasta ese punto.

-Querida, eso no lo eliges tú. Algunas veces, simplemente pasa, lo quieras o no, tenga sentido o no, te haga feliz o no. Y, créeme, cuanto más luchas contra ello, más caes. Donald Cameron era el último ser humano sobre la tierra del cual deseara yo enamorarme. Me eduqué sabiendo (eso me habían inculcado hasta conseguirlo) que todos los hombres Camero n eran crueles y despreciables, que todas sus mujeres vestían de negro y hacían conjuros sobre enormes calderos de hierro. Sólo Dios sabe qué debía pensar Donald de nosotros, los Campbell. No puedes ni imaginarte la oleada de choques que se irrumpió entre los dos clanes cuando anunciamos nuestra intención de casarnos, pero luché contra ello mientras pude, de veras lo hice. Me negué a verle, me negué a pensar en él, incluso me lancé con todo mi corazón a una relación formal con otro hombre. Pero Donald siempre estaba ahí, entre nosotros. -Hizo una pausa, y en sus *ojos* apareció una mirada ausente. -Acepté encontrarme con él por última vez, pensando que podría borrarlo de mi vida. Escuché lo que tenía que decirme, y él me escuchó a mí. Discutimos. Expusimos todas las razones lógicas, de paso, por las cuales aquella unión simplemente no podía llevarnos a ninguna parte... y entonces... me tocó. Eso fue todo lo que hizo... me tocó. Aquí, en la mejilla... -presionó con sus dedos su sonrojo, y su sonrisa floreció con el recuerdo. -Entonces supe que me moriría si .algún día su mano no estaba ahí.

Catherine recordó la escena en el patio (de la cual había sido testigo oculto), justo antes de la partida de Lochiel. Él había puesto su mano en la mejilla de Maura, y ella le había besado la palma de la mano de un modo que indicaba que lo que sentía era lo mismo que había sentido hacía ya tantos años. No era un gesto fingido, extravagante y pomposo, de ningún modo. No desvergonzado o descarado como el numerito de Lauren Cameron.

Pensar en Lauren hizo que otra cosa le viniera a la mente.

-¿Quién era Annie MacSorley?

-¿ Qué? -lady Cameron parecía estar conmocionada.

-Sé que era la hermana de Struan MacSorley, y tengo entendido que ella y Alexander habían estado prometidos...

-Lo estaban -susurró Maura, con el rostro tan descolorido como si le hubieran cortado una vena-. Pero no debería ser yo la que te hable de ella...

-Por favor -Catherine tomó impulsivamente las manos de Maura-. Estoy haciendo lo imposible por comprender. Por comprender a Alexander.

Lady Cameron meneó suavemente la cabeza.

-Quizás ambas necesitemos hablar de ello. He intentado mantenerlo alejado de mis pensamientos durante tanto tiempo... todos lo hemos intentado. Pero si queremos que Alexander viva en paz, tenemos que encontrar la manera de alejar los fantasmas. Pero, Dios mío, cuánto desearía que los hombres estuvieran aquí. Tengo la sensación de que vamos a necesitar el apoyo de unos brazos fuertes antes de que hayamos acabado.

Treinta millas al oeste, en ese preciso instante, Donald Cameron también sentía el mismo deseo. Que Maura estuviera a su lado. Ella era su fuerza, su lógica, su compasión. La lenta comitiva había tardado tres días enteros en llegar a la costa, recodando a través de los valles de Lochaber y Rannock, subiendo j y serpenteando a lo largo de las cascadas y los barrancos que parecían salidos de un cuento de hadas, hasta llegar a aquella costa, desolada y a merced del viento, que era el paraíso de los contrabandistas. En uno de las pequeñas y poco frecuentes caletas, había echado el ancla el barco del príncipe, el *Du Teillay,* una modesta embarcación de tres mástiles, muy castigado por los mares y que ofrecía poquísimas comodidades a su noble pasajero.

Lochiel y *sus* hombres habían sido detenidos dos veces en el descenso hasta el puerto: una, por los miembros del clan MacDonald, asumía la responsabilidad de proteger al príncipe; otra, por las Highlands, de aspecto hosco, que había sido citado para con Carlos Eduardo Estuardo.

-Si es un tipo bastante agradable, Donald -había dicho el anciano hombre - un Estuardo de la cabeza a los pies. Antes de que te des cuenta tienes un cuchillo clavado en el kilt, ya te que habrá grabado la coronareal en el trasero.

Donald frunció el ceño (de hecho, en raras ocasiones había desaparecido esta expresión de su cara desde su salida de Achnacarry) mientras observaba el gesto igualmente sombrío de Hugh MacDonald. Conocido como Glengarry, ellaird era un viejo guerrero, amigo y fuerte aliado de los Cameron. Su lealtad a la causa jacobita, como la de Lochiel, nunca se había puesto en duda pero, como la de Donald, estaba equilibrada por la razón.

-Glencoe ya ha venido y se ha vuelto a ir -continuó, cansado, Glengarry-. Ah, sí, y su pariente, MacDonald de Scotus. Todos le hemos dicho al muchacho lo mismo: vete. Ahora no es el momento.

Desde luego, podemos luchar en las montañas y podemos reunir a nuestros vecinos y marchar hacia el sur, pero no serán pastores y mercaderes lo que nos esperará más allá del Tweed. Será la artillería de Jorge, el alemán, y varias tropas escarlata, bien preparadas, bien armadas y ansiosas por derramar nuestra sangre.

-¿Trae alguna noticia esperanzadora de Francia?

Glengarry torció el gesto.

-Trae lo que quiere traer. Ni tropas, ni armas, ni dinero. Sólo un ojo ciego, un gran corazón y la fe en que reuniremos un ejército de Highlanders para escoltarle hasta las puertas de Londres.

-¿Ha habido alguna noticia de los MacLeod o los MacDugal?

El anciano se ladeó sobre la silla de su caballo y escupió sonoramente al suelo.

-No se tomaron la molestia de contestar a las dos primeras cartas que el joven Tearlach les envió. La tercera vez, fue el joven Clanranald quien respondió, acudiendo a la cita en la isla de Skye, y el mensaje fue muy claro: ya que había venido sin tropas sin armas sin dinero, no debería sorprenderle que no hubiera un ejercito esperandole.

Lochiel sintió una punzada en el corazón. MacLeod y MacDugal habían sido dos de los más conocidos y fervientes jacobitas, que habían presumido de los muchos hombres que podían llevar al campo de batalla para apoyar el levantamiento en nombre de los Estuardo. Si ellos renegaban y se hacían atrás tan abiertamente, era de esperar que otros, menos concienciados y con menos medios, no dudarían en seguir su ejemplo, dejando que Lochiel y los moderados cargaran con toda la responsabilidad.

-Confirmando los peores temores de Donald, Glengarry tocó uno de los lados de su nariz.

-Hay bastantes hombres esperando ver qué haces tú al respecto, Donald, antes de decidir qué camino van a tomar ellos. No les lleves a tomar una decisión errónea. No actúes precipitadamente, o todos sufriremos las consecuencias. Si crees que podemos luchar y ganar, así será; estamos contigo. Si crees que no tenemos ni la más remota posibilidad, no dejaremos de tenerte en muy alta consideración por decírselo al muchacho tal cual. Soy un hombre viejo, un viejo loco que sueña con poder ver un rey escocés ocupando un trono escocés algún día.

Entregaría mi alma al diablo sólo por ver a esos bastardos *Sassenach* al otro lado de la frontera, donde deben estar. Pero no lo haría si con ello sólo se consigue que el príncipe pueda degustar su copa de vino tranquila y cómodamente en Winchester.

Donald sintió un peso en el corazón mientras el anciano se alejaba sobre su caballo. Si todos los lairds de Escocia pensaran lo mismo, si eso fuera todo por lo que estaban dispuestos a luchar (una Escocia libre e independiente), ¡qué distintas serían las circunstancias! Había treinta mil hombres luchando solos en las Highlands. Unidos por y para un mismo propósito, formarían un muro impenetrable a lo largo de la frontera, un muro que ningún rey inglés (o alemán) en su sano juicio se atrevería a desafiar.

Pero ese no era el sueño de los Estuardo. Lo querían todo: Escocia e Inglaterra unidas bajo el mandato de un único monarca. Era una meta utópica, y era lo que más perjudicaba a la causa del príncipe. Y, a los ojos de los ingleses, también era el factor más dañino, el motivo por el cual toda Inglaterra se uniría contra ellos.

Glengarry había dicho que una docena de jefes de menor importancia ya habían prometido, y de forma vehemente, su apoyo, pero sólo porque (esa era su desagradable sospecha) sabían que su postura no iba a influenciar el cariz que tomaran las cosas, que su peso no era suficiente para decantar la balanza hacia uno u otro lado. Eso demostraba un criterio pobre e injusto, porque sus hogares, tierras y responsabilidades debían ser y eran tomados tan en serio por Donald como los suyos propios. Pero la dura realidad era que esos lairds sólo podían reunir quizás un centenar o, como mucho, dos, de hombres. Y doscientos hombres luchando contra treinta mil era algo que simplemente no era viable. Como jefe de los Cameron, Lochiel controlaba las vidas y los destinos de cinco mil hombres, mujeres y niños. No podía tomar ningún compromiso a la ligera, aunque eso le creara la desagradable sensación (o certeza) de saber que alguien, en algún lugar, tomara su actitud precavida como un acto de cobardía, sus esfuerzos por ser diplomático como una mera artimaña para congraciarse con el gobierno de Hanover.

Alexander se inclinó hacia él, y Lochiel hizo un vago gesto con la mano, como queriendo decir que no importaba:

-No es más que algo que Maura me dijo el día de nuestra boda. Dijo que nosotros, en las Highlands, poseemos el orgullo de los leones. Que, como los leones, no es el miedo lo que hace que moderemos nuestras acciones, sino que las dominamos con el orgullo.

El inquebrantable, obstinado orgullo escocés, pensó Catherine, y pasó el duro cepillo de pelo de caballo por su melena con tal furia que las cerdas se rompieron y volaron por los aires como una cascada de diminutas flechas. ¿Por qué no le había contado Alex la verdad que se escondía tras las acusaciones de asesinato? ¿Por qué no le había explicado los motivos de su exilio, y la persecución que sufría por parte de los Campbell y que le había obligado a viajar bajo la protección de un disfraz? La historia de la muerte de Annie MacSorley había impresionado totalmente a Catherine. Siempre había temido descubrir las cualidades humanas de Alexander Cameron, y ahora sabía que no sólo era humano, sino que también tenía profundas cicatrices y era terriblemente vulnerable.

Retazos de conversaciones y discusiones le vinieron a la memoria. La mezquina y cáustica voz de su consciencia, despierta desde hacía tan poco, aprovechó alegremente la nueva oleada de sentimientos de culpabilidad y le recordó cada uno de los insultos que había escupido, cada acusación que había lanzado, cada ocasión en que había acusado a Alex de ser cruel, despiadado o incapaz de expresar ninguna emoción. ¿Cruel? ¿Despiadado? ¿Sin sentimientos? Había matado a dos hombres por el amor de una mujer, aceptó abandonar su casa, a su familia, para evitar una sangrienta guerra entre clanes, e hizo entonces todo lo que pudo para exorcizar los demonios que lo perseguían, lanzándose a cualquier empresa que encontró en su camino, por muy peligrosa o temeraria que fuera.

Catherine suspiró y miró fijamente la imagen que le devolvía el espejo. Era demasiado tarde. ¿De qué le servía tener remordimientos? Nada había cambiado. El mismo orgullo que había hecho callar a Alex antes continuaría manteniéndole en silencio ahora, incluso aunque él pudiera estar sufriendo por los mismos sentimientos confusos que tenía ella.

«¿Por qué no admites de una vez que estás enamorada de él?»

Catherine abrió los *ojos,* horrorizada.

-¡No! ¡No lo estoy!

«Oh, yo creo que sí. Y creo que has estado luchando contra ello durante algún tiempo... desde que lo viste en el claro del bosque.

-No seas ridícula. No existe semejante tontería como el amor a primera vista. Por lo que yo sé, no existe ni el amor. No para mí. Y, desde luego, no para él «Sois almas gemelas, entonces, ¿ no?

-Somos totalmente diferentes, tal como él me ha dicho en repetidas ocasiones.

La gente dice todo tipo de cosas cuando está enfadada... o en defensa propia. Y, aunque tú fueras tan virginal como lo era tu cuerpo, seguro que sabes que sus acciones no eran las de un hombre que simplemente pretende conseguir una noche de placer. Lo viste en sus *ojos,* ¿ recuerdas? Lo viste, y te entregaste tan sinceramente a él como él se entregó a ti.

-¡No! -se levantó enérgicamente del tócador y se acercó a la ventana. La tormenta que amenazaba hacía unas horas estaba ahora cayendo con toda su fuerza sobre la tierra. Los rayos resquebrajaban el cielo una y otra vez; los truenos retumbaban sobre las almenas del castillo como cañonazos sordos. Los árboles se doblegaban ante el viento enfurecido y el lago estaba cubierto por una espuma blanca y su superficie burbujeaba bajo la torrencial lluvia.

-El amor tiene que ser algo más que el simple placer -insistió Catherine, en voz muy queda-. Y, además, si él... si él sintiera algo por mí, ¿por qué quiere que me vaya? ¿Por qué no me pide que me quede, o propone que intentemos que este matrimonio sea real?

Por orgullo, Catherine. O *quizás porque no sabe qué sientes tú.*

-¿Qué siento yo?

Un impresionante relámpago cruzó el cielo nocturno, ametrallando las cúspides de las montañas, iluminando el paisaje y haciendo que el castillo temblara hasta los cimientos. Catherine agarró las contraventanas y se expuso durante uno momentos a las gotas heladas de lluvia y el viento.

¿Serías capaz de hacerla? ¿Serías capaz de renunciar a las fiestas, las sesiones en la corte, el prestigio social? ¿ Serías capaz de renunciar a las más simples, como unos lazos nuevos para el pelo cuando te apeteciera? ¿Serías capaz de abandonarlo todo por tener la oportunidad de compartir la vida de un hombre como Alexander Cameron?

-Yo no sé si soy tan fuerte...

Puedes ser lo suficientemente fuerte si quieres a Alex lo suficiente. Es sólo su orgullo lo que se interpone entre vosotros, ya lo sabes.

Catherine miró fijamente la rabiosa tormenta. Tenía el vestido empapado y el pelo mojado y pegado a la piel.

-Si yo supiera... si me atreviera a creer...

Atrévete, Catherine. Créelo. y díselo antes de que sea demasiado tarde.

-¿Demasiado tarde? -musitó-. ¿Qué quieres decir con «demasiado tarde»?

No hubo respuesta. Sólo un repentino y cegador brillo de relámpago, tan resplandeciente que Catherine tuvo que protegerse los ojos con la mano. y que le dejó una imagen grabada en la mente: el mismo campo de batalla que en una ocasión había acudido a ella. De pie, solo, rodeado por un mar de espadas que restallaban, el mismo guerrero alto de la primera vez, sólo que, ahora, el guerrero se había vuelto hacia ella, podía verle la cara. Era imposible confundir aquella mandíbula fuerte y dura, o aquellos ojos de llameante medianoche. y no había manera de prevenirle contra el resplandeciente anillo de acero que se cerraba a su alrededor mientras él levantaba los puños y arañaba el cielo con las uñas ensangrentadas...

Capitulo 19

Parecía que cumplir con las formalidades duraba toda una eternidad. ¡Lochiel había sido recibido en la cabina, llena de gente, del *Du Teillay*! con el entusiasmo que se prodiga al volver a ver a un pariente del cual hace mucho tiempo que no se sabía nada. El príncipe y su consejo (formado por siete hombres que habían embarcado con él en Francia) ofrecieron comida y bebida al jefe de los Carmeron, quien, junto con Alexander y media docena de enviados de clanes vecinos, quedó desarmado ante los encantos de su graciosa majestad.

Carlos Eduardo Estuardo era el anfitrión perfecto. Se había vestido deliberadamente para no hacer ostentación de su herencia, con unos sencillos pantalones negros Y un jubón de modesto paño. La camisa y el corbatín eran de batista, y no estaban muy limpios; la peluca

estaba bastante despeinada y mal ajustada sobre los cabellos de cobre pálido. Era un hombre apuesto, un hecho que aumentaba el aura romántica que le rodeaba, al menos por lo que concernía a las damas jacobitas. Sus ojos azules eran grandes y expresivos. Su nariz, fina y prominente. Su boca, hermosamente perfilada, como la de una mujer. Desprendía serenidad, una seguridad que no empañaban su juventud e inexperiencia. Era la confianza de la realeza, de saber que su causa era justa y que no podía haber, no había, discusión posible sobre eso.

También era un príncipe muy listo, que jugaba con los sentimientos y emociones de sus invitados como si fueran instrumentos que había que afinar con precisión antes de un concierto. Los primeros acordes sonaron sin previo aviso, sin preámbulos, poco antes de la medianoche.

-Ahora que ya has brindado tu lealtad a la causa de mi padre, mi fiel Lochiel, quizás puedes decimos con qué tipo de apoyo cuenta en los hermosos valles de Lochaber.

Una a una, las voces alrededor de la mesa donde cenaban fueron silenciándose y todos los rostros, muy serios, se volvieron hacia Donald. Incluso Alex, que había advertido la sutil manipulación de las conversaciones durante toda la velada, miró a su hermano para intentar descubrir si el experto hombre de estado ya había previsto que se tendería esa trampa.

Alex no tuvo más remedio que admirar la audacia del joven príncipe. La cena había sido suntuosa, el vino había corrido como agua. Y, ahora, el regente pretendía servirse un entremés de sentimientos, plato fuerte, a modo de postre. Después de todo, era un príncipe nacido en la casa real a la que Lochiel había jurado lealtad eterna. Y este príncipe real había embarcado, a pesar de y contra todo, armado tan sólo con el poder de sus propias convicciones y la esperanza de persuadir (o avergonzar) los argumentos de su padre para que se uniera a él en una guerra santa.

Lochiel dejó su vaso vacío sobre la mesa e hizo una seña con la mano a un criado para que corriera a llenarlo otra vez.

-Quizás, Alteza, podéis decimos vos, antes, qué apoyo podemos esperar de vuestro primo el rey Luis, y cuándo llegará.

La sonrisa del príncipe no se inmutó.

-Como sabes, la causa de mi padre goza de todo el apoyo del gobierno francés. En este mismo momento, mientras estamos aquí, hablando, Luis está reunido con sus ministros para ultimar los planes de la invasión total de Inglaterra, que debe producirse, naturalmente, en coordinación con la marcha de nuestro propio ejército hacia el sur.

Una muestra de júbilo fue apuntada por uno de los consejeros, el reverendo George Kelly, en un discreto intento por evitar que se tuviera que especificar a qué ejército se refería el príncipe. Esta vez, Alex no fue el único en recorrer la mesa con su mirada, firmemente convencido de que su anfitrión tenía pocos seguidores. Kelly tenía los labios muy delgados y era calvo como un águila, con los mismos instintos predadores. El irlandés, O'Sullivan, presumía de cierta experiencia militar, pero evitaba discretamente dar referencias sobre las batallas, concretas en que había luchado. Sir Thomas Sheridan tenía setenta años y había sido el tutor de Carlos. William Murray, el exiliado marqués de Tullibardine, estaba tan impedido por la gota que no podía caminar sin la ayuda de un bastón. Aeneas MacDonald era un banquero parisino cuya única función, por lo que todos habían podido determinar, era atráer la ayuda de su hermano mayor, el jefe de Kinloichmoidart. Francis Strickland era el único inglés del grupo, un católico de Westmoreland cuya familia siempre había sido leal a los Estuardo. Por el momento, él y el séptimo miembro de la selecta asamblea, sir John MacDonald, parecían estar más interesados en la calidad del clarete que en la conversación... como si ya hubieran asistido a ella con anterioridad.

Aquellos eran los hombres más cercanos al príncipe, los hombres que se habían comprometido a apoyarle cuando reclamara el trono de Inglaterra en nombre de su padre. De los siete, O'Sullivan era el que inspiraba menos confianza, e intercambiaba frecuentes miradas con Carlos, dándole indicaciones con un ligero asentimiento o un leve movimiento negativo con la cabeza.

Alex bajó la vista y enjugó con la mano las gotas de vaho que se habían condensado en el exterior de su vaso. No podía decir nada. El protocolo exigía que se mantuviera en

silencio, pero interiormente estaba pidiendo a gritos que Donald estuviera alerta y no bajara la guardia.

-Me alegra que los franceses vayan a enviar tropas --continuó Lochiel-. Su entrenamiento y su experiencia nos ayudaran muchísimo en la organización de nuestras propias fuerzas.

-Como ya he dicho, el rey de Francia necesita saber con seguridad que tenemos un ejército preparado para apoyar con todas sus ganas la santa causa de mi padre.

-Ejército que no puede levantarse, Alteza, sin una muestra de buena voluntad por parte de Francia. Un ejército necesita espadas, mosquetes, munición, pólvora...

-Este barco lleva todo un cargamento de mosquetes y sables -interrumpió el príncipe apresuradamente-. Comprados bajo mi propia iniciativa.

-Sí, desde luego, pero un sable no puede detener una bala de cañón -apuntó Lochiel amablemente-. y el ejército inglés tiene infinidad de cañones. Nosotros sólo tenemos unas cuantas armas de fuego llenas de herrumbre y a nadie que sepa dispararlas.

-Los hombres pueden aprender a disparar cañones -dijo O'Sullivan quedamente.

-Claro está -Lochielle dirigió su mirada-. Se les puede enseñar a prender una mecha, pero cómo apuntar y dar en el blanco necesita práctica, y no tenemos ni pólvora ni munición para malgastar.

El príncipe se puso en pie.

Fuiste tú o no fuiste tú el jefe que instigó el comité que se forra solicitar a mi padre que volviera a Escocia.

Yo estaba en ese comité -asintió Lochiel claramente-. y todavía lo estoy, que yo sepa, y lo estaré hasta que encontremos una manera realista de para que el rey Jacobo vuelva a casa.

-¿ Dudas de mi sinceridad en esta arriesgada empresa, sir? –Preguntó el príncipe, tenso.

-Al contrario. Creo que sois un joven muy notable. y aún más, que si alguien pudiera estar al mando de un ejército que llevara la victoria a Escocia, ese alguien seríais vos.

El príncipe se sonrojó por el cumplido y, lentamente, volvió a sentarse en su silla.

-Entonces, ¿por qué dudas...? Tú, que tienes el poder de convencer a la mitad de los clanes de las Highlands para que te sigan. ¿ Por qué?

-El corazón de cada uno de esos hómbres está con vos, Alteza, pero sus cabezas... –Lochiel levantó ambas manos en señal de impotencia-. Después de la terrible calamidad del año pasado...

-A buen seguro no vas a echarme la culpa de eso, ¿verdad? Teníamos veintidós barcos absolutamente repletos de hombres, armas y visiones... todo ello, reunido gracias a mi persistencia.

-No lo dudo. y casi todo ello perdido gracias a la incompetencia de Francia.

-La flota fue sorprendida por una tormenta en el canal...

-Cualquier loco, hasta el más estúpido, sabe que las peores tormentas del año son las que se producen en febrero. Sé que vos actuabais con las manos atadas, no tenías más elección que zarpar cuando Francia decidiera que había llegado el momento... pero, por Dios, la armada Real sabía el día, la hora, hasta el minuto en que el primer barco salía del puerto y hacia dónde se dirigía.

-En todos los conflictos hay espías -declaró O'Sullivan.

-Cierto. y los nuestros nos han dicho que, hasta el momento, los franceses no han hecho ningún movimiento para enviar ayuda. De hecho, según nos informan, los ministros del rey están tan decididos a volver a participar en nada con nosotros que han cerrado las arcas del tesoro con candado.

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas del príncipe mientras se levantaba de nuevo. Con un esfuerzo visible, se obligó a mantener la calma, a alejarse de la mesa y caminar a lo largo de toda la cabina hasta que se detuvo cerca de las ventanas de varios cuarterones que daban a la galería de popa. La luz de un farolillo de latón se derramaba sobre su cabeza y

hombros, envolviéndole en un aura que no podría haber sido más enervante aunque hubiera estado en el centro de la nave de una iglesia.

-No debemos disputar entre nosotros -dijo, tenso-. Insisto, no debemos peleamos, especialmente por un incidente que ocurrió ya hace más de un año. Lo principal, lo que debemos recordar, es que en aquella ocasión zarpamos con siete mil tropas francesas. y que ahora hay, como mínimo, otras tantas que están esperando embarcar en el preciso instante que nuestro ejército emprenda su marcha hacia el sur.

Lochiel se recomendó prudencia a sí mismo, atónito ante el hecho de que Carlos se negaba a admitir que había acometido aquel asunto con todo su empeño pero sin la menor prueba sólida de respaldo asumida por parte de nadie, ni a uno ni a otro lado del canal.

-Alteza... -puso las manos sobre la mesa, con cuidado-. No habrá ningún ejército marchando hacia d sur. Como mucho, podríais reunir a dos, tres mil hombres, quizás, pero todavía no se podría hablar de un ejército, porque no tenéis armas, ni comida, ni dinero para pagar...

-¿Tendríamos su lealtad?

Lochiel enrojeció ante la tranquilidad con que había formulado la pregunta.

-Sólo puedo hablar en lo que concierne a mí, y os aseguro que podéis contar con la lealtad más apasionada. Pero la lealtad no compra armas. La lealtad no puede hacer brotar soldados de debajo de las piedras y conseguir un ejército poderoso.

-Se nos hizo creer que podíamos contar con veinte, con treinta mil fieles reclutados en las tierras altas.

-Entonces, fuisteis vos mal informado, Alteza. Y un tanto más mal informado que incluso los ingleses destacados en este lugar, porque ellos podrían deciros cuántos, de cada diez hombres, cada clan puede enviar al campo de batalla, en qué grado irían armados y bajo qué estandarte marcharían.

-He oído rumores, sir, de que nuestra causa ha sufrido graves pérdidas a favor del oro de los Hanover. Sin embargo, los hay que permanecen en silencio, demasiado avergonzados, quizás debo deducir, para escuchar la petición de ayuda de su rey. Otros se han hecho de rogar hasta el límite para salir de sus fortalezas, bajar de la montaña y, finalmente, intentar apaciguarme con sus majaderías y discursitos paternalistas. -Hizo una pausa, observando cómo el insulto ensombrecía el rostro de Donald-. y te diré una cosa: nadie va tratarme con condescendencia. No voy a dejarme influenciar por personas negativas y cobardes. Es el momento de asestar el golpe ¡Y de asestarlo con fuerza! La mayor parte del ejército inglés, incluyendo la artillería, está luchando en Flandes, al otro lado del canal. Las pocas tropas regulares que permanecen en su sitio no son suficientes para detener un ejército de Highlanders, a pesar de que *sólo* tenga una décima parte del poder y la fuerza que se prometió.

-Todo lo que necesitamos --continuó Carlos, dirigiendo su retórica al atento y silencioso grupo- es una única victoria para de- mostrar a todo el país que nos hemos lanzado a defender nuestra causa. Todos *los* amigos que han dudado de nosotros nos seguirán; toda la ayuda del extranjero que podamos necesitar llenará nuestras fronteras. Caballeros --irguió *los* hombros y *les* miró a la cara, totalmente de frente a *ellos,* de tal modo que la vacilante luz del farolillo caía directamente sobre su real rostro y daba la sensación de salir de su interior-, este es mi hogar. Este es mi país. Estas son mis tierras, mis queridas HighIands, tanto como son las vuestras. La sangre de mis antepasados tiñe el suelo bajo mis pies, y *sus* voces me llaman desde todos *los* valles y montañas. No volveré a Francia nuevamente frustrado y derrotado. ¡Me quedaré y lucharé para rendir honor al nombre de mi padre aunque ni un *solo* hombre tenga el valor de quedarse conmigo!

Una desagradable ola de humillación invadió a Donald, y su rostro palideció. Pero todavía fue capaz de mantener su razón a salvo de cualquier influencia que la nublara.

-Está claro, Alteza, muy claro. Quizás debéis permanecer en el país. Quizás, con tiempo y tesón, podáis vencer a vuestros detractores, demostrarles que estáis decidido, destinado a la victoria. Mientras, me encargaré personalmente de vuestra seguridad, durante el tiempo que haga falta...

-¿ Mi seguridad? ¿ Piensas que me importa en lo más mínimo mi seguridad? ¿ Y me tendrías siempre escondido, de las cuevas a las casuchas, para evitar *los* grupos de batida que *los* ingleses, sin duda, organizarían en mi búsqueda, mientras esperamos que se forme un ejército nacido de la compasión? No, mi querido Lochiel. Desde luego, me quedaré en Escocia y, desde luego, cruzaré *sus* gloriosas colinas, pero no como un criminal, no como un ladrón nocturno, no como un mendigo pidiendo limosna. Dentro de pocos días, con *los* pocos ami gos que me quedan, izaré el estandarte real de la casa de los Estuardo y proclamaré ante el pueblo de Gran Bretaña que Carlos Estuardo ha vuelto a su hogar para reclamar el derecho a la corona de sus ancestros... para recuperarla o para morir, si es necesario, en el intento.

Una ronda de miradas furtivas se sucedió alrededor de la mesa.

Sólo un par de ojos oscuros, de medianoche, siguió mirando el pálido rostro que habían observado durante aquel apasionado discurso del príncipe. Alex vio las lágrimas en los ojos de su hermano, y los minúsculos semicírculos de sangre en las palmas de sus manos donde se había clavado las uñas para forzarse a permanecer en silencio.

Lentamente, el príncipe miró a Donald a la cara.

-Dices que puedo contar con tu fidelidad, Lochiel, yeso creía yo ¿Por qué otro motivo, sino, me habría aferrado tan empecinadamente a estas costas? Tú y mis otros fieles Highlanders me disteis tantas esperanzas. ..me animasteis a seguir adelante aunque los hombres y la naturaleza descargaran su furia sobre mí. Mis Highlanders. Míos, porque compartimos la misma sangre, el mismo valor, y la misma creencia de que el honor es sagrado... o eso creía yo.

La dorada cabeza se irguió de nuevo, rápidamente, en el ángulo preciso para que el angelical rostro fuera bañado de nuevo por la esfera de luz.

-No obligaré a ningún hombre a permanecer a mi lado si no tiene la fe o la confianza para hacerlo. Lochiel puede quedarse en su casa si cree que hay pocas esperanzas para mí y mi causa. Desde allí, pues, de saber las noticias sobre la suerte que corre su príncipe leyendo los periódicos. ..y quizás brindar una o dos veces a nuestra salud. A buen seguro que esto no será pedir demasiado ¿verdad?

Donald Cameron miraba fijamente, sin parpadear siquiera, a aquel áureo príncipe. Se puso de pie muy lentamente, con el cuerpo rígido y tembloroso, con las lágrimas a punto de derramarse formando dos finas cascadas en sus mejillas. Bajo el peso de la impotencia que lo invadía, Alex oyó la voz de su hermano rompiendo el cristalino silencio.

-No, por Dios. No me quedaré en mi casa mientras mi príncipe lucha, solo, por mi rey... y tampoco lo hará ninguno de los hombres sobre los cuales la naturaleza o la fortuna me ha dado poder.

Hubo más, pero Alex ya no lo oyó. Se sorprendió a sí mismo recordando, irracionalmente, un alud que había presenciado en una ocasión. Un pequeño paso había hecho que la mitad de la montaña se desmoronara y cayera sobre un pueblecito ajeno que, evidentemente, no sospechaba nada. Ahora, Alex tenía la misma sensación: que estaba sopesando la posibilidad de dar o no ese pequeño paso y que, si lo daba, el único camino iba hacia abajo.

Capitulo 20

Las tormentas que habían plagado el cielo de Achanacarry por fin habían cesado y, en la quinta mañana desde que Lochiel estaba ausente, el sol hizo su aparición sobre el horizonte. Las brumas se resistían a abandonar las caletas del lago, y en los bosques llovió rocío de los árboles durante otro día entero antes de que la humedad despareciera po completo. Catherine dio largos paseos por el jardín y junto a los márgenes. Se adentró valientemente en el bosque con Deidre y las vigilantes sombras silenciosas para coger frutos silvestres, y descubrieron

también un estrecho arroyo que serpenteaba entre los arbustos y en cuyas aguas se podían ver salmones destellando como la plata.

Una mañana, Aluinn MacKail se sorprendió ante la inesperada aparición de Catherine en el patio para pedirle que la dejara dar un paseo a caballo con él. Después de una breve conversación y algo más de tiempo para preparar otro animal y una pequeña escolta, cabalgaron hacia las colinas, desde donde ella pudo contemplar una espléndida vista del castillo, el lago, la aparente infinita extensión de las Highlands. Viendo que Catherine parecía apreciar el paisaje , Aluinn le contó un poco de la historia de los Cameron. Señaló las ruinas de una antigua fortaleza y dejó que en su imaginación aparecieran imágenes de contiendas y batallas medievales. Le habló de Alexander y aludió una juventud desperdiciada, pero en ningún momento abordo el tema del exilio, y Catherine tampoco le dio a entender que ella sabía lo que sabía. Al final de esta primera mañana, ambos estaban relajados y reían, y ella esperó haberse en algún modo ganado un importante aliado, llegando al caso de necesitarlo.

A medida que la semana iba llegando a su final, también la paciencia de Catherine se iba acabando. Todavía nadaba en un mar de dudas, se sentía confusa por sus sentimientos pero, a pesar de lo malo de sufrir en soledad, sospechaba que la verdadera prueba de fuego empezaría cuando y si A1exander volvía a Achnacarry. Pensando en ello, ensayaba discursos y preparaba un sinfín de razonamientos para presentar los pros y los contras de su permanencia en aquel lugar. Se paseaba sin cesar por el jardín, unas veces convenciéndose de que era una locura plantearse siquiera la idea de quedarse en Escocia y, acto seguido, convenciéndose de que era una locura aún mayor irse de allí. y siempre, en el fondo de sus pensamientos, sospechaba que, en realidad, era inútil mantener esas conversaciones con ella misma. Alexander Cameron era tan testarudo como orgulloso. Si ya había tomado la decisión de enviarla a Rosewood Hall (y ¿ acaso ella no había insistido hasta la saciedad para que ello ocurriera?), nada, por muchos razonamientos que se expusieran, le haría cambiar de opinión.

También en el fondo de su mente había el recuerdo de lo que Alex había dicho sobre el matrimonio: sentía una clara y definitiva aversión hacia él. ¿ Qué le hacía pensar a ella que una sola noche de pasión bastaba para hacerle cambiar de idea? Seguro que ya había pasado, a lo largo de su vida, muchas noches parecidas con otras tantas mujeres. Quizás Catherine estaba leyendo demasiadas cosas entre las líneas de unas pocas frases murmuradas, de una caricia de suavidad extrema, de una oscura promesa en las profundidades de sus *ojos* negros. Quizás todo se resumía en que lo que él le había dicho de forma tan llana como brusca la mañana siguiente... demasiada tentación combinada con demasiado vino.

Simplemente, Catherine ya no sabía nada. Ya no había tormentas que afectaran sus sentidos, ni rayos que la sobresaltaran y la asustaran haciéndole ver cosas que no estaban allí. Lo que antes parecía tan claro era, bajo la realidad de la luz del sol, una confusa y desesperanzada situación. Él no la quería. Él no podía amarla, de ninguna manera. Quizás ella debía marcharse, aunque sólo fuera para librarse de la belleza mística de aquellas montañas y los traidores efectos hipnóticos del calor y la niebla. Pero, ¿ estaba tan dispuesta a aventurarse, a echar su destino a suertes, sabiendo que podía correr el riesgo de volver a encontrarse en el río Spean enfrentándose a una docena de viles milicianos?

La respuesta era un rotundo «no». Se moriría de miedo, de terror, si tenía que soportar lo que acechaba más allá de aquella fortificación de piedra maciza. Era delicada, era débil, siempre lo había sido, y no sabía decir con sinceridad si quería cambiar o si era capaz de hacerlo.

En el pasado, estaba segura de ella misma, pero ahora se encontraba atrapada por las dudas y la incertidumbre. Quería quedarse allí. Quería marcharse de allí. Por primera vez en su vida, quería que alguien le dijera qué debía hacer, pero incluso la pequeña y oscura voz de su consciencia permanecía obstinadamente en silencio.

-Orina de vaca -anunció Rose, y Catherine por poco no derramó el vino al oír su voz-. Sigue mi consejo, jovencita: una tacita de orina de vaca y vinagre cada mañana y todos tus hijos serán varones. Lo sé. Yo he tenido seis.

-¿Orina de vaca? No me hagas reír -replicó Jeannie en tono burlón-. Todo lo que consigues es tener acidez y nada más. Jalea de raíz de remolacha. Eso fue lo que me dijo mi

madre, y mis doce hijos son todos varones. Coges un poquito y le untas sus partes a tu marido justo antes de...

Una sonora carcajada interrumpió la disertación, y Catherine miró agradecida hacia la puerta de la sala de reposo. Archibald Cameron asomó la cabeza y reclamó su atención, como si el eco de su risa haciendo temblar las paredes no las hubiera avisado ya de su presencia. Con un gesto amplio y extravagante de su brazo, hizo pasar a dos hombres vestidos con paños de tartán y que daban la impresión de haber estado cabalgando durante toda la noche pasada y toda la mañana. Pasó menos de un segundo antes de que el corazón de Catherine diera un brinco al reconocerlos.

-Alex -musitó.

Los oscuros ojos la vieron inmediatamente, pero cualquier saludo que él podría haberle dedicado quedó sumergido entre el barullo de bienvenidas.

-¡Alex! ¡Struan! -Maura agarró a ambos del brazo-. Gracias a Dios que habéis vuelto a casa sanos y salvos. Nos ha llegado todo tipo de rumores...

-¿Qué ha pasado en Arisaig?

-¿Visteis al príncipe? ¿ Hablasteis con él?

-¿Dónde está Donald?

Alex levantó las manos para detener aquel torrente de preguntas. -Donald está a un día de aquí, no hay que preocuparse. Struan y yo nos hemos adelantado con algunos de los hombres... -dejó de hablar y miró de nuevo a Catherine.

Sirvieron un poco de vino a ambos hombres y los llevaron cerca del fuego. Les ayudaron a despojarse de las pesadas espadas, los sombreros y los enormes paños de tartán y les preguntaron cuánto hacía que no habían comido. Los dos parecían estar completamente agotados. La fabulosa melena de Struan estaba sucia y enredada, y tenía la barba llena de polvo y tizne. El aspecto de Alex no era mucho mejor. Tenía el pelo pegado a la nuca y la frente, y no se había afeitado en unos cuantos días. Sus ojos, normalmente tan despejados y penetrantes, se hundían pesadamente en dos oscuros círculos que denotaban su cansancio.

-Pareces salido directamente del infierno, hermano –anunció Archibald con su habitual aplomo-. ¿ Es que habéis empezado la guerra sin nosotros?

Había hecho la pregunta a modo de broma pero, viendo la expresión de Alex, su jovial sonrisa permanente se borró de su rostro y el brillo de sus ojos azul pálido aumentó mostrando alarma.

-Decidlo de una vez, muchachos ---ordenó-. ¿ Qué noticias traéis de Arisaig?

-Los clanes se reunirán dentro de diez días en Glenfinnan. El príncipe planea izar el estandarte de los Estuardo y proclamarse regente de Escocia en ausencia de su padre.

Jeannie soltó una exclamación de alegría y ejecutó unos rápidos pasos de baile hasta que, a una significativa mirada de su marido, dejó de bailar y volvió a guardar silencio.

-¿Una reunión de clanes? -preguntó Aluinn en voz baja-. ¿Y quién espera el príncipe que asista a ella?

Alex respiró profundamente y vació el contenido de su vaso antes de responder.

-Clanranald y Kinloichmoidart ya se están preparando para luchar; Glenaladale, con la mayoría de los MacDonald; Keppoch, y Glencoe, por supuesto...

-¿Keppoch? Pero si él jamás lo haría, a menos que...

-A menos que los Cameron también se comprometieran –Alex terminó la frase con el ceño fruncido-. y lo mismo pasa con los Stewart de Appin, los MacLean, Glengarry, los Grant, los Frasers...

-Dios mío... -musitó Maura horrorizada.

-¿Todos se han comprometido? -preguntó Aluinn.

-Tendrán que buscar en sus conciencias y tomar su propia decisión ahora que el guante ya ha sido lanzado -Alex miró, casi disculpándose, a lady Cameron-. Donald lo intentó todo, lo hizo todo me nos ponerse de rodillas ante el príncipe y rogarle que volviera a Francia o que, al menos, esperara que la ocasión fuera más propicia, pero...

-¿Y cómo está?

-¿Donald? Aunque parezca extraño, creo que se ha quitado un peso de encima al ver que la espera, las discusiones y el inacabable debate ya han pasado. Tenía que tomar una decisión y la tomó, comprometiéndose al cien por cien.

-¿ A todo?

Alex sabía a qué se refería Maura. Algunos lairds aceptarían enviar a la mitad de sus hombres bajo las órdenes de un hijo o un hermano para luchar por los Estuardo y hacer honor a su promesa de fidelidad al rey en el exilio. También mandarían gustosamente un grupo similar a defender a los Hanover, asegurándose así de que, fuera cual fuera el resultado de la contienda, sus títulos y posesiones quedarían a salvo. Pero a Donald ni tan sólo podía pasársele por la cabeza dividir su lealtad u ofrecer sólo la mitad de ella.

-Lléname el vaso otra vez, jovencita -susurró Rose al oído de Catherine, en voz suficientemente alta para llamar la atención de los ojos negros otra vez.

Todas las tan esmeradamente ensayadas palabras de bienvenida se borraron de la cabeza de Catherine, que, de repente, fue consciente del aspecto que seguramente tenía. Se había pasado la mañana dando un perezoso paseo junto los márgenes del bosque, y su pelo flotaba desordenadamente sobre sus hombros. Con la mano, apartó suavemente los mechones que le caían sobre la cara, pero eran muchos, y Alex la miraba tan fijamente... Se sonrojó profundamente, incluso sintió el calor en su cuello. No podía moverse, ni pensar, ni siquiera hablar.

Rose le dio un pequeño codazo y Catherine dio, por pura inercia, unos pasos hacia delante. Notaba los ojos de Alex, fijos en ella, sin soltarla, abrasándola hasta el vientre y entre los muslos con un fuego suave como un lazo de seda.

De algún modo consiguió coger la botella y volver al grupo sin que se le cayera de las manos, pero le temblaba el pulso y, mientras servía a Alex, estuvo a punto de desbordar el vaso. Afortunadamente, él lo evitó, levantando a tiempo la botella.

-¿ Has estado bien?

-Sí --contestó con un hilo de voz-. Muy bien, gracias.

-¡Alasdair! ¡Struan! -Lauren Cameron entró corriendo en el salón, parándose en seco y sin aliento como un torbellino de cabellos rojos, faldas d amarillas y animada risa-. ¡Acabo de saber la noticia! ¿ Es verdad? ¿ El primo Donald va a reunir a todo el clan para defender, al príncipe Carlos?

-Pues, sí, jovencita -dijo Struan, sacando pecho con orgullo-. Lochiel se ha comprometido, y con él todos los Cameron, a luchar en nombre del rey Jacobo.

Los ojos de tigre quedaron fijos en Alex por un instante más largo de lo que debía haber sido, antes de sonreír como respuesta al comentario de Struan.

-¿Cuándo? ¿Cuándo nos vamos a donde está el príncipe?

-Tan pronto como regrese, Donald nos informará -contestó Archibald-. Hasta entonces, no tiene ningún sentido aventurar nada. Pero, por todos los santos, esto merece un brindis. Vaya, esto es una buena esposa Jeannie, sírveme otro trago, y llena también los vasos de todos.

Catherine rehusó la invitación, y también Maura. Alex se sumó al brindis en silencio y, después, puso su vaso vacío sobre la bandeja.

-Si no os importa... He llevado esta ropa una semana entera, la mitad de los días, bajo una lluvia torrencial. Struan, te agradezco que me hayas acompañado. Aluinn... ¿puedo hablar contigo unos minutos en el vestíbulo?

Catherine miró cómo ambos salían de la estancia, y Maura atrajo de nuevo su atención dando unas palmadas para acallar y llamar al orden el alboroto de voces. El almuerzo, propuso, se retrasaba hasta que los recién llegados hubieran podido refrescarse un poco. Lauren fue enviada a pasar la información a las cocinas, y Struan, unos minutos después y murmurando cualquier excusa, salió tras ella.

Aluinn volvió solo. Sus ojos gris humo aguantaron la mirada de Catherine durante un momento. Después, se acercó a Archibald y Maura, junto al fuego.

Catherine obligó a sus piernas a moverse, a sacarla de allí y llevarla hasta el soleado vestíbulo. Se dijo que sólo iría a cambiarse de ropa y peinarse un poco pero, al empezar a

subir las escaleras que llevaban a la torre oeste, le flaquearon las piernas y tuvo que agarrarse a la barandilla de piedra labrada para poder llegar al final del tramo.

Las puertas de las tres habitaciones estaban cerradas, y Catherine recordó un juego que había visto practicar una vez, en una feria, con unas cáscaras de nuez y un guisante seco. Un tahúr escondía el guisante bajo una de las cáscaras y recogía las apuestas de medio penique de los participantes, que debían adivinar dónde había ido a para el gui sante. No tenía ninguna excusa para entrar en la habitación de Alex, y no quería toparse con él otra vez en el salón del fuego si estaba allí, tomando un baño. Entraría, pues, en su propia habitación y dejaría la puerta entornada. Así, si él quería verla o hablar con ella en privado, sabría dónde encontrarla.

Satisfecha con la astucia de su estrategia, entró en su dormitorio y ajustó la puerta hasta dos veces, antes de dejarla abierta en la medida justa. La estrecha ventana, al otro lado, de poco servía para disminuir la penumbra, que parecía más oscura de lo habitual, y Catherine ya se había sentado frente al tocador y empezado a cepillarse el desordenado pelo cuando se dio cuenta de que era Alex quien, de pie en la repisa, tapaba los directos rayos de luz y los difuminaba en una nebulosa dorada. Ella miró fijamente la imagen, reflejada en su espejo, con las manos paralizadas sobre sus cabellos.

Él se movió, y con él todo el juego de luz y sombra, para apoyarse contra la pared de la ventana.

-Por favor, no dejes que te interrumpa.

Catherine ordenó a sus manos que se movieran, y éstas obedecieron, retornando el proceso de cepillar y desenredar.

-Aluinn dice que ya te has aventurado a salir del castillo.

-Me llevó a dar un paseo a caballo con él, si es eso a lo que te refieres. Empezaba a sentirme como una prisionera.

Él frunció el ceño al instante. -¿Acaso alguien te ha dicho o hecho algo que...

-Oh, no -explicó ella rápidamente-. No. Sólo quería decir... quiero decir que las paredes se me estaban echando un encima, supongo. No... todos han sido extremadamente amables y hospitalarios.

Esta vez, Alex frunció los labios y se miró las manos.

-Archie parece pensar que por tus venas corre un poco de sangre escocesa. Está bastante impresionado, encantado contigo.

-A mí... también me cae muy bien. Es... -buscó una palabra adecuada para definir al recalcitrante, abierto y franco médico, pero no la encontró.

-Un poco... inusual .

-Es un médico muy bueno --concedió-. Ha obrado un auténtico milagro con el hombro del señor MacKail.

-No puede permitirse el lujo de ser mal médico. Estudió en Edimburgo y se licenció con la nota más alta de su promoción.

-¿Archibald? -no pudo evitar el tono incrédulo de su voz, y Alex sonrió.

-En cada familia hay un excéntrico o dos, escondiéndose en el aseo. En nuestro caso, nosotros tenemos a Archie.

-y a Jeannie -murmuró ella, sonriendo con la misma suavidad que Alex.

-Ah, sí, Jeannie. También es un caso aparte. Sólidamente educada en una granja, jamás se ha dejado impresionar en lo más mínimo por el nombre o la posición de un Cameron. Sería igual de feliz viviendo en un mugriento *clachan* que en Holyrood House.

Catherine miró subrepticiamente el reflejo de Alex. Por raro que pareciera, aquella ausencia de una semana había agudizado su intuición, y notaba la tristeza en su voz, la veía en sus hombros, ligeramente caídos. Estaba más preocupado, más conmocionado por la capitulación de Donald de lo que quería aparentar. Toda aquella charla trivial, superficial, quería esconder el hecho de que estaba triste, asustado, casi... perdido.

Para disimular su propio nerviosismo, Catherine cogió el cepillo y empezó a pasarlo por su larga melena, desenredándola, dándole forma, dominando la alborotada cascada y convirtiéndola en suaves ondas sobre sus hombros.

-Tu carta a Damien partió sin problemas -dijo Alex después de aquella breve pausa-. Pudimos encontrar un barco que estaba a punto de zarpar...

Sus miradas se encontraron y se hizo un corto e intenso silencio entre ellos. Alex pensaba en lo adorable que estaba Catherine, allí, de pie, con la cara levemente sonrosada y el pelo brillante, flotando suavemente sobre sus hombros. Incluso el sencillo vestido de algodón que llevaba parecía ganar elegancia por el mero hecho de ajustarse a su cuerpo y sus movimientos. Durante toda la semana, Alex había intentado no pensar en ella demasiado a menudo, y la mayor parte del tiempo la había conseguido. Sólo le fallaba su fuerza de voluntad cuando cerraba los ojos. Y, si aquella noche esperaba librarse de ella, de su presencia latiéndole en las venas, o si buscaba poder utilizar el hecho de haber estado separados la semana anterior para recuperar su perspectiva... se equivocaba. Sentía que se sumergía, que le envolvía por completo el perfume de sus cabellos y su piel, y si Catherine no dejaba de mirarlo de ese modo...

Esta vez, ella ya no veía al hombre que la había raptado, atemorizado e iniciado a horrores que jamás había soñado que existieran. En lugar de eso, veía a un hombre muy vulnerable que había sobrevivido a su propio infierno y resurgido de él con fuerza y vitalidad, y en guardia contra posibles futuras heridas en su corazón, que latía de un modo extraordinario en su pecho. Y, pensaba, si ella pudiera robar tan sólo una pequeña porción de aquella fuerza, una pequeña parte de aquel corazón...

Alex cerró los puños todo lo que pudo, luchando, todo su cuerpo, contra el deseo de cruzar la habitación y estrecharla entre sus brazos. Se volvió y miró por la ventana.

-Una de las razones por las cuales nos fuimos de Arisaig antes que Donald -explicó- fue dar un rodeo a lo largo de la costa para reunimos con un contrabandista al que Struan conoce bastante bien. Después de mucho regatear y de intercambiar unas cuantas amenazas, conseguimos arreglar un pasaje para ti y para Deirdre hasta Blackpool.

La mano que sujetaba el cepillo tembló bajo el bombardeo de unos cuantos latidos acelerados.

-¿Cuándo?

-A finales de semana. El sábado. -Su voz estaba llena de tensión, hablaba tan bajo que ella casi no le *oyó.*

-Ya.

-Bajo las presentes circunstancias, es la ruta más sensata, la más ¡segura... y es preciso que os marchéis tan pronto como sea posible. El ruido del cepillo al caer sobre el tocador hizo que se volviera hacia ella justo a tiempo para ver cómo se acercaba-. Naturalmente, se corre algún que otro riesgo viajando por mar, pero... el capitán me ha asegurado que paga una suma exorbitante a los aduaneros de la costa para que miren continuamente en otra dirección.

-¿Me vas a llevar tú?

-Hasta la costa, sí. Y después irás bien protegida, no tiene por qué preocuparte.

Catherine no se preocupaba en absoluto. De hecho, estaba extra- ordinariamente tranquila mientras llegaba a la ventana, junto a él.

-¿Y tú? -Su mano jugaba, ausente, con los lazos que cruzaban su corpiño-. ¿Qué vas a hacer, ahora que tu hermano ha decidido ir a la guerra?

Alex permanecía callado, inmóvil, con los brazos tensos, sabiendo que en cualquier momento podía tenderlos hacia ella, tocarla, acariciar la curva suave y blanca de su mejilla.

-Soy un Cameron. No puedo volver la espalda a ese hecho a pesar de mis sentimientos personales. Algunas veces... -su voz se detuvo un momento y su mirada se posó involuntariamente donde la mano de Catherine se paseaba lentamente, sobre el oscuro precipicio entre sus senos-. Algunas veces, hay cuestiones más importantes para un hombre que sus propias convicciones personales.

Ella le miró directamente a los ojos de clara medianoche. La expresión de Alex era impenetrable, como grabada en una piedra, pero los sentidos de Catherine recibían muchas y diferentes sensaciones, una auténtica corriente oculta de informaciones. Se dejó envolver por ella, dejó que la confortara, le diera calor, la estremeciera con sutiles y silenciosos mensajes que eran mucho más excitantes, más sugerentes que cualquier roce físico. La sangre fluía

entre sus muslos, y Catherine se tambaleó casi imperceptiblemente por la tensión, sabiendo más allá de ninguna duda que Alex también luchaba contra las mismas ganas, el mismo deseo. Al mirarle, vio que una delgada línea blanca se formaba alrededor de su boca y que los latidos de su corazón acelerado podían verse claramente golpeando, vibrando en su sien...aquella sien marcada con una cicatriz en el duelo con Hamilton Garner. El duelo gracias al que Alexander la había merecido como esposa.

-Yo también soy una Cameron -le recordó Catherine-. Tú me convertiste en una.

Deliberadamente, dio un paso más, acercándole la tentación del perfume dulce y sazonado de su cuerpo de mujer. Cada uno de los nervios de Alex vibró, y todo su vello, en cada uno de sus poros, se erizó.

-Catherine, no creo que..

Ella se acercó aún más. Tanto, que él quedó paralizado por el calor de su cuerpo. La agarró por un brazo, intentando con la presión de sus dedos una rígida advertencia, pero ella ignoró el aviso. En su lugar, le rodeó el cuello con las manos, y el contacto hizo que el fuerte cuerpo de Alex temblara visiblemente.

-No sabes lo que estás haciendo -comenzó a decir; pero sintió los senos de Catherine, como un incitante cojín, contra su torso, y vio el brillante destello violeta del deseo desafiándole a apartarla de él. Lo intentó. Por Dios que lo intentó. Y separó los labios para dar un último aviso pero, con el aliento suave aunque agitado, los de ella ya estaban allí, húmedos y dóciles, más ,dulces que nada que él hubiera imaginado o que recordara haber probado jamás. Sintió aquella lengua de punta rosada aleteando entre sus labios, provocativa, tentadora, poniendo en práctica lo que él mismo le había enseñado, y las manos de Catherine presionaron aún más su cuello, obligándole a inclinarse, a responder del mismo modo.

Con un gruñido salido directamente de lo más profundo de su garganta, Alex hundió los dedos en aquellos cabellos ondulados, etéreos y dorados, dejando a un lado todas sus buenas intenciones, sus meditadas decisiones, su firme y noble determinación de no permitir que, ni él ni ella, volvieran a caer ante un dilema que no podía tener un final feliz. La besó con labios doloridos de tan ansiosos, la abrazó temblando como un colegial. La incipiente barba de su mentón rascaba la sensible piel de Catherine, pero ella parecía no darse cuenta. Respondía con una avidez que inflamó aún más su urgente deseo, más allá de la razón, más allá de toda precaución.

Alex la tomó en brazos y la llevó a la cama, empezando a desnudarla casi antes de haberla depositado en ella. Liberó sus senos, y besó cada una de los pezones tirantes, devorando los últimos temores y dudas de Catherine y contagiándola de un deseo tan inmenso e ingobernable como el suyo propio. Se separó de ella un instante, sólo para despojarse de las yardas de pliegues a cuadros que ceñían su cintura y, cuando volvió junto a ella, fue para hundirla entre las sábanas, para liberarla febrilmente de las últimas barreras de ropa y para adentrarse en lo más profundo de su cuerpo, hasta donde le llevaban los sentidos y la pasión.

Un gritó emergió desde lo más profundo de su garganta ante la inmediata invasión de placer. Estaba inmerso en el ansia que había perseguido todo sus pensamientos, el ansia que lo llevaba a poseerla violentamente, sin freno. Intento controlarse, retenerse, sabiendo que era demasiado pronto, demasiado pronto... pero Catherine sintió su fragilidad, la compartió llevándolo más adentro, abrazándolo con más fuerza mientras el cálido torrente de su éxtasis surgía y explotaba en su interior. Ella se retorció de gozo, clavó las uñas en su carne, en los potentes músculos de su espalda y hombros. y Alex se estremecía una y otra vez. Ciegamente, convulsivamente, Catherine se arqueó más para ofrecerse sin límites, para recibir su fuerza de vida y sentirla latir en el corazón de su alma.

Alex pronunció su nombre con el último de los espasmos, y se desplomó, jadeante, sobre ella. Catherine estaba totalmente inmóvil, aturdida, extasiada. Levantó una mano y pasó sus trémulos dedos entre las ondas de su pelo negro, sintiendo hormigueos en la piel, nadando en una felicidad completa. Le besó la sien y lo calmó, lo apaciguó. Contra su voluntad y sin poder hacer nada para evitarlo, Alex cayó sumido en un agotado sueño, abrazándola por la cintura y con la cabeza descansando entre las suaves lunas de sus senos.

Catherine despertó. de un de su leve adormecimiento algo más tarde. Ella y Alex seguían enroscados el uno en el otro, aunque su postura había cambiado un poco ahora, la cabeza de ella reposaba en el hombro de él, y una de sus piernas estaba cruzada sobre su cuerpo, sin que fuera claro si era para retenerlo o para protegerlo. Levantó la cabeza muy despacio, con cuidado, pero Alex no tuvo más reacción que un profundo y tranquilo suspiro. Pensó que nunca lo había visto dormido (de hecho, a menudo se había preguntado si dormía alguna vez). ¡Qué distinto estaba! Los profundos surcos de preocupación y la rigidez de su mandíbula habían desaparecido. Las pestañas, gruesas y negras, parecían alas abiertas, caídas sobre sus mejillas, y los mechones de su pelo, echados hacia atrás y dejando la frente al descubierto, parecían trazos de pintura negra sobre el lienzo de las sábanas.

Demasiado impacientes por alcanzar la cama, ninguno de los dos se había desnudado por completo. Catherine todavía llevaba la blusa y el corpiño, aunque ambos estaban completamente desanudados y abiertos sobre su pecho. No llevaba la falda pero, con las prisas, Alex sólo había podido subirle las enaguas hasta las caderas y despojarla de una de las perneras de los calzones. Él llevaba la camisa, completamente abierta y sujetándola bajo los brazos.

Los *ojos* de Catherine siguieron su paseo y se pararon, muy abiertos, más abajo. A pesar de su primera noche de pasión, que la había dejado con la sensación de que ya no había más secretos o misterios por descubrir, cayó en la cuenta de que nunca había visto el cuerpo de un hombre desnudo al completo, y expuesto a la luz del día. La luz de las velas, o la de las llamas del hogar, se había apiadado de su recato, pero ahora se había acabado aquel trato amable, y Catherine se sonrojó hasta el carmín más intenso al contemplar las formas, la figura que dormía ante sus *ojos,* y poder observarla, midiendo y calculando como lo haría un pintor que quisiera plasmar aquellos contornos en un lienzo.

Aparte de la belleza física de Alexander, la luz del día desvelaba otras realidades más ingratas. Docenas de cicatrices, delgadas o anchas, , trazaban camino sobre su cuerpo. La que había abierto la espada de Hamilton Garner se marcaba sobre un corte anterior, y la piel del tejido que la rodeaba era brillante y arrugada. Los costados, los brazos, incluso su vientre, todo explicaba historias, capítulos de la vida que había llevado durante los quince años que estuvo ausente de Achnacarry.

En el corazón de Catherine, el amor alcanzó dimensiones épicas, y no pudo resistirse a robar un beso de aquellos labios gruesos y llenos. Con mucho cuidado, se escurrió del círculo de sus brazos y dejó que siguiera durmiendo, con la idea de presentar sus excusas a la familia y volver junto a él más tarde, con una bandeja de comida.

Sigilosamente, para no despertarlo, se puso la falda sobre las enaguas y ordenó el pequeño desaguisado de lazos y cintas que él había llevado a cabo en su blusa y corpiño. Una mirada rápida al espejo, y Catherine supo claramente que no podía justificar la prolongada ausencia de ambos con la simple excusa de una larga conversación pero, a pesar de todo, se empleó a fondo durante unos minutos para intentar, cepillo y peine en ristre, devolver a su pelo y a su aspecto en general al menos un mínimo de decencia. En realidad, no lo preocupaba en absoluto si el mundo entero se enteraba de lo que Alex y ella habían estado haciendo en la aquel campo de batalla en que habían convertido el dormitorio. y tampoco sentía el menor apuro al pensar que lo había seducido y llevado a su propia cama con tanta desvergüenza. Si aún quedaba alguna pregunta referente a *cómo* se sentía, respecto a ella misma o a su marido, ya había dado su ampliamente respuesta entre los brazos de Alex, y eso era todo lo que sabía y le importaba.

Había declarado amar a Hamilton Garner, pero ese había sido un érror tan falso y pretencioso como el resto de su lamentable existencia. Su corazon nunca habla latido tan fuera de control cuando Hamilton se acercaba a ella, su piel nunca había sentido hormigueos al oír su voz, sus huesos nunca se habían fundido bajo sus caricias. y todo esto sucedía, y sucedía con una intensidad alarmante, cada vez que Alexander estaba a su lado... sí, incluso desde el primer momento, cuando él apareció ante sus ojos en el claro del bosque. Ya no podía negarlo o esconder la evidencia: estaba enamorada. Sinceramente, completamente, dolorosamente enamorada. ¡Y qué dolor tan dulce! Dulce y devorador, consumiéndola desde la ternura entre

sus muslos hasta las punzadas en su corazón. Estaba dispuesta a renunciar gustosamente a lo que fuera por poder seguir sintiendo lo que sentía. Estaba dispuesta a vivir en la más humilde de las chozas si él se lo pedía y la compartía con ella.

Acabó de arreglarse y, mientras iba de puntillas hacia la puerta, vio que Alex levantaba una mano y se apartaba el cabello de la sien.

-¿Catherine? -su voz era lenta, cansada.

-Duerme -le susurró ella, y se acercó a la cama. Lo arropó con la colcha y, siguiendo un repentino impulso, le dio un beso los labios.

Los ojos negros se mostraron sorprendidos... y complacidos.

-¿Y eso?

-Porque eres tú -le respondió simplemente--. Porque te gustan los retos.

-¿ Ah, sí? -preguntó Alex cauteloso.

-Desde luego. Y tengo un nuevo reto para ti: te quiero, Alexander Cameron. Más de lo permitido por el sentido común o la decencia. Tu fuerza me da miedo y tu testarudez me irrita, y creo que eres una verdadera amenaza para la sensibilidad innata de una mujer pero, ya ves. Y, a menos que estés preparado para darme varias razones sinceras y convincentes de por qué no debería hacerlo, tengo la intención de quedarme aquí, en Achnacarry, para ser tu esposa, tu amante, si quieres, y la madre de tus hijos, que espero, Dios mediante, serán muchos.

Alex abrió los ojos como platos y empezó a incorporarse, pero Catherine ya estaba en la puerta. Oyó que la llamaba, pero no se atrevió a detenerse o volver atrás. Lo había dicho y era cierto, y ahora dependía de él si el pasaje en el barco del contrabandista era ocupado por una segunda carta de explicaciones para Damien o por una Catherine Ashbrooke Cameron maniatada, amordazada y haciendo pataletas.

El corazón le latía con fuerza y las manos le temblaban mientras corría por el largo pasillo y bajaba hasta el corredor que daba al patio. Lo cruzó y salió por la portezuela a los jardines, aminorando el paso sólo cuando llegó al camino que siempre seguía para llegar a la tranquila soledad de los márgenes del bosque.

Ya bajo las copas de un pequeño grupo de árboles que adornaban las orillas del lago, oyó a su espalda el sonido de unas pisadas acercándose a toda prisa. Respiró hondo, preparada para la inevitable discusión y se volvió rápidamente para enfrentarse a su marido... pero no era Alex quien se detuvo bruscamente, con el ceño fruncido, ante ella. N o era Alex quien alargó los brazos para atraparla, y no era Alex quien le tapó la boca con la mano para ahogar su grito de horror.

Alex masculló unas palabras ininteligibles mientras se sacaba la colcha de encima y se levantaba de la cama. ¡Una esposa! ¡Una amante! ¡Una madre, maldita sea! ¿ De dónde había salido todo eso?

-¡Catherine!

El eco de aquel auténtico rugido se fue extinguiendo sin recibir respuesta alguna, y Alex masculló de nuevo mientras extendía las seis yardas de tartán sobre el suelo y se lo iba colocando, pliegue a pliegue, alrededor de la cintura, ciñéndoselo con el cinturón de cuero.

Así que ella le quería, ¿era eso? ¿Acaso Catherine no sabía que estaba a punto de estallar una guerra? ¿Acaso no sabía que su situación allí, en las Highlands, sólo podía empeorar, y no mejorar, a pesar de cualquier ayuda o protección que la familia inmediata de Alex pudiera ofrecerle?

¿Qué demonios había pasado durante su ausencia?

Se puso en pie de un salto, echando el final del tartán sobre su hombro, y salió por la puerta como una exhalación.

Ella le quería. De todas las estupideces, las absurdidades...

Por su mente volvió a pasar su apasionada discursa, palabra por palabra, mientras corría por el pasillo y echaba rápidos vistazos a las estancias principales. Un sobresaltado criado, sin saber qué decir o pensar al verlo pasear descalzo y con el torso desnudo, señaló por la ventana y le dijo haber visto a Catherine saliendo a toda prisa al jardín, y Alex se dirigió hacia allí inmediatamente, como un torbellino y escarlata negro.

Él tampoco era del todo inocente, razonó al cruzar la portezuela. Jamás debería haberla tocado. Debería haberse cortado las manos antes de rendirse y caer en la tentación de aquella piel blanca y sedosa. No debería haberla besado jamás. Jamás debería haber mirado el fondo de aquellos ojos de traidora belleza e imaginar que en ellos veía una súplica... la súplica de ser abrazada y amada.

Aminoró el paso al llegar al sendero de arena y piedras.

Se había acostado con ella, ¿y qué? Se había acostado con docenas de mujeres a lo largo de su vida, algunas tan deseables y seductoras como Catherine Ashbrooke. ¿Qué la hacía diferente? ¿Qué la hacía tan distinta de las otras? ¿Por qué demonios él se había prestado a llevar adelante aquella boda, si podía haber huido fácilmente, protegido por la noche, y no haber vuelto a verla jamás? ¿Y por qué, en nombre de Dios, había tenido que subir y colarse en su habitación hacía unas horas? Porque la quería. La necesitaba, para decir toda la verdad, y de un modo que ni siquiera se atrevía a plantearse... y que no se había planteado hasta aquel preciso instante.

¿Su esposa? ¿Su amante? ¿La madre de sus hijos? Desde la muerte de Annie, no había ni tan sólo permitido que tales ideas le vinieran a la mente.

Annie. Esa era toda la cuestión, la real y terrible cuestión. Ya casi no recordaba su rostro, solamente la sensación de dulzura y luminosidad. Cuando lo intentaba, era a Catherine a quien veía, bailando bajo la luz de las velas en Rosewood Hall, o en el bosque, bañada por los rayos del sol, o mirándole con los ojos llenos de magia, en el instante de descubrir el éxtasis entre sus brazos.

Aluinn le había dicho que había llegado la hora de dejar que los fantasmas tuvieran su reposo. Quizás tenía razón y ella estaría a salvo allí. Achnacarry podía convertirse en una fortaleza con una simple vuelta de llave. Era un lugar aislado, inviolado...

-¿Catherine?

Esperó atentamente una respuesta, pero sólo se oía el furioso trinar de los pájaros sobre los árboles, en algún lugar a su izquierda. Ignoró una molesta punzadita en la nuca y prestó atención a su corazón. Lo sentía latir contra su pecho, pidiendo ser escuchado. Lo había mantenido prisionero durante mucho tiempo, le había negado la calma, la ternura, la confianza.

-¿Catherine?

La brisa recogió su voz y la llevo hacia el grupo de árboles. Alex vió el resplandor de la luz del sol reflejado las aguas del lago, y distiguio a Catherine sentada Junto a la orilla, tensa y erguida con rebeldía, esperando que él le presentara todos sus rectos razonamientos sobre por qué debía mandarla a casa y por qué ella debía ir.

Se paró un momento al final del jardín para coger una rosa blanca, Su esposa, su amante, la madre de sus hijos...

De repente, se quedó paralizado. Esta vez, la sensación de desasosiego era demasiado intensa para ignorarla. Observó con toda su atención entre los árboles a cada lado del sendero e intentó averiguar qué era lo que fallaba, lo que no cuadraba, pero no vio nada extraño. No se oía más que el desmayado golpear del agua en la orilla y el incesan- te y estridente barullo de los pájaros.

Se llevó la mano a la cintura y se dio cuenta, entre sorprendido y alertado, que se había vestido con tantas prisas atolondramiento para salir en pos de Catherine que había olvidado coger un arma, la que fuera (hábito de precaución que ya se había convertido en un instinto, como comer o respirar, durante los últimos quince años).

Y, mirando hacia abajo, vio algo más. Donde sólo debía verse el monótono marrón y verde de la vera, destellaba una viva mezcla de colores.

Alex se agachó y recogió la elegante chinela, y sus ojos rastrearon de nuevo entre los árboles, cuyas copas filtraban los rayos del sol. No se distinguía ningún movimiento, ningún sonido. Pasó por entre los arbustos que bordeaban el sendero y casi pasó de largo: un largo y do- rado mechón de cabellos pendía de una rama.

-Catherine...

Había más. Tierra recién pisada y las claras huellas de botas, señales evidentes de que se había producido una pelea antes de conseguir inmovilizar a Catherine. Alex dio la vuelta y volvió corriendo al jardín, dando la voz de alarma, a pleno pulmón, a los guardias apostados en los muros del castillo, antes incluso de haber dejado atrás el bosque.

Capitulo 21

Struan MacSorley estaba llegando al final del orgasmo cuando oyó el grito de alarma en el patio. Abrió los ojos; sobresaltado, y respiró profundamente mientras cogía a Lauren por la cintura y la apartaba con decisión de encima de sus muslos. Ella soltó un suspiro entrecortado e intentó volver a su posición, pero él ya se había levantado del catre y, sin pararse a pensar siquiera en que iba desnudo y con una clara hinchazón, tomó su espada y salió de la habitación.

Tardó menos de un minuto en volver.

-¿Qué pasa? -le espetó ella-. ¿Pasa algo?

-Vístete y vete, vamos -le ordenó secamente-. Los Campbell están rondando por aquí.

-¿Los Campbell? ¿Aquí, en Achnacarry? ¿Pero cómo... -¿Estás sorda? No te quedes ahí, parada y haciendo preguntas estúpidas. -Se echó al suelo sobre su tartán y se levantó pocos segundos después, completamente cubierto-. He dicho que te vistas. Todos van a reunirse en el vestíbulo principal, y será mejor que estés allí... con la ropa puesta.

Lauren observó su propio cuerpo, acalorado y sudoroso.

-No pueden haber venido a atacar el castillo ¿verdad? ¿Y cómo han podido adentrarse tanto en tierras de los Cameron?

-La cuestión es que no podemos dejar que se vayan otra vez... y, desde luego, no con la esposa de Alasdair.

-¿La *Sassenach?* ¿ Se han llevado a la *Sassenach?*

-Sí, lo han hecho, los muy bastardos ladrones y rastreros. Lauren se apoyó contra la pared con los *ojos* brillantes por la ola de excitación que recorría su cuerpo. Casi no podía creerlo. Casi no podía creer que aquello hubiera pasado, y tan pronto.

-Dame un besito de buena suerte, pequeña -pidió MacSorley, rodeándola libidinosamente con el brazo. y estaba a punto de prometer que ya tendría ocasión de terminar lo que estaban haciendo, pero se detuvo al ver la maliciosa sonrisita que asomaba en sus labios-. *Oye*, ¿por qué estás tan contenta?

-¿Contenta? -parpadeó e intentó concentrar su mirada en aquel áspero *rostro*-. No estoy contenta, Struan MacSorley. Pero te mentiría si dijera que siento que la hayan cogido a ella en lugar de a lady Maura, por ejemplo. *O* a cualquiera de las otras. *O* incluso a mí.

-Sí, claro, pero... la *Sassenach* sigue siendo una Cameron -la regañó-. Y no debería ser tan sencillo poder llevársela de los jardines.

-No hay duda de que así debe haber sido; es el lugar donde pasa la mayor parte del día. No sabe qué hacer con todos nosotros, excepto miramos con aires de superioridad frunciendo su excelsa nariz inglesa y reírse a nuestras espaldas. Pues, vaya, si 'me tomó por una lavandera el primer día. Me lo dijo así mismo, a la cara, a mí, que había ido a prestarle algo de ropa y a darle la bienvenida a la familia. ¡Darle la bienvenida, ja, ja! Ella no quería venir a Achnacarry; la trajeron en j contra de su voluntad. Fue secuestrada y utilizada como rehén para que Alasdair y Aluinn pudieran despistar a las patrullas.

Struan entrecerró los ojos. -¿De qué estás hablando? ¿Qué quieres decir con que la trajeron en contra de su voluntad?

-No escogió venir a Achnacarry -repitió pronunciando cada sílaba con la mayor claridad-. No siente amor por Escocia ni tampoco por Alasdair. Duermen en habitaciones

separadas, y ella echa el cerrojo cada noche. Oí cómo se peleaban después de la fiesta. La oí hablar de *su fiancé,* que está en Inglaterra. ¡Un soldado! ¡Un teniente de los Dragones! Ella amenazó con enviarle un mensaje para que viniera, ¡amenazó con que vendría su novio teniente y todo su regimiento de escarlatas si Alasdair no la dejaba volver a su casa! .. Los rizos de alambre de la barba de Struan dejaron ver una horrible mueca mientras agarraba a Lauren por los hombros.

-Estás mintiendo, estás hablando por hablar. ¿Por qué iba Alex a traerla aquí y presentarla como su esposa si no fuera verdad?

-No sé responder a eso, Struan, sólo tengo más preguntas. Y yo en tu lugar también me las plantearía. Me preguntaría cómo consiguieron llegar los soldados hasta el Spean. y por qué la *Sassenach* evitó que Alasdair matara a Gordon Ross Campbell cuando tenía la oportunidad de hacerlo. Incluso me atrevería a ir más lejos y me preguntaría cómo sabían los Campbell que hoy estaría sola en el jardín, y cómo han podido llevársela sin hacer el menor ruido y a plena luz del día.

-No me gusta lo que estás diciendo -susurró Struan, y Lauren notó en su cara la bocanada de aliento caliente.

-A mí no me gusta la idea de que vosotros dos cabalguéis en su busca cuando la mayoría de hombres todavía está lejos, con Lochiel, y sólo quedan en Achnacarry unos pocos para dar caza a Dios sabe cuántos Campbell. No me gusta pensar que todo puede ser una maniobra de la *Sassenach* para vengarse, para tender una trampa a Alasdair y entregarlo a Argyle.

Struan la soltó y se alejó del catre mientras cada uno de sus instintos luchaba contra la veracidad de sus palabras, la sinceridad de su tono de voz. Pero los hechos hablaban por sí solos. ¿Acaso Alex y él no habían pasado la mayor parte de aquellos dos días negociando un pasaje a Inglaterra para Catherine y su doncella? Struan no había preguntado el motivo ni había recibido ninguna explicación, pero Alex pareció muy aliviado cuando se ultimaron los detalles, como si tuviera mucha prisa o muchas ganas de sacar a su esposa de Escocia.

Algo no cuadraba, admitió Struan, pero ¿qué era? No lo sabía.

Lauren observó con atención cada cambio de expresión en el rostro de Struan.

-¿Estás pensando en Annie, tu propia hermana, que murió hace tanto tiempo? ¿Estás pensando en qué habría hecho ella ante tan vergonzosa sarta de mentiras?

-Estoy pensando -respondió él serenamente- que llegarás a desear que te hubieran llevado a ti en lugar de a la *Sassenach* si me entero de que has hablado de esto con alguien más. Con cualquiera, ¿me oyes?

-Desde luego, Struan, te oigo. -Levantándose sobre sus rodillas, posó sus húmedos y suplicantes labios en los de él-. Struan... no te enfades conmigo. No soportaría que te enfadaras conmigo por hablarte del miedo que siento en mi corazón.

MacSorley dejó de mirarla con tanta agresividad y volvió a cogerla por los brazos, esta vez para levantarla hacia él y besarla con fuerza. Lauren le clavó las uñas en los hombros y respondió al beso con igual violencia, gruñendo como Struan.

-Tendrás cuidado, ¿verdad? -lloriqueó-. Si realmente es una trampa.

-Si es una trampa, en ella caerá la propia persona que la tendió. Y ahora, vístete. Puede que lady Maura te necesite.

Lauren lo miró mientras se colocaba su sombrero de lana azul y lo ladeaba en un pronunciado ángulo sobre su pelo pajizo. Sin volverse, sin decir nada, se fue, y sus pasos enojados se fueron perdiendo en la lejanía del pasillo.

Se relajó, dejó salir el aire que había contenido y se dio un masaje en los brazos, murmurando contra Struan por los morados que tendría a la mañana siguiente. No le gustaban especialmente los amantes con un temperamento impredecible. La pasión violenta era una cosa, los signos de violencia hacia su persona, otra muy distinta.

Enfrascada en sus pensamientos, se vistió y salió de la zona de la guardia sin ser advertida. En lugar de obedecer las instrucciones y dirigirse directamente al vestíbulo principal, se encaminó hacia la pequeña caseta oscura y llena de hollín que albergaba la herrería del castillo. No había nadie trabajando sobre la fragua de carbón, no se oía el ruido

del martillo sobre el yunque, y Lauren caminó de puntillas hasta la pequeña habitación detrás del taller.

El estaba allí, durmiendo en posición fetal, enroscado sobre sí mismo, abrazado a una botella de whisky vacía. Lauren observó la delgada y huesuda figura del hombre y sintió un escalofrío de aversión recorriendo todo su cuerpo, de arriba abajo. Casi no podía creer que ella le había dejado reptar sobre su cuerpo o que se había aliado con una criatura tan vil y apestosa. Pero era un mal necesario. Doobie Logan era la forma más baja de vida imaginable para un Highlander... un miembro del clan que espiaba y pasaba información al enemigo sobre los suyos. Logan estaba bien pagado por los Campbell para que los tuviera informados de todo lo que pasaba y dejaba de pasar en Achnacarry. Lauren le había pasado alguna que otra información suculenta (como la decisión de enviar al joven Iain Cameron a Londres para buscar al *Camshroinaich Dubh)* y había recibido una recompensa igualmente sabrosa, aunque el precio que Logan, a su vez, le exigía por guardar su secreto y no desvelar que era una conspiradora la llevaba a querer lavarse durante horas, después de pagado.

Se acercó a la figura que roncaba y, lentamente, una de sus manos rebuscó bajo sus faldas. Experimentó un frío estremecimiento de satisfacción, casi de naturaleza sexual, al sacar un afiladísimo cuchillo de su escondite secreto y clavarlo profundamente, repetidamente, entre los hombros, bajo la nuca.

Catherine recuperó la consciencia cuando sus secuestradores ya la habían llevado a varias millas de Achnacarry. Estaba sobre la grupa de un caballo, y la sujetaba en la silla un Highlander de torso como un tonel y brazos desnudos que olía espantosamente a sudor seco y dientes podridos. El animal sobre el que cabalgaban era uno de esos caballos bajos y robustos que son comunes en las zonas montañosas de Escocia, pero su paso fuerte y firme sobre el camino no era consuelo ante el paisaje de precipicios y colinas dentadas por las que estaban subiendo.

Había tres hombres. Uno cabalgaba delante, otro, detrás. Ya quedaba poca luz en el cielo, sólo los matices de triste púrpura y azul de después de la puesta de sol que distorsionaban las sombras y hacían que el paraje que coloreaban pareciera el doble de siniestro. Los rasgos del hombre que cabalgaba al frente también estaban distorsionados, pero no tanto por las sombras como por los golpes que le habían propinado los puños de Alexander. Catherine nunca había pensado que Gordon Ross Campbell fuera un hombre especialmente guapo y, ahora, con la nariz partida, plana, los dientes rotos hasta las encías y los ojos hundidos en profundos agujeros, estaba simplemente feo. No se había afeitado en muchos días, probablemente debido a las heridas, los cortes y los morados que todavía podían verse a través de la barba. Por muy joven que fuera (o que presumiera ser), no lo parecía en absoluto, y Catherine no le habría reconocido de no ser por el odio que desprendían sus ojos azules y fríos.

La conmoción de verlo en Achnacarry y de darse cuenta, demasiado tarde, de que había salido del castillo sin avisar a ninguno de los guardias le había impedido reaccionar al momento y, cuando pudo gritar, la sucia mano de Campbell ya le había tapado la boca por completo.

Había pataleado y se había retorcido, le había arañado los brazos con las uñas, pero él la había arrastrado con relativa facilidad bosque adentro, y luego había avisado a otros dos hombres escondidos tras los árboles con un discreto silbido. Uno de ellos llevaba un saco grande de arpillera y, al verlo, Catherine mordió la palma de la mano de Campbell con tanta fuerza que notó el sabor de su sangre. Pero él sólo lanzó un gruñido y la golpeó con el puño en la cabeza, una vez para que soltara su presa y otra que la dejó inconsciente.

Ahora, cabalgaban bastante rápido, sin preocuparse por la comodidad de la cautiva. Llevaban las riendas con una sola mano, y con la otra sujetaban el mosquete apoyado en la cadera. Estaba claro quiénes eran, pero a dónde la llevaban no estaba tan claro, ni tampoco qué pensaban hacer con ella cuando llegaran a su destino. Sobre este último punto, Catherine prefería no hacer conjeturas. Obviamente, habían estado vigilando el castillo y sabían que Lochiel y la mayoría de sus hombres estaban fuera, lejos. Habían observado y esperado, y ella les había servido en bandeja de plata una incursión rápida... algo sobre lo

que la habían advertido una y otra vez, aunque resultaba sorprendente que hubiera ocurrido tan cerca del castillo.

El escalofrío de aprensión que recorrió el cuerpo de Catherine no pasó inadvertido al raptor. Le gritó algo a Gordon Ross Campbell en gaélico y, al llegar al primer tramo razonablemente ancho del camino, el joven Campbell dio la orden para un breve alto. Guió su caballo hasta delante de Catherine, que se tensó y estremeció ante la horrible sonrisa de aquel rostro destrozado.

-O sea que nos volvemos a encontrar; señorita Ashbrooke.

-¿Adónde me lleváis? ¿ Por qué hacéis esto?

La mueca de su boca era poco más que una línea oscura y perversa.

-A dónde te llevamos no te incumbe tanto como portarte bien y poder vivir para verlo tú misma.

-Alex no permitirá jamás que te salgas con la tuya. Vendrá a
por ti.

-Desde luego, eso es lo que quiero que haga. Espero que nos siga hasta Inverary, donde le espera una horca.

-¿y diez mil coronas de oro para ti?

-Me vendrán muy bien, no te lo niego. Pero tú también serás de gran utilidad, y tendré que sopesar muy bien si te envío de vuelta a los Cameron o a los tuyos. Aunque... he pensado que no te disgustaría la idea de obtener una recompensa también. -Entrecerró los *ojos* y dejó que su mirada resbalara hasta los hermosos pechos-. Quizás si eres amable conmigo no me importe gastar algunas monedas en ti.

-Antes sería amable con una babosa -replicó Catherine fríamente-. Y en cuanto a tu dinero y lo que puedes hacer con él... Campbell soltó una grosera risotada y se inclinó hacia ella. La agarró por los cabellos y le dio un tirón, obligándola a girar la cabeza hacia un lado. Su grito de dolor fue substituido por una convulsión de asco al notar aquella boca repugnante buscando, húmeda, la suya; Catherine intentó golpearle con los puños, apartarlo de ella, pero el hombre que la sujetaba sobre la silla la inmovilizó, entre risitas lascivas, retorciéndole los brazos.

Campbell pudo saciarse y luego la soltó con una nueva risotada.

-Por los clavos de Cristo, eres una gata salvaje. Valdrá la pena domarte. y si eres buena (o incluso si no lo eres) dejaré que los otros muchachos te prueben.

El tercer jinete se acercó murmurando algo, y Catherine no necesitó que tradujeran sus palabras para saber que proponía no esperar más y divertirse un poco. Campbell miró a Catherine e hizo un ligero movimiento con la cabeza, pero antes de que el debate pudiera continuar fue interrumpido por el ruido de unos cascos que se acercaban.

-Parece que se han encontrado con otros aquí -dijo MacSorley señalando las huellas en el frío suelo-. Quince, quizás veinte hombres en total.

Se adelantó un poco y acercó la luz de la antorcha al borde del camino, esperando con calma a que Alexander Cameron decidiera cuál iba a ser su próximo movimiento. Habían tardado casi una hora en reunir una docena de hombres armados y seguir el rastro de los secuestradores desde el jardín a las colinas donde los Campbell habían dejado los caballos. Para ese entonces, el anochecer ya se les había echado encima, y perdieron un poco más de valioso tiempo a causa de la lentitud y el cuidado con que debían avanzar por los gastados senderos que serpenteaban colinas arriba. Habría sido completamente imposible seguir aquel rastro de no haber sido por las intensas lluvias que se lo habían llevado todo menos huellas las más recientes.

Alex masculló algo.

-¿Veinte hombres, dices?

-¿Coincidencia? -Aluinn estaba a su lado, con el rostro iluminado por la vacilante luz de la antorcha. Había insistido en acompañarlos en la búsqueda aunque, después de varias horas a caballo, le empezaba a doler el hombro, le quemaba como si él mismo fuera una antorcha.

-Dejé de creer en las coincidencias hace mucho tiempo -repuso Alex secamente--. Gordon Ross Campbell dijo que había veinte hombres esperando al otro lado del Spean. ¡Maldita sea!

-No te mortifiques. Yo también tuve la oportunidad de matarlo y no lo hice.

Alex no se conformó.

-Por cada cinco minutos que perdemos verificando su rastro, ellos nos sacan quince de ventaja. Así, nunca les daremos alcance, no de noche, desde luego.

-Son listos -concedió Aluinn-. Cabalgan sobre el terreno más seco, dan vueltas y vuelven sobre sus pasos para confundimos. Struan, tú conoces estas tierras y mejor que nadie... ¿se te ocurre algo?

-Sí, claro, conozco el terreno -repuso MacSorley después de una pausa lo suficientemente larga para ganarse las miradas inquisitivas de ambos hombres.

-¿Y?

-Y... no podía asegurarlo hasta ahora pero, ya que me preguntáis, apostaría mi alma a que van a cruzar las montañas por el Paso del Diablo. Es la ruta más corta hasta Inverary. Dar la vuelta les llevaría dos o tres días.

-¡Jamás lograrán cruzar por el Paso del Diablo de noche!

-Con lo rápido que van, llegarán a la boca del paso con una o dos horas de margen antes del amanecer. Y, con lo lentos que vamos nosotros, habrán cruzado y habrán tenido tiempo de preparar una emboscada tan perfecta como si la tendiera el mismo diablo, antes de que lleguemos nosotros.

-¿No hay otra manera de cruzar esta maldita montaña?

Aunque estaba oscuro y no podía verse casi nada en el cielo nocturno, los tres se volvieron a mirar el formidable muro de granito que se levantaba ante ellos.

Struan sopesó sus palabras cuidadosamente antes de responder. -Nadie te va a acusar de no haber hecho lo posible por intentar encontrarla y llevarla de nuevo a casa.

Alex se volvió despacio y miró fijamente al enorme Highlander. -¿Estás insinuando que nos rindamos y volvamos a Achnacarry? -Lo que estoy insinuando es... Ella es *una Sassenach.* Los Campbell no van a hacerle daño. Me parece que tú te ahorrarás un buen montón de monedas si dejas que sean ellos los que la manden de nuevo a Inglaterra en tu lugar.

La expresión de Alexander no podía leerse en la oscuridad, pero pareció dudar, empezó a volverle la espalda, aunque sólo uno grados... para canalizar toda su furia y su fuerza hacia el puño, y descargar un tremendo golpe en la mandíbula de Struan.

El gigante se tambaleó y dio un paso atrás con la cabeza vuelta hacia un lado por el puñetazo. Su respuesta fue instintiva y terrible. Con el brazo izquierdo paró un segundo golpe, mientras con el derecho le propinaba un auténtico mazazo a Alex en pleno estómago, con tanta fuerza que lo levantó del suelo y lo hizo saltar varios pies hacia atrás.

La desconfianza que había ido acumulando MacSorley, y la rabia que sentía por sus dudas y recelo hicieron que explotara. Soltando una inacabable sarta de maldiciones, avanzó a zancadas hacia el lugar donde Cameron había ido a parar.

-¡Dios mío! ¡Struan! ¿Qué haces? -Aluinn intentó detenerlo pero Struan, con un solo movimiento de su poderoso brazo, le apartó y le hizo caer de bruces.

Alex ya se había puesto en pie y salía de entre las sombras a enfrentarse al Highlander, ambos acercándose como toros rabiosos. El resto del grupo se acercó con las antorchas, iluminando un mayor espacio, pero ellos desaparecían en la penumbra una y otra vez, y los boquiabiertos espectadores sólo seguían la acción por el sordo sonido de los puñetazos. Gruñidos e imprecaciones aderezaban la pelea; se levantaban nubes de polvo, pequeñas piedrecitas salían disparadas al paso de los dos hombres que se revolcaban y se volvían a levantar, siempre sin soltarse, oliendo a sudor y a odio.

Aluinn consiguió levantarse y gritó a los demás para que los separaran. Hicieron falta tres para llevar a Alex hacia las rocas, y siete para, entre tirones y empujones, detener el ímpetu de Struan.

-¡Maldita sea! -Aluinn MacKail, francamente atónito, se plantó entre ellos, sobre la tierra removida por la riña y con la mano sobre su mejilla hinchada-. ¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Struan? ¿Alex?

Alex intentó zafarse de los dos hombres que lo sujetaban y escupió un pedazo de diente ensangrentado, a la vez que mascullaba un reniego indescifrable.

Struan quiso abalanzarse sobre él, arrastrando consigo a sus vigilantes como si fueran meros y pequeños impedimentos que colgaban de sus brazos y piernas.

-¡He dicho que basta! -Aluinn desenfundó su arma-. ¡Al próximo bastardo que se mueva le meto una onza de plomo entre ceja y ceja!

Ambos siguieron forcejeando durante un momento, pero luego decidieron no ofrecer resistencia y los hombres los soltaron.

-A ver: Struan, parece que hay algo que te preocupa o te inquieta. ¿Te importaría decirlo de otra manera, utilizando simplemente palabras, para que todos lo entendamos?

-Creo que merezco una explicación sobre ciertas cosas que... -¿ Una explicación? -prorrumpió Alex, furioso--. ¡Yo no te debo, ni a ti ni a nadie, ninguna maldita explicación!

-¡Alex! Métete el temperamento donde puedas durante un minuto y escucha lo que tiene que decir. Struan, dices que quieres una explicación. ¿ Sobre qué?

-Sobre qué estamos haciendo aquí en plena noche.

-Hemos venido a intentar rescatar a la esposa de Alex, por el amor de Dios. ¿Por qué necesita eso una explicación? Struan echó un escupitajo de saliva y sangre.

-¿Ella es su esposa?

-¿Qué? Pero, ¿qué...?

-¿Es su esposa? -repitió Struan-. ¿Ha venido porque lo ha querido ella, o fue traída a Achnacarry en contra de su voluntad?

Alex avanzó hacia él, pero Aluinn levantó el arma y apuntó directo al pecho para detenerlo. Con un ojo pendiente de Cameron, se dirigió a Struan:

-Creo que será mejor que tú también te expliques.

-Me han dicho que la *Sassenach* no vino a Achnacarry por decisión propia, libremente. Yo estuve con Alex durante los dos días que empleó, gastando bastante dinero, además, en buscar un pasaje en algún barco que la llevara a su casa, a Inglaterra. y ahora estamos aquí, de noche, yendo directamente hacia una trampa que no se podría planear ni tender sin la ayuda de alguien de fuera... -Hizo una pausa. Respiraba aceleradamente a causa de todas las emociones reprimidas-. Tengo que hacer esta pregunta, y debes contestarla: ¿ es tu esposa o no? ¿ Es una Cameron... o se ha ido por propia voluntad con los Campbell?

Alex estaba tan desconcertado por la pregunta que toda su furia desapareció al instante.

-Struan, por el amor de...

-Alex, contéstale -dijo Aluinn bruscamente, con una voz tan fría y amenazadora como el arma que aún empuñaba entre ambos hombres. Veía la duda en los ojos de Alex, que lo miraba, pero también veía (y Alex, de espaldas, no) las tensas expresiones en las caras de los otros miembros del clan. Sabían que MacSorley no se habría atrevido a formular acusaciones de ese calibre a menos que tuviera alguna duda, alguna base para sospechar-. Contéstale -le conminó otra vez, aunque en un tono más suave-. A no ser que no estés seguro de la verdad.

La oscura mirada de Alex se dirigió a Struan. Recordaba, como si fuera ayer mismo, al enorme Highlander entrando en los establos una noche, descubriéndolos a él y a Annie abrazados, desnudos, entre jadeos y caricias. Struan había sacado su cuchillo, completamente decidido a castrar a Alex, por muy hermano de Lochiel que fuera y a pesar de que el fornido guardián formaba parte del perfecto y compenetrado trío «Cameron, MacKail y MacSorley» cuando se trataba de armar camorra o cuando había alguna mujer de vida alegre que llevarse a la cama. Llevarse a la cama a la hermana de Struan era algo bastante distinto, y a Alex le pasó por la mente toda su vida, en rápidas imágenes, ante el brillo de aquella daga de empuñadura de hueso. Pero se levantó y se enfrentó a su amigo gigante con calma. Le dijo a Struan que él y Annie estaban prometidos, que se querían tan

pura y sinceramente corno todos los esposos, que la única razón por la cual aun no habían jurado su amor ante el altar era que Annie tenía demasiado miedo a la reacción de su hermano para pedirle su permiso antes de llegar a la mayoría de edad, la primavera siguiente.

También recordaba ahora que había sido Struan, y únicamente Struan, quien fue capaz de convencerlo cuando Alex, con el cuerpo sin vida de Annie entre sus brazos, no dejaba que nadie se acercara. Y había sido Struan quien le abrazó corno a un niño y supo consolarlo de aquella terrible pérdida.

-Catherine y yo nos casamos hace tres semanas en Derby --comenzó, mirándole directamente a los ojos-. y tienes razón: ella no quería venir a Escocia. De hecho, y en honor a la verdad, ni siquiera, quería casarse conmigo, ni yo con ella, pero las circunstancias nos obligaron a hacerlo. Sí, la traje con nosotros para que nos ayudara a despistar a las patrullas y, sí, ella puso todo su maldito empeño en intentar ponernos trabas a cada paso... pero en algún momento entre entonces y ahora (y que me aspen si sé cuándo o cómo sucedió) dejamos de pelearnos. -Hizo una pausa y se enjugó un hilillo de sangre que brotaba de su boca-. Hoy me ha dicho que, tanto si a mí me gustaba la idea corno si no, tanto si yo la quería corno si no, iba a quedarse en Achnacarry para ser mi esposa, mi amante y la madre de mis hijos. La he oído decir eso y... -bajó los ojos y miró sus manos arañadas y ensangrentadas- una parte de mí ha vuelto a la vida. Una parte que yo creía haber enterrado hace quince años. -Volvió a mirarle a los ojos y movió ligeramente la cabeza en un gesto de impotencia ante todo el asunto--. Yo quería a Annie, Struan. Siempre la querré. Habría dado gustosamente mi vida para salvar la suya, para hacer que volviera, pero eso no es posible. y ahora... está pasando lo mismo, otra vez, y no puedo quedarme sin hacer nada y dejar que algo le suceda a Catherine. No puedo hacerlo, aunque tenga que llegar hasta Inverary y luchar yo solo.

MacSorley no había dejado de mirar a Alex en ningún momento desde la primera palabra de su discurso; y tampoco se movió de ahí cuando cerró con fuerza los puños y avanzó lentamente hacia él. Se detuvo tan cerca que algunos de los largos mechones de su barba rozaban el pecho de Alex... y entonces alargó los brazos y lo cogió por los hombros.

-Me has dicho más de lo que tenías que decirme. Sí, cogeremos a esos bastardos mucho antes de que puedan siquiera respirar el aire de Argyle. y no tendrás que luchar solo, no mientras me quede un soplo de vida en el cuerpo.

Alex también puso sus manos en los brazos de MacSorley, y la tensión que se había creado en el círculo de antorchas se disipó claramente cuando los dos hombres se abrazaron, dándose unas sonoras palmadas en la espalda.

-¿ Eso quiere decir que realmente sabes de otra ruta para cruzar la montaña? -preguntó Aluinn en tono casual mientras enfundaba de nuevo su arma.

-Desde luego -resopló MacSorley-. Conozco un camino que sólo las cabras son lo suficientemente temerarias para atreverse a recorrerlo, yeso sólo si saben que en aquel momento el diablo está distraído. Alex y Aluinn se percataron de las miradas que los otros hombres se intercambiaban. La desierta extensión montañosa que se disponían a cruzar estaba rodeada de miles de supersticiones, y se decia que el Creador la había lanzado sobre la tierra en un ataque de ira. El Paso del Diablo, un estrecho desfiladero con un nombre muy adecuado por sus precipicios cortados a pico y sus traidores despeñaderos, era el único camino para cruzar que conocía todo el mundo en diez millas a la redonda.

-¿Puedes llevamos e intentarlo de noche?

-De noche es mucho mejor -repuso Struan sin dudar-. Porque no puedes ver a dónde vas. Además, el esfuerzo vale la pena porque el loco que se empeñe en tomar ese camino estará esperando al otro lado del infierno cuando los Campbell aparezcan.

Alex miró a Aluinn, que se encogió de hombros indicándole que decidiera él.

-De acuerdo. Lo haremos.

Suponiendo que algunos de los hombres no tenían especiales ganas de correr el riesgo adicional, sugirió que algunos voluntarios continuaran siguiendo las huellas de los

Campbell, con la esperanza de estar bastante cerca de ellos por la mañana e impedir que sospecharan que habían dejado de ir tras ellos.

Pero no se ofrecieron tales voluntarios. Al final, cuatro hombres tuvieron que ser escogidos. Al primer momento, pareció que era una elección al azar pero, después de una observación más detenida, resultó que eran los hombres con familia más numerosa y con más responsabilidades a su cargo esperando que volvieran a casa.

Catherine estaba muerta de frío y de pánico. El sendero que seguían estaba tan deteriorado que apenas era más que un camino para ovejas y se había adentrado en un estrecho cañón sin ningún tipo de señal de vida hasta donde su vista podía alcanzar, más allá de la vacilante luz de las antorchas. Hasta los caballos se rebelaban, asustados, ante la visión de las blanquecinas siluetas de los árboles pelados emergiendo de la oscuridad y las dentudas proyecciones de las rocas que salían de repente a su encuentro desde las sombras. A Catherine incluso le pareció detectar un sincero suspiro de alivio por parte del hombre con el que compartía montura cuando Gordon Ross Campbell dio la señal de hacer un alto para pasar la noche.

Dejaron a los caballos sujetos alrededor del nudoso tronco de un árbol, pero no los des ensillaron. Apagaron las antorchas, y la ración de comida se limitó a un par de trozos de pan ázimo y un sorbo de agua no muy fresca. Nadie se preocupó de darle a Catherine una manta o un tartán. Le dolía un sin fin de magulladuras en todo el cuerpo, y las sienes le latían a un ritmo descontrolado y aturdidor. Con mucho cuidado, se palpó la hinchazón a un lado de la cabeza, justo detrás de la oreja, donde Campbell le había dado el puñetazo para hacer que se callara. Tenía un corte en la piel, y el pelo enganchado en la mejilla por la sangre seca, que le bajaba en surcos pegajosos hasta el cuello.

La luna estaba creciente y era como un gajo, como una guadaña asomando por detrás de la cima. Había millones de estrellas suspendidas en el cielo, pero la luz que desprendían no era suficiente para mitigar las siniestras sombras que inundaban el paisaje. Catherine se alegró de no poder ver más allá de una docena de pasos en cualquier dirección y, mientras rodeaba el enorme peñasco junto al cual la había arrojado al suelo, esperó con toda su alma que los hombres de Argyle estuvieran tan ciegos y desorientados en la oscuridad como lo estaba ella misma.

La piedra le rasguñaba las manos y las muñecas mientras seguía rodeándola a tientas, y el suelo estaba repleto de guijarros afilados que se clavaban en las plantas de su pie descalzo. Avanzaba, pulgada a pulgada, con la espalda contra la roca, alejándose del círculo de hombre que discutían. Discutían sobre ella, imaginó, decidían en qué orden procederían. Catherine había perdido la esperanza de ser rescatada en una rápida acción cuando a *los* tres hombres se había unido el grupo de refuerzo que había permanecido apostado en la ladera de la colina, y tampoco confiaba en la posibilidad de que la entregaran al duque de Argyle sin sufrir ningún daño. Uno de *los* hombres del grupo en particular la miraba como si fuera un pedazo de carne fresca ante una manada de lobos. Era enorme y olía a suciedad.

Incluso si Alex *los* había seguido, incluso si estaba cerca, ¿qué podía hacer contra tantos? Lochiel había dejado tan sólo unos cuantos hombres en Achnacarry; *los* guerreros *con* más experiencia estaban *con* él, en Arisaig. Pero, incluso si Alex hubiera podido contar *con* un centenar de tropas expertas, ¿cómo iba a poder seguir el rastro y encontrarla en la más completa oscuridad?

Catherine llegó al otro lado del peñasco y tanteó la negrura que se extendía ante ella. Seguía con los ojos y los oídos pendientes de las guturales voces que discutían tan cerca de ella, y la invadió el pánico cuando oyó las risotadas de Gordon *Ross* Campbell sobresaliendo de las otras. Ordenaba que fueran a buscarla, que le trajeran a la prisionera; era cuestión de segundos que descubrieran que no estaba donde la habían dejado.

Catherine se echó un poco más hacia delante, pero su mano *no* encontraba nada donde sujetarse, sólo aire. Pudo oír el chasquido de la yesca contra el pedernal y supuso que querían encender una de las antorchas para que todos pudieran disfrutar del divertido espectáculo que estaba a punto de empezar. Sólo disponía de segundos, de fracciones de

segundo, para encontrar algún tipo de pista a seguir y esconderse en una de *los* cientos de fisuras que plagaban las paredes del cañón.

Encomendándose, desesperada, a la suerte, se separó del peñasco y corrió a adentrarse en lo más oscuro de las sombras. Corría con los brazos extendidos, moviéndolos de un lado a otro, hasta que uno de ellos chocó violentamente contra piedra y Catherine sintió que se le saltaban las lágrimas por el dolor. Consiguió retenerlas y siguió corriendo, siguió avanzando y topando de roca en roca, retorciéndose y dando respingos cada vez que la fría piedra la rasguñaba y le hacía pequeños cortes en *los* pies, las piernas, *los* brazos. La falda se le enganchó en un saliente, y Catherine gritó al notar el tirón que la obligaba a detenerse, a pararse el tiempo suficiente para oír claramente los gritos encolerizados que iban tras ella, a la caza. Rasgó su ropa para liberarse, salió corriendo de nuevo y, finalmente, tropezó a tan sólo unos pasos de las manos que la buscaban y que la agarraron. Sintió que la empujaban hacia un lado, perdió el equilibrio y cayó de bruces golpeándose la cabeza contra una roca. Las sienes le explotaron de dolor y quedó sumida en el negro vacío de la inconsciencia.

El paso hacia el que Struan les llevaba no era mucho más que una hendedura abierta entre dos enormes espirales de roca retorcida y replegada que se levantaba cientos de pies sobre sus cabezas, hasta adentrarse en el cielo. La entrada estaba cubierta por zarzas y arbustos llenos de pinchos de modo que, a la luz del día, a tan sólo unos pasos de distancia, parecía ser un muro impenetrable de piedra maciza, sin grietas. Por ese motivo, y de noche, MacSorley tardó más de una hora abrirse paso a golpes de cuchillo entre la vegetación y encontrar el acceso.

El hueco entre las paredes era el justo para permitir que pasara un caballo. *Shadow,* el más grande del grupo, se detuvo ante la entrada, protestando, con los ollares dilatados y los músculos temblando abiertamente de miedo. Alex acarició el sudoroso y brillante cuello del animal e intentó clamarlo como pudo, pero también él mismo, tuvo que luchar contra la negra e intensa aversión hacia la idea de adentrarse en aquella oscuro y estrecha boca. La antorcha de Struan creaba una iluminación fantasmagórica contra las viscosas rocas; el aire se enrarecía con el humo y todos tenían los ojos enrojecidos y llorosos, hasta que se encontraron bajo un techo más elevado y una corriente de aire aspiró la humareda hacia arriba. y entonces, los sentidos de Alex sufrieron un asaltó aún más aterrador: miles de murciélagos empezaron a gritar y chillar y a agitarse en el aire hasta convertir aquel lugar en un hervidero de alas batientes.

Alex consiguió que *Shadow* siguiera avanzando, y que sus ojos no dejaran de mirar la llama de la antorcha que sostenía Struan, delante de ellos. Las rodillas le rozaban contra las paredes de piedra, y no quería ni imaginar lo que podía pasar si las antorchas se apagaban o los caballos se negaban a andar, o la montaña se desplazaba de repente y cerraba sus mandíbulas, cerrando la trampa. Le escocían los ojos por el humo, y estaba ensordecido por los agudos y estridentes chillidos de los murciélagos. Se negó a volverse para comprobar que el hombre que le seguía en la fila estaba en mejores o peores condiciones, porque sentía que sus nervios no podrían soportar mucha más presión antes de romperse y provocar que gritara tan alto como los murciélagos.

Cuando ya se habían adentrado unas cincuenta yardas en las entrañas de la montaña, un viento helado y que parecía gemir, obligó a los jinetes a bajar la cabeza para protegerse los ojos de la arenisca y las motas de suciedad que levantaba. Las llamas de las antorchas se echaron completamente hacia atrás y Alex, siguiendo el ejemplo de Struan, levantó el tartán para proteger la suya, parapetándola. Se sorprendió a sí mismo conteniendo la respiración; sentía su piel pegajosa y fría, y tenía la urgente necesidad de vaciar su vejiga, como un niño que está en el punto culminante de una inimaginable pesadilla.

Cien yardas... doscientas yardas... y el cerebro de cada uno de aquellos hombres empezó a sentirse a punto de estallar bajo tanta presión. Dos de las cuatro antorchas se habían apagado a causa de las ráfagas de viento, y los hombres se lanzaban gritos de ánimo para envalentonarse unos a otros, para dar les confianza a sus aterrorizados caballos.

Llevaban ya trescientas yardas en aquel hueco alargado y estrecho cuando las paredes empezaron a ensancharse un poco más. El viento cesó tan repentinamente como había empezado y, aunque cualquier superficie de piel expuesta a la intemperie dolía como si la estuvieran desgarrando a latigazos, los jinetes pudieron volver a sentarse derechos sobre sus sillas y relajar un poco la tensión acumulada en la espalda.

Alex se enjugó la humedad de los ojos y vio que estaban a punto de entrar en una cámara, una caverna oval horadada en la roca, de unos veinte pasos de ancho por quizás unos cuarenta de largo. En el centro, una pequeña balsa llena de agua quieta, como si fuera cristal. Alrededor de él, un público silencioso compuesto por pilares de piedra terriblemente delgados, algunos de una apariencia tan real en forma y tamaño que daban la sensación de estar intentando esquivar, incómodos, el brillo de las antorchas. Algunos parecían tener cara, un rostro que emergía de las grises formas de la roca, a modo de narices rotas y profundas cuencas de los ojos.

-Una visión infernal, ¿verdad? -susurró Struan-. Dice la leyenda que esos son los hombres que fueron convertidos en piedras por los dioses de lo oscuro a causa de su falta de valor.

Alex miró a Struan y vio con un cierto alivio que en aquella frente manchada de hollín brillaban las mismas gotas de humedad que él sentía goteando en la suya.

-Infernal, desde luego. ¿ Cómo se sale de aquí?

En las paredes de la caverna había una grieta cada pocos pies, pero ninguna parecía ser lo suficientemente ancha para conducir a la salida.

Struan volvió a encender las antorchas que se habían apagado y sonrió casi burlonamente mientras iba hacia una de las fisuras al otro lado de la balsa. Al pasar entre dos de las estalagmitas, alargó el brazo y dio unos suaves golpecitos a una de ellas en lo que podía parecer un busto increíblemente bien dotado.

-Acordaos de la bruja Beulah si alguna vez necesitáis volver a pasar por aquí. Acordaos de saludarla dándole unas palmaditas en el pecho para que os deje pasar. Si no lo hacéis, ella sí se acordará y, llena de rencor, os convertirá en piedras.

Fuera como fuera, Alex no tuvo ningún tipo de reparo en acariciar aquellos senos de rugosa roca. Cada uno de los hombres, por turnos, hizo otro tanto, hasta que el último de ellos fue tragado por la inmensidad de aquella tumba pétrea de nuevo.

Capitulo 22

Cuando el sol asomaba como un ojo ensangrentado, por encima del horizonte, los hombres del clan Cameron estaban apostados y preparados en la salida del Paso del Diablo encarada al sur. Habían cabalgado casi toda la noche pero, tal como había prometido MacSorley, había preparado una emboscada perfecta donde los Campbell menos pensaban toparse con ellos. Alexander, Aluinn y MacSorley esperaban con impaciencia que amaneciera en la boca del paso, sin apartar la vista y sin perder detalle de la lejana columna de hombres que guiaban a sus reticentes caballos por el último tramo, media milla de terreno en muy mal estado y muy traicionero. Campbell había tomado la sensata decisión de no intentar cruzar el Paso en plena noche, y su campamento había sido invisible bajo la protección de la oscuridad pero, cuando los primeros rayos empezaron a esparcir color ladera abajo, aquellas pequeñas figuras podían ser claramente vistas mientras se movían sobre las rocas y helechos. El precipicio, completamente tragado por la niebla, estaba debajo de ellos; tres pares de atentos ojos los observaban desde arriba.

Alex buscaba de caballo en caballo, de jinete en jinete, a medida que se iban acercando, y localizó la brillante y larga melena rubia casi al mismo tiempo que Aluinn señalaba con el dedo hacia el peñasco.

-Ahí -dijo Aluinn, agitado-. Justo en el centro.

-Ya la veo -murmuró Alex. El alivio que había esperado sentir cuando viera a Catherine viva y aparentemente ilesa no acompañó su leve movimiento de cabeza. En lugar de eso, sintió una molesta y punzante sensación en la nuca, como si hubiera algo más allí abajo que él debía ver pero que no veía. Cuanto más se acercaba el grupo, más intensa era la desagradable sensación; sus nervios se tensaron y su instinto le decía a gritos que mirara... ¡que mirara!... Pero, fuera lo que fuera lo que se suponía que debía ver, se le escapaba.

Miró a Struan y vio que el fornido Highlander también estaba tenso, como un lobo al acecho oliendo un rastro de carne fresca. ¿Qué era? ¿Qué era lo que ambos percibían pero no podían identificar? Ahí abajo había algo, algo horrible, peligroso y maligno.

-Dios santo -susurró Aluinn.

y Alex lo vio. Iba el segundo en la columna, sentado con toda su gordura sobre un caballo cuyo lomo se combaba a causa del sobrepeso de aquel hombre. La mitad de su cara parecía bastante humana bajo el sombrero azul ladeado, pero la otra mitad tenía la textura y el aspecto de lava vomitada por algún volcán demoníaco, solidificada alrededor del cráter deforme de la cuenca de un ojo vacía. Su nariz era una masa informe de piel oscura, dividida por delgadas venas rojas. Tenía el pelo grasiento y, a modo de raya, una cicatriz erizaba su cabeza en diagonal, desde la coronilla hasta la nuez de la garganta. Los brazos eran tan gordos que se mantenían siempre lejos del cuerpo; cada una de las piernas parecía un tronco de árbol y tenía tantas cicatrices y bultos como su corteza, según se podía ver desde el dobladillo de su kilt hasta el final de los largos calcetines de lana.

-¿De dónde diablos ha salido? -preguntó Aluinn entre dientes. Alex no podía responder a causa de la asfixiante tensión en su garganta. Una ola de odio, negra y corrosiva como el ácido, subió hirviendo desde algún profundo escondite de su alma, calentándole la sangre y provocándole calambres en los músculos del vientre y los muslos.

-Malcolm Campbell. -Estrujó el nombre entre sus labios, blancos por la tensión-. Debería haberlo imaginado. Jamás le confiaría un trofeo tan preciado a otro hombre, aunque fuera su hijo bastardo.

Como si hubiera oído esas palabras en voz alta, tiró de las riendas de su caballo y dio la orden de alto a la columna de hombres que lo seguían. Entrecerró su único ojo, que parecía el de un reptil y que quedó prácticamente escondido entre los pliegues de su piel porosa.

También él lo ha percibido, pensó Alex con malicioso placer. Está sintiendo cómo le pellizca la piel, cómo se pasea por ella, pero no sabe qué es ni de dónde viene.

Gordon Ross Campbell detuvo su caballo junto al de su padre.

-La cima huele mal, en este lugar -dijo Malcolm, y su voz sonó ronca, como cuando dos losas de mármol en fricción.

Gordon Ross observó los formidables picos escarpados de las montañas que los rodeaban, pero no notó nada más que la sensación desoladora que provocaban las rocas estériles.

- Estás seguro de que no hay otro camino para llegar hasta aquí?

-No lo hay, a menos que a un hombre le crezcan alas y pueda volar -repuso Gordon, absolutamente convencido-. Además, no se Puede estar en dos sitios a la vez.

Malcolm no dejó de observar atentamente entre las sombras y las laderas, aunque expresó, con un gruñido y de mala gana, cierta conformidad. Según habían informado los hombres que componían la retaguardia, había signos de que los Cameron les pisaban los talones (un hecho notable en sí mismo, dadas las circunstancias). y pensar que, de algún modo, quizás les habían tomado la delantera durante la noche, sin verlos siquiera, no merecía halago alguno.

Tuvo que achacar lo que sentía al dulce sabor de la venganza, que provocaba que sus glándulas bucales aumentaran la producción de saliva. y que las gotas de sudor que se deslizaban entre su sIlla de cuero y sus piernas al descubierto se debían a las ganas que tenía de poder enfrentarse, por fin, a su peor enemigo, después de todos esos años.

¡El gran *Camshroinaich Dubh,* finalmente al alcance de su mano! Toda una leyenda... ¡Bah! Él, Malcolm Campbell, se convertiría en la auténtica leyenda antes de terminar el día. De hecho, ya era un milagro menor, ¿no?, por haber sobrevivido a una herida que habría matado a cualquier otro simple mortal. La espada de Cameron había cortado su carne hasta el hueso, arrancándole media cara y partiendo los músculos del costado izquierdo de su pecho. Un miembro del clan había vuelto a colocar los desgarrados jirones de cartílago en su sitio y los había cosido toscamente, para hacerle un favor a la familia. Pero, de hecho, ya habían cavado tres tumbas, aquel día, y ya habían grabado los tres nombres en la lápida de piedra que señalaba el lugar donde reposaban los cuerpos de sus hermanos, Angus y Dughall. Durante todo el tiempo que duró aquello, durante la conmoción, la fiebre y las infecciones, durante las semanas de delirio, sólo una idea había mantenido vivo a Malcolin Campbell: venganza. Le había inculcado a su hijo el mismo odio, el mismo deseo de cobrar aquella deuda, y por Dios que, juntos, lo habían conseguido. Antes de que terminara el día, habrían logrado la victoria. Tendrían la cabeza del *Camshroinaich Dubh* y habrían sembrado el miedo en cada uno de los Cameron, que creían que su legendario hijo pródigo era invencible. Sólo les quedaba cruzar el paso y apostarse al otro lado del muro de granito, estar preparados en *sus* puestos y esperar a que el poderoso Alexander Cameron cabalgara directamente hacia ellos y se ensartara en *sus* espadas.

A un cuarto de milla de distancia, Alex creyó detectar una sonrisa en aquellos labios crueles y torcidos. MacSorley le tocó en el hombro, haciéndole señas para que se alejara de las rocas, y los tres hombres volvieron sobre *sus* pasos, cruzando el estrecho canal hasta el lugar donde habían amarrado los caballos. Bajaron al galope por la ladera llena de surcos, deteniéndose a varios cientos de yardas, al otro lado de un ancho pasaje excavado en la roca. Era el sitio perfecto para una emboscada. Allí donde la vereda se abría paso entre el desorden de peñascos caídos, la anchura era suficiente para que dos hombres cabalgaran uno junto al otro. A los lados, el margen llegaba a la altura del pecho y estaba cubierto por setos y arbustos bastante altos y cuya espesura permitía esconder perfectamente a un hombre. La poca luz que recibía el lugar (si el sol colaboraba retrasando su aparición de detrás del banco de nubes que se movía lentamente sobre *sus* cabezas) haría que no fuera fácil descubrirlos hasta que toda la tropa de los hombres de Campbell se hubiera metido en el pasaje, en la trampa.

Sabiendo que aquel era, sin duda, el mismo sitio que Malcolm Campbell habría escogido para preparar su propia emboscada, Alex sintió un especial deleite cargando y poniendo a punto *sus* pistolas de culata de acero. Aluinn estaba de cuclillas a su lado, dándose un masaje en el tenso hombro con mucho cuidado, con *sus* tranquilos ojos grises mirando, sin hacer ningún comentario, cómo se abrían los cartuchos de papel y cómo se vertían las dosis de pólvora negra dentro de cada uno de los cañones. Los largos y delgados dedos llevaban a cabo *sus* acciones de manera precisa, manteniendo cierto ritmo, casi con amor, como si el hombre que manipulaba la munición supiera exactamente el lugar de destino de cada una de aquellas sólidas y redondas piezas de plomo.

-Ellos son veinticinco --comentó secamente MacKail-. Nosotros, sólo ocho.

-Bueno -repuso Struan desde detrás-, sólo son Campbell. Tenemos que darles alguna ventaja. S no, saldrán corriendo y sangrando como cerdos degollados.

Aluinn enarcó una ceja.

-De todos modos, no es mala idea tener un hombre apostado más arriba, en las rocas, con varias cargas de pólvora y balas. Sólo dispondremos de unos segundos de sorpresa y confusión, e incluso entonces cada disparo tendrá que dar en el blanco.

Struan soltó una leve risita.

-No te asustes. Tengo una pequeña sorpresa, especialmente planeada para aquellos que merecen una muerte rápida e indolora. Ya ves, hay otros que no merecen tanta compasión.

Alex miró fijamente aquel rostro ajado, sabiendo que el suyo no estaba en mucho mejores condiciones.

-Malcolm Campbell es mío -dijo lentamente-. Te recuerdo tu promesa.

MacSorley entre cerró los ojos. Quince años atrás, casi se muere al tener que jurar por su honor que no perseguiría a Malcolm Campbell como a un perro, y que no terminaría *lo* que Alex había comenzado. En varias ocasiones, había apurado la última gota de su vaso de whisky y había salido tambaleándose en busca de venganza, para volver al cabo de un rato maldiciéndose a sí mismo. Pero esa promesa había sido la única manera de convencer a Alex para dejar que se llevaran el cuerpo menudo y sin vida de Annie, después de una vigilia de diez horas que había rozado la locura.

-Desde luego, muchacho. Te lo prometí. Y es tuyo... pero yo estaré justo detrás de ti para asegurarme de que esta vez no se libra de ir directamente al infierno.

-De acuerdo. Aluinn -Alex se volvió hacia MacKail- en cuanto el primer hombre caiga abatido, sabrán que es una emboscada y apuntaran a Catherine.

Aluinn asintió con la cabeza.

-Llegaré hasta ella antes de que eso pase, no te preocupes.

-Sí -gruñó Struan-, y yo también estaré pegado a tu espalda, puedes contar con ello.

Un agudo silbido desde el puesto de vigilancia les avisó de la inminente llegada de los hombres de Campbell.

Obligándose a no pensar en nada, Alex se agazapó en su puesto. Dejó el mosquete junto a él, apoyado en las rocas, y se aseguró de llevar la espada bien sujeta al cinto. Esperó, con las dos pistolas amartilladas y listas y, con el rabillo del ojo, vio a los otros hombres apostados en sus sitios, sin que ni un solo músculo, ni un solo cabello hiciera el menor movimiento y delatara su presencia. Todos tenían sus cinco sentidos puestos en la quietud del aire, cada uno de ellos contenía la respiración para que ni la niebla se moviera y los traicionara.

Los primeros jinetes entraron en el enclaustrado pasaje, y se escuchaba el eco de los cascos, lentos y pesados sobre el duro suelo. Alex levantó las dos armas y dobló los dedos alrededor de cada gatillo. Esperó hasta que pudo encañonar directamente de frente a los dos caballos, se puso en pie de un salto y disparó directamente a las caras sor- prendidas de los miembros del clan Campbell.

No eran los rostros que quería ver, pero no se detuvo a preguntarse dónde estaba Malcolm o Gordon Ross Campbell. Echó las armas vacías a un lado y agarró el mosquete, recordando contener la respiración y apuntalarse en él mismo para contrarrestar el tremendo retroceso de la potente arma, mientras apretaba el gatillo. La nube de humo de la pólvora al explotar lo cegó durante unos preciosos segundos, pero ya había dejado el mosquete (se tardaba demasiado en volverlo a cargar) y estaba bajando de un salto desde su escondite en las rocas con la espada en la mano.

Su garganta vibró con el rugido de un grito de guerra tan antiguo y salvaje como sus ancestros. A lo largo de todo el pasaje retumbó el *cathghairm,* y sus hombres salieron de detrás de los arbustos y se encontraron con sus enemigos cara a cara. La primera descarga de armas había sido efectiva: la mitad de los hombres de Campbell yacían, muertos o moribundos, bajo los cascos de los caballos, que pateaban frenéticamente, presas del pánico. Desde la parte de atrás del pasaje, arriba, en las rocas, apareció la sorpresa de Struan: una auténtica lluvia de flechas provistas de púas que demostró ser de gran ayuda al sumarse a aquella carnicería de cuerpos que se retorcían y caballos desbocados.

Alex descargó su espada contra la silla del siguiente hombre de la fila, cortándole limpiamente un brazo a la altura del codo. La espada del hombre, con la mano aún asida a la empuñadura, salió disparada hacia las rocas y las salpicó de sangre. Un segundo golpe de espada fue en ayuda de Struan, y su atacante (que estaba a punto de disparar sobre MacSorley) perdió el arma y la vida.

-¡Me alegra mucho comprobar que no has olvidado cómo hay que luchar! -rugió Struan, enseñando los dientes con una sonrisa aterradora mientras su *clai'mor* partía en dos el cráneo de uno de los hombres de Argyle. ¡Pero yo no me preocuparía tanto por mi espalda como por la tuya!

Alex se volvió y logró esquivar a un caballo aterrorizado que se le echaba encima a galope. Apenas sí había recuperado el equilibrio cuando vio a otro animal que se dirigía

hacia él, esta vez guiado por un Campbell que soltaba maldiciones a voz en grito. Se agachó, y la espada dibujó un arco que casi le rozó los hombros. y no llegó a saber del todo si lo que derribó al jinete fue su propia espada o la certera flecha que atravesó limpiamente la garganta de aquel hombre.

Alex se pasó una mano por la frente para evitar que el sudor le cegara los *ojos.* Pasó entre dos cuerpos que se retorcían y corrió hacia el final del pasaje. No había pasado ni un minuto desde que habían sonado los primeros disparos pero la tierra ya estaba empapada de sangre y el aire estaba cargado de polvo y humo acre. Los caballos retrocedían y bloqueaban el paso, confundidos, añadiendo sus chillidos al caos general que reinaba en el lugar. Vio un destello de cabellos rubios un poco más adelante y corrió más deprisa. Pero una espada apareció de pronto en su camino y Alex salió disparado contra las rocas, manchándolas de sangre al darse la vuelta.

Al empezar el tiroteo, Catherine estaba atrapada en medio de la columna. Sintió su guardián aflojaba los brazos y la soltaba al recibir un disparo que le atravesó en cuello de parte a parte. Al verlo tambalearse hacia delante, lo empujó a un lado para tirarlo del caballo, pero uno de sus pies se trabó en el estribo y el hombre quedó colgando grotescamente, apoyado en la cadera de Catherine. Demasiado aterrorizada para pararse a pensar lo que estaba haciendo, se inclinó y comenzó a hacer palanca ya tirar del pie atrapado. No podía soltarlo, y el peso muerto hacía que perdiera el equilibrio cuando un par de delgadas aunque fuertes manos acudieron en su rescate. Aluinn liberó aquel pie y empujó el cuerpo al suelo pero, antes de que pudiera dirigirle a Catherine nada más que una breve sonrisa de seguridad, tuvo que volverse, reaccionando al aviso que ella le gritó.

Aluinn giró como un bailarín, y su espada destelló cuando la levantó para parar un golpe del *clai'mor* de Gordon Ross Campbell.

El golpe fue detenido con un ágil movimiento del acero y, como el arma de Campbell pesaba mucho más que el elegante y fino sable, Gordon Ross perdió varios valiosos segundos en recuperar su posición y golpear de nuevo. Aluinn fue más rápido, y su hoja hizo un profundo corte en la garganta del muchacho antes de que pudiera acabar de gritar el *cathghairm* de los Campbell.

El caballo de Catherine se asustó al ser salpicado por la tibia sangre, y ella se abalanzó para tomar el control de las riendas, para no caer de la silla mientras el animal retrocedía y se encabritaba. Pateó desesperadamente en dirección a Aluinn, y uno de los cascos le golpeó en el hombro, en el mismo sitio donde la bala se había alojado. MacKail cayó hacia atrás, con los labios paralizados alrededor de un grito de agonía, y se quedó de rodillas en el suelo, protegiéndose la herida con una mano.

Catherine hizo girar al caballo y consiguió bajar de la silla antes de que el animal galopara hacia el tumultuoso entrechocar de espadas. Corrió junto a Aluinn, pero él no podía moverse, no podía sentir o pensar nada, a parte del insoportable dolor. No sintió los delgados brazos alrededor de su pecho, intentando ayudarle a ponerse en pie; no vio que ella se alejaba en un giro, ni oyó que profería un ahogado grito cuando un par de brazos como troncos la atraparon y la subieron a la grupa de otro de aquellos caballos bajos y fornidos.

Malcolm Campbell la agarró fuertemente con un brazo por la cintura y la encañonó directamente, haciendo presión con el arma justo debajo de la curva de la barbilla. Su primer pensamiento fue matarla allí mismo y en aquel mismo instante pero sabía que, una vez lo hubiera hecho, no tendría ningún tipo de defensa contra la punzante avalancha de flechas o los ataques de las espadas. Mientras veía caer al último de sus hombres bajo el asalto de los Cameron, la ira subió hasta su garganta. Un sinfín de imágenes se sucedía sin orden alguno en su mente: un establo que al instante quedaba convertido en un sangriento campo de batalla; sus hermanos, Angus y Dughall, descuartizados, con sus entrañas esparcidas sobre la paja; sus propias horribles heridas; la primera vez que se atrevió a mirarse en un espejo...

Rugió de nuevo, y esta vez hubo respuesta.

-¡Todo ha terminado, Campbell! ¡Suéltala!

Malcolm giró la cabeza hacia el lugar de donde provenía aquella odiada voz. Era él. Era aquel diablo de ojos negros, responsable de su dolor, su desfiguración, ¡su humillación!

-¡Cameron, bastardo! -gritó. y amartilló el arma-. ¡La mataré! ¡Lo juro por Dios, la mataré para que veas sus sesos volando por los aires y ser pasto de los malditos cuervos!

Catherine cerró los ojos con todas sus fuerzas al notar que el cañón se hundía más en su cuello. Una de sus manos asía el brazo de Campbell y le clavaba las uñas, pero era como intentar arañar una piedra. La otra andaba a tientas instintivamente para mantener el equilibrio y, de repente, sus dedos tocaron metal frío. Tardó un momento en darse cuenta e identificar la forma... era la empuñadura de un cuchillo que Campbell llevaba escondido en el largo calcetín.

-Déjala -repitió Alex manteniendo la calma, con suavidad-. Este asunto es entre tú y yo. Siempre lo ha sido.

-Si es así, pues, tus hombres te obedecerán cuando les digas que dejen las armas en el suelo y retrocedan hasta una distancia prudente.

Uno a uno, los hombres de Cameron miraron a Alex para recibir la orden, y uno a uno bajaron las armas, las depositaron ante ellos y se alejaron lentamente hacia las rocas. Campbell los observó, alerta a cualquier movimiento brusco y, entonces, su único *ojo* de rata se des- vió un momento hacia abajo, donde yacía el cuerpo de su hijo, con las piernas y los brazos extendidos, todavía presa de pequeños calambres, sobre la tierra convertida en un fangal de sangre.

-Acabas de subir el precio que vas a pagar, Cameron -silbó lleno de odio--. Acabas de subirlo al doble.

Los *ojos* de medianoche no dejaron de mirar la cara de Campbell. E, ignorando aquella ronca amenaza, Alex dirigió sus palabras, en voz baja y con suavidad, hacia la temblorosa y pálida figura de su esposa.

-Todo va bien, Catherine, estoy aquí. No temas; ya casi ha pasado. Ella abrió los *ojos,* pero tenía la cabeza ladeada, en un ángulo imposible que sólo le permitía ver el cielo. -¿Alex? -jadeó.

-Estoy aquí, amor mío. Estoy aquí.

En la voz de Campbell resonaba, hervía, el eco de un odio acumu- lado durante quince años:

-Tengo que reconocer que tienes un gusto exquisito para las mujeres, Cameron. Esta es tan dulce y suave como la otra. Sí, dulce, húmeda y buena, lo suficiente para satisfacer a casi todos mis hombres, aunque yo tuve que tomarla dos veces antes de que ella dejara de temblar y recibir todo lo que le di. Es una pena que tuviéramos que enseñarle buenos modos, pero los rasguños y morados fueron merecidos. Es una gatita salvaje, como ya debes saber.

Catherine intentó mover la cabeza para ver la cara de Alex, pero la boca del arma se lo impidió. Intentó llamarlo, pero no consiguió que su garganta, sometida a una terrible y dolorosa presión, emitiera más que un gemido seco. Sobre ella, las nubes empezaban a desplazarse y a dejar ver el sol. Al cabo de un instante, su luz les iba a llegar sin to- parse con ningún obstáculo. Empuñó firmemente el cuchillo y rezó para que el sol la cegara en su momento último.

Campbell esbozó una malvada sonrisa y golpeó con los talones los flancos del caballo, guiándolo hacia la boca del paso, lejos del pasaje. Alex le seguía, rígido, paso a paso, con la mano a la espada, tan cerrada alrededor de la empuñadura que las venas parecían serpientes azules reptando por su brazo.

Campbell esperó hasta el último segundo posible, atrayendo a su enemigo suficientemente lejos de sus hombres para que su huida fuera sólo cuestión de unas cuantas zancadas al galope hasta el paso. Cuando juzgó que la posición y la paciencia de Alex llegaban a su punto límite, dejó de encañonar a Catherine y apuntó hacia el pecho de Cameron.

En aquel preciso instante, el sol asomó de detrás de las nubes de espuma blanca y Catherine levantó el brazo, empuñando el afilado y pequeño estilete. Alex vio el movimiento y, al ver la cuchillo en mano, sintió un frío espanto que, unido al espanto aún más frío que le provocó adivinar lo que Catherine iba a hacer, le arrancó un terrible rugido de furia. Se abalanzó hacia ellos, y Campbell apretó el gatillo.

El caballo obedeció al instante las furiosas órdenes de Campbell y galopó colina arriba pero, antes de que hubieran avanzado más de diez pasos, una flecha hizo blanco en el cuello del animal, justo detrás del hueso de la nuca. Caballo y jinete cayeron al suelo con el crujido de patas quebradas. Campbell salió disparado de la silla y no intentó parar la caída, sino que aprovechó el impulso para rodar por el suelo y, sin parar, se puso en pie y echó a correr, al tiempo que la siguiente flecha rebotó inofensivamente contra las rocas que lo flanqueaban. Desenvainó su sable y se adentró en el Paso del Diablo, consciente de las fuertes pisadas que lo perseguían hacia el interior de la lúgubre hendidura.

Alex se agachó completamente, concentró su velocidad y fuerza en cada fibra de los músculos de sus poderosas piernas y saltó en el aire como si fuera una catapulta humana. Cogió a Campbell por los hombros y ambos se estrellaron contra la pared de piedras dentadas. Alex sufrió fuertes rasguños en el brazo al quedar momentáneamente atrapado entre la roca y el enorme cuerpo de Campbell. Éste, viendo que había inmovilizado a su enemigo, enarboló el sable y se volvió hacia él, rugiendo obscenidades mientras trazaba un arco que destelló en el aire.

Alex se hizo a un lado en su garganta, asestó el golpe sobre el frío muro. También escapó girando sobre sí mismo y esquivando por muy poco la hoja que, en lugar de clavarse a la siguiente embestida de la espada, que parecía un aspa de molino, pero se vio obligado a retroceder y salir de nuevo a la luz del sol. Sólo entonces descubrió que su espada se había soltado del cinto durante la desesperada persecución. Campbell salió a su encuentro, con la espada en alto, sujetándola con ambas manos.

Una exhalación de acero reluciente se acercó cortando el aire y se clavó en el suelo, justo a los pies de Alex. Oyó un rugido detrás de su hombro y reconoció el enorme *clai'mor* de MacSorley, pero no tuvo tiempo de darle las gracias porque Campbell ya le atacaba, profiriendo su grito de muerte. Alex asió el ensangrentado acero, de cinco pies de largo, tiró de él para desclavarlo del suelo y lo levantó justo a tiempo de parar el terrible impacto de un golpe directo. La elegancia y la sutileza no tenían cabida en un duelo con armas tan pesadas como aquellas; sólo importaba el poder y la fuerza bruta, y un hombre borracho por el olor de la sangre era mucho más peligroso que un hombre que defendía su habilidad y su reputación. Alex había olvidado, más incluso que lo que quería admitir, lo difícil que era sostener aquel peso y, sin perder el equilibrio, luchar con el arma de las Highlands. Y pagó por su ignorancia recibiendo dos cortes sucesivos, en las costillas y el hombro.

Notando la debilidad de su adversario, Campbell esbozó una sonrisa malévola y embistió, con los ojos de un asesino sediento de sangre, deseando cercenar un brazo, un muslo, el vientre o el cuello al descubierto.

Alex se tambaleó hacia atrás por la fuerza del ataque; tenía la boca seca, le costaba respirar y sentía que el aire le quemaba la garganta y le abrasaba los pulmones. La espada resbalaba en sus manos, húmedas de sudor, y casi se le escapó después de un golpe cuyo efecto de vibración le dejó dedos y brazo paralizados. La asió con ambas manos y la blandió con todas sus fuerzas, pero Campbell era rápido, a pesar de su pesado cuerpo. Los metales chocaron entre ellos, hoja contra hoja, y los dos hombres quedaron inmóviles durante un largo momento, cara a cara, mirándose fijamente, con los músculos temblando de tensión, salpicándose de sudor y sangre el uno al otro.

De repente, Alex dio una estocada hacia abajo y puso la hoja al sesgo, ganándole el pulso a las muñecas de Campbell y atrapando el filo de la espada de Malcolm entre los contornos de los ornamentos labrados con todo detalle en la empuñadura de MacSorley. Forzó la hoja hacia abajo y le dio la vuelta, notando que se abría paso entre la carne a medida que tiraba del arma hacia arriba, a lo largo del muslo interno de Campbell, de su músculo en tensión. Oyó cómo gritaba y sintió el chorro de sangre caliente al cortarle la

arteria; al mismo tiempo, soltó el *clai'mor* y, con un rápido movimiento, sacó su cuchillo y lo clavó en el corazón de Campbell, que seguía latiendo, inflexible. Campbell cayó de rodillas, con su único *ojo* mirando, incrédulo y ultrajado, el cuchillo clavado en su pecho. Alzó las manos y agarró a Alex por el cuello, pero *sus* dedos ya habían perdido la fuerza y sólo pudieron arañar un poco la garganta de Cameron.

Alex sujetó el cuerpo de su enemigo, sosteniendo aquel peso casi muerto, el tiempo de sisearle una maldición al oído, y luego lo echó a un lado y se alejó de él, respirando agitadamente, con las manos rojas, goteando sangre. Un sollozo a su espalda hizo que apartara *sus* ojos de aquel cadáver bulboso, y se volvió a tiempo de ver el delgado cuerpo que corría hacia él por la ladera que estaba a su espalda.

Catherine se echó entre *sus* brazos, diciendo su nombre una y otra vez y derramando auténticos ríos de lágrimas que resbalaban incluso hasta su falda.

Alex acarició la rubia seda de *sus* cabellos y cerró los *ojos,* abrazándola tan estrechamente que sentía los latidos del corazón de Catherine confundiéndose con los del suyo.

-Todo ha terminado -la tranquilizó-. Ya ha pasado todo. -Estaba tan asustada. -Hundió la cabeza aún más en la curva de su hombro-. Tenía tanto miedo de que no vinieras.

-¿De que no viniera? -Le puso las manos en las mejillas e in- tentó en vano que le mostrara la cara.

-Pensaba... pensaba que no querías que volviera -sollozó, hablando casi sin voz.

Alex dejó que siguiera escondiéndose a su mirada un momento más y entonces la obligó a levantar la cabeza y la besó.

-Bueno, ahora ya sabes la verdad.

Aluinn se acercó a ellos. Se protegía el hombro con la mano y masajeaba suavemente la herida pero, al mirar a Alex y Catherine, una sonrisa cruzó su expresión de dolor.

-Ya es hora, por fin, de que ambos os comportéis como marido y mujer.

Alex acabó el beso con un suspiro.

-Es testaruda, para ser una *Sassenach.*

-y él es extraordinariamente obstinado y orgulloso, incluso para ser un bárbaro de las Highlands -repuso Catherine, reanudando el beso.

-No voy a negarlo -dijo Aluinn-. En ninguno de los dos casos. Los tres se serenaron y miraron hacia el sitio donde había caído el cuerpo de Malcolm Campbell.

-Durante todos estos años -murmuró Alex-, ha sido como llevar un negro nubarrón sobre mí.

-Sí. Bueno... por fin ha salido el sol. -Aluinn levantó la cabeza y entrecerró los ojos para protegerlos de la potente luz del día.

El majestuoso y despejado paisaje que se extendía ante ellos parecía un marco demasiado regio para la carnicería que yacía a sus pies, y entonces divisó un árbol delgado, lleno de marcas como cicatrices, tan viejo como el tiempo mismo, que aparecía solo, a poca distancia ladera abajo. Posados en sus retorcidas y enjutas ramas, cientos, quizás miles de cuervos de alas negras observaban en silencio, esperando pacientemente el momento de disfrutar de su sangriento almuerzo. Aluinn miró hacia arriba, otra vez a la montaña, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo al recordar que uno de los picos que formaban el Paso del Diablo también era conocido como el Clach Mhor.

Los cuervos saciarán su sed con la sangre de *los Campbell tres* v*eces en lo alto del Clach Mhor:*

La profecía se había cumplido. Primero Angus, después Dughall... y ahora Malcolm.

-¿Por qué nonos vamos de aquí? -sugirió Aluinn, agachándo- se a recoger la espada de Struan. El corpulento Highlander estaba de pie, bastante cerca de ellos, sacudiéndose de la mano la sangre que le bajaba por el brazo. Los otros hombres de Cameron estaban recogiendo las armas y comprobando sus propias heridas, que parecían ser muchas.

Alex, que era el que había sufrido más daños, levantó a Catherine en brazos, con mucho cuidado, y la llevó. A pesar de las protestas de ella, colina abajo hasta el lugar donde

esperaban los caballos. La subió al lomo de *Shadow* y montó en la grupa, extendiendo los pliegues de *su* tartán para que pudiera arroparlos a ambos.

Fue tan gentil con ella que sintió que le dolía la garganta por las ganas de llorar de nuevo. -¿Alex?

-Chist. No hables. Hay un pequeño caserío a una cuantas millas del final del valle donde podemos...

-No me tocó. Ninguno de ellos me tocó. -Los grandes ojos violeta se volvieron hacia él-. Sólo lo ha dicho para enfurecerte. Me hice esos cortes y morados yo misma, intentando escaparme anoche. No llegué muy lejos porque me caí y bajé resbalando media montaña pero... ¿Por qué te ríes?

-No *sé* cómo, pero siempre logras meterte en problemas. *Un* día de estos, algún hombre demostrará *ser* suficientemente inteligente y te atará de pies y manos a la cama antes que confiar en que se te puede dejar sola.

Un destello de desafío brilló en los ojos de Catherine.

-¿ y acaso será usted ese hombre, señor?

Alex le pasó la punta del dedo por los labios y sonrió.

-Me parece que puedo encontrar otro método para que no salgas de la cama.

Capitulo 23

La granja era pequeña y sencilla, cobijada en el sotavento de un impresionante saliente de roca. La estructura estaba construida con tierra y barda, y no tenía ventanas, aparte de unas rendijas de ventilación situadas sobre la chimenea de piedra. El suelo estaba sucio, y sobre el hogar, grande y lleno de humo, de uno a otro lado colgaba un sinfín de cazos, cucharones y cecina. El granjero, reconociendo al instante el tartán de los Cameron, les sirvió comida y bebida, y calentó una enorme cantidad de agua para lavar y curar las heridas de los hombres.

Una bañera era un lujo del que ni siquiera se había oído hablar en el valle, pero Catherine se emocionó al disponer de un barreño de agua caliente y un gran retal de paño suave a modo de toalla. Su vestido roto fue reemplazado por uno de sencilla tela tejida en casa, que había sido apedazado varias veces pero que era, sin duda, el mejor que aquella familia podía ofrecerle.

Se corrió la voz de que el *Camshroinaich Dubh* estaba en el valle y, en menos de una hora, hombres y mujeres llegaron a la casa trayendo cestas de comida, pan, cerveza... todo lo que podían. Se brindó una y otra vez por los miembros del clan que habían obtenido tan importante victoria sobre los Campbell y, a medida que anochecía sobre el verde intenso y vibrante de los campos, se encendieron antorchas, se contaron historias y se compusieron canciones para recordar aquel triunfo.

Catherine durmió durante toda la tarde, hasta casi llegado el anochecer. Se despertaba un breve instante cada vez que sentía la presencia de Alexander en la habitación, con ella, pero el miedo, la ansiedad y las fuertes emociones habían hecho mella, y podía hacer poco más que responder con un murmuro a lo que él le preguntaba suavemente y volver a caer dormida.

Alex insistió en que se atendiera y curara las heridas de los otros hombres antes de permitir que la mujer del granjero le despojara de la camisa y echara un vistazo a los cortes y rasguños que había sufrido él mismo. Se negó a que le cauterizaran y le aplicaran una cataplasma de mostaza y telarañas sobre una herida de aspecto particularmente desagradable, por lo que se ganó un buen sermón murmurado en gaélico.

-Gracias, buena mujer, no se preocupe por mí.

-Acabarás por morirte si no duermes un poco -le advirtió ella.

-Lo haré -le prometió él, dirigiendo la mirada hacia la esbelta figura que seguía durmiendo sobre el colchón de paja-. Pronto.

-y solo. -La arrugada anciana era delgada como un junco y si se enderezaba podía llegarle a Alex a la cintura, pero su lengua era tan afilada como el hacha de un verdugo-. La pobrecilla esta agotada. Lo que menos necesita es que tú te le subas encima con tus vigorosas intenciones.

No dejó que Alex se defendiera, que tuviera la oportunidad de negar la acusación: su dedo huesudo señaló inmediatamente al suelo, indicándole dónde podía extender su tartán.

-Quizás cuando se despierte, y cuando las intenciones vengan de ella, podrás abrazarla un poquito. Pero no antes.

Alex inclinó la cabeza educadamente pero antes de ceder al abrumador cansancio que lo dominaba, salió fuera de la casa y habló con Struan y Aluinn durante casi una hora. Cuando volvió junto a Catherine, la estuvo observando un buen rato antes de poner su tartán junto al fuego y arroparse entre sus pliegues. De todos modos, tardó en cerrar los *ojos.* Estuvo con la mirada fija en el pequeño bulto bajo las mantas de la cama, y revivió cada momento de cada día que habían pasado juntos, cada mirada, cada roce, cada susurro que había cambiado el curso de su vida en el transcurso de las últimas tres semanas. Lo revivió todo y, después, lo guardó junto a su corazón, con la total seguridad de que estaba escogiendo la opción correcta. La única opción.

Catherine se despertó sobresaltada y durante algunos minutos de pánico no supo dónde estaba. Oyó el crepitar de llamas en la parrilla y notó el olor almizclado y dulzón de la turba, pero no recordó nada hasta que vio la silueta de la anciana, inclinada sobre una de las enormes ollas de hierro para remover su contenido.

Estaba a salvo. El horror había terminado. Alex la había rescatado, había acabado con la pesadilla y había admitido que quería que ella volviera... una confesión por la que casi valía la pena todo el terror de las veinticuatro horas anteriores.

Se desperezó con cuidado, comprobando las magulladuras, el dolor que sentía en todo su cuerpo. No sabía durante cuánto tiempo había dormido, o si era de día o de noche. La puerta de la granja estaba cerrada, pero creyó ver pequeñas partículas de luz flotando a través del humo que salía hacia el exterior por las rendijas de ventilación.

-¿Oiga? -Con una mano se ayudó a incorporarse hasta quedar sentada, mientras con la otra sujetaba la delgada manta, con recato, para cubrir su desnudez-. ¿ Discúlpeme? La anciana levantó la vista del fuego.

-Mi... marido ¿ está por aquí?

La mujer frunció el ceño y dijo algo ininteligible.

-El señor Cameron... -intentó de nuevo Catherine-. ¿Está el señor Cameron por aquí?

-Ah, sí, sí. *Camshroinaich.* -La vieja se irguió, orgullosa, y se dio unos golpecitos en el pecho caído, confirmando que ella también pertenecía al clan. Volvió a ocuparse del caldero, hablando para sí misma en gaélico.

-Oh, Dios. -Catherine se echó la manta por encima y salió de la cama. La anciana la miró un momento y subió el volumen de lo que estaba diciendo, a lo que Catherine respondió encogiéndose de hombros y señalando hacia la puerta-. Sólo quiero hablar con él. De hecho, yo... sólo quiero verle.

La mujer juntó sus encías desdentadas y adelantó la barbilla en señal de desaprobación mientras Catherine, dando pasos cortos y rígidos, se acercaba a la puerta. Un cerrojo de madera la mantenía cerrada y, al descorrerlo, se abrió de golpe hacia fuera. Al instante, Catherine alzó una mano y se protegió los ojos de la brillante luz de día; quedó deslumbrada durante unos segundos, pero no sólo por el efecto luminoso, sino también ante la visión del cielo azul y limpio que la cubría, y de las colinas de un intenso verde que la rodeaban. El aire el puro y fresco, lleno de sonidos de insectos que zumbaban, vacas que mugían y niños que jugaban en algún lugar lejano.

Era una escena tan acogedora y tan distinta de la que había encontrado al despertarse la mañana anterior, que los ojos se le llenaron de lágrimas. Las dejó fluir sin freno, y no habría podido moverse de donde estaba aunque lo hubiera querido, ni siquiera cuando los tres hombres que estaban sentados junto al estrecho canal de un arroyo deja- ron su conversación y se volvieron a mirarla.

Alex se levantó inmediatamente y subió la suave cuesta hasta el caserío. Vio el temblor de las lágrimas en sus ojos y no dijo nada; simplemente la abrazó y siguió estrechándola hasta que su cuerpo dejo de estremecerse.

-¿Te ha dicho alguien, alguna vez, que eres una mujer excepcionalmente adorable? -le preguntó en un susurro-. Incluso cuando tienes los ojos llorosos y la nariz roja.

Catherine se enjugó los restos de una lágrima y sonrió.

-y usted, querido señor mío, tiene la desagradable costumbre de no estar a la vista cada vez que me despierto en un sitio extraño.

-Ah, la vida matrimonial -murmuró Alex-. Empiezan las regañinas.

-Pero el castigo no es tan terrible -le aseguró. Y, sin importarle las curiosas miradas de lo demás, se puso de puntillas y le besó, insinuante, en los labios. Le puso las manos en los hombros, sujetando los bordes de la manta, para poder arrimar su esbelto cuerpo desnudo al de Alex, provocándolo. Sintió su inmediata reacción y se estremeció entre sus fuertes brazos, que la rodeaban y la acercaban aún más, si era posible. Los labios de Alex hervían y estaban hambrientos, y en sus ojos oscuros, por fin, se leía claramente lo que pasaba.

Sin dejar de mirarse, Alex murmuró algo en gaélico a la anciana mujer, y Catherine la oyó responder con una risita ahogada. La granjera pasó junto a ellos cloqueando una fingida regañina y Alexander levantó a Catherine en brazos para llevarla al interior.

Las llamas del hogar vertían una tenue luz rosada sobre sus cuerpos; el calor que despedía el fuego llegaba hasta todos los rincones de la casa e impedía que las corrientes de aire helaran su piel húmeda. Catherine soltó un pequeño gemido de apreciación al deslizar la mano sobre los músculos de Alex; se estremeció e inclinó la cabeza sobre el ancho torso, dejando que sus cabellos acariciaran lentamente su piel. Acercó sus ávidos labios al endurecido pezón y lo saboreó lamiéndolo lentamente. Catherine tenía las manos de Alex sobre las caderas y sentía cómo él empezaba a levantarse debajo de ella, buscando su húmedo refugio, pero ella se deslizó hacia abajo, pasando sus dedos entre los rizos negros de su pecho. Sus labios se pasearon sin pudor por la lisa superficie del vientre de Alex, y sus dientes mordisquearon, juguetones, los acerados músculos que descendían hasta más abajo.

Hacía dos días que casi no salían de la granja. Alexander parecía casi desesperado por recuperar el tiempo perdido, las noches y los días que habían malgastado peleándose en lugar de amarse. Y, desde el tranquilo bienestar de pasear de la mano al atardecer hasta el estremecedor y punzante placer de sentirse llevada a las cotas más altas del éxtasis, a Catherine la sorprendía continuamente su marido, y descubría en él facetas que no sabía que pudiera tener ningún hombre, aparte del suyo. Pero por muy idílico que fuera su recién estrenado amor, no quería hacerse ilusiones. Todavía quedaba una buena cantidad de secretos alrededor de Alexander Cameron y, desde luego, él no iba a cambiar de la noche a la mañana para convertirse en alguien que dejaría sus sentimientos más escondidos al desnudo para que ella pudiera escrutarlos. Por más que ella quisiera. Pero tenía la esperanza de que, con el tiempo, sí llegaría a cruzar el poderoso muro que Alex había construido alrededor de sus emociones. Ya estaba aprendiendo, hora a hora, a interpretar cada mirada, cada media sonrisa especial, cada momento de exquisito silencio que precedía las urgentes ganas de su cuerpo.

Sentía esas ganas ahora, esa urgencia, mientras desplazaba sus labios hacia más abajo y aquel poderoso cuerpo se tensaba ante la descarga de caricias llenas de ternura y erotismo. La llenaba de placer sentir cómo se estremecía, cómo enredaba los dedos en sus cabellos, cómo decía su nombre con voz trémula, entre suspiros, y cómo ella era capaz de prolongar aquel estado límite hasta que él ya no pudo resistir más. Con un profundo gruñido, Alex la atrajo nuevamente hacia arriba, buscando su boca, haciendo que su cuerpo quedara bajo él y acallando su suave, dulce risa con poderosas embestidas, una tras otra, hasta convertirla en gemidos de emoción.

El grito de Alex fue desgarrado, como si rompiera su pecho, al sentir que Catherine parecía convertirse en mercurio, cada vez más caliente, con el cuerpo más tenso, e igualando en embestidas. Sentía crecer su pasión, sentía su piel cálida y suave como el satín... y sintió el abrazo húmedo de su carne, compartiendo un brillante destello de perfecta fusión antes de zambullirse ambos en un mar de sensaciones desbordantes.

Se aferraron el uno al otro, meciéndose en aquel asombro mutuo hasta que el último estremecimiento se desvaneció por completo. Permanecieron posesivamente entrelazados; sólo sus labios se separaron poco a poco mientras sus cuerpos caían rendidos sobre las sábanas revueltas. Catherine jadeaba suavemente con la cabeza en el hombro de Alex, haciéndole cosquillas en el cuello con las pestañas. Su cuerpo brillaba y vibraba entre los brazos de él, y el almizclado aroma de su piel inundaba sus sentidos como si fuera un perfume exótico. Alex sintió la casi desconocida punzada de las lágrimas en sus ojos.

Ella era tan adorable. Tan joven. Tan ajena a las más crudas realidades de la vida... y sin embargo parecía estar dispuesta, una y otra vez, a demostrar que era él el más inocente, el más ingenuo de los dos. Alex la había considerado débil y desvalida, pero les había salvado la vida en el puente del Spean. La había creído consentida y temperamental, pero descubría que había fuerza y valor en aquel delgado cuerpo. Catherine había superado con valentía, sin perder el control, la dura prueba en las montañas y, por Dios (la abrazó más fuerte y le dolió todo el cuerpo de amor por ella), había estado dispuesta a sacrificar su propia vida para que él terminara de una vez por todas con aquella pesadilla que era Malcolm Campbell. Además de todo esto, era capaz de perdonarle su ignorancia y estupidez, de tolerar su orgullo y tozudez y desafiarlo a no quererla. Alex deseaba poder llevarla consigo y huir. Huir muy lejos de los sinsabores y aflicciones del mundo y encontrar, en alguna parte, un pequeño lugar lleno de la felicidad de los cuentos de hadas, un lugar donde ella no volvería a pasar miedo ni a sufrir ningún daño.

Catherine paseaba suavemente los dedos por los fuertes músculos que esculpían el torso de Alex, y le llegaban desde allí los latidos de aquel corazón. Se sintió contenta al pensar que, ahora, al menos una pequeña parte le pertenecía.

-Nunca quise de verdad a Hamilton, ¿sabes? -le susurró.

-Lo sé. -Le acarició el pelo y la besó en la frente-. Habría acabado con él si hubiera creído que le amabas.

Catherine apoyó la barbilla en el puño y observó a Alex atentamente.

-¿Cómo lo sabías? Quiero decir... ¿cómo sabías que esto iba a pasar?

Los ojos de medianoche se entrecerraron mientras se sumergían en aquella belleza desnuda.

-Ahora podría demostrar mi habilidad y decirte que lo supe desde el preciso instante en que te abracé y besé en aquella terraza. Y, pensándolo bien, creo que fue en ese preciso instante cuando ambos lo supimos. ¿ Dónde aprendiste a besar así?

-Iba a hacerte la misma pregunta.

-He llevado una vida vergonzosa y llena de escándalos durante los últimos quince años... ¿o acaso no has escuchado todo lo que has estado diciéndome a lo largo de estas semanas?

-Las personas... -hizo una pausa y se mordió el labio, intentando recordar una sabia frase que había oído en alguna parte-. Las personas dicen todo tipo de cosas cuando están enfadadas... y también en defensa propia. O cuando intentan esconder sus verdaderos sentimientos.

-Ah, pero en este caso no te equivocabas demasiado. Soy tozudo y de mente cerrada, soy arrogante y engreído. Me he dedicado durante mucho tiempo a vivir la parte oscura de la vida, a anteponer mi ira y mi egoísmo a todo lo demás.

-Cierto -concedió ella, con sorprendente rapidez-. y por ello no deberías empeñarte en ser un santo, ahora. Los ojos negros se cerraron un poco más.

-y tú deberías saber, también, que he tenido una docena de compañeras a lo largo de los años (de hecho, e perdido la cuenta), y muy pocas de ellas dirían una palabra amable a favor de mi comportamiento. Vivir conmigo es un auténtico suplicio. Soy un hombre que se ha pasado quince años sin transigir ante nada y ante nadie, incluido yo mismo. Durante este tiempo, nunca me he imaginado en una situación o escena doméstica, nunca he querido hacerme responsable de otra vida humana.

-Supongo que no te gustan los niños y que tratas a patadas a los perritos pequeños.

-Aborrezco a los niños y trato a patadas a animales de cualquier tamaño si me viene en gana.

-Entonces será suficiente, creo, que puedas reconciliarte con el hecho de que ahora tienes una esposa.

-Una esposa que no pedí -le recordó él- pero que gané en un duelo.

Ella escaló unas pulgadas por aquel torso y dejó que su muslo se deslizara insinuantemente sobre el de Alex.

-Puede que me hayas ganado en un duelo, señor, pero yo no soy un simple trofeo que se coloca sobre una repisa y se olvida y toma buena nota, también de que no consentiré más confesiones sobre los delitos que cometiste en el pasado... especialmente sobre aquellos que se refieran a mujeres de moral disoluta.

Después de un largo y perezoso beso, Alex separó sus labios de los de ella y sumergió su mirada en los destellos violeta de aquellos enormes ojos. ¿ Por qué no se había tropezado con Catherine Ashrooke seis meses, un año atrás? Demasiado tiempo perdido. Le habría gustado disponer de esos meses para domarla, para ser domado.

-¿ Por qué sonríes?

-¿Acaso puede un hombre enamorado de su mujer no sonreír?

Catherine sintió un escalofrío por todo el cuerpo y lanzó un suspiro entrecortado. Le temblaba la barbilla, y cerró los párpados.

-¿Qué pasa? ¿He dicho algo malo?

-No -susurró ella.

Le puso un dedo bajo la barbilla y esperó a que le mirara a los ojos.

-Es sólo que... es la primera vez que lo dices.

Alex respiró hondo y la atrajo hacia sí

-Las palabras y yo solemos echamos la zancadilla, ya debes saberlo, a estas alturas.

Ella movió ligeramente la cabeza y él acarició la curva de su mejilla, notando el calor que su declaración había provocado.

La besó en la punta de la nariz, en el dulce mohín de su boca.

-De todos modos, por alguna razón que desconozco, en este momento me siento menos torpe que nunca, y por eso puedo admitir con total libertad que te quiero, Catherine. Con todo mi cuerpo, si lo quieres, con todo mi corazón, si confías en él, y con toda mi alma, si quieres llevarla contigo.

Catherine no podía hacer nada más que mirarlo fijamente, con los ojos muy abiertos, mientras él sellaba sus palabras con otro beso. Su aroma, su tacto y su sabor se combinaban para hacer que sus sentidos danzaran, giraran sin control al tiempo que el eco de aquellas palabras resonaba en su mente y la llenaba de una ola de orgullo. ¡Élla quería! ¡La quería!

Alex la cogió por los hombros y la empujó suavemente debajo de él, con una mano enredada en la larga melena y obligándola a arquear suavemente la cabeza hacia atrás. Saboreó la cremosidad de su cuello y sus senos y luego fue deslizando la boca hacia abajo para pagarle a Catherine su reciente travesura con la misma moneda y dejarla reducida a un tembloroso cúmulo de fuertes sensaciones.

La unión que siguió después fue desenfrenada, y el éxtasis, más intenso, más largo, más aturdidor de lo que Catherine creía que alguien pudiera soportar sin morir a causa del mayor de los excesos; se sintió absolutamente feliz de saber que ambos daban y recibían igual placer.

-¿ Catherine? -su aliento acariciaba la garganta de ella, y su voz se rompía de emoción-. ¿Me crees? ¿Crees que te quiero?

-Sí... oh, sí. -Enroscó su cuerpo alrededor del de Alex, con el corazón rebosante y la piel vibrando aún en cada lugar donde él la había acariciado.

-y si te pidiera que hicieras algo por mí, ¿ lo harías sin preguntar nada, sin discutir?

-Creía que eso era lo que he estado haciendo desde hace dos días -repuso ella, tímidamente.

Un suspiro de Alex le puso la piel de gallina.

-Sólo porque ha resultado que lleva usted una libertina cortesana dentro, señorita, no pretenda echarme a mí la culpa.

-y supongo que eres completamente inocente de mi corrupción, ¿no?

-Completamente. Las habilidades que has demostrado tener me han dejado francamente atónito.

-¿Pero complacido?

-Eufórico -admitió, dejando escapar otro suspiro sobre la curva delicada de su hombro. Esperó a que el tono más frívolo se disipara antes de repetir su pregunta.

-¿Sin discutir? -Catherine meditó las posibilidades-. No irás a pedirme que sea amable y cortés con alguien que está más allá de toda amabilidad y cortesía, ¿verdad?- Pensaba en Lauren Cameron, sobre la que habían hablado desde puntos de vista opuestos durante aquellos dos días. -¿ O quizás me dirás por enésima vez que no debo salir a pasear a ninguna parte sin un regimiento de guardaespaldas? Créeme, no voy a discutirte eso. Cuando volvamos a Achnacarry, probablemente me quedaré encerrada entre las paredes del castillo hasta que sea una viejecita arrugada e inútil para todo el mundo menos para ti...y lo haré gustosamente, debo añadir.

-Catherine -la abrazó firmemente con ambos brazos-. No voy a llevarte a Achnacarry.

-¿ No me vas a llevar? ¿ Adónde vamos a ir?

Por un breve y bendito instante ella pensó que Alex respondería diciendo que la llevaría lejos, muy lejos de Escocia, de Inglaterra, de cualquier cosa que pudiera amenazar con destruir su recién estrenada felicidad. Pero al próximo y terrible segundo supo que aquello no era posible. Alex ya le había dicho que apoyaría la decisión de unirse a la naciente rebelión que había tomado su hermano. Había dado su palabra, lo había prometido por su honor, y Catherine le conocía bastante bien para saber que nunca faltaría a ese deber con su familia, no cuando había hecho tan largo viaje y había corrido tantos riesgos y peligros con el único fin de estar junto a los suyos. Y, si ese era el caso, si no le iba a proponer que huyeran juntos y no la iba a llevar a Achnacarry.

-Oh, no. ¡No! No, Alex... ¡no puedes mandarme a mi casa! -Catherine -el abrazo no la dejaba levantarse y separarse de él-. Catherine... ¡escúchame!

-¡No! ¡No pienso escucharte! ¡Y no pienso irme! ¡No puedes obligarme a que me vaya!

-Sí puedo, y lo haré -repuso él suavemente-. Estamos a dos horas a caballo de la costa. El barco con el que hice los arreglos para que embarcaras atracará algo antes de la medianoche y zarpará unas horas después y tú vas a ir en él.

-No. No. ¡No! ¡Nooo!

-Catherine... ¡maldita sea, deja de patalear y escúchame! ¡Va a haber una guerra!

-No me importa. ¡Soy tu esposa! ¡Mi sitio está aquí, contigo! Catherine se retorció frenéticamente para zafarse del abrazo pero, después de un corto forcejeo, Alex consiguió inmovilizarla con el peso de su cuerpo.

-Sí, eres mi esposa. y yo valdría muy poco como marido si no hiciera todo lo que está a mi alcance para verte a salvo.

-Estaré a salvo en Achnacarry.

-¿Tanto como lo estuviste el otro día en el jardín? -Esperó a que el destello de furia desapareciera de sus ojos-. Catherine... un castillo tiene sólo tanta fuerza como guardianes vigilando sus puertas, y quedarán muy pocos hombres en Achnacarry para eso Donald ha prometido reunir a todos los hombres capaces de llevar un arma para defender al príncipe, en señal de fuerza. Es su clan, es su fuerza. Pero hay otros que no comparten su sentido del honor. Los clanes empezarán a luchar entre ellos; dejarán de existir los cotos, los territorios, las leyes, las lealtades...

-No me importa. Yo... no tengo miedo. Y dudo que Donald envíe a Maura a cualquier otro sitio, o que Archibald busque un lugar más seguro para Jeannie.

-Maura y Jeannie han convivido con la sangre y la violencia toda la vida. Saben lo que puede pasar, y lo aceptan.

-Dime, entonces, lo que puede pasar, y también lo aceptaré. ¿O es que no he demostrado que puedo sobrevivir a las peores cosas que la vida puede depararme?

-Catherine -su voz sonó más suave, más desesperada-. No quiero que nunca más tengas que demostrarme nada. Sólo que confías en mí y que me quieres lo suficiente para saber que esto es lo mejor para ti. Para los dos. Quiero que estés a salvo. Quiero saber que estás a salvo, protegida, con los tuyos...

-Por favor -lloró Catherine, con las manos temblorosas sujetando las mejillas de Alex-. Por favor, no lo hagas. Por favor, no hagas que me vaya, Alex. Por favor... por favor...

Ella besó con toda la ternura y la pasión de que era capaz. Aquellos ruegos le partían el corazón, y se sentía tan débil que supo que no podía atreverse a mirarla de nuevo a los ojos si no quería que la decisión que había tomado después de meditarlo todo con tanto cuidado durante las horas, los días, anteriores quedara completamente descartada. Ella no tenía ni idea, no podía imaginar siquiera de qué manera iban los Highlanders a la guerra, cómo luchaban. Escocia era conocida como la patria del valor, pero también tenía la fama de ser un país de guerras. Los Campbell verían en la rebelión una oportunidad de cruzar las fronteras de Lochaber y arrasar todo lo que encontraran a su paso. Los ingleses enviarían su entrenada caballería, su eficiente infantería; llevarían potentes armas capaces de agujerear la piedra maciza como si se tratara de papel. No se pararían a preguntar la nacionalidad o las inclinaciones políticas de los hombres y mujeres que encontraran en su camino, pero seguro que dejarían un rastro de cuerpos ensangrentados y roto a, su paso.

Cuando aquel beso termino, Alex recosto la cabeza entre los senos de Cathenne y rogo para que ella lo abrazara fuerte.. Una vez mas.

Sólo una vez más. No quería que se fuera. Dios, no quería que se alejara de él ni siquiera un solo instante... pero sabía perfectamente qué tenía que hacer. Tenía que alejarla de cualquier daño, al precio que fuera, incluso si aquello comportaba destruir el amor que ella sentía por él.

Catherine tenía la mirada perdida, hacia el techoque los cubría.

Toda la alegría, la paz, la sensación de haber encontrado su lugar lo que sentía, lo que habla aprendido a sentir, todo se habla desvanecido, dejándola aturdida y vacía por dentro. Él iba a mandarla a su casa, y , entonces saldría a luchar y, posiblemente, moriría.

-Tú sabías desde el primer momento que terminaría así, ¿verdad? -le preguntó rudamente--. Lo sabías, y no me lo dijiste. En lugar de eso, dejaste que yo creyera... que yo tuviera la esperanza de que me querrías lo suficiente para que no te importara quién o qué fuera yo.

Alex levantó la cabeza y frunció el ceño.

-Es por eso, ¿no? Es porque soy inglesa. Una *Sassenach.* Un estorbo para el gran clan Cameron.

-Que seas inglesa no tiene nada que ver con mi decisión -dijo él serenamente-. Y lo sabes muy bien, maldita sea.

-En este preciso momento ya no sé nada. Sólo sé que vas a apartarme de tu vida sin darme ni una sola oportunidad real de intentar pertenecer a ella.

-Catherine, ahora no es el momento oportuno para...

-Sí, sí. Entiendo perfectamente tu preciada noción del tiempo.

Ayer y hoy necesitabas tiempo para demostrarme que eras capaz de sentir y actuar como un ser humano... un ser humano lleno de cariño, compasión y amor. Mañana, y los días y semanas que sigan, irás a jugar a las guerras, y las únicas necesidades que tendrás serán las de matar, mutilar y llevar a cabo todo tipo de actos brutales... todo en nombre del honor de la familia. Bueno, gracias, quizás tienes razón. Quizás yo no debo estar aquí para verlo. Quizás no debo estar presente cuando degeneres y te conviertas en algo menos que un hombre.

Se separó de él y se puso en pie; y él no intentó detenerla, ni siquiera cuando la vio temblar mientras recogía su ropa. Vio cómo deslizaba sus brazos en la barata blusa de algodón y deseó tender los suyos para detenerla. Se puso la única enagua y la fijó a su cintura, y luego se puso el sencillo vestido de tejido casero y ató con fuerza las cintas del corpiño. ..y

Alex no pudo resistirse a ponerse en pie detrás de ella, cogerla por los hombros y acariciar las ondas salvajes de sus cabellos.

-Te quiero, Catherine. Sé que ahora estás enfadada conmigo y que puede ser que no me creas en absoluto, pero te quiero y es más, juro por este amor, y por mi vida, que iré a buscarte tan pronto como me sea posible.

La esbelta espalda permaneció como un muro sólido e impenetrable ante él; las manos seguían atando la lazada del corpiño como si no hubiera oído nada, o como si hubiera decidido no escuchar.

El sentimiento de pérdida que amenazaba a Alex le llevó a inclinarse y posar sus labios con ternura sobre un morado que ya casi había desaparecido pero que manchaba la suave piel blanca de su cuello.

Se volvió y empezó a vestirse, tan absorto por su propia agitación interior que no vio el terrible temblor que recorrió el cuerpo de Catherine y que hizo que se clavara las uñas en la carne que cubría su corazón.

Capitulo 24

Catherine estaba de pie en la playa, viendo *cómo* cargaban la última de las barcazas con material de cóntrabando. La lana de las Highlands estaba a la par en Europa, como también los fuertes licores de color ámbar destilados y consumidos en casi cada castillo y choza del país. Los productos que se importaban reflejaban las sospechas de los intrépidos hombres de negocios y mercaderes: pólvora, pedernales, munición y armas de toda clase, que alcanzarían precios exorbitantes en los próximos meses.

El capitán del *Curlew* era un hombre bajo y enjuto que parecía haber pasado toda su vida sin haber tocado jamás el jabón y el agua. Blackpool, según había informado a Catherine en términos concisos, no era una de sus paradas habituales pero, como favor personal al Cameron de Lochiel, la llevaría hasta una pequeña cala que conocía y que estaba a unas cuatro millas hacia abajo. Desde allí, dos de los hombres de confianza de Alexander la acompañarían a la ciudad y se quedarían allí para conseguir un coche y escoltarla hasta Derby. Catherine reconoció a uno de los hombres: pertenecía al grupo que la había rescatado de las garras de Malcolm Campbell. El otro era Aluinn MacKail.

Parte del motivo por el cual se habían quedado en la granja del valle se hizo evidente cuando Struan MacSorley reapareció después de una ausencia de dos días. Cabalgaba al frente de una considerable columna de hombres armados que había reclutado en Achnacarry. Y, justo en medio de todos aquellos fornidos Highlanders, cabalgaba Deirdre O'Shea.

Lochiel, les dijeron, había vuelto al castillo y ya estaba llevando a cabo todos los preparativos para el alzamiento del clan. Struan llevaba consigo un paquete de cartas, escritas a toda prisa, de Maura, Donald, incluso de Archibald, deseándole a Catherine un buen viaje y rogando por su pronto regreso. Ninguno de ellos discutía la decisión de Alex, ningún aliado entre ellos le sugería qué debía decir o hacer para que él cambiara de opinión.

Catherine parpadeó para retener las lágrimas al levantar la cabeza y mirar la brumosa luz de la luna, que asomaba a través de las nubes. Una leve brisa salada le enfriaba las mejillas y levantaba la arena del suelo en pequeños remolinos. Iba arropada por una enorme faja de tartán que la protegía incluso de las corrientes de aire más persistentes, pero temblaba, de todos modos. Su mente rebosaba imágenes, aunque ella no pensaba en nada. El aturdimiento que había sentido en la granja era aún más profundo y frío ahora que las olas le lamían los pies.

-Es la hora -dijo Alex suavemente. Pero Catherine se sobresaltó, porque no había oído sus pisadas sobre la arena.

Lo miró y vio su cara, sorprendentemente al detalle: sus ojos, su nariz, su boca ancha y sensual, los traviesos mechones de cabellos negros que insistían en caer en ondas sobre su frente...

-¿Les darás a Maura y Jeannie saludos de mi parte? -empezó-. ¿Ya tus hermanos y a la tía Rose? ¿Les dirá que esto no ha sido idea mía?

-Si quieres que así lo haga, así lo haré.

Catherine se mordió la tierna pulpa del labio y miró hacia el agua. Las olas eran calmadas, luminosas donde se alzaban y se curvaban sobre la espuma, reluciendo bajo la luz de la luna mientras corrían hacia la orilla y volvían a retroceder, deslizándose.

-Estaba pensando en lo irónico que resulta. En cómo llegué a pedirte, a suplicarte que me enviaras a mi casa, y ahora que lo haces... -Le falló la voz. Alex tendió una mano para tocarla, pero ella vio el movimiento y se apartó-. Por favor, no. Nunca fui muy fuerte cuando me tocabas... pero, vaya, eso ya lo sabías, ¿no? Te gustaba tener ese pequeño poder sobre mí, y lo usaste sin ningún tipo de escrúpulos alguna que otra vez, me atrevo a decir.

Alex miró hacia abajo... y cerró los puños.

-El capitán dice que el viento es favorable. Tendréis una buena navegación hasta Blackpool.

-Eso será si los aduaneros no interfieren. Pero, vaya -lanzó un suspiro-, ¿ qué nuevas aventuras puede traerme una batalla naval, que superen las experiencias que ya he vivido hasta ahora? Creo que sólo serían una nimiedad, en comparación.

-El capitán es un marino excelente. Dudo incluso que veas otro barco en el horizonte.

Sus miradas se cruzaron y quedaron atrapadas la una en la otra durante un breve y tenso silencio, antes de que Catherine volviera a mirar al mar.

-Sí, desde luego. El hombre parece ansioso por zarpar. No debo retrasar la salida más de lo necesario.

-Catherine...

La voz de Alex era profunda, grave, y provocó un pequeño escalofrío en la nuca de Catherine. No volvió a mirarle a la cara, sino que continuó de espaldas a él, con la mirada obstinadamente fija en el agua para que Alex no viera las lágrimas que se arracimaban en sus pestañas. No iba a permitir que él la viera llorar. Si eso iba a ser la última cosa que hiciera en aquella maldita cala, éstaba decidida a mantener intacto lo que quedaba de su orgullo.

Alex le puso en la mano unos documentos enrollados, sellados y atados con cintas. Ella los recibió de mala gana.

-Las cartas que te prometí -dijo él en voz muy baja-. La decisión de si vuelves a Derby como esposa o como viuda es totalmente . tuya. En cualquier caso, estos papeles te dan derecho y acceso legal a las pertenencias... y a la herencia... de Raefer Montgomery Aluinn tiene copias de todo; las enviará más adelante a Londres.

-Ya te dije una vez que no quiero tu dinero.

-Entonces, guárdalo en un lugar seguro para mí. Y esto también... -Cogió su mano, y ella sintió algo frío y duro deslizándose por su dedo. Era un anillo, una enorme amatista rodeada por un impresionante círculo de diamantes.

-Perteneció a la esposa de sir Ewen y, antes, a su madre y, así, un par de generaciones atrás. Casi me había olvidado de él hasta que Maura me recordó que era un legado para mi esposa.

-Debería quedarse en Achnacarry -musitó ella.

-Debería quedarse exactamente donde está.

Catherine volvió la cabeza para evitar una ráfaga de viento particularmente molesta, y se encontró mirando los ojos negros de su marido. El dolor que sentía en el pecho aumentó hasta que la presión amenazó con ahogarla y, sin ni una sola palabra más, Catherine volvió la espalda y se dirigió, más bien tambaleándose, hacia los dos botes de brea ardiendo que señalaban el área de desembarco para las barcazas. Deirdre ya estaba sentada en la proa; y sus manos asían fuertemente el maletín que había vigilado en todo momento desde que salieron de Derby.

Con el agua reptando sobre la arena y lamiendo el dobladillo de su vestido; Catherine sacó fuerzas para enfrentarse al último adiós. Aluinn MacKail y Struan MacSorley tenían el ceño fruncido y la ex- presión de sus caras era de incomodidad. Este último parecía querer agarrar un par de cabezas y golpearlas la una contra la otra.

-Siento mucho haber sido la causa de tantos problemas -se disculpó Catherine calladamente-; y os agradezco todo lo que habéis hecho por mí. Yo... no puedo desear de corazón que vuestra empresa resulte con éxito; pero os deseo éxito en el terreno personal... y buena suerte.

Se humedeció los labios y echó una última mirada a la escarpada costa. Había estado menos de un mes lejos de Derby; pero sentía como si hubieran pasado años. Se habían grabado en su memoria imágenes que jamás olvidaría: ¿Era la luna tan brillante y se mecía igual en el cielo de Rosewood Hall como sobre las antiguas almenas de Achnacarry? ¿Era la niebla tan misteriosa e imponente; era la hierba tan verde; los pantanos tan impresionantes; rodeados de brezos y musgo? Sí; había pasado sus días más aterradores de su vida en Escocia; pero también había encontrado la felicidad; el sentido de las cosas... y el amor.

El capitán se aclaró la garganta con impaciencia; indicándole a Catherine que volviera la espalda a la playa y subiera a la barcaza. Alex permanecía inmóvil como una estatua; su cara no expresaba nada; tenía los brazos a lo largo del cuerpo; con los puños cerrados. Aluinn lo miraba con una sensación de frustrante impotencia; sabiendo que no había nada que él pudiera hacer o decir para aliviar el dolor de su amigo.

-La cuidaré bien -le prometió; y le agarró por un brazo; para confortarle.

Cameron asintió con la cabeza y; antes de separarse de Aluinn; buscó en su abrigo y sacó una carta sellada.

-Cuando llegues a Blackpool; dale esto a Deirdre. Pregúntale; con tus más caballerosas maneras; si puede hacérsela llegar a Damien. Le puedes asegurar que el contenido es de índole puramente personal... un simple encargo de mi parte para mi cuñado.

-Se la entregará en mano. -:"Subió a la barcaza mientras los remeros se preparaban para empujarla hasta las olas. Hizo una señal de despedida con la mano en dirección a Struan y, después de pensarlo mejor, le gritó-: ¡No empecéis la guerra sin mí!

MacSorley rió y devolvió el saludo mientras la pequeña nave empezaba a dejar una pequeña estela en el mar.

-¡Bah! ¡La guerra ya habrá terminado, y la habremos ganado, antes de que encuentres el camino de vuelta!

Alexander se quedó en la resplandeciente ribera, bañado por la luz azul de la luna, y con los cabellos azotando la brisa salada. Mantuvo sus ojos fijos en la nave que se alejaba, hasta que fue absorbida por la sombra, más negra, del Curew, que la esperaba. En pocos minutos, las velas fueron desplegadas en sus dos altos mástiles, y se hincharon y se tensaron con fuerza hacia adelante a medida que soplaba el fuerte viento meridional. El barco se deslizó silenciosamente, alejándose de la pequeña cala, inclinándose graciosamente, como saludando, sobre las grandes olas más allá de la escarpada costa. Pro la mañana ya estarían lejos del tramo marítimo más peligroso y habrían salido a mar abierto. y al cabo de dos días, tres a lo sumo, llegarían a Blackpool.

-Iré a buscarte, Catherine -susurró Alexander-. Te juro que iré a buscarte, aunque el infierno mismo se interponga entre nosotros.

El viento atrapó la promesa y la elevó hasta el cielo mientras Alexander se alejaba de la orilla, sintiendo que sus convicciones latían con fuerza en su pecho. Pero pasarían muchos meses antes de que él estuviera de nuevo en la carretera que llevaba hasta Docby. Y no sería como un marido en busca de su esposa para que vuelva con él, sino como un soldado del ejército de las Highlands en busca de un trono para que vuelva a su rey.